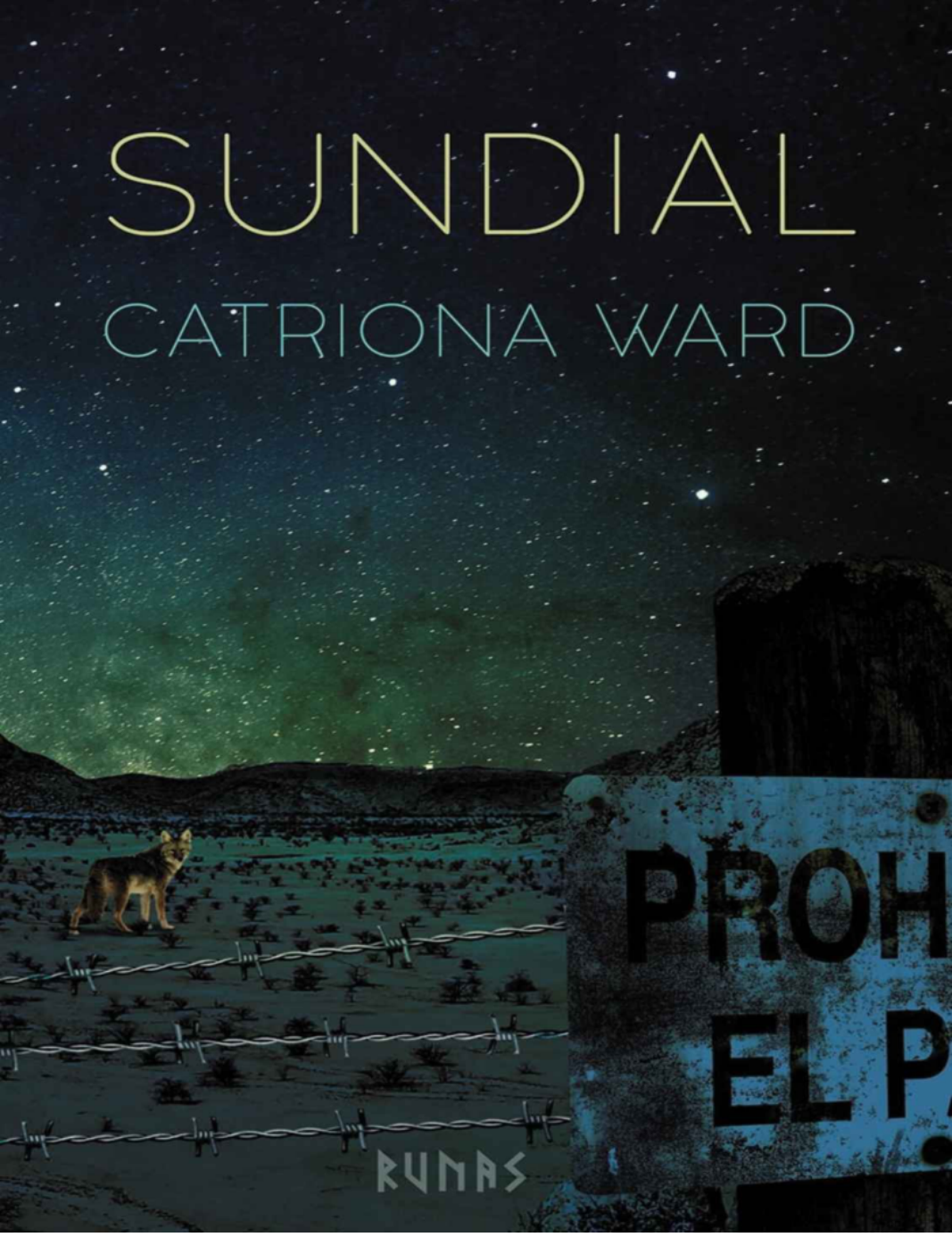
SUNDIAL

CATRIONA WARD



SUNDIAL

CATRIONA WARD

Traducción de Cristina Macía

ALIANZA EDITORIAL

Para Agnes Matilda Cavendish Gibbons y Jackson Blair Miller,
los ahijados más deslumbrantes que nadie pueda imaginar.

Rob

La varicela me lo confirma: mi marido tiene otra aventura.

Le encuentro la primera ampolla a Annie la mañana de la fiesta en casa de los Goodwin. Está en la bañera y la ventana es un cuadrado azul de cielo invernal. La sombra de las ramas desnudas del sicomoro aparece bien definida contra los azulejos blancos. Annie está sentada en el agua tibia, con las piernas cruzadas. Mueve los labios con una canción secreta que solo oyen los animales de plástico que flotan a su alrededor. Annie nunca se baña a temperatura superior a la de la sangre. No le gustan las cosas muy saladas, ni muy dulces, ni muy ácidas, y en sus cuentos favoritos no sucede nada. Desconfía de los extremos. Me preocupa el físico de mi segunda hija como nunca me preocupó el de Callie. Annie es menuda para tener nueve años. Todo el que la ve cree que es más pequeña. Callie me preocupa por otras cosas.

La fiesta de los Goodwin es una tradición de enero. Como ellos dicen, «toca tunda a la tristeza». Son nuestros vecinos de la izquierda, una familia alegre. Tienen dos hijos muy espabilados, Sam y Nathan, más o menos de la edad de Callie. También tienen amigos interesantes y muy buen gusto para el vino, la comida y el arte. Nuestra familia aguarda siempre con expectación el acontecimiento. En casa de los Goodwin lo pasamos muy bien.

Annie se inclina hacia delante y habla en susurros con el patito de goma que tiene en el regazo. Le veo la columna vulnerable, las pinceladas oscuras de pelo contra el cuello, y se me hace un nudo caliente en la garganta. No sé si a los demás les pasa lo mismo, pero muchas veces soy incapaz de distinguir el amor de las náuseas.

—Arriba las manos —digo.

Annie obedece, y entonces lo veo: tiene una marquita roja en el brazo. La identifico al instante. Le pongo una mano en la frente, en la espalda. Tiene la piel caliente. Demasiado caliente.

Annie se rasca el sarpullido y le cojo la mano.

—Para —le digo con cariño—. O se te pondrá peor, remolachita.

Deja escapar un bufido consternado.

—No soy una remolacha —dice.

—Entonces eres una coliflor.

—¡No!

—¿Una lechuga?

—¡No, mamá!

Pero deja de rascarse. Mi hija es dócil.

Me doy cuenta de que me estoy rascando el brazo por imitación. A veces confundo el cuerpo de mis hijas con el mío.

Meto a Annie en la cama y abro el armario del cuarto de baño. Son los estantes atestados de una familia ajetreada y con dos niñas. Aparto el jarabe para la tos, las maquinillas de afeitar, los cortaúñas, la medicación de Irving para la diabetes, mis píldoras anticonceptivas, un irrigador bucal que no usamos nunca, analgésicos, una cajita rota de polvos compactos. Voy a hacer limpieza en cuanto tenga un momento. Encuentro al fondo lo que busco: un frasco entero de calamina. Hay una costra de restos secos en la boca del recipiente, pero no está caducada. La compré hace unos meses para el eccema de Callie.

Annie tiene casi 39 y la mirada más perdida que de costumbre. Debería haberme dado cuenta antes. El reflujo de culpa me sube desde el estómago. Se rasca el brazo.

—No, cariño —le digo.

Le cojo unos guantes del cajón, busco cinta adhesiva en la caja de herramientas de Irving y se los pego a las mangas del pijama. Le doy paracetamol y le pongo calamina por todo el cuerpo.

—Rob —me llama Irving desde el piso de abajo. Tiene voz de mañana, ronca—. La avena ya está. —Carraspea, tose—. Y el café —añade.

Me siento al lado de Annie y, por un segundo, me dejo dominar por el agotamiento. La presencia de mi hija menor me resulta tranquilizadora, me hace proclive a la meditación. Irving y yo llevamos mucho tiempo en este tiovivo.

Visualizo mentalmente un árbol de decisiones. Luego, bajo para dar la noticia.

En la cocina, Callie está hablando en voz alta, efervescente.

—Y lo han pillado por la cámara de seguridad de la estación de servicio. Compró el cemento ahí.

—¿Eso quién te lo ha dicho, cariño? —pregunta Irving con cierta tensión en la voz. Casi me da pena. A Callie le encanta hablar de asesinatos durante el desayuno—. ¿Qué has estado leyendo?

—Cosas, por ahí —dice Callie—. A la mujer la absolvieron. Era difícil de demostrar. Le habían inyectado aire, ¡aire, nada más! Em-bo-lis-mo... ¿emblismo? No, embolismo.

Voy con Irving, que está ante la cafetera.

—Annie tiene varicela —le digo en voz baja—. ¿Cómo es posible? ¿Dónde se ha contagiado? Además, está vacunada.

—La vacuna no es cien por cien efectiva.

Irving tiene ojeras profundas y bolsas en torno a los ojos cargados de secretos. Ha pasado mala noche.

—Qué suerte tenemos, somos del uno por ciento —digo.

Sonríe con los labios apretados y sirve cucharadas de avena en el cuenco de Callie, que tiene dibujitos de ciervos que corren por el borde, justo por encima de los copos. Añade cuatro trozos de fresa y vierte por encima el sirope dulzón que a ella le encanta. Le pongo una mano en el hombro a modo de aviso. No te pases. El organismo de Callie no le dice cuándo está saciada. Si no la vigilamos, sigue comiendo hasta que le duele, hasta que vomita. Dos niñas enfermas el mismo día sería demasiado para mí.

Irving se sacude mi mano como un caballo para quitarse de encima una mosca y sigue añadiendo sirope. Le encanta el dulce, pero no puede comerlo. Atiborra a su hija con todo lo que a él no se le permite. Pero luego no se queda en vela junto a su cama por la noche.

Callie, sentada a la mesa, nos está mirando. Ha visto que he intentado evitar que su padre le echara demasiado sirope. Estoy segura. Noto una burbuja de incomodidad que me sube por la garganta. Nunca sé qué está pensando.

—Pobre Annie —dice, y se mordisquea una uña—. Carita triste.

Es una costumbre reciente: habla como esos dibujitos que se mandan en los mensajes de texto. Unas veces me resulta desquiciante; otras, divertido.

Irving le pone delante la avena. Callie es corpulenta para su edad. Tiene la piel dorada; el rostro, ancho y anguloso, y unos ojos verdes siempre apasionados. Habla con esfuerzo, como si la apretaran igual que un acordeón.

—Que se quede mamá con Annie —dice Callie—. Papá, tú y yo vamos a casa de los Goodwin. —Mete el dedo en la avena y se lo lame sin dejar de mirarme—. Gorro de fiesta, copa de vino.

Irving y Callie tienen un club privado, solo para ellos.

Irving me mira con una ceja arqueada. Así me miró en el bar el día que nos conocimos. Es un gesto que antes me aceleraba el pulso. Íntimo. La pregunta silenciosa para la que solo yo tengo respuesta.

—Con la cuchara, por favor —digo a Callie—. No, nena, lo siento. Nos tenemos que quedar todos en casa. Puede que lleves varicela en la ropa. En la fiesta habrá muchos niños pequeños y pueden ponerse malos por nuestra culpa.

—Déjala ir, Rob —dice Irving.

Irving quiere lucir sus galas de fiesta, ser el atractivo profesor de ciencias, arquear la ceja para gente que no lo ha visto ya un millón de veces. Sobre todo, quiere estar con ella en medio de la multitud, cruzar miradas desde lejos mientras hablan con otras personas, dejar huellas húmedas con los dedos en las copas de vino, que el hilo del deseo los una como una hebra de oro. No es la primera vez que lo veo, y sé que no será la última.

—¡Quiero ver a Nathan y a Sam! —dice Callie.

—Puedes verlos cuando quieras. Son nuestros vecinos.

—Si me rompo las costillas, no. Si tengo hepatitis, no. Si bebo lejía y me muero, no.

—Callie, por favor. En la fiesta habrá bebés, mujeres embarazadas, personas mayores. A lo mejor hay niños que no están vacunados. ¿Quieres que se pongan malos por tu culpa? No vamos a salir de casa. Estas cosas se contagian con nada. Si uno de mis alumnos de cuarto pilla la gripe, antes de una semana la pillan todos.

El grito de Callie le nace de la parte baja del abdomen, como el gruñido de un felino grande. Luego asciende como un cohete propulsado y rompe los tímpanos. Es tan alto que parece un puñetazo, tan alto que lo veo subir hacia las estrellas. Irving se inclina hacia ella y le dice algo al oído. Callie grita más alto, más alto, más alto. Miro a Irving a los ojos. Subo una comisura de la boca apenas un milímetro. «Vuelve a desautorizarme si te atreves —le digo mentalmente—. Dile a Callie que vais a ir a la fiesta».

Baja la vista y acaricia a Callie en un hombro mientras le dice algo sobre tortitas. Callie deja de gritar y empieza a reírse entre dientes. Irving y ella me miran, los dos con la misma sonrisa juguetona en la boca. Tienen los mismos labios. Eso es lo que me hace perder el control.

—¡Ya está bien! —grito—. Ve a limpiar tu cuarto. Cambia las sábanas, a ver si así se va el olor.

Callie se tapa la boca con la mano y se sigue riendo. Irving se levanta y empieza a fregar los platos como si la cosa no fuera con él. Le miro la nuca, la zona enrojecida donde al barbero casi se le fue la mano. Me gustaría tirar algo, como hace él. Pero carezco de poder.

Cojo el cuenco de avena de Callie y lo llevo al piso de arriba. Pongo la avena en el sarpullido de Annie. Es refrescante. Posa la mejilla caliente contra mi mano, y me siento un poco mejor.

Le mando un mensaje a Hannah Goodwin. ¡Lo siento mucho! Tenemos un caso de varicela. Mejor nos quedamos en casa. Carita triste. Borro esto último, molesta. La costumbre de Callie es contagiosa. Pasadlo bien. Venid a tomar

algo la semana que viene. R.

Lo releo con cuidado y cambio la «R» por «Rob x». Así queda mejor. Así suena normal.

—Nos lo pasaremos bien —digo a Irving y a Callie—. Un día en familia. Películas, juegos, comida china…

Todos ponemos inconvenientes a las propuestas de películas de los demás. Tomamos el camino de la mínima resistencia y acabamos poniendo una que nadie quiere ver, de un hombre al que sigue un conejo gigante que quizá está en su imaginación. Irving se sienta entre Callie y yo y nos rodea a cada una con un brazo. Cada media hora, voy a ver cómo está Annie. Son poco más de las once de la mañana cuando la música empieza a sonar en la casa de al lado. Empiezan también las risas, las conversaciones en tono alegre, sonidos que pronto se convierten en un murmullo febril. En un par de ocasiones nos llega el ruido de cristal roto. Irving sube el volumen, pero la película es tan tonta que ninguno le hacemos caso.

—Voy a la tienda a comprar avena y calamina —dice.

Ya sé lo que significa eso. Lo veo en la manera casi imperceptible en que se le tensa la mandíbula. Irá a la tienda y, al volver, como es natural, pasará por la fiesta a tomarse una copa. Solo una, claro. Al principio. Estoy tan rabiosa que me cuesta ver. Me pasan puntos negros ante los ojos.

—Ya tenemos avena y calamina —digo.

—Igual eres infeccioso, como dice mamá —señala Callie muy seria —. Puedes hacer que un niño se ponga malo.

Siento hacia ella una oleada de amor y gratitud, cosa que no pasa a menudo. Aunque sospecho que lo dice para no quedarse a solas conmigo.

A mi lado, el humor de Irving baja al mínimo. Nadie habla. En la pantalla, el conejo imaginario sigue al hombre. En la casa vecina suena el jazz entre las voces alegres.

—Se acabó —digo al cabo de un rato, y apago la película.

Esto es para mí la vida en familia. Siempre intento hacer cosas como las familias de las revistas o la televisión, y al final caigo en picado hacia el fracaso.

No me gusta la televisión. La primera vez que vi una película de acción estuve a punto de morir de la taquicardia, o eso me pareció. A día de hoy sigo sin entender por qué la gente ve series o va al cine. No leo ni veo las noticias. Me basta con la vida. La vida, tan intensa y dolorosa.

Me costó meses de súplicas y chantajes con Irving, pero al final gané

la batalla, terminé la universidad y, después de tener a Annie, volví a trabajar como maestra. Para Irving, los valores tradicionales son importantes. Si lo convencí fue solo porque había una vacante en la escuela de las niñas, así que iba a estar con ellas todo el día. Eso y que nos hacía falta el dinero. El padre de Irving perdió una fortuna en la última crisis.

Me encanta mi trabajo. En el colegio me llaman «la que susurra a los niños». Es una broma, pero lo cierto es que obro magia con los estudiantes. Los niños más introvertidos florecen tímidamente bajo mi tutela. Los hiperactivos se muestran tranquilos y dóciles en cuanto aparezco. Una niña de cuarto, a la que llamábamos «galápago» por su tendencia a morder cuando se aburría, escribe para mí trabajos apasionados sobre los libros de Maya Angelou. En casa no tengo poderes.

También me encanta mi casa, típica de Cape Cod, en un terreno de dimensiones muy razonables, con césped en pendiente. La mujer es la que da a la casa su energía y estilo, o eso se dice, ¿no? A cada lado de la puerta crece un roble. En la parte de atrás hay un porche de madera de pino que recibe la sombra de los arces que crecen entre la casa y la valla. El porche lo construí yo misma en tres fines de semana con un diseño que vi en un libro de la biblioteca. No fue difícil. Solo tuve que encargar la madera y montarla como un rompecabezas. Es una de las pocas cosas en las que Callie y yo nos parecemos: casi todo lo que sabemos de la vida lo hemos aprendido de libros de la biblioteca. El caso es que es maravilloso sentarse ahí al anochecer de un día caluroso, bajo el verdor de los arces. Me siento como si estuviera en la copa de un árbol. Y se limpia muy bien. La asociación de vecinos nunca ha tenido que decirnos que seguemos la hierba, o que echemos mantillo en los dos parterres, o que quitemos las hojas del sendero de guijarros que sube en curva hasta el porche de la entrada. Lo tengo todo siempre perfecto. Me encanta la simplicidad y contención del patio. Es muy diferente del lugar donde me crie, todo arena ardiente y muerta, rocas hasta donde alcanza la vista. Cuando ves eso día tras día enseguida empiezas a sentirte como en una trampa.

Aquí, entre las hileras organizadas de casas unifamiliares, me siento a salvo. De cuando en cuando se ve un indicio de individualidad: este patio tiene un bebedero para pájaros, o quizá un pequeño estanque. Los listones de esa fachada están pintados de un rosa muy llamativo. Vidrieras en las ventanas, llamadores de diferentes estilos, otro tipo de piedras para el camino… hasta ahí se puede elegir. Son opciones que tienen un sentido. Son la marca que las personas dejan en el mundo.

He dicho que aquí me siento a salvo. Lo que quiero decir es que mis

hijas están a salvo. Una cosa no conlleva necesariamente la otra. Puede que, en algún momento, todos tengamos que elegir. Es mejor ser parte de una unidad, «los Cussen», en vez de individuos. Así se llama menos la atención.

Irving se mete en su despacho y cierra la puerta. Callie saca los lápices de colores. Nunca le ha costado entretenerse sola, y nunca he tenido que perseguirla para que haga los deberes. Son inesperados puntos de alivio en su personalidad. Se sienta ante el escritorio de tapa corrediza de la sala, inclinada sobre el papel. El lápiz desgrana sonidos adormilados. Callie empieza a tararear sin seguir ninguna melodía. Es muy molesto y quiero decirle que se ponga las gafas, pero ahogo los dos impulsos. Hace tiempo que aprendí las tácticas. Hay que elegir bien las batallas.

A la una de la tarde, a Annie se le ha extendido el sarpullido. Tiene bajo la barbilla las manitas enfundadas en los guantes. El pelo oscuro le cae sobre la mejilla y se le mueve con el aliento. Compruebo que los guantes sigan fijados con la cinta adhesiva y le aparto el pelo de la boca.

—Hay mucha luz —murmura, así que corro las cortinas para dejar la habitación en una oscuridad plateada, vaga.

—¿Te enciendo la estrella? —le susurro.

—Sí —me responde también en susurros.

Voy hacia la repisa de la ventana y enciendo la lamparita de noche. Tiene forma de estrella y llena la penumbra con una luz tenue, rosa pálido, el color del algodón de azúcar, del corazón de una peonía, de los sueños de las niñas. Siempre tengo la sensación de que, con la lamparita encendida, Annie está a salvo. Ya sé que es una tontería.

Alzo la vista y veo a Irving en la puerta. No lo he oído acercarse. Siempre ha tenido la habilidad de quedarse inmóvil por completo, como si ni siquiera respirase. Resulta incómodo.

—¿Cómo está?

—Se ha dormido.

—No lo pagues con las niñas, Rob —dice—. Callie se muere por ir a la fiesta. Déjala. No la puedes tener encerrada por culpa de Annie.

Annie se mueve, abre un ojo.

—Agua —dice con un hilo de voz.

—Ahora mismo, cariño. Mamá te la trae. Aparta —le digo a él con los labios tensos—. Esto es culpa tuya.

Me da la espalda con rabia y se mete en el baño para tomarse las pastillas de la diabetes. Va a tardar un par de minutos en dar con la medicación. Las he puesto al fondo del armario, detrás de un bote

viejo de vaselina. Es un gesto nimio, pero solo me queda eso.

Las peleas siempre empiezan de manera diferente y terminan de la misma: discutimos como serpientes, siseamos mientras yo meto los platos en el lavavajillas o doblo la ropa limpia y él corrige exámenes, ambos conscientes de que las niñas duermen en el piso de arriba. Llevamos años haciéndolo. Al final, caemos en la cama exhaustos, agotados y debilitados por el veneno que nos consume.

Anoche empezó por los cepillos de dientes eléctricos, que estaban sin batería. Los dos estaban en el cargador, pero alguien había apagado el interruptor de seguridad de los enchufes del baño. Callie tiene la mala costumbre de jugar con los interruptores.

Empezó por los cepillos de dientes pero enseguida pasamos a Katherine, la ayudante de laboratorio. Irving trabaja hasta tarde. Eso no me molesta. La ayudante de laboratorio también trabaja hasta tarde. El perfume de Katie, como la llama él, es Sentient. Lo sé porque Irving lo lleva en el traje. Su armario apesta.

Siseé con los puños apretados, la garganta tan cerrada que apenas me salían las palabras como bilis. Me quemaban los ojos.

Irving empezó a señalar. Nunca me toca. Me apunta con el dedo. Lo agitó a centímetros de mi cara, lo sacudió al ritmo de las palabras.

—Tú eras la que querías esto —dijo—. Es lo que siempre has querido, desde que nos conocimos. Y ahora que lo tienes todo no haces más que quejarte.

Desastrosa vida de adultos, cuando los dos hemos cavado tanto, cuando la culpa es un tapiz tejido tan prieto que ya no hay manera de soltar las puntadas.

Estoy tratando de leer cuando oigo a Annie llorar en el piso de arriba.

—No —solloza—. ¡No, no!

Abro su puerta. Callie y ella están forcejeando, tirando de algo. Es la lámpara de estrella. Annie tiene la cabeza echada hacia atrás. Ha formado con la boca un círculo de pesar. Callie está inexpresiva, como siempre, pero se muerde el labio inferior.

—Dámelo —dice con voz tensa—. O alguien morirá.

—¡Eres mala, Callie! —dice Annie—. ¡Dios te va a castigar!

Intenta golpearla con un puñito enguantado.

Las aparto. No sé cómo, pero la lamparita rosa sigue intacta. Se la quito a Callie de entre las manos húmedas y la pongo fuera de su alcance, en la repisa de la ventana. A saber para qué la quiere.

—¡Mamá! —grita Callie—. ¡No se la des!

—¡Callie es mala conmigo!

—¡Por dios santo! —grito—. ¡Callaos las dos! ¡Leed un libro!

Irving está sentado ante la isla de la cocina con los pies en una silla. Me contengo para no saltar. Sabe que no soporto que ponga los pies sucios en mis preciosas sillas.

Lo que más me gusta es mi cocina. Tardé siglos en elegir la madera para la isla y no dejo pasar un domingo sin darle aceite. Yo diseñé el dibujo que siguen las baldosas del suelo, las espirales de terracota brillante, de un azul grisáceo claro. Yo misma monté el escurridor para platos igual que hice con la terraza. La carpintería no es difícil si te tomas tiempo. Cuelgo los cazos de fondo de cobre en orden ascendente de tamaño.

En el centro de la isla, en el lugar de honor, hay un cuenco con algo blancuzco.

—¿Qué es eso?

Abro el armario en busca de una aspirina. No es para Annie, es para mí.

—Estoy preparando un budín de pasas —dice Irving,

No cocina nunca, pero está muy orgulloso de sus bizcochos y sus budines, recetas inglesas insípidas y harinosas que hay que hacer al vapor. Cree que son de lo más elegante.

—Eh, Rob —me dice—. Prueba eso y dime si le pongo más pasas.

Nada me apetece menos, pero de nuevo tengo que elegir las batallas. Cojo una cuchara sin dejar de pensar en Annie y Callie con tristeza. Antes eran buenas amigas y siempre jugaban juntas. Quiero atribuirlo a que Callie está en una edad difícil, pero todas las edades de Callie han sido difíciles.

Meto la cuchara en el cuenco antes de darme cuenta de lo que es. Grito, no puedo evitarlo, aunque sé muy bien que eso es lo que quiere.

Se está riendo, doblado por la cintura, casi sin respiración.

—¡La cara que has puesto!

—Es horrible. —Me tiembla la voz—. Esto no se le hace a nadie.

—Tengo que calentarlos —me explica con paciencia—. Mañana voy a pescar con John.

Ahora me llega el olor de los gusanos, la podredumbre ácida, amoniacal. Irving guarda grandes bloques de cebo en la nevera del garaje. Tendría que haberme imaginado que se vengaría por privarlo de la fiesta. En el cuenco, los gusanos, revividos por la temperatura, mueven las cabecitas romas. Sus cuerpos son rojos como la sangre.

Creo que todo el mundo tiene una historia que los explica por completo. Esta es la mía.

Callie tenía dos años y era una niñita difícil. Aún no hablaba y estaba llena de una ira silenciosa. Ya entonces tenía siempre el ceño fruncido… excepto al mirar a su padre. En esos momentos, se le

dibujaba en la cara una sonrisa tímida, y me daba cuenta de que no era más que un bebé.

También era una escapista. Era capaz de abrir puertas, armarios, cajones, de manipular pestillos y cerrojos más allá de lo imaginable para unas manos diminutas.

Irving iba a volver de un congreso aquella tarde. Callie se había pasado la noche despierta. Nunca, nunca dormía cuando su padre había salido de viaje. Yo estaba agotada. El aire me parecía denso, enmarañado, igual que me sentía yo. La puse en la trona para ir al baño. No tardé ni treinta segundos, lo juro. Cuando volví, había sacado medio cuerpo de la silla, hacia el fregadero, y tenía el bracito metido hasta el hombro en el triturador de basura. Tenía los ojos concentrados y estiraba la manita hacia el interruptor de la pared.

Corrí hacia ella, la agarré y la estreché contra mí.

—¡No vuelvas a hacer eso nunca, nunca! —le grité.

Alzó la vista hacia mí, extrañada, y abrió mucho la boca. Y empezó a gritar. Fue como si me clavaran una aguja en el cerebro.

Pasaron horas antes de que por fin pudiera acostarla en la cuna. El mundo a mi alrededor temblaba como gelatina. Me derrumbé en el sofá y me dormí al instante.

Me desperté cuando me puso la mano en la cabeza. Irving me estaba mirando desde arriba con los ojos oscuros muy fijos.

—Callie ha sido atroz —dije.

—Estoy bien, gracias —replicó con sarcasmo—. El congreso ha ido de maravilla.

—No me imaginaba que iba a ser así. Creo que no le gusto.

El tono lloriqueante hizo que hasta yo me detestara.

—No es más que una niña. Por favor, mira las cosas con perspectiva.

La frase tenía una cadencia desconocida. Se me encogió el corazón. *Otra más* . Cuando Irving se encandilaba con una mujer, durante los primeros días adoptaba sus mismas expresiones.

Me incorporé y me acerqué a él como si fuera a darle un beso. Su aliento apestaba a whisky.

—¿Ha habido un congreso de verdad? —pregunté.

Me sorprendió mi propia franqueza.

Me agarró un mechón de pelo entre el índice y el pulgar, y tiró hasta que me lloraron los ojos.

—Ve a ver cómo está tu hija —dijo—. Dios.

Me soltó el pelo y se frotó las manos contra el pantalón como para limpiárselas de algo repulsivo.

Me levanté del sofá, pero no subí a ver a Callie. Estaba llena de

algo salvaje, efervescente, a punto de desbordarme.

—No puedo seguir así —dije. Me sorprendió lo razonable que sonaba mi voz—. Me marcho. No estamos obligados a seguir casados, Irving.

Fue como una revelación, como un rayo de luz. Pero, cuando vi lo que se reflejaba en su rostro, eché a correr.

Tras un instante de sorpresa, Irving me persiguió. Atravesé la casa corriendo, asiendo los marcos de las puertas al pasar. Y, mientras corría, sucedió algo terrible. Mi cuerpo lo recordó. Recordó la huida, la carrera, el miedo, la respiración jadeante que me pisaba los talones. El recuerdo afloró de repente y me agarró por la garganta. Creo que por eso hice lo que hice a continuación. Abrí la puerta de la entrada. El aire de la tarde entró como un aliento de libertad. Pero no salí. Esperé hasta que Irving estuvo justo detrás de mí, y entonces salí al porche y cerré de golpe, contra la mano que intentaba agarrarme. Oí el crujido y luego el grito de dolor. Me di la vuelta. «Ya nadie puede obligarme a hacer esto», pensé.

Crucé el patio delantero, que no era más que tierra hasta la calle. Aún no habíamos tenido tiempo de arreglarlo. «¿Qué voy a hacer?», pensé. No tenía trabajo, ni amigos.

Había algo en la base del terraplén, en el bordillo de la acera. Pensé que se trataba de un cojín o un escabel que habían dejado allí por si alguien lo quería. Son cosas que pasan hasta en barrios buenos como el nuestro. Pero era Callie, acuclillada, casi en el asfalto, con su pelele gris de elefantitos rosas.

Corrí hacia ella con el cuerpo hecho miedo.

Alzó hacia mí los ojos grandes todavía hinchados de tanto llorar.

—Blanca —dijo.

Estaba acariciando una hierba seca, parda, que había brotado en una grieta del asfalto. En la punta tenía una flor mustia. Me senté junto a ella. De repente estaba agotada.

—Lo siento, cariño —dije—. Lo siento.

En ese momento supe que no me iba a marchar. Ella no tenía la culpa de nada.

La cogí en brazos. Por una vez, no se resistió, sino que apoyó la cabeza en mi hombro. Volvimos a casa muy despacio. Deposité a Callie en la cuna.

—Te voy a hacer un jardín —le dije, y le di un beso en la cabeza.

No iba a permitirme que la quisiera, pero tal vez pudiera cuidar de ella.

Irving tenía la mano magullada, pero no rota, así que le puse hielo y los dos nos sentamos ante la isla de formica, agotados tras la pelea.

«Tengo que hacer algo con esta cocina», pensé. Era demasiado austera, con acabados baratos. El linóleo del suelo tenía grietas y el grifo goteaba. Me imaginé colgadores con cazuelas de fondo de cobre, botes de hierbas en la repisa de la ventana, tal vez un estante para las especias.

—Se acabó trabajar hasta tarde —dije a Irving. No me refería a trabajar hasta tarde. Me refería a que no volviera nunca más por la mañana hablando con la voz de otra mujer—. ¿De acuerdo?

Me miró, calculador. Se señaló la mano magullada.

—No puedes pedir favores.

Tenía que arreglarlo como fuera. Tenía que hacer que la situación fuera tolerable. Le puse la mano sobre la mano sana.

—Callie ha dicho otra palabra.

Le conté la historia entre risas, también con algunas lágrimas. Sonrió y me estremecí de alivio al sentirme perdonada. Y de orgullo porque me la había dicho a mí, no a él. En ese momento supe lo que tenía que hacer.

—Tengamos otro bebé —dije.

—Sí —respondió, y casi lloré de alivio con la oleada cálida de su aprobación.

Y si eran dos, tal vez Irving me permitiría recibir un poco de su amor.

Desde entonces no he dejado de preguntarme por qué accedió. Su padre aún no lo había perdido todo. Creo que Irving tenía la esperanza de que fuera un chico, de que el viejo fuera más generoso si le dábamos un nieto. En cuanto a mí, dios santo, quería un bebé todo mío. Callie siempre había sido de Irving. Las razones para tener un hijo deberían ser menos egoístas.

Mi deseo se cumplió. Cuando nació Annie, lo sentí de inmediato: una luz cálida me inundó cuando abrió los ojos de un azul oscuro, intenso. Fue una bebé buena desde el principio, y era mía. Encajábamos, estábamos unidas de una manera que nunca había sentido con Callie.

No todo salió bien. Las niñas han alejado a Irving del centro cada vez más. No le gusta estar en segundo plano. Y no llegó el varón para el que el padre de Irving iba a mandar cheques. Pero aguanto, porque así proporciono a mis hijas dos progenitores que cuidan de ellas, una casa llena de luz y flores, un jardín que huele bien, hierba sobre la que caminar. Y aguanto cada vez que Irving vuelve a trabajar hasta tarde, cosa que sucede siempre.

Lo hago por ella, pero también por mí misma. Sundial, Falcon, Mia, lo que pasó con Jack… todo eso me hace diferente de los demás, y

sigo teniendo la necesidad desesperada de encajar. Anhelo difuminarme en la marea corriente de mujeres con familias y casas en las urbanizaciones de las afueras, empleo en la enseñanza y ambiciones menudas. En cuanto a Callie, es mi hija y la quiero. Nunca, nunca, permitiré que se dé cuenta de que, a veces, no me gusta. De que a veces tengo que hacer un esfuerzo inmenso para quererla.

Esa es la persona que soy. Al menos es la que soy ahora. Hay otras historias, más antiguas, pero hablan de una Rob que desapareció hace años. La he enterrado, la he sepultado en la oscuridad. Puede que aquella niña esperanzada muriera de hambre y esté enterrada bajo la arena del desierto. Y puede que sea lo mejor. En esta familia no hay sitio para ella.

Tardé mucho en darme cuenta de que «blanca» era una palabra muy rara para una niña de dos años. A veces me he preguntado por qué la dijo.

El timbre de la puerta interrumpe mis meditaciones con su estrépito agudo. Estoy en la sala, en el sofá, con una libreta abierta sobre el regazo. Debería haber preparado la clase de la próxima semana acerca de Mark Twain (ay, las cosas que enseñamos a los niños), pero veo que he estado escribiendo en el mundo de Arrowood. Callie está en el rincón, dibujando. ¿Cuánto tiempo llevamos sentadas así? June, la terapeuta, lo llama «disociación». Para mí es un grato descanso. El timbre suena otra vez.

—¿No vas a abrir?

Callie, ácida. No levanta la vista del papel.

Me levanto, azorada. La libreta se me cae al suelo. La recojo a toda prisa y me la meto en el bolsillo. Camino apresurada por el pasillo y oigo el chirrido de la solapa del buzón. Hay que engrasar las bisagras. Alguien habla desde el otro lado.

—¿Hay alguien?

Se me retuercen las tripas como ratoncitos, pero sonrío, aunque ella aún no me ve. Si no sonríes, la gente te lo nota en la voz.

—¡Hannah! ¿Cómo va la fiesta?

Los ojos de Hannah Goodwin son dos lunas azules bordeadas de pestañas color castaño rojizo. Se entrecierran al verme. No soy la única que finge la sonrisa.

Me detengo a medio metro de la puerta.

—No voy a acercarme más —digo—. Más vale prevenir.

Me doy cuenta de que sigo en bata. Con todo lo que ha pasado esta mañana no he tenido tiempo de vestirme.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Ah, muy bien —digo—. La única que lo tiene es Annie, pero hemos pensando que más vale prevenir.

—Pobre Annie. Os estamos echando de menos. Oye, había una ardilla o algo así en vuestro camino, estaba muerta. Debe de haber sido un gato. La he tirado a la basura, pero ha dejado una gran mancha. Dile a Irving que le dé luego con la manguera, ¿eh, princesa?

Es una broma compartida: nos llamamos con apelativos cariñosos y acento anticuado, como estrellas de cine de los años cuarenta.

—Gracias —le digo.

—¿Estás bien? —Me mira con preocupación—. A ver si nos tomamos una copa y nos ponemos al día, Rob. —El sonido de los trombones de jazz en la casa contigua subraya sus palabras—. Tenemos que organizar un fin de semana fuera. Los chicos se acuerdan mucho del Día de los Caídos cuando fuimos al desierto…

Sonrío para mis adentros. Una vez los invitamos a Sundial y Hannah ha dejado caer más de una vez que le encantaría repetir. Los Goodwin tienen una casa en multipropiedad en Florida. Es lo que prefiere Nick Goodwin, pero los gustos de Hannah son más refinados. Prefiere hablar del desierto con su grupo de yoga. *El Mojave es tan espiritual… ahí es fácil reconectar con uno mismo.*

—¿Rob?

—Perdona, me estaba acordando de una cosa.

—¿Te hace falta algo? Puedo ir a la tienda…

—Eres un tesoro —le digo—. Tenemos de todo. Ayer me trajeron la compra, así que no nos falta nada.

Hannah vuelve a entrecerrar los ojos.

—Bueno, ya sabes dónde estoy. Solo tienes que decirlo. Sam la pasó hace un mes y fue un horror.

Lo recuerdo. Hace un mes, o veintidós días, para ser exactos, los Goodwin volvieron de Australia. Sam Goodwin empezó con varicela al día siguiente. Así que llevamos un tiempo sin ver a Hannah. Bueno, yo llevo un tiempo sin verla.

—Te he traído algo para todos. Te lo dejo en el peldaño. ¡Hasta luego, muñeca!

—Hasta la vista, encanto —respondo.

—Llámame luego.

Hannah y yo solemos charlar una o dos veces a la semana, al anochecer. No creo que fuéramos amigas si no viviéramos en casas contiguas y tuviéramos hijos de edades similares. Somos muy diferentes. Pero nos une la experiencia agotadora de la maternidad, el equilibrio constante entre las risas y las lágrimas, ese amor extenuante hacia nuestros hijos que está tan arraigado en todo lo que somos. Me

cae bien. Es el tipo de amiga que quería tener de niña, antes de entender lo que eran los amigos.

Cuando estamos en el columpio del porche y me mira de reojo con humor, y la noche es cálida y las niñas están durmiendo, casi puedo creerme que esto es todo lo que soy: Rob, la maestra que vive en la urbanización de las afueras, con su apuesto marido profesor de ciencias, que por fin ha encontrado una amiga que la comprende.

No sé si se merece los pensamientos mezquinos que le he dedicado. Le encantó Sundial. Ese lugar te atrapa. Muchos se dan cuenta, pero pocos lo comprenden. Menos mal.

Cuando estoy segura de que se ha marchado, abro la puerta con cautela. En el patio de los Goodwin, los banderines ondean en el árbol. La fiesta es cada vez más ruidosa con el regocijo del alcohol. El aire fresco trae humo de tabaco.

En el suelo, a mis pies, hay una tarta de limón y merengue. Más allá, en medio del camino, veo la mancha brillante y viscosa que ha dejado el cadáver de la ardilla. Casi me parece percibir el olor a carne muerta que llega desde la basura.

Tardé meses en conseguir losas negras para el camino a un precio que nos pudiéramos permitir. Me encanta la textura áspera y su manera de retener el calor del sol y transmitirlo a las plantas de los pies. Le pedí al paisajista que no lo trazara recto, sino en curva desde la puerta de entrada. En verano, lo bordean matas de romero, tomillo, lavanda y salvia, todo salpicado de lobelias rojas. Elegí los colores con mucho cuidado.

Ahora, cuando miro mi hermoso camino, solo veo muerte y sangre viscosa.

Hay alguien detrás de mí. No tengo que darme la vuelta para saber que es Callie. Tiene un sexto sentido para el azúcar. Me inclino y recojo la tarta del peldaño.

—Para después de cenar —digo, y cierro la puerta.

—Papá acaba de salir por detrás —dice.

Claro. Claro. De pronto, es demasiado. Me dejo caer sentada con la espalda contra la puerta. Las lágrimas ardientes me corren por la cara. Me cuesta respirar. Tengo la nariz taponada como si me hubieran metido cemento, y la cara tan hinchada y tensa como la de una muñeca de plástico, pero las lágrimas no cesan.

—¿Mamá?

Ay, dios. Callie. Tengo que recuperar la compostura. Trato de respirar con calma, de que no se asuste. Aunque… no sé si Callie se asusta. No como los demás, eso seguro. Las cosas que se le ocurren a una cuando está tirada en el pasillo de su casa como un ciervo recién

nacido, llorando delante de su hija preadolescente.

—No llores, mamá —dice Callie—. Espera, ahora mismo vengo.

Se levanta y la oigo rebuscar en la cocina. Noto la cabeza muy pesada entre las manos.

—Toma. —Algo aparece ante mi vista. Un tenedor cargado de tarta de limón y merengue. Un sonido me sube de la garganta, agudo, sonoro, breve. Es un sonido desconcertante hasta para mí. Callie no pestañea. Me sostiene la mirada—. Te sentará bien —dice.

Así que acepto. El limón se me agarra a la lengua, ácido, mientras que el merengue se me funde en la boca como un torrente azucarado. Me sienta bien.

—Gracias —digo.

Casi me río porque es conmovedor que me dé tarta para animarme, pero hay una parte de mí que se quiere echar a llorar otra vez porque esto es el consuelo en el escaso vocabulario emocional de mi hija: clara de huevo, crema de limón y azúcar, todo hecho por la mujer que su padre… En fin.

—Ya estoy bien. Gracias, cariño.

Me como otro bocado de tarta para confirmárselo.

Callie me mira con la cabeza inclinada hacia un lado y luego asiente, satisfecha. Casi veo cómo aparece la cruz junto a mi nombre para quitarme de la lista de tareas pendientes. Ya me ha arreglado, no se tiene que preocupar más por mí. Vuelve a dibujar. Vuelve a tararear.

Yo sigo comiendo. La tarta está buena.

Hace tiempo que sospecho lo de Irving y Hannah. He visto indicios. Un par de noches, el suave «clic» de la puerta trasera me ha sacado de las profundidades de los sueños. Las duchas largas que se da, el cansancio. El vino en el aliento a mitad del día. Y parecía contento, cosa que sabía que venía de algo ajeno a nuestro matrimonio.

Cuando vi la ampolla de varicela en el brazo de Annie fue como si encajaran los engranajes de una antigua caja fuerte, como si una pelota de golf se deslizara por el césped para entrar en el agujero. Lo supe. Nadie de nuestra casa había estado en casa de los Goodwin mientras Sam estuvo enfermo, ni viceversa. O esa era la idea. Supongo que no se pudieron aguantar. ¿Se llevó a Annie con él cuando tenía que estar cuidándola? No importa cómo fue, la verdad. Mi marido ha puesto en peligro a mi niña. Y esto no se lo perdonaré jamás. Pienso en las tripas de la ardilla desparramadas sobre la piedra caliente.

Irving sabe que ha saltado la liebre. Se lo he visto antes en los ojos, cuando le he dicho que Annie tenía varicela. Miro la tarta de limón, en el suelo, a mi lado, el tenedor clavado vertical en las capas de

merengue, crema de limón y hojaldre. ¿Lo han organizado? Ella me tenía que distraer mientras él salía por la puerta de atrás. Para ir a reunirse… ¿dónde? ¿En la maleza crecida de la parcela contigua, que en verano está llena de serpientes pardas? ¿O van en coche a alguna parte?

Me he fijado en que Nick Goodwin nunca mira a Irving ni lo llama por su nombre. Siempre es «chavalote», «colega» o «muchacho», palabras que suenan bien, pero son las que utilizarías para dirigirte a un niño. Siempre mira a un punto más allá del hombro de Irving. Nick lo sabe, aunque quizá aún no sea consciente.

No podrá seguir haciendo caso omiso mucho tiempo. ¿Qué hará? ¿Vivir en la negación o buscar el enfrentamiento? Creo que optará por la negación. Es agente inmobiliario, se les da bien amoldarse a la realidad. Yo elijo la tercera vía: por dentro ardo de rabia y por fuera parezco impasible. No lo recomiendo.

Lo que no puedo dejar de pensar es que me cae bien Hannah. Hay días en que me cae mejor que Irving. La pérdida de nuestra amistad es como un dolor físico. Un dolor sordo. El dolor de la regla, por ejemplo. Quiero decirle «Elígeme a mí, no tienes ni idea de cómo es él en realidad». No soy capaz de sentir nada apropiado ni siquiera en lo relativo a las aventuras de mi marido.

Annie se come la tarta con los dedos, delicadamente. Suele seguir el ejemplo de Callie con intensidad redoblada. En un par de ocasiones, Callie rechazó el tenedor, y ahora Annie se niega a utilizar cubiertos.

—Cariño —le digo.

Luego lo dejo correr. Que haga lo que quiera.

—¿Os estáis peleando papá y tú? —me pregunta.

—¿Por qué lo dices?

La culpa me estruja el corazón.

—Cuando os miráis, os ponéis negros y con pinchos.

Los niños se dan cuenta de tantas cosas… A veces da miedo.

—Los adultos se pelean de cuando en cuando, y no pasa nada —le digo—. Así sacan lo que tienen dentro y luego vuelven a ser amigos.

—¿Papá y tú sois amigos?

—Tu padre y yo somos superamigos. Como Maria y tú.

Annie da vueltas entre los dedos a un trocito de merengue.

—A Maria ya no le caigo bien —dice. Frunce los labios en una expresión de pesar tan adulta que da miedo—. En el colegio me insulta. Ya no comemos juntas. Estoy muy triste. Me dan ganas de morirme.

—No digas esas cosas, cariño.

La cojo en brazos.

Estoy consternada. Maria es una niña preciosa, con pelo oscuro, liso y brillante como la seda. Parece una muñeca y siempre habla con frases completas. «Por favor, señora Cussen, ya he terminado de comerme el bizcocho». Annie y ella siempre han jugado juntas muy serias y tranquilas. Pensaba que era la amiga perfecta para mi hija.

—Me parece que Maria lo está pasando mal últimamente —le digo —. Se ha quedado con su madre, porque sus padres se están divorciando.

No puedo evitarlo, siento un cosquilleo de orgullo. Por mal que vayan las cosas, Irving y yo no hemos sometido a las niñas a eso. Al menos algo nos queda. Me da vergüenza el ramalazo de odio que siento hacia Maria, que ha herido la delicada sensibilidad de mi hija. Abrazo a Annie y aspiro la fragancia de su pelo.

El chorro de agua barre las losas y arranca las entrañas secas, negras. Si espero a que vuelva Irving para limpiar esto habrá ardilla por todo el camino hasta dios sabe cuándo. Además, ¿por qué lo tiene que hacer un hombre? ¿Por la sangre, por el olor? Cualquiera que haya pasado por un parto ha visto cosas mucho peores. Tiene gracia todo lo que olvidamos del momento de dar a luz: el dolor, el sonido de la carne al desgarrarse. Es autodefensa. El cuerpo tacha líneas enteras para proteger la mente.

A veces noto un sabor extraño en la boca cuando tengo miedo o estoy furiosa. Es dulzón, como a cocacola tras varios días en el vaso, sin gas. Me llega hasta en sueños. Ahora mismo lo noto en la boca y me dan ganas de escupir. Pero no puedo, claro. Alguien podría verme.

No es la primera vez que me encuentro con un animal muerto. Hannah dijo que lo debía de haber matado un gato, pero aquí la gente no deja salir a sus gatos a la calle. Yo creo que hay un depredador en los alrededores. Un coyote, o un zorro. Puede que un mapache, o un tejón. He leído que todos matan por placer. Sea lo que sea, ha elegido mis losas negras como mesa de comedor. He visto a menudo manchas, indicios, en el camino. En el resto del barrio me he encontrado con cadáveres, destripados, aplastados en las entradas, los caminos, los porches, lazos de intestinos a la luz del sol matinal, patitas engarfiadas en la muerte, ojos entrecerrados que muestran una luna de esclerótica azul. Muertos, tan muertos… Es espantoso que todo a tu alrededor parezca una metáfora de tu vida.

Estoy esperando junto a la puerta trasera, entre las largas sombras de enero, cuando entra Irving.

—Rob —dice al verme. Está muy borracho—. He ido a la tienda.

Mece la bolsa.

—¿Has comprado todo lo que te hacía falta?

Sonríe ante mi tono de voz.

—Sí —dice.

—Bien. Entra.

Cuando ha pasado, echo el cerrojo.

—Se acabó ir a la tienda —digo—. Tengo tus llaves. Si vuelves a salir, te quedas fuera.

—¿Estás loca? —pregunta muy despacio.

No me inmuto.

—Ve a ver a Callie. Ha estado preguntando por ti.

Se detiene, encorvado por la vergüenza. Conozco esa expresión. Necesita algo. Tener que pedirme lo que sea lo saca de quicio.

—Antes no he encontrado mi medicación —dice—. Ya lo sabes, tengo que tomarla todos los días a la misma hora. ¿Has…?

—Te la he escondido en el armarito del baño, detrás del bote de vaselina —digo—. Espero que la encuentres.

Viene por detrás, me sorprende antes de que me dé cuenta. Su brazo me rodea, me roza la garganta. No me retiene. La piel apenas roza la piel, como una promesa. Con la otra mano me tapa la luz. Por un momento creo que me va a tapar los ojos, como los niños cuando se te acercan por la espalda. Luego tengo miedo de que me meta los dedos en las órbitas, que me agarre el globo ocular entre el índice y el pulgar, y me lo arranque con delicadeza. Ahogo un gemido y manoteo. El grito que me nace en la garganta sale como un quejido ahogado. Pero la mano engarfiada de Irving se limita a planear ante mi rostro. Me respira al oído, me lo inunda de hedor a alcohol.

—Yo también lo espero —dice.

No me toca. No me ha puesto la mano encima desde aquel día, pero le gusta acercarse.

Callie tenía nueve años, y Annie, seis. Irving y yo estábamos en medio de la madre de todas las peleas. Llevábamos ya días. Nos escupíamos veneno cada vez que pensábamos que las niñas no nos oían. De noche, cuando estaban en la cama, nos gritábamos, llorábamos, nos tirábamos cosas. En alguna ocasión las despertamos. Annie sollozaba. Luego se volvía a dormir sin problema. Era demasiado pequeña para entender nada. Callie siempre había sido más rápida. Sé que lo entendía. Pero nunca lloraba, y nunca decía nada.

Una noche, mientras Callie estaba viendo la tele en la sala, fui a la cocina y él me estaba esperando inmóvil detrás de la puerta. Empecé a susurrar algo hiriente para soltar parte de la bilis acumulada. Irving me cogió por la nariz y apretó con tanta fuerza que me crujió el cartílago. El latigazo de dolor me recorrió como una ola de fuego.

Pero me acordé de que Callie estaba al otro lado de la puerta y detuve el grito en la garganta. Me quedé inmóvil, con los ojos llenos de lágrimas, aullando en silencio. Casi no me salió sangre, pero tuve varios días la nariz dolorida, sensible, hinchada como una ciruela madura. Annie no paraba de tocármela mientras decía «buu, buu».

La tarde siguiente, un sábado, íbamos a ir a jugar a los bolos con los Goodwin, como de costumbre. Les tocaba beber a Hannah y a Nick, así que Irving y yo teníamos que conducir los dos coches, para llevar a ambas familias. Metí a Annie en el jeep mientras Callie aguardaba en el peldaño de entrada a que Irving terminara lo que fuera que estuviera haciendo en casa. Siempre que salimos de casa, Irving se acuerda de que tiene que hacer algo en el último momento: sacar los platos del lavavajillas, colgar un cuadro, llamar a alguien. Es un ejercicio de poder: me hace esperar mientras la ansiedad crece y se nos hace tarde para lo que tengamos planeado. Además, creo que necesita la adrenalina de la prisa siempre que tiene que hacer algo.

Annie siempre iba conmigo, y Callie, con Irving. Era la configuración natural. Pero hice una pausa y llamé a Callie.

Cuando Irving salió, las dos niñas estaban ya instaladas en el jeep, Annie en la sillita para niños, Callie con el cinturón puesto en el asiento trasero.

—Adiós, Irving —dije, y metí marcha atrás.

El espanto se dibujó en su rostro. Creyó que me iba a llevar a sus hijas.

«Bien —pensé—. Ahora sabes lo que se siente».

—¿Por qué no voy con papá? —preguntó Callie.

—Porque me toca un ratito de Callie —dije.

El SUV nos siguió de cerca hasta llegar a la bolera. Vi a Irving por el retrovisor, echado sobre el volante, con los ojos como clavos de rabia. A su lado y en el asiento de atrás, los Goodwin no paraban de reír.

La bolera era un alegre caos de sábado familiar. Esperé a que los Goodwin estuvieran a un lado, poniéndose el calzado. Solo entonces hablé con Irving en susurros.

—No vuelvas a tocarme. Jamás.

Asintió una sola vez, inexpresivo. Comprendí con sorpresa que yo había ganado.

Cuando volvimos a casa y metí a las niñas en la cama, me tumbé y escuché los sonidos de Irving en el cuarto de baño. Nunca uso el baño del dormitorio. El concepto se me escapa. ¿Quién puede defecar tan cerca de donde duerme? Yo quiero al menos dos puertas entre esas actividades. Por eso, entre otras cosas, me gustan tanto los barrios

residenciales. Apenas prestan atención al hecho de que tenemos un cuerpo.

Cuando Irving salió, me incorporé. Ojalá no me hubiera acostado. No me gustaba alzar la vista hacia él.

Sonrió, arrepentido, y arqueó una ceja. Yo le devolví la sonrisa con alivio.

—Voy a esperar —dijo—. Esperaré a que termine esta pelea y volvamos a ser felices. Iremos a restaurantes franceses, como antes. Volveremos a enamorarnos. Estaremos tan enamorados que nos dolerá cada momento que no estemos juntos. Y entonces, un día... no sé, mientras desayunamos, o mientras vemos una película... lo que sea, algo normal... un día, te volverás hacia mí para hacer una broma o preguntarme algo, y no estaré. Irás a buscar a Callie y tampoco estará. Te voy a dejar cuando menos te lo esperes, y me la llevaré conmigo. —Se inclinó sobre mí y me dio un beso en la frente. Un beso ligero como una hoja seca—. Soy más listo que tú —dijo—. Y tengo más resistencia. Puedo esperar a que te duela de verdad.

Cogió el vaso de agua que tenía en la mesilla y lo estrelló contra la pared. Sonó como si el mundo se abriera. Los fragmentos de cristal volaron como diamantes. Irving sonrió. Luego, se metió en la cama y no tardó en quedarse dormido.

Yací a su lado con la vista fija en el agua que resbalaba por el ocre de las paredes del dormitorio. Había elegido ese color de pintura porque era relajante. *Como una villa toscana bajo el sol del atardecer.*

Irving cumplió su promesa. Desde aquel día no ha vuelto a ponerme la mano encima. Se desahoga con vasos, con platos. Y todos los días pienso... ¿será hoy el día? ¿Será hoy cuando estrellará mi cabeza contra la pared, en vez de un plato o una copa?

Annie se niega a probar la sopa que he preparado, o la naranja, o el bocadillo. Lo mando todo al cuerno y le doy una galleta que sobró de navidad. El glaseado es de un color rosa virulento. Annie no debería tomar más azúcar después del pastel de merengue y limón, lo sé, pero nada me importa. Se la come con ansia y luego se duerme.

Ahora es el rato de Rob.

Voy a mi estudio, junto a la sala de estar. Antes de hacer nada, siempre me siento en la silla y respiro hondo varias veces. *Sitúate. No puedes escribir con la cabeza llena de varicela, de adulterio, de preocupación por tu hija mayor.* Escribo a mano. Solo así puedo pensar.

Empecé a escribir la serie del Colegio Arrowood hace un par de años, de noche, cuando Irving trabajaba hasta tarde. Por aquel entonces era con una chef de un restaurante en Escondido. Debía de ser muy buena en lo suyo, porque ese año engordó bastante. La serie

va de un internado de alto nivel en la costa de Nueva Inglaterra. De adolescente debí de leer más de cien veces *Tercer trimestre en Bingley Hall* . Los libros clavan garfios muy profundos en la mente a esa edad. Cuando decidí que quería ser maestra, tenía la secreta esperanza de que el colegio fuera como Bingley Hall. Bastó con el curso de aptitud para la enseñanza para acabar con esas ilusiones. Puede que haya colegios como Bingley Hall en el mundo. Tal vez en Inglaterra. Pero yo no los conozco. Tal vez los hubo en el pasado y han desaparecido. Tal vez es una suerte que solo existan en la imaginación.

Pero soñar es gratis. Este libro está escrito desde el punto de vista de una chica aficionada a los deportes. Tiene secretos. Creo que va a ser una ladrona. En todos los libros de Arrowood hay un escándalo. Mis adolescentes son de lo más problemático.

Es una buena distracción. No, es mucho más. Es un lugar donde refugiarme. Ya hay cuatro historias de Arrowood. Son largas, así que se podría decir que he escrito novelas. Nunca se las he dejado leer a nadie. ¿Por qué iba a hacerlo? Son personales.

Escribo a lápiz, porque lo último que hago, nada más terminar de escribir cada historia, es cambiar los nombres de todos los personajes. Mientras escribo, utilizo nombres de gente que conozco. Sobre todo, los de mi familia. Libro tras libro, Rob, Irving, Callie, Annie, Jack, Mia y Falcon se traicionan, traban amistad, se cuentan secretos. Caminan por las salas de Arrowood del brazo, llevan los libros a clase, discuten sobre quién va a ir con quién al baile de primavera con los chicos del colegio que hay cerca.

Nada de esto sucedió en la vida real, claro, pero, aun así, son recuerdos. Una especie de terapia.

Por fin termina la fiesta en la casa de al lado. La música cesa y se apagan las conversaciones. Se cierran las puertas de los coches, y creo que alguien tropieza y cae. Oigo el choque de la carne contra el asfalto. Meneo la cabeza, irritada. Van a despertar a las niñas. Además, la delegada de la clase iba a hacer una canallada de las suyas, y he perdido el hilo.

Respiro hondo y vuelvo a coger el lápiz. Todo lo demás se desactiva. Es maravilloso. Es como si desapareciera.

Arrowood

Callie bajó hacia el mar por el camino del acantilado con los libros de gramática cuneiforme bajo el brazo. Iba un poco retrasada en clase y pensaba estudiar a la sombra de las paredes rocosas, con los dedos de los pies enterrados en la arena. La señorita Grainger estaría muy orgullosa cuando viera que se había puesto al día pese a haberse pasado el semestre anterior pensando solo en el hockey. Callie estaba un poco enamorada de la señorita Grainger. Era tan lista, tan elegante con aquella melenita corta...

Pero, al llegar a la playa, Callie se dio cuenta de que había alguien allí. El viento le llevó el sonido de voces. Para no parecer entrometida, Callie, casi por instinto, se acuclilló tras un matorral de espadañas. Se arrepintió al instante: si la descubrían, pensarían que estaba escuchando a hurtadillas, y sería humillante.

Una voz le resultó familiar. Era la mejor amiga de Callie, Jack, que hablaba con alguien. Jack en realidad se llamaba Jacqueline, pero detestaba ese nombre. Ni siquiera las profesoras la llamaban así. Callie y Jack siempre iban juntas. Se lo contaban todo. Bueno, casi todo.

—Gracias por acceder a vernos aquí —dijo Jack—. No quería que la gente comentara nada.

—¿De qué se trata, Jack? Tengo una clase de soplado de vidrio en veinte minutos —respondió otra voz.

Callie casi dejó escapar un grito. Era la señorita Grainger. ¡Increíble! ¡Había estado pensando en ella hacía tan solo un momento!

—Tengo que contarle algo muy grave.

—Oh, cielos. Sigue, Jack, por favor.

—La que ha estado robando cosas a las otras chicas es Callie —dijo Jack—. Yo tenía cuarenta dólares en mi taquilla. Eran un regalo de mi tía para comprarme unas botas de fútbol nuevas. Y esta mañana me habían desaparecido.

—¿Has mirado debajo de todo? —preguntó la señorita Grainger—. Muchas veces, las cosas se van apilando unas encima de otras y si las buscas las encuentras.

—Ya he buscado, señorita Grainger, se lo aseguro. Pero los cuarenta dólares han desaparecido. Y ha sido Callie, sin duda. Es la única que sabe la combinación.

Callie se quedó boquiabierta. Se puso muy roja, aunque nadie la veía allí, escondida entre la hierba. Era humillante que Jack pensara que era una ladrona. ¡Y ahora la señorita Grainger también pensaba lo mismo!

—Te agradezco que me hayas contado esto. El robo es un tema muy grave —dijo la señorita Grainger—. Hace tiempo que sospechábamos en la sala de profesores que podía tratarse de Callie. Ahora tenemos que hacer algo.

—Si lo sospechaban, ¿por qué no hicieron nada? —preguntó Jack, enfadada.

—Debí hacerlo —respondió la señorita Grainger con tristeza—. Tenía la esperanza de que no fuera verdad. Es que, hace muchos años, hice una promesa a su madre en su lecho de muerte. Le juré a Rob que protegería a Callie. Rob y yo habíamos estado muy unidas, tanto como vosotras dos. Pero, ahora, las cosas han ido demasiado lejos. Tendremos que expulsar a Callie. Esto está afectando a las otras estudiantes. No sé si lo sabes, pero Rob, su madre, era una bruja. Creo que Callie también es una bruja. Las brujas roban, es el primer indicio. Cuando empiezan, pronto se vuelven malas y no podemos permitir que estén cerca de otras chicas.

—Las brujas no existen —dijo Jack.

—Ya casi ha pasado la hora del almuerzo. Tienes que volver al colegio. —La voz de la señorita Grainger había cambiado. Era fría, sin rastro del tono amistoso de antes—. Una cosa más, Jack.

—Dígame, señorita Grainger.

—Prométeme que no le contarás nada a Callie ni a ninguna otra chica. Ni a las profesoras. Quiero encargarme personalmente de este asunto.

—De acuerdo, señorita Grainger.

A Callie le latía el corazón a toda velocidad. ¿La señorita Grainger había conocido a su madre? Pero no podía pararse a pensar en eso. Era imprescindible evitar que la expulsaran, porque su padre no la perdonaría jamás.

Se sacó la navaja del calcetín y pulsó el resorte para abrirla. Pasó el dedo por la hoja, con lo que se hizo una fina línea escarlata en la yema. Sería rápida. Era lo mínimo que le debía a la señorita Grainger.

Pero, cuando se abrió camino entre la hierba, en la playa solo

quedaban unas gaviotas. La señorita Grainger había desaparecido. Callie se dio media vuelta y vio cómo la coleta de Jack se alejaba por el camino que subía al Colegio Arrowood, en la cima del acantilado, con sus estandartes verdes ondeando en las nueve torres de piedra.

Rob

Ya estoy a punto de meterme en la cama cuando Irving grita mi nombre. Su voz tiene una cualidad extraña. Es como si un dedo helado me recorriera la columna vertebral. Acudo corriendo.

Annie es un fantasma blanco entre las mantas. Le tiembla todo el cuerpo. En el suelo hay un charco de vómito. Irving no sabe qué hacer con las manos. Le da miedo tocarla.

—Le pasa algo.

Le busco las manitas entre la ropa de cama. Todavía tiene los guantes pegados con cinta adhesiva a las muñecas. Mis dedos tropiezan con otra cosa. Saco el frasco a la luz de la lámpara.

—Por dios santo, Rob —dice Irving.

Cree que escondí ahí sus píldoras, que es culpa mía.

El frasco vacío de pastillas para la diabetes está sin tapa. Me doy cuenta de varias cosas a la vez.

—Voy a llamar a una ambulancia —dice Irving.

—No —respondo—. No llames. —Irving se detiene. Noto sus ojos clavados en mí, pero no tengo tiempo para él. Hablo con Annie—. ¿Te las has tomado hace mucho rato, cariño? ¿Cuánto?

—Ahora mismo —dice Annie.

Cojo en brazos a Annie y la llevo al baño. Le meto los dedos en la boca hasta la garganta. La hago vomitar una y otra vez. Veo mucho azul, las pastillas. Seguidas de glaseado rosa. No paro hasta que tiene el estómago vacío, hasta que las arcadas no producen nada.

La siento en el suelo del baño.

—¿Cómo te encuentras, cielo?

—Mejor —dice Annie. Y lo parece—. Caramelos malos.

—Muy malos. ¿Quién te los ha dado, cariño? A mí me lo puedes contar todo.

—Me los he dado yo —dice, y se echa a llorar.

Pero no es posible que haya abierto el frasco. Aún tiene las manos enfundadas en los guantes, y la tapa a prueba de niños exige una combinación de fuerza y destreza. ¿Y dónde está? Alguien ha quitado la tapa de seguridad y le ha dado las pastillas.

Meto a Annie en la cama y registro la habitación. Vuelvo del revés los armarios y registro con los dedos la ropa de cama pese a sus

protestas adormiladas. Pero la tapa del frasco no aparece.

Irving está sentado a la mesa de la cocina con la cabeza entre las manos. Llegan los primeros síntomas de resaca.

—Tienes que vigilarla más, Rob —dice.

En la mesa, los gusanos se retuercen con vitalidad. Algunos se acercan a la pared del cuenco de cristal como dedos diminutos. Están despertando, cada vez más vivos. Puede que sean imaginaciones mías, pero los cuerpos gordos, rojos, hacen ruido al rozarse entre ellos, como un crujido seco. A medida que cogen temperatura, el hedor es más penetrante.

—¿Cómo ha cogido las pastillas, Irving?

—Ni idea. Me tomé una y las volví a poner en el armario. En el estante de arriba, como siempre. ¿Cómo ha llegado? A ver, puede haber arrastrado un taburete hasta el baño para subirse, o...

Las palabras me salen sin pensarlas.

—¿Se las has dado tú?

Es una idea casi imposible allí, en mi cocina de iluminación difusa, con los botelleros en las paredes y las carísimas cazuelas de fondo de cobre. Casi imposible.

Las pupilas de Irving se contraen hasta casi desaparecer. Siento el roce tenue del miedo.

—Para jugar con ellas, o lo que sea.

Trato de sonar titubeante, como si buscara su aprobación. Pero es demasiado tarde. La pregunta ha quedado suspendida ante nosotros como una herida. Hay cosas que no se pueden decir en un matrimonio porque lo cambian para siempre.

Irving suelta una tos como un ladrido. Tiene los tendones del cuello tensos como cables.

—No digas locuras, Rob. Ya sabes cómo te pones.

—Júralo por Callie.

Se encoge de hombros.

—Vale. Lo juro.

Se me relajan los músculos de puro alivio. Me dejo caer sentada en el suelo de la cocina. El mundo me da vueltas muy deprisa. Le creo. No se puede estar casada doce años con un infiel compulsivo sin desarrollar un instinto muy certero para detectar la verdad.

—Gracias a dios —digo—. Gracias a dios.

—Joder, Rob. —Irving tiene la voz débil—. Necesitas ayuda.

—Sí —respondo. ¿Cómo he podido pensar que mi marido ha envenado a mi hija para sacar ventaja en una pelea?—. ¿Qué va a decir June, la terapeuta, cuando le contemos que te acusé de intento de asesinato?

Nos miramos un instante y respondemos a la vez.

—¿Cómo te sientes tú al respecto? —digo yo.

—¿Qué te hace sentir a ti? —dice él.

Los dos nos reímos, y la tensión cede un poco.

Pero una voz gélida, demente, me dice «Tal vez habría sido mejor si hubiera sido él». La semilla de algo aún peor está creciendo en mi mente.

—¿Dónde está Callie, Irving?

—En su cuarto.

De la semilla brotan sarmientos nauseabundos.

—¿Qué hace en su cuarto?

—Pues dormir, ¿qué va a hacer? —responde con una paciencia que es hostil.

Empiezo a preguntarme cómo puede estar tan ciego, pero me doy cuenta de que no lo está. Bajo esa actitud condescendiente, está nervioso.

Callie tiene el suelo ligero. Deberíamos haberla despertado. Pero mi hija mayor, a la que el caos y las conmociones atraen como un imán, que clava una mirada curiosa tanto en las discusiones como en los accidentes de coche, no ha salido. Por lo general, busca asiento de primera fila cada vez que pasa algo. Y no está aquí.

Hay quien dice que algo es inimaginable cuando lo que en realidad quieren decir es que no se atreven a imaginarlo. Que se resisten a un concepto. Pero no, «inimaginable» no significa eso. Ahora lo sé. Significa verse enfrentado a una idea tan vasta, oscura y monstruosa que no encaja en ninguna forma conocida que tengamos en la mente. Es veneno y locura que florecen tras los ojos. Carraspeo como si me quisiera quitar de la garganta el sabor a cocacola caliente sin gas. Lo peor es que no estoy tan sorprendida como sería de esperar.

Por lo general, trato de no darle importancia. Sé lo difícil que puede ser una relación entre hermanas, sobre todo si son de edad muy parecida. Intensa, rabiosa. *Las niñas al final lo superan.* O eso me digo.

Callie agarrando a Annie por el pelo, la boca contra su oreja, susurros. Annie que echa la cabeza hacia atrás, boquiabierta, lágrimas de dolor en los ojos. Señales rojas en el bracito de Annie. Un par de magulladuras que Annie no me ha sabido explicar. *No seáis tan brutas cuando juguéis, niñas.*

¿No he reaccionado porque necesito ocultar que Annie es mi favorita? Y si es así, si esto me ha detenido, ¿cómo voy a vivir el resto de mi vida, sabiéndolo?

Callie no está dormida. La encontramos sentada ante la mesa de su dormitorio. Tiene delante papel y lápices, pero no está dibujando. Está

sentada, sin más. En las paredes hay bocetos anatómicos, bellos dibujos a lápiz de esqueletos. Pájaros, una ardilla posiblemente, otro que puede ser un cachorrito de perro. Son precisos, a escala. Ella misma los pone en marcos grises tipo caja. El efecto es muy bonito. Callie tiene talento, pero no para la vida. En sus estanterías hay pilas de libros sobre psicología y asesinos en serie. Tienen etiquetas con códigos en el lomo. Son de la biblioteca. Sé por experiencia que la mayoría debería haberlos devuelto ya.

—Levántate, por favor —digo.

Obedece sin hacer preguntas. Los presentimientos ominosos me crecen por dentro. Reviso el escritorio. Está perfectamente ordenado. Lápices, ceras, borradores, papel, cúter. Unos cuantos libros de anatomía muy manoseados.

—¿Qué haces, mamá? —pregunta con un tono más curioso que airado.

—Busco una cosa. ¿Sabes qué es, Callie?

No levanta la vista, pero no puede evitar mirar de reojo hacia un rincón, donde está el puf.

Lo palpo con cuidado, en busca de cualquier objeto extraño. Nada. Debajo, la esquina de la alfombra está combada, como el borde de un sándwich olvidado sobre la mesa. La levanto y lo veo. Un tablón suelto. Hago palanca con los dedos y sale sin problema. Debajo hay un buen espacio, un cuadrado de medio metro de lado. Dentro hay una mochila azul desastrada que ocupa casi todo el espacio. Es de Callie, vieja, de cuando estaba en cuarto curso. La cojo y la abro. Meto la mano con cuidado por si hay algún objeto afilado. La vacío en el suelo, a mi lado. Un bote de agua oxigenada, una fiambrera de plástico. Al abrir la fiambrera, sale una nube de putrefacción. Dentro hay una ardilla muerta en una bolsa de zip. Veo los gusanos blancos entre el pelaje. Hoy he visto más gusanos de los que quiero ver en toda mi vida. La arcada me sube como la marea. Me tapo la boca y se me pasa, o se atenúa un poco. Hay un par de cosas más. Un tubo de pegamento. En una funda de plástico, una hoja de cartulina gruesa color crema con unos huesos dibujados. No. No están dibujados. Son de verdad, están pegados.

Me quedo mirando un rato el montaje de huesos. Luego, me levanto y voy hacia la pared, a donde hay un dibujo de una serpiente pequeña. Le doy la vuelta al marco.

Los huesos de la serpiente están pegados por la parte de atrás y reproducen a la perfección el dibujo. Allí están todos, hasta la última costilla, cada uno en su sitio. Le doy la vuelta al dibujo de un ratón. Ahí están, en la parte de atrás, la misma imagen en huesos

decolorados. En la calle hemos encontrado muchos animales muertos, pero hay muchos más que nunca llegamos a ver.

—Ya me los encontré así —dice Callie en tono poco convincente—. Yo no quería —añade.

—Callie. —No se me ocurre qué decir—. ¿Por qué?

—No lo sé, mamá —susurra—. Todo se vuelve plano y brillante.

En la mochila hay un último objeto, en un bolsillo delantero cerrado con cremallera. Es el tapón de seguridad del frasco de pastillas de Irving. Se me corta el aliento y lo veo todo borroso. Me apoyo en el escritorio de Callie para no caerme. Veo lo que ha estado dibujando hoy. Son los huesos de una mano infantil. Más o menos del tamaño de la de Annie.

Se oye el golpe cuando le estampo la mano contra la mejilla. Le dejo una marca roja en la piel tostada. Se lleva los dedos a la cara y se la palpa con cuidado, como si la notara caliente. La expresión de los ojos no ha cambiado. Sigue siendo vaga, como si estuviera manteniendo aparte una conversación que yo no oigo.

Nunca había pegado a mis hijas. La que llora soy yo, no Callie. Tengo el corazón desgarrado y el dolor es físico.

—Mamá.

Noto la mano de Callie ligera contra la espalda, como un pedazo de madera de deriva. Es la segunda vez que me consuela hoy.

Me controlo lo mejor que puedo.

—Llevas mucho tiempo haciendo esto. Hay muchos.

Me sorprende lo normal que me sale la voz, lo maternal que sueno. Es como si hablara de un trabajo que ha hecho para clase. Me seco los ojos y me sueno la nariz. Siempre llevo pañuelos de papel en el bolsillo.

Callie clava la vista en el suelo y mueve los dedos. Habla en voz tan baja que casi no oigo la respuesta.

—Lo he hecho siempre.

—¿Esto para qué es? —Señalo el agua oxigenada.

—Pone blancos los huesos —dice.

Todo empieza a encajar como suele suceder durante una crisis: las cosas van cayendo en su sitio con un peso letal. El olor desagradable en el cuarto, el agua oxigenada, la fiambrera.

Respiro hondo. Ya no estoy asqueada ni asustada. Todo lo contrario, me siento muy cerca de ella. Estamos siendo sinceras la una con la otra por primera vez en muchos años.

—Esto de los huesos lo he hecho siempre. Hasta antes de hacerlo ya quería hacerlo. Sé quién soy. Y sé que no le gusto a nadie —dice Callie —. Ni a ti.

—Claro que me gustas, cariño —respondo—. Soy tu madre. Te quiero.

¿Estoy diciendo la verdad?

—También sé que está mal —sigue con voz átona—. No sé qué hacer. Estoy muy zzzzz, carita adormilada.

—Te entiendo —digo, y es verdad.

Le tiendo los brazos. Se acurruca contra mí. Me abraza por la cintura. Pienso en esos dedos fuertes y siento un nudo helado en el estómago. Pero no titubeo. La sigo estrechando. Eso sí lo puedo hacer.

—Tengo miedo —dice contra mi camisa.

La acaricio.

—Lo vamos a arreglar todo. ¿Vale?

Me mira con esos ojos verdes, intensos, con mis ojos.

—Lo siento, mamá.

Es una de las raras ocasiones en que siento una ola de amor abrasador hacia ella. Me llena, ocupa todos los recovecos, todos los huecos donde falta algo.

Me siento al lado de Annie. Tiene la respiración pausada, regular. Su presencia me calma hasta cuando duerme. Los pensamientos me cruzan la mente como peces por un estanque. Intento razonar a la desesperada. Tal vez Callie no tiene más problema que un exceso de curiosidad. ¿No hacían lo mismo que ella los naturalistas del siglo XIX ? ¿Es más cruel lo que hace con los animales que lo que hacemos a diario los que comemos carne? Sí, de acuerdo, intento controlar la procedencia de lo que compro, me preocupan las condiciones de cría del ganado, pero a veces vas con prisa y...

Respiro hondo. Tengo que concentrarme.

Annie está despierta y me mira.

—Quiero rezar —dice—. ¿Rezas conmigo, mamá?

No sé de dónde ha sacado la religión. La primera noticia fue hace unos meses, cuando me la encontré rezando de rodillas, junto a la cama, con las manos juntas como los niños en las ilustraciones. Somos una familia laica. En mi opinión, no se puede ser científico ni enseñar en un colegio sin prescindir de cualquier atisbo de fe en un creador benevolente.

—Claro —le digo—. Pero reza en la cama, ¿vale, cielo? No quiero que te levantes.

Cierra los ojos. Mueve los labios con fervor. La observo con una creciente sensación de desconcierto y fracaso. Mis dos hijas me resultan incomprensibles. Cuando salgo al pasillo me detengo un momento. La herida del corazón se hace más honda, un tajo sangrante. La sensación es tan vívida que me sorprende mirarme el

pecho y ver solo un jersey de algodón gris con botones de nácar.

Mi cocina me resulta extraña. ¿Cómo se me ocurrió meter tanta madera artesanal y cobre por aquí y cromo por allá, todos los trastos caros de la encimera, del fregadero, de los estantes, los que cuelgan en hileras sobre la tabla de cortar? Hay un especiero con cincuenta frascos. Se lo pedí a Irving de regalo de cumpleaños. ¿Quién necesita tantas especias?

Irving está sudando. El hielo tintinea en el vaso cuando se lleva el whisky a los labios, y pese a todo lo que está pasando siento el latigazo ácido de la irritación. No puede dejar de beber ni en este momento. El pelo oscuro le cae sobre la frente, pegajoso.

—Seguro que las niñas estaban jugando con el frasco y se salió la tapa —dice.

—No seas idiota —respondo.

—¿Qué me has llamado?

Tiene en la voz cosas rojas que se retuercen. En otras circunstancias sería una señal de alerta, pero no tengo tiempo.

—No le dio las pastillas a Annie mientras jugaban. Tengo que sacar a Callie de aquí.

Irving me mira y niega con la cabeza. Se me congela el corazón. Está en uno de esos estados de ánimo.

Monto el árbol de decisiones a toda velocidad. *¿Cómo puedo apartar a Callie de Annie? ¿A dónde vamos?*

Es una técnica que utilizo con mis alumnos de cuarto para fomentar la lógica y la capacidad de resolver problemas. Visualizo las preguntas y el abanico de posibles respuestas. Sigo cada hilo hasta llegar a una conclusión. Soy capaz de hacerlo en segundos, con la mente a toda velocidad, como un incendio forestal.

Ya lo tengo. Ya sé dónde ir con Callie. Pero tendré que esquivar a Irving. Noto que me mira, así que cojo el tarro de cardamomo del especiero y le doy vueltas entre las manos como si estuviera pensando en eso.

—No te vas a llevar a mi hija a ninguna parte —dice Irving con paciencia—. Por mucho que te empeñes, Callie no es Jack. Lo estás haciendo para vengarte de mí.

—Qué narcisista —digo sin pensar.

Me coge el tarro de cardamomo de la mano con delicadeza y lo lanza contra la pared con todas sus fuerzas. Estalla en mil pedazos. El aire se impregna del aroma denso. Siento que se me acelera el pulso. Irving coge la salvia del especiero con sus dedos largos, delicados. Tiene los ojos llenos de sombras. Como siempre en momentos así, me pregunto si irá primero la salvia, y luego yo.

A veces es posible distraerlo, pero tengo que hacer algo decisivo, y rápido. Curar o matar, como se suele decir.

Le cojo el tarro de salvia con firmeza, sin revuelo.

—Me voy a llevar a Callie a Sundial. Nos hace falta estar juntas. Tú te llevas bien con ella. Puede que esté haciendo esto para que le preste atención. A veces estoy muy nerviosa, y las niñas lo notan.

Titubea. Veo que está al borde, vacilante. Lo he calmado, pero la mera mención de Sundial es arriesgada. Puede salir bien y puede salir mal.

—De acuerdo —dice Irving, y levanta las manos. Adopta el papel de marido derrotado—. Cuando te pones así no se puede discutir contigo. Cuidaré de tu hija enferma. Igual Hannah me echa una mano.

Sé que debería dejarlo pasar. Pero me ha clavado una lanza ardiente de rabia en las tripas. Ojalá yo pudiera tener aventuras y emborracharme, pero no puedo, alguien tiene que cuidar de los seres frágiles que dependen de nosotros, y soy yo, siempre soy yo, y la oleada de rencor me arrolla, me quema la piel como ácido. Acabo de obtener una victoria enorme, pero no me puedo controlar. Cojo de la mesa el cuenco de los gusanos. Ya están a temperatura ambiente y se retuercen como un oleaje en miniatura. Cruzo la cocina manteniéndolos bien lejos de mí. Abro la ventana, subo la persiana y los lanzo afuera, a la noche, al cantero de flores. Contengo un grito cuando un gusano me roza la muñeca. No es húmedo como me había imaginado, sino seco, casi escamoso.

—¿Y eso de qué sirve? —Irving contiene una sombra de sonrisa—. Tu comportamiento es irracional.

La rabia se desvanece. Me siento muy fría, muy sola. Ha sido una estupidez. Lo podría haber echado todo a perder. Y tiene razón, no sirve de nada.

—Una de nuestras hijas ha intentado matar a la otra —digo.

Solo con afirmarlo en voz alta noto un escalofrío que me sube por la espalda.

—Esas cosas son hereditarias por parte de madre. —Irving ni siquiera levanta la voz—. La de secretos que te guardo, Rob.

—Callie y yo nos iremos a primera hora de la mañana —digo.

Lo observo calcular las opciones. No quiere dejarnos marchar, pero así tiene la casa para él. Y ella, también.

Llamo a Hannah. Tiene voz de sorpresa. Son las dos de la madrugada.

—Hola, Rob. Estaba recogiendo lo de la fiesta, dame un momento...

—Me voy a marchar unos días —digo—. Puede que más, no lo sé. Me llevo a Callie. Quería que lo supieras. Es posible que Irving necesite ayuda, porque Annie tiene varicela. Además, ha comido algo

que... bueno, déjalo. Se va a poner bien, pero si pasa algo, ¿puedes echar una mano? Necesito que me lo confirmes.

El teléfono me transmite miedo y silencio.

—Eh... ¿sabe Irving que lo vas a...?

—Dios, Hannah, si fuera a dejar a mi marido, eres la última persona a la que se lo diría. Volveremos. No te estoy haciendo cómplice de un secuestro ni nada por el estilo.

—Vale —dice tras un momento. Tiene los labios paralizados, se lo noto—. ¿Qué pasa, Rob? ¿Necesitas ayuda?

—Ya no me puedes preguntar esas cosas —digo—. Eso lo pregunta una amiga. Nosotras no somos amigas.

Me detengo en el umbral del dormitorio de Callie. No quiero entrar, no quiero estar rodeada de tantos huesos. Sigue despierta, sentada en la cama con las manos en el regazo. Tiene los ojos clavados en la pared. Me está esperando. ¿Qué cree que va a pasar? Miro a mi hija, y la distancia entre nosotras se mide en kilómetros. Estamos al borde de un precipicio y voy a tener que darlo todo para que no caigamos.

—Haz la maleta para un fin de semana. Nos vamos mañana por la mañana temprano, al desierto. Tú y yo solas.

—¿No vienen Annie y papá?

—No. Annie está mala.

—Pues sin Annie no voy.

Entro a zancadas y le agarro la cara con las dos manos. Hace una mueca y aflojo un poco.

—Mírame bien. No volverás a acercarte a tu hermana hasta que tú y yo hablemos muy en serio.

—¡No pienso ir contigo a ninguna parte! —grita Callie.

Alza la voz más y más. «Cálmala —dice la voz fría en mi interior—. Tienes que calmarla para que esto salga bien».

—Shh, shhh. —Le doy palmaditas en la espalda con ritmo frenético —. Shh, cariño. No tengas miedo. No quería asustarte. Es un viaje especial, solo nosotras, ¿vale? Nos lo vamos a pasar en grande.

Callie deja de gritar. Respira a bocanadas entrecortadas.

—Vale —dice con voz aguda—. Si papá cuida de Annie mientras estoy fuera, vale. Un viaje. Qué bien. Aquí estoy muy estresada. Tengo que pensar en muchas cosas. Me va a estallar la cabeza.

—Muy bien —digo, y le aprieto el hombro.

La puedo controlar hasta que nos vayamos. ¿Y luego?

Por la mañana, cuando entro a despedirme, Annie sigue durmiendo con las cortinas corridas. Mejor. No sé si soportaría la expresión de su cara cuando se diera cuenta de que me voy. La estrella rosa arranca un

brillo delicado de su pelo. Las pestañas proyectan sombras largas en la mejilla. «Lo estoy haciendo por ti, mi amor —pienso—. Por todos nosotros».

Callie

Nos paramos a poner gasolina y mamá sale del coche. Miro su melena rubia como una cascada y respiro hondo el olor que sale de los surtidores. Me encantan los olores de cosas que dicen que son malas para mí. El pegamento, el gas, el insecticida.

Perro de Vertedero gimotea y se frota la cabeza contra mi mano. Veo el cinturón de seguridad a través de sus orejas transparentes. «Nos lleva a un lugar secreto —dice Perro de Vertedero—. Hay que estar alerta».

—Nos lleva a Sundial —le digo con desdén—. Tú no has estado allí, pero yo, sí. Tranquilo.

Perro de Vertedero es pesimista. Los pesimistas son esos que saben cómo son las cosas. Pero me gusta estar con él porque podemos hablar sin palabras. Creo que tiene razón. El aire está raro, parece que chisporrotea.

Menos mal que mamá me ha dejado traer los huesos de Perro de Vertedero, pero ojalá me hubiera dejado traer a todos los blancos. Mis animalitos van a estar muy tristes sin mí. Siempre están en mis bolsillos y duermen pegados a mí. Ahora van a sentirse solos por la casa. Papá y Annie no saben hablar con ellos.

Callie Blanca va sentada a mi lado, tararea entre dientes y mira por la ventana. Ella sí conoce Sundial. Ha estado allí. En realidad, no tengo los huesos de Callie Blanca. Ni siquiera sé qué es. Solo sé que siempre va donde voy yo.

Miro la nuca de mamá. Pienso en lo que me dijo papá cuando me abrazó para despedirse. Mamá estaba metiendo las maletas en el coche, así que no lo oyó.

—Ten cuidado, ¿vale, colega? —me dijo con aliento cálido al oído. Papá y yo somos supercolegas—. Si algo te da miedo, llámame.

—¿Por qué voy a tener miedo?

—Porque mamá... es un poco inestable.

Sentí un aguijonazo de temor. Sabía lo que quería decir. Los llantos, los gritos por las noches. Siempre le está gritando a papá. Y, además, dice mentiras. Siempre se lo noto, aunque a veces ni ella se da cuenta. Por ejemplo, no le caigo bien, aunque me jura que sí.

Noto que no sabe si le he contado que me dio una bofetada. No sé

por qué, pero no. Puede que porque eso hizo que mamá fuera un poco como yo, solo por un momento. Y porque los secretos tienen mucho poder.

El viaje hasta Sundial es muy largo y aún ni hemos salido de la ciudad. Callie Blanca y yo jugamos a «caliente o blanco». Es un juego de adivinar, yo adivino si la persona que vemos por la ventanilla es un fantasma o no, y Callie luego me lo dice.

Señalo a un niño con patines de la mano de su madre. «Caliente», dice Callie Blanca. Un hombre dormido junto a la autopista es blanco. Pero ese era fácil. Parece blanco.

Un semáforo en rojo nos detiene un momento. En el asiento del conductor, mamá se aparta el pelo de la cara. Le miro la parte de atrás del cuello. Es extraño lo bonita que es. No nos parecemos nada. Callie Blanca bosteza y me señala a un hombre que cruza delante de nosotras.

«Casi blanco —dice—. Cáncer. No llega a fin de año».

—Cara triste —susurro.

Rob

Paramos para ver el ovillo de cuerda más grande del mundo. No es tan grande como esperaba, y está muy sucio. Fue verde en sus tiempos, pero el sol y la lluvia lo han vuelto beis. La valla de madera es baja y, cuando me inclino para examinarla, veo que está salpicada de puntos de moho negro. Yo lo habría tenido bajo techo, o lo habría protegido de alguna manera. Me imagino que la cuerda no dura mucho. Supongo que harán un ovillo nuevo cada dos o tres años. Hay cosas que no duran para siempre. Trato de no pensarlo, veinte dólares por cabeza, porque es un precio absurdo, pero lo he pagado y ya no hay nada que hacer.

Los pensamientos se me acumulan y se deslizan unos contra otros como anguilas vivas. Es difícil no decir nada, pero guardo silencio porque Callie tiene los ojos como platos y casi tiembla de placer.

—Parece una cabeza gigante —susurra, pero no me lo dice a mí, se lo dice a sí misma.

Me coge de la mano porque se ha olvidado de que ya no lo hace nunca. El contacto es una sorpresa cálida y me recorre una extraña descarga eléctrica de amor. «No se trata de mí —me recuerdo de nuevo—. No. Es por Annie y por Callie». Trato de seguir el rastro de su emoción, de penetrar en el placer, en la enorme bola sucia de cuerda que se alza sobre la tierra seca, en el hecho de estar viva.

Nos quedamos allí diez minutos cogidas de la mano.

—¿Vale ya? —digo al final.

Bajo la vista y Callie está mirando una mariquita que se le ha posado en la manga y camina sin titubeos hacia la piel desnuda del brazo. Callie está fascinada. No parece capaz de moverse, de parpadear.

—Vamos, cariño —le digo.

Cojo la mariquita entre las yemas de los dedos y soplo con delicadeza para que vuele.

—¿Por qué te metes? —me dice, y clava en mí sus ojos grandes—. Me la quería quedar.

—Tenemos que irnos ya —digo—. ¡A por un buen trozo de pastel!

Todo pende de un hilo durante un momento, pero al final sonríe.

—¿Gofres?

—Vale. —Intento no pensar en la cantidad de azúcar.

Echamos a andar hacia el coche.

—¿Nos lo estamos pasando en grande? —pregunto.

—¡Nos lo estamos pasando en grande!

Pese a las circunstancias, siento un baño de luz cálida por dentro. Por lo general, solo se lo pasa «en grande» con Irving.

Es muy importante. Necesito que se relaje y confíe en mí. La confianza no se da entre nosotras de manera natural. Si quiere piñas piñoneras con mantequilla de cacahuete, sea. Lo importante es que disfrute de estas últimas horas del viaje. Aunque nada hará que sea más fácil lo que tengo que hacer.

Se come los gofres a mordiscos como puños. La nata montada y el caramelo le corren por la barbilla. Delante de mí humea una taza de agua caliente con limón.

—No hay prisa —le digo—. Llevamos buen ritmo. Estaremos en la casa antes de que se haga de noche.

Asiente, pero no va más despacio. Mastica con fuerza, con la boca abierta. Cueva oscura, nata blanca, gofre mascado.

La camarera fue bonita en sus tiempos, salta a la vista. Ahora tiene una de esas caras arrugadas de cuero oscuro que se suelen ver por todo el sur de California, la cara de quien ha crecido al sol y no ha sabido que existían cremas protectoras hasta que ha sido tarde. Sonríe a Callie.

—¿Quieres más? —le dice.

—No —intervengo.

Me había prometido a mí misma que le iba a dejar tomar lo que quiera y lo haré. Pero su organismo no tiene freno, así que tengo que vigilar las cantidades.

La camarera me mira y, por un momento, me veo a través de sus ojos. Pelo liso con un corte práctico, mocasines, pantalones holgados, una cadenita de plata que se ve por encima del cuello de la camisa blanca con botones de perla. Maquillaje sutil, buena piel, cuerpo firme fruto de años de autocontrol.

Me detesta, y por un momento yo también me odio. Solo siento desprecio hacia esta máscara que he construido año tras año, tanto tiempo que ya no conozco a la persona que hay debajo. No sé si puedo quitármela, no sé si debo.

Luego le llega el turno a la rabia. «Lárgate —quiero decirle a la camarera—. No sabes el precio que he pagado por llegar hasta aquí». Pero me callo, sonrío y le dejo una propina generosa.

Subo el aire acondicionado. La bolsa grande de carne de segunda que

he comprado en el supermercado está empezando a sudar. Está sellada, pero casi me llega el olor, como si estuviera a punto de pudrirse.

En el asiento de atrás, Callie tararea y murmura algo. Eso también me preocupa. Es una costumbre reciente que ha adquirido, mantener largas conversaciones con ella misma. De vez en cuando oigo alguna frase. Parece que tiene una amiga imaginaria. Es muy mayor para eso, con doce años, pero tiene lógica: siempre ha sido cautelosa en lo emocional; se podría decir que va con retraso. Muy típico de ella: su amiga imaginaria se llama Callie. No entiendo cómo he tenido una hija así. Pero ni estos pensamientos tan absorbentes me consiguen distraer de lo que siento cuando nos acercamos a Sundial.

La carretera se desvanece con el sol poniente. Por encima de las montañas, las primeras estrellas salpican el cielo. El aire es cada vez más fresco; el mundo, más oscuro. Subimos las ventanillas y ponemos la calefacción, pero el frío del desierto se nos cuela hasta los huesos. Es la otra arma del Mojave, ese frío que puede matarte si no te mata el calor del día. Siempre me provoca una emoción intensa: el hecho de saber que el refugio se acerca, que hay calor, y paredes, justo cuando la muerte te roza la nuca con un dedo helado. No nos alcanzará. Cruzamos el desierto para llegar al hogar.

La casa no se llama Sundial en realidad. En las escrituras aparece con un número de calle próximo al veinte mil. Pero, cuando la construyó, mi padre la llamó Sundial, es decir, reloj de sol. Aquí es donde me crie.

Un verano se la intentamos alquilar a un grupo de chicas de faldas cortas deshilachadas. Llegaron por los festivales de música, el sol, tal vez el peyote, y pagaron una cantidad que a mí me pareció demencial. Se marcharon antes de lo previsto. La casa está demasiado lejos de todo y dijeron que daba miedo con tantos edificios abandonados, las vallas tan altas. De noche, un animal del desierto les robó la ropa que habían tendido a secar y los zapatos del porche. Oyeron sus jadeos cerca de las ventanas, de las puertas. ¿Seguro que Sundial no estaba encantada? «Está cerca de la casa de los Grainger, ese lugar cerca de las Cottonwoods, la granja de cachorros, le dicen, ¿no?». No les devolvimos la fianza.

Cuando éramos pequeñas, Pawel nos contaba historias de terror sobre los granjeros de cachorros, Lina y Burt. Son una de las leyendas locales más desagradables. Callie sabe lo de la granja de cachorros, claro. Intenté convencerme de que sus intereses eran solo una etapa. «A los niños les gustan los cuentos de miedo. A mí también me gustaban en mis tiempos». Los crímenes reales y los relatos de sangre

y vísceras siempre me han repugnado, pero los cuentos son otra cosa.

Lo que está atravesando Callie no es una fase.

Solo venimos aquí de tarde en tarde. Irving dice que el desierto le resulta raro. *¿Qué tiene de malo lo raro?,* le pregunto, solo para fastidiar. Pero tiene razón. El desierto tiene ese efecto. Me imagino que podría poner una tele en la casa, pero la sola idea me resulta ridícula, como ponerle máscara a un tigre. Da igual, sé por qué no quiere ir a Sundial, y no es porque no haya tele. Es porque no le gusta recordar.

Quiere que vendamos la casa, y es una de las pocas cosas en las que corro el riesgo de oponerme abiertamente. Era mía antes de que nos casáramos y está a mi nombre, así que como si se tira por un puente, que diría Callie.

Sundial se divisa a unos tres kilómetros. Luego la casa queda oculta por las curvas y las rocas, pero reaparece, cada vez más próxima, como si se acercara a nosotras, y no al revés.

Callie me tira de la manga.

—No hagas eso, es de seda —le bufo.

—¡Para! —Callie está enfadada—. Estamos en Honesty. Se te ha olvidado.

—No se me ha olvidado —respondo, pero tiene razón. Estaba perdida en el pasado, o quizá en el futuro, no lo sé bien.

Los restos esqueléticos de Honesty se alzan a ambos lados de la carretera desierta. Siempre paramos aquí de camino a Sundial. Es una tradición. Así que detengo el coche y bajamos. De la tierra brotan estructuras oxidadas y maquinaria, y proyectan sombras largas en el breve crepúsculo invernal. El aire es frío. La luz ilumina de lado las cicatrices de metal.

El pueblo de Honesty se fundó en 1870. Aquí llegaron a vivir tres mil personas. Murió cuando el ferrocarril cambió la ruta del desierto y se desvió hacia Palm Springs. Ahora, de Honesty solo queda la antigua carretera que la cruza. Pilas de vigas derrumbadas, tejados mellados de lata. Las jácenas y los rastreles forman siluetas descarnadas contra el crepúsculo rosado.

—No toques nada —le digo a Callie, como siempre. Carece de instinto de autoconservación—. Y no te acerques a los edificios.

Muchos se han derrumbado y a otros les falta poco. Callie lanza un grito y corre hacia las ruinas. Le encanta esto.

Callie

—¿Te gusta esto? —le pregunto en voz baja a Callie Blanca.

«No está mal», me responde. Pero sé que le encanta. Palpita por los bordes y brilla de placer. Veo una estrella a través de su cabeza.

Perro de Vertedero olisquea y mueve la cola. Echa a correr hacia las ruinas de los edificios a la luz cada vez más escasa. Le silbo para que no se aleje. No quiero que se quede aquí, abandonado. Llevo sus huesos en la mochila, pero ¿qué pasa si mamá insiste en que nos marchemos sin él? No sé cuáles son las normas. No puedo correr el riesgo.

Miro hacia atrás para asegurarme de que mamá no me ha visto silbarle a un perro imaginario. Me está vigilando mucho. Pero no, ahora mismo no hace más que morderse el labio con la vista perdida.

Paseo sin rumbo por Honesty. Hay una chimenea sin paredes, medio enterrada en la arena. Allí se ve una cosa que parece un poste telefónico caído, partido en dos, blanqueado por el sol. Cerca, una escalera sube hacia ninguna parte, con unos peldaños de madera tan podrida que parece encaje delicado. Pero lo que más me fascina está detrás del matorral de acebo del desierto.

Lo rodeo en silencio, como si me fuera a oír, y ahí está. El pozo minero es una boca abierta en el suelo. No muy grande, de un par de metros de ancho. Es oscura y está en el fondo de un cráter que parece un embudo, como si la mina sorbiera la tierra y las piedras del canchal que la rodea. El talud es empinado y la tierra está muy suelta. No hay que acercarse o te caes dentro. Le doy una patadita a una piedra. Sale rebotando y cae por la pendiente, al pozo, para desaparecer en la oscuridad. Los pozos mineros como este se llaman portales. Es una palabra genial.

Hay portales por todo Honesty, pero en torno a este hay cacas recientes. Ahí dentro vive algo. ¿Caliente o blanco? ¿Las cosas blancas hacen caca? Perro de Vertedero, no.

—Solo un minuto más, que se hace de noche —me grita mamá.

Es verdad. Cuando miro a mi alrededor, ya no veo a Perro de Vertedero ni a Callie Blanca. La tierra los ha absorbido como si le pertenecieran. El espanto se apodera de mí. ¿Y si deciden quedarse aquí? ¿Y si esto es lo que han querido siempre? Es el lugar perfecto

para ellos, hasta yo me doy cuenta. ¿Y si se han metido por el portal y ahora están en otro lugar?

«Callie Blanca, Callie Blanca», llamo en silencio. No me responde.

—Callie Blanca —susurro.

—¡Callie! —me llama mamá—. Quiero llegar antes de que oscurezca del todo.

—¡Un momento!

Tengo los sentimientos a flor de piel. Estoy a punto de llorar. Si Callie Blanca y Perro de Vertedero no vuelven, estaré sola.

Mamá se acerca a mí a zancadas. La noche cae, y no tiene la cara normal. Parece un mal dibujo con los huesos por detrás.

—¡No! —grito—. ¡Todavía no! ¡Todavía no!

Escapo de ella, me agacho tras un montón de chatarra que parece una araña estallada. Miro en todas direcciones en busca de un destello de plata. No puedo marcharme y dejarlos aquí. Vuelvo en silencio al matorral de acebo. Oigo a mamá avanzar a trompicones, me llama a gritos. Pero no me voy a ir sin Callie Blanca, sin Perro de Vertedero.

El portal destaca negro en la creciente oscuridad. Voy hacia allí. La boca parece sólida, como terciopelo negro. Avanzo de puntillas. Estoy al borde del cráter, pero el portal parece mucho más cerca. Me parece que lo tengo al alcance de la mano. Oigo a mamá que grita mi nombre. La oscuridad respira suave, coge aire, suelta aire, el terciopelo acaricia el aire, o quizá sea el aliento de algo muy grande que duerme dentro de la tierra. Si Callie Blanca y Perro de Vertedero han ido, yo también quiero ir. En el mundo caliente estoy muy sola sin ellos. ¿No sale también un sonido? Me pican las manos. ¿Qué tacto tiene la oscuridad?

Tiendo las dos manos hacia el portal oscuro. Se oye un sonido que sale de él. Música, pero no es una música que haya oído antes. Es como piedras frías que chocan entre ellas, como carámbanos de hielo que se resquebrajan...

Noto un dolor agudo en el tobillo. Perro de Vertedero me mira con la boca abierta, jadeante, la lengua como una cuchara de plata entre los dientecillos afilados. «Aaay», digo, enfadada. No sabía que podía morderme.

«Vuelve —dice Callie Blanca—. No puedes estar aquí todavía».

Mamá sale de detrás de un montón de cascotes. El aire se llena de filos de su ira. Me aparta de un tirón del pozo minero. Veo la huella que he dejado con los talones en el canchal.

Me agarra con fuerza por los hombros y me mira. Tiene las manos de acero.

—Te podrías haber matado. ¿Lo entiendes?

Durante un momento, tiene algo amarillo y brillante en los ojos. Parece inestable. Como si lamentara que no me haya caído hacia la oscuridad para dejarla en paz. ¿Qué es más peligroso, el portal o mi madre?

—¡Suéltame! —grito.

No me suelta, sino que me estrecha entre sus brazos. Estoy envuelta en su calor, noto el aliento ardiendo contra el cuello.

—Métete en el puñetero coche —dice, y me suelta—. Y no vuelvas a hacerlo nunca más. Lo digo en serio, Callie.

Tiene la cara normal, de cansancio, y la voz tensa, como de costumbre.

Me alegro de volver a encontrarme en la caja cálida y vibrante del coche. Hasta me gusta la sensación del cinturón de seguridad contra el pecho.

«¿A dónde habíais ido? —pregunto a Callie Blanca y a Perro de Vertedero—. Me habéis dado un susto».

«Ahí abajo había muchos perros más —dice Perro de Vertedero—. He ido a saludar».

Así que en Honesty hay cosas blancas. Perros. ¿Los veré algún día? Me quedo un rato pensando en eso mientras el sol se pone al otro lado de la ventanilla como un dedo anaranjado en el cielo. Los fantasmas de los primeros perros que llegaron con los pioneros, luego los fantasmas salvajes de los que se quedaron aquí cuando la gente abandonó la ciudad.

«Tuve que ir a por él porque aún no es el momento», dice Callie Blanca.

Conozco muy bien ese tono, se está dando importancia, y pongo los ojos en blanco. Otra vez se comporta de manera extraña. Una vez se quedó una semana en el armario, colgada como una camisa vieja. Solo decía una palabra: «Embolismo, embolismo, embolismo». Luego volvió a la normalidad, a seguirme al colegio por las mañanas escondida en mi mochila para hacer bromas sobre los maestros.

«Mátame de miedo, déjame cojo, clávame una aguja en todo el ojo», canturrea Callie Blanca. Es una rima vieja, pero le ha puesto música.

«Antes, en la antigüedad, hacían eso para comprobar que estabas muerto de verdad...». Me gusta decirle algo que no sabe, para variar. Callie Blanca es una sabihonda. Pero no me deja terminar, típico de ella.

«Mira —dice—, hemos llegado».

Rob

Aún me late el corazón a toda prisa del susto que me ha dado Callie. Me puse a mirar el teléfono un segundo y desapareció. Se le sigue dando de maravilla desaparecer, como si se esfumara del mundo. Y la encontré junto a un antiguo pozo minero, por dios santo, con las manos tendidas hacia él como si fuera un poni y quisiera acariciarlo. Ha sido muy peligroso, y ha sido precisamente lo que le había dicho que no hiciera. Podría haber resbalado por el talud y se había caído dentro. He perdido los nervios y le he gritado. Aún veo esa expresión de sobresalto en sus ojos, cargados de una especie de conocimiento. Le resbaló un pie, solo un poco, y se tambaleó. La atrapé a tiempo y la aparté de la oscuridad. El espanto me llena la boca con un sabor dulzón. Pero también está esa otra idea que se abre camino hacia la superficie como un gusano, y no para por mucho que intento enterrarla. Tarde o temprano, Callie intentará hacerle daño a Annie otra vez.

¿Y si solo puedo conservar a una de mis hijas? ¿Y si tengo que elegir?

—Mamá —dice Callie.

Suelto un taco y enderezo el volante. Me estaba yendo hacia un lado. *Concéntrate* . Detengo el coche.

—Ya estamos aquí —dice Callie, satisfecha.

La valla alta parece negra contra el telón del crepúsculo.

—¿Te encargas tú, cariño?

Me alegro de ver que la voz me sale normal. Me siento cualquier cosa menos normal.

Callie vuelve a subir al coche tras cerrar la puerta. En cuanto estamos al otro lado, siento como si me quitaran un peso de encima. Estar a resguardo del desierto hace que todo se vea mejor. Es demasiado espacio y te juega malas pasadas en la cabeza, hace que se te ocurran locuras. Seguro que solo eran eso. Locuras del desierto.

Sundial está rodeado de kilómetros de valla metálica, alta. Visto desde fuera, parece una de esas instalaciones gubernamentales que se ven en las series de la tele. Hasta tenemos los carteles grandes de PROHIBIDO EL PASO . Mejor dicho, los teníamos. Seguro que la mayoría ya se han oxidado y se han caído. Pasamos junto a las casetas para

herramientas, los viejos invernaderos, los graneros, los cobertizos de los generadores. Las siluetas son más grandes a medida que nos acercamos al centro: edificios auxiliares, establos convertidos en casas para invitados hace mucho, aunque ya no se utilizan. Veo un triángulo de ocaso azul intenso al otro lado de un tejado largo y oscuro. Es el pabellón donde te puedes sentar en unos sillones enormes, tallados cada uno en una sola pieza de tronco de secuoya, para contemplar las montañas a lo lejos, más allá del desierto. Es un lugar excelente para pensar y trabajar, hasta en las horas de más calor. Mia y Falcon querían que Sundial sirviera de inspiración.

Derribé los corrales de los perros, pero los postes de las esquinas estaban clavados en cemento y no fue posible moverlos. Se ven desde la carretera. Parecen centinelas solitarios contra el cielo del anochecer. Por suerte, los laboratorios quedan ocultos tras los cactus. Si hubiera podido, los habría arrasado hasta los cimientos, pero es increíble lo caro que sale demoler un edificio, y más aquí, lejos de todo. Así que los vacié por dentro, puse cadenas con candados y las puertas, y los abandoné para que se pudrieran. Las paredes verdes ya se están descascarillando y se ve el adobe rojo de debajo. A veces voy a mirarlos. No entro. Solo me aseguro de que no queda ningún fantasma.

El reloj de sol que da nombre a la casa está muy apartado de la carretera, en un montículo de roca viva. Es un lugar privado. No se ve al pasar en coche.

Doblamos la última curva de la carretera y ahí está la casa, que se precipita hacia nosotros a la escasa luz de la tarde. Estamos aquí, en el corazón.

A primera vista, Sundial parece abandonado, casi en ruinas: hay rocas sueltas, apiladas contra la pared de cemento. La parte superior de la fachada es desigual, parece semiderruida, como un castillo medieval tras un asalto con artillería. En los alrededores solo hay matorrales y cactus que parecen hombres viejos, doblados por los vientos que azotan la llanura. La casa es redonda, un círculo perfecto de dos pisos de altura construida con enormes bloques de roca del desierto que crean un refugio fresco contra el calor.

Forcejeo con las cerraduras mientras Callie recorre con los dedos el viejo cartel. Está tallado en madera, a la izquierda de la puerta principal. Dice NO SE ADMITEN PERROS EN LA CASA.

—No tenías animales cuando eras pequeña —me dice—. ¿Por qué pusieron este cartel?

—Teníamos perros —le recuerdo—. Pero no eran mascotas. Te tendríamos que comprar una —digo sin pensar—. Un gatito o...

—Ya tengo un perrito, mamá —dice Callie, aburrida—. ¿Entramos ya?

Consigo abrir y el olor familiar a madera cálida y aire rancio nos recibe y nos envuelve. Pero no puedo moverme. Se me cierra la garganta al recordar lo que encontré en su bolsa de viaje. El retrato de huesos. Cuando le dije que lo dejara, empezó a gritar. «¡No puedo ir sin Perro de Vertedero!».

Lo único que pensé fue que tenía que meterla en el coche como fuera. No quería ni tocar aquello. Permití que guardara con cuidado el dibujo de huesos en la mochila. «¿Esto es lo que pasa cuando enseñas a tus hijas a gritar en silencio?», pensé.

Todo vuelve a mí con nitidez. Lo que ha hecho. Mi hija ha matado a un ser vivo. Cogió a un cachorrito cálido, que se movía, y... ¿y qué? ¿Alzó el cuerpecito y lo estrelló contra el cemento y las hojas podridas del patio, detrás de la casa? ¿Le rodeó el tierno cuello con las manos y apretó mientras el animal chillaba y se debatía, con la barriguita al aire, moviendo las patas desproporcionadas? O puso veneno en un cuenco de pan con leche y atrajo al animalito para que saliera de debajo de un contenedor. Me imagino al cachorro bebiendo con ansia a lametones, moviendo la cola del tamaño de un dedo. Me imagino la cara de Callie... esos ojos verdes almendrados que lo contemplan cuando se pone enfermo, cuando se frota la barriga contra las patas. Y esta última versión es la mejor que se me ocurre.

Oigo que me habla a lo lejos.

—Mamá... la puerta...

Me suena en la cabeza la voz de Jack. *Hay un perro en la casa* .

Me bailan motas negras delante de los ojos. Me apoyo contra la pared de Sundial y respiro a bocanadas.

Entrar en Sundial es como atravesar la boca de una cueva y llegar de pronto al interior de una catedral. La planta baja no tiene tabiques y el techo es el tejado. Hay unos peldaños de madera que suben a una galería de cedro rojo, el segundo piso, de la que irradian los dormitorios. Tiene forma de rueda, y mi padre decía que era porque allí todos estábamos conectados. Adoro este lugar, pero sé el poder que tiene. En las losas del suelo hay recuerdos, también en la calima. Falcon, Jack, Mia, Pawel. Y yo, claro. La parte de mí que murió aquí hace mucho.

—Tengo hambre —dice Callie.

—¿Por qué no vas a decir hola al abuelo y a Mia? —sugiero. Estoy temblando. Tengo que escapar de su mirada atenta—. Voy a hacer la pizza. —No se mueve, me sigue mirando—. Estoy bien, nena, de verdad. Debe de ser algo que he comido.

—Si no has comido nada —dice Callie.

Frunce el ceño, preocupada. Sigue siendo una niña. Tengo que recordarlo, por muchas otras cosas que sea.

Saco la pizza congelada y le añado pimientos, champiñones y un poco de taleggio que he comprado en el mercado. Voy a hacer que coma verduras como sea. El sonido del corcho al saltar de la botella de vino es alegre. He traído un par de botellas de tinto. Los próximos días me va a hacer falta una copa.

Meto la pizza en el horno y le mando un mensaje a Irving. Ya hemos llegado. Coge una bolsa de basura, ve al dormitorio de Callie y tira todo lo que tiene colgado de las paredes. Me imagino la cara que va a poner cuando le dé la vuelta al primer dibujo y vea los huesecillos. Debería avisarle sobre lo que va a encontrar. Pero quiero que sufra la conmoción. Quiero... no, necesito que tenga tanto miedo como yo.

Abro la puerta acristalada de la parte trasera de la casa y salgo al patio.

Antes había un rosal que marcaba la tumba de mi madre, junto al reloj de sol. En California está prohibido enterrar a nadie en una propiedad privada sin contar con los permisos pertinentes. Mi padre no se molestó en hacer el trámite. Él no hacía esas cosas. Me encargué yo, años más tarde. Fue sencillo: solo hay que escribir a la comisión de urbanismo y *voilà* . Técnicamente, la propiedad entera es ahora un cementerio familiar. Puse dos losas cerca de la casa, bajo la jacaranda, para verlas por la ventana de la cocina. Irving no lo soporta. Supongo que lo hice por eso. Mi madre no está ahí en realidad, pero no me importa.

Veo a Callie junto a las tumbas, a la escasa luz de las estrellas. Está tan inmóvil como las losas. Parecen tres siluetas de piedra y nada diferencia a los vivos de los muertos. ¿Qué significan para Callie los memoriales de dos personas que no llegó a conocer? Elegí dos obeliscos rústicos, tallados por un escultor de Ojai. Creo que incluso entonces estaba preparándome para darnos un barniz de normalidad. O, al menos, de excentricidad.

—Entra ya, cariño —le digo a Callie, y una de las tres sombras se separa de las otras y viene hacia mí como un espectro sobre la arena. *¿Quién de los tres se me acerca?* Luego, veo el rostro de Callie a la escasa luz. Parece muy pequeña. Se me rompe el corazón. Rechaza los brazos que le tiendo.

—Pizza —dice.

En las cenas con invitados, cuando empiezan los relatos de recuerdos de la infancia, por lo general con el café, me quedo callada. Los nombres de los hámsters, los días que pasaba por el barrio el vendedor

de helados, los rivales del tercer curso, las series de televisión sobre extraterrestres, un juego de mesa sobre ferrocarriles, esas veces que te castigaban a no salir un día de verano. Nada de eso me pasó a mí.

Si me preguntan directamente, digo bromeando: «Nada que ver conmigo. A mí me criaron en el desierto y no fui al colegio, me enseñaba en casa mi padre, que, por cierto, se llamaba Falcon. Cultivábamos las verduras que comíamos, teníamos gallinas que daban huevos y vacas que daban leche».

Los demás dicen: «Qué interesante». A veces hacen un par de comentarios por educación. «Qué maravilla, crecer en una comunidad que se autoabastecía», «Uauh, debió de ser genial, tan en contacto con la naturaleza». En la universidad, cuando aún me creía interesante, respondía de buena gana. Contaba que recogimos a un cachorro de coyote. Les hablaba de mis padres, esos científicos hippies, o de las serpientes de cascabel que había en las cuevas de las pinturas. Me gustaba buscar la manera de que sonara más familiar. Convertí el Sacrificio en «un cuento que se contaba todas las semanas con la familia reunida en torno al fuego». Nunca mencioné a Jack. Creí que estaba encajando.

Tardé mucho en darme cuenta de que las miradas de aprobación y los asentimientos eran forzados. La gente no quería hablar de eso. El objetivo de aquellas conversaciones era fingir que todos teníamos mucho en común. Yo era diferente. Se lo echaba a perder.

Me desconcierta esta necesidad de buscar similitudes en las infancias. ¿Qué importa que dos personas vieran de pequeñas los mismos dibujos animados? Las diferencias son mucho más interesantes. A un niño, su padre le pegaba, y al otro, no. Uno era disléxico, y el otro, no. Uno tenía un progenitor que era un asesino en serie, y el otro, no.

Ahora lo que hago es no intervenir en la conversación. La memoria es un nudo corredizo al cuello. A veces me aprieta tanto que no puedo respirar. Nunca se sabe qué va a despertar. El olor del pachulí, un rayo de sol, una voz de mujer, unas llamas. Unos perros jadeando al sol. Unas piernas largas y bronceadas con pantalones cortos, el aceite para las armas, el hedor de la carne ensangrentada en la nevera, el sabor de la berenjena y el tofú que se ha quemado. Una diminuta impresión sensorial me devuelve aquí, a Sundial, a caminar con mi padre a la puesta de sol o a ver una serpiente de cascabel en el camino en primavera, paralizada por el frío del invierno, estirada como una tubería. La carretera desierta que se desliza bajo el sol al calor del mediodía, el «ping» de los guardarraíles. Las nubes de polvo que te dejan tierra en la piel, en la lengua.

Cuando vuelvo a Sundial la percibo a ella, a la antigua Rob, escondida en el amanecer, en la periferia de las cosas. Al fantasma que fui. ¿Puedo volver a encontrarla? ¿Quiero volver a encontrarla? Es aterrador sentirse atrapada entre dos mitades.

Dios, cómo echo de menos a Annie. La sensación de estar lejos de una hija es única. Es como estar vacía. Pero Callie y yo tenemos que aclarar las cosas, y tiene que ser aquí. En Sundial enterré a mi viejo yo. También tendremos que dejar aquí una parte de Callie.

Llamo a Irving.

—¿Qué hay? —saluda. Suena relajado.

—Acabamos de llegar.

—Genial. ¿Has deshecho la maleta?

Está haciendo un esfuerzo. No suele mostrar interés por esas cosas.

—Estoy rota, ya lo haré por la mañana. ¿Cómo está Annie? ¿Se puede poner?

—Está durmiendo.

—Vale, no la despiertes. ¿Has hecho lo que te he dicho en el cuarto de Callie?

—Claro —dice de lo más tranquilo—. Ya está.

Hago una mueca. No lo ha hecho. Suena muy relajado. Puede que esté borracho. No ha visto los huesos.

Oigo un sonido en el fondo. No es nada, apenas un crujido. Puede ser ruido en la línea.

—¿Qué es eso? —pregunto, pero lo sé antes de terminar de hablar. Sé lo que es, mejor dicho, quién es.

—He tenido mucha paciencia con esta tontería, Rob. —De pronto Irving está enfadado y grita—. Dime qué estás haciendo, por qué te has llevado a mi hija...

—Dile a Hannah que se ponga.

Empieza a hilvanar una frase confusa sobre que ha ido a ver si necesitaban algo.

—Sí —lo interrumpo—. Le dije que pasara a veros, por si acaso.

Se toma un momento para pensar cómo reaccionar a eso. No se le ocurre cómo volverlo contra mí, así que al final accede.

—Vale. Voy.

—¿Rob?

Hannah tiene la respiración un poco entrecortada. ¿Qué estaban haciendo? No. No puedo pensar en esas cosas.

—¿Cómo está Annie?

—Esta mañana tenía casi treinta y ocho y medio. Ha comido un poco de sopa y unas fresas. Le he dado Tylenol. Está durmiendo mucho.

—Gracias.

Es una respuesta de madre. Me resulta extraño que sea Hannah la que me tranquilice, la que alivie el miedo que tengo enroscado al corazón como alambre de púas.

Se me ocurre pedirle a Hannah que limpie la habitación de Callie. Lo haría. En este momento haría cualquier cosa por mí. Pero no me animo. No se lo merece. Ese castigo queda reservado para mi marido.

—¿Cómo están los chicos?

Le debo una pregunta cortés por cuidar de mi hija. Solo una.

—Bien. Nick se los ha llevado de acampada el fin de semana.

Nos quedamos en silencio mientras lo pienso: Irving y Hannah a solas en casa, el marido y la mujer fuera de la vista, qué conveniente.

—¿Te pongo con Irving? —pregunta Hannah.

—No hace falta.

Aguardo un momento, pero ninguna de las dos añade nada, así que, al final, cuelgo.

A veces, cuando estamos en el porche en una noche calurosa, mientras bebemos Chardonnay o, si nos sentimos un poco transgresoras, margaritas, miro el rostro atractivo de Hannah e intento verlo con los ojos de Jack. Es una costumbre que he desarrollado con los años: tratar de imaginar qué pensaría ella de alguna cosa.

—Tiene las cejas demasiado finas —dice la voz de Jack en mi cabeza—. Una moda idiota de esas de cuando éramos jóvenes. Todas con gargantillas y con las cejas tan depiladas que parecían un hilo. Seguro que Hannah fue gótica. Nick tuvo un par de años locos, eso seguro. He leído entre líneas lo que cuenta de Tijuana. Lleva una blusa color crema y bronceado de bote. Tiene los brazos y las piernas en forma, pero la blusa es muy suelta. Disimula. ¿El qué? Barriga, fijo. Es lo que tiene, son dos hijos. La blusa debe de ser nueva; en una casa con niños no hay quien mantenga ese color. Y se muerde las uñas hasta el codo.

Me digo que es mi manera de mantener cerca a mi hermana, la de la lengua viperina. En mi mente. Pero Jack no habría dicho ni pensado esas cosas de Hannah. Nunca supo nada de gargantillas, de modas, de tener hijos. Solo es mi manera de ser cruel sin sentirme culpable.

Voy a darle las buenas noches a Callie.

No me oye entrar en el dormitorio a oscuras. Está de rodillas junto a la ventana, murmurando algo. Señala la noche del desierto, al otro lado de la ventana, y susurra como si hablara sola. Me doy cuenta de que está contando las estrellas, como haría cualquier niña.

Callie

Callie Blanca me despierta. Le gusta hablar de noche, cuando casi todo está durmiendo en camas calientes, o dentro de la tierra, en los árboles o debajo del agua. «Callie Caliente, escucha, es importante».

Dejo escapar un quejido de protesta por despertarme.

—¿Qué pasa?

A veces, Callie Blanca me cuenta cosas geniales. Por ejemplo, me dijo dónde encontrar a Perro de Vertedero. Sabía que lo haría amigo nuestro. Y lo hice, cogí sus huesos. Ahora está a mi lado y lanza dentelladas a mosquitos invisibles. Mueve la cola en los rincones oscuros, gimotea y gruñe a las estrellas por la ventana. Perro de Vertedero ve cosas que ni siquiera Callie Blanca ve. Sus ojos oscuros guardan secretos.

—¿Qué quieres? —susurro de nuevo.

«Tu madre —me dice—. Ya sé por qué nos ha traído aquí. Es por los huesos».

—Pues claro —digo—. Ya sabía que se iba a poner como una fiera cuando los encontrara. Seguro que está viendo a qué reformatorio me manda.

«Aquí pasa algo más. Algo raro».

—A ti todo te parece raro.

Es cierto. Callie Blanca no comprende a la gente caliente.

«Te está dejando comer lo que quieras», dice.

—¿Y qué?

«Ya sabes, lo de la última comida. A los prisioneros, cuando los van a matar, les dejan comer lo que quieren».

El corazón me da un salto mortal. Tiene razón. Mamá nunca había hecho eso. La única explicación lógica es que ya no le importa. Le da igual lo que coma porque se ha rendido. Nunca pensé que echaría de menos las peleas, pero de pronto me dan ganas de llorar.

«No la pierdas de vista —dice Callie Blanca—. Ya sé que es tu madre, pero no es normal. Ya sabes lo que encontramos en su despacho».

—Ya, ya.

Callie Blanca y yo tenemos controlado todo lo que pasa en nuestra casa. (Detective. ¡Lupa!). Por las noches, repasamos las libretas de

cheques, los diarios, los armarios de las medicinas. Sabemos que mamá compra a veces solución salina para lentillas, aunque ni papá ni ella las utilizan. Es muy rara. Siempre nos enteramos cuando papá empieza a hacer el mono malo con otra señora. Hay muchos indicios. Yo estoy de su lado. Papá y yo somos supercolegas. Mamá es carita roja furiosa.

Menos mal que escribe a mano. Así no hay ordenadores ni contraseñas. Leer sus historias me hace sentir rara. No me lo habría esperado de mi madre. Sangre, vísceras, cuchillos en el corazón. Parece menuda, dorada y pulcra, pero tiene dentro cosas muy raras.

«En el coche, de camino aquí, venía pensando que tiene que elegir entre Annie y tú —dice Callie Blanca—. Venía pensando en tu muerte».

Se me enfría la piel. Recuerdo lo que me dijo papá, que mamá es inestable.

—Seguro que no lo has entendido bien —digo, y trato de parecer segura.

Callie Blanca está lanzada.

«Si tú también fueras blanca nos lo pasaríamos bien».

—Puede —digo con cautela—. Pero no quiero morirme. Oye, tengo sueño.

Callie Blanca no entiende muchas cosas, entre ellas lo de dormir. Si dejo que siga, no se callará hasta mañana, o hasta que yo empiece a llorar. A veces es agotadora. Pero siempre ha estado aquí. No tengo elección.

—Me quedaré mirándote —dice—. ¿Quieres un sueño bonito?

—Claro —digo con cautela.

Callie Blanca no siempre sabe lo que es bonito. Tiene gustos muy suyos. No quiero ofenderla. Eso tampoco tiene gracia.

En esta ocasión acierta. Floto en un estanque oscuro. En la superficie flotan también flores de manzano, pétalos blancos, húmedos. Me llega el olor a peras caldeadas por el sol en un frutero, en la repisa de una ventana. Un novillo brillante, del color del cobre fundido, galopa por el mar y levanta con las patas olas y diamantes de agua. No es un recuerdo mío. ¿De quién es? Por un momento, me pregunto dónde he oído hablar de una vaca del color de las monedas brillantes, pero luego el sueño me envuelve y me pierdo en él.

Me despierto temprano, así que me levanto para mirar los relojes. Hay relojes por todas partes si los sabes ver. Un diente de león es un reloj, claro. El arroz que cae en un cuenco es un reloj porque cada grano marca el paso del tiempo. Un trabajo del colegio, una manzana que se arruga, un árbol que espera a la primavera... Todas esas cosas miden

los momentos de vida, lo que queda para la muerte. Tic tac.

Pienso en lo que me dijo anoche Callie Blanca. A veces no pilla las cosas, pero sí que es raro que estemos aquí. Y es muy, muy raro lo simpática que está siendo mamá conmigo. Por lo general, me mira como si fuera una alfombra y quisiera estirarme bien. O peor, como con sorpresa, como si se acabara de acordar de que existo.

Salgo afuera, al amanecer rojo. Aquí, en el desierto, los relojes son de arena y de viento. Se amontonan como olas contra las paredes de la casa y forman dunas hasta donde alcanza la vista. Estos relojes del desierto miden hasta dónde puedo llegar en el calor o en la noche helada antes de morir. La respuesta es que no muy lejos. Estamos a treinta kilómetros de la gasolinera más cercana. Mis huesos quedarían en el desierto y mi fantasma solitario no tendría más amigos que los buitres y las serpientes. A lo mejor no sería tan malo. O a lo mejor mamá me enterraría al lado de Falcon y Mia, y diría que me he escapado durante la noche. Tal vez diría que me bajé del coche en una gasolinera y me fui corriendo.

Lo que salta a la vista es que de aquí no se puede ir a ninguna parte. Miro cómo el sol sangra sobre la arena, sobre las dos tumbas. No quiero yacer fría y blanca en un agujero en la arena, junto a Falcon y Mia.

Hacia el oeste, todavía está oscuro tras las montañas Cottonwood. Ahí estaba la granja de cachorros. Una vez le pregunté a mamá si podíamos ir a verla, pero se puso muy pálida y apretó los labios. Los Grainger. Me da un escalofrío. Es una sensación caliente como un rayo que noto al pensar en lo que hicieron. Al final, Burt mató a Lina y luego murió de una sobredosis. Me parece que, si te acostumbras a matar, puedes matar a quien sea, a tu marido o a cualquiera. Fue hace muchos años, pero todo el mundo sabe lo que pasó ahí. Es como vivir cerca de un famoso.

Noto una mano fría en el cuello. Grito. Echo a correr, pero me agarra por el brazo con una mano de hierro.

La cara de mamá es una mancha de oscuridad. El rojo del amanecer juega con su pelo amarillo.

—¿Qué quieres desayunar, madrugadora?

Las tortitas están muy buenas, con los bordes crujientes y doradas por el centro, y mamá me deja poner sirope y también helado. Eso me da un escalofrío, como «oh, oh». Pero no es más que sirope y helado, qué gaitas (gaitas es una palabra estupenda, casi un taco). Callie Blanca me ha dado pensamientos raros. Ahora, en la cocina, calentita y con la luz que entra por las puertas acristaladas, veo que mamá parece muy cansada.

Decido hacer una prueba.

—¿Puedo tomar una taza de café?

No suelta una carcajada seca y dice algo desagradable con las cejas arqueadas. Eso es lo que haría por lo general. No dice nada. Saca una jarra del armario y la llena hasta la mitad. Luego le echa mucha leche, pero me deja beberlo.

—Mamá —digo—, ¿estás bien?

—Sí —responde—. No pasamos suficiente tiempo juntas, ¿verdad, cariño? Tendríamos que haber hecho esto hace mucho. Ya sabes, un viaje, para hablar, nosotras solas.

—Ojos en blanco —digo, y pongo los ojos en blanco.

Pero siento una oleada de alivio. Me lo tendría que haber imaginado. Es otro episodio en «El Show de la Mejor Madre». De vez en cuando intenta relacionarse conmigo, como si le cayera bien. No le da resultado, pero así puede pensar que no es culpa suya y decirle a todo el mundo que soy muy difícil.

No me puedo creer que haya estado a punto de tomarme en serio a Callie Blanca. Siempre se equivoca. Una vez me intentó convencer de que las cebras eran jirafas pequeñas, que las manchas les cambiaban al crecer. Venga ya. Carita de payaso.

Rob

Me levanto en las horas grises, antes del amanecer. Tengo que hacer una peregrinación. Callie no puede enterarse.

Me encargaré de la carne de camino hacia allí. Cojo la linterna del cajón de la cocina, y también los guantes de goma y la bolsa de basura grande con la carne barata de la nevera. Me echo la bolsa al hombro. El desierto entona su música: los chasquidos y susurros de la noche van a dejar paso al día. Cuando llego a la verja del oeste, meto una mano protegida con el guante en la bolsa y saco un puñado de carne. La lanzo por encima de la verja, y cae al otro lado con un sonido húmedo. Repito la operación cada cien metros más o menos. Se podría decir que es una ofrenda.

Cuando la bolsa está vacía, la arrugo y me la meto en el bolsillo. Sin dejar de apuntar hacia el suelo con la linterna, me vuelvo hacia el sonido tenue del agua que corre. De noche, en el desierto, las serpientes y los escorpiones están muy activos.

El montículo de piedras se alza ante mí y el agua acaricia invisible las rocas de dentro. El arroyo rara vez se seca, ni en los meses de más calor, ni en los inviernos más secos. Siempre se lo oye en su cámara rocosa. Ante el montón de rocas hay un semicírculo de piedras. Cada una lleva el nombre de un mes. Lo rodea un semicírculo exterior, con números. Una piedra marca lo que sería el centro del círculo. Esta señala el lugar donde se sitúa la persona, que convierte en la aguja que proyecta su sombra sobre el tiempo. Este es el reloj de sol, el que da nombre a la casa y a las tierras. Lo hizo Falcon. Quería que fuéramos parte de este lugar, de la tierra y del paso del tiempo. Aquí, en el reloj de sol, nos convertimos en el punto de encuentro de todas esas cosas.

El sol aparece rosado sobre las montañas y me sitúo en la piedra central. La luz va revelando poco a poco mi sombra; es otra Rob de una delgadez esquelética, oscura, que se extiende hacia los números. La Rob esqueleto me dice que estamos a 23 de enero. Se me escapa una exclamación, como sucede siempre que participo en este pequeño milagro. Soy parte del movimiento de las estrellas, un punto fijo y preciso en un sistema solar en órbita. Esto mismo debieron de sentir los primeros seres humanos cada vez que salía el sol y rompía la

oscuridad. Admiración.

Pero no he venido por esto.

—Lo siento —susurro—. Te echo de menos. Te quiero.

Y el dolor que mantengo a raya con todos los aspectos de mi nueva vida, con el especiero, con mis hijas, con los canteros de hierbas, los cócteles con los vecinos y las reuniones con los padres de mis alumnos, escapa en oleadas. Me dejo llevar por la pena. Lloro hasta quedarme ronca, hasta que tengo los ojos hinchados y secos de lágrimas saladas.

Me acerco a la casa bajo la luz rojiza. Callie está mirando las tumbas de Mia y Falcon. Su sombra es muy larga al amanecer. Mueve los labios, pero muy deprisa, como un vídeo acelerado. Tiene la mirada perdida.

Me paro un momento, me recompongo y voy hacia ella.

—¿Qué quieres desayunar, madrugadora?

«Quiero a mis dos hijas —me digo—. Puedo protegerlas a las dos». Lo repito una y otra vez, como un encantamiento.

Arrowood

El granero estaba en silencio. Callie acarició el cuello lustroso de la vaca, del color del cobre fundido. La vaca bajó los ojos de pestañas largas y frotó la cabeza contra la mano de Callie. «No sabes lo que soy», pensó Callie. La vaca creía que era una buena persona, así que la reconfortaba estar con ella, aunque fuera solo un ratito.

Callie alzó la vista y se encontró con la señorita Grainger, que la estaba mirando.

—Tus amigas no te hablan —dijo la profesora—. Recuerdo lo duro que me resultaba a mí.

—¿Cómo es que conoció a mi madre?

—¿A Rob? Éramos amigas íntimas. Estábamos juntas en Quinto Superior de Elegancia, aquí, en Arrowood. Cuando teníamos tu edad. Me estaba acordando de ella, y por eso he venido al granero. Nos conocimos aquí, en este mismo lugar. Irv y Rob, siempre juntas. Irving Grainger. Es mi nombre.

«Qué raro», pensó Callie. No se imaginaba a la señorita Grainger de niña. Y no recordaba a su madre, que había desaparecido hacía mucho tiempo y de la que no se hablaba en casa. En concreto, la palabra «bruja» no se mencionaba jamás en voz alta.

—Muchas veces, si miras debajo de todo, te encuentras lo que menos esperas —dijo la señorita Grainger.

La vaca se movió. Bajo la pezuña delantera derecha había algo. Callie se agachó para examinarlo. Era un fajo de billetes de un dólar.

—Por lo visto, la vaca era la que tenía el dinero —dijo la señorita Grainger. Pero estaba muy seria—. ¿O intentabas esconderlo aquí, Callie?

—Yo no lo he puesto ahí —susurró Callie. Se agachó para recogerlo—. Se lo tenemos que devolver a Jack ahora mismo.

La señorita Grainger le puso el pie, calzado con una zapatilla de seda, en el cuello. Por mucho que lo intentó, Callie no pudo levantarse. Y allí estaba pasando algo. Notó un viento frío que

soplaba en el granero. La vaca mugió y huyó. Callie la oyó dar cornadas contra las paredes de madera en un intento desesperado de escapar.

—Estás mintiendo —dijo la señorita Grainger con tristeza—. Eso no está nada bien en una señorita joven. Engañar... Tu madre está muy decepcionada. Mírala a los ojos.

Quitó el pie del cuello de Callie y le levantó la barbilla con la punta para que mirara hacia arriba. Callie vio lo que había provocado aquel viento frío y espantoso.

En el centro del granero había algo colgado, suspendido por una cadena. Parecía un capullo gris, alargado, del tamaño de un ser humano. Tenía los bordes grises, en tonos de plata y peltre. Daba vueltas muy despacio. A Callie se le escapó un gemido. El capullo giró en la escasa luz del granero, y Callie vio lo que se había temido, que había una cara grabada en la superficie gris. Era la cara de una mujer que gritaba. Era la cara de su madre.

—Encontró la manera de seguir con vida —dijo la señorita Grainger con tono sombrío—. Así que ya lo sabes, te está vigilando siempre. Irv y Rob, juntas para siempre.

La cara del capullo abrió la línea de la boca para hablar. Callie gritó, y el granero quedó a oscuras. El capullo emitió un brillo y siguió girando en el aire como un ahorcado.

—Ahora toca correr —dijo la señorita Grainger.

Y Callie le cogió la mano.

Callie

Mamá cree que Annie y yo no nos llevamos bien, pero es que no lo entiende. Callie Blanca y yo haríamos lo que fuera por proteger a Annie. Cuando le gritamos y le pegamos es por su propio bien. Es que Annie es muy mala. Le hace falta disciplina. Mamá no se la da porque Annie es su bebé, así que me encargo yo. Pero claro, mamá no tiene que enterarse de mi disciplina. Menuda se pondría.

Annie está siempre adormilada, es soñadora. Callie Blanca y yo somos realistas. Sabemos que el mundo es duro, que no se puede ir por ahí con la esperanza de que la gente te perdonará solo porque les lances miraditas monas o llores un poco. A veces intenta el truco conmigo y vaya sorpresa se lleva cuando no le sale bien. Pero no nos llevamos mal, o no nos llevábamos mal hasta lo de Maria. Ugh. Maria.

Annie y yo comemos juntas. Es una costumbre que tenemos. Me gusta ir a verla a mediodía. No es que la tenga controlada, pero prefiero saber dónde está siempre que sea posible. También es que no tengo muchos amigos. A las dos nos va bien así. Hay un banco en un extremo del jardín, casi oculto tras un seto. Si te sientas allí, nadie nos ve desde el edificio del colegio. Así nos escondemos de mamá. Mamá da clase en el colegio. No nos da clase a nosotras, pero aun así es un corte. A veces me está esperando cuando salgo de clase de matemáticas. Así que nos gusta ese banco, porque allí no nos ve.

Un día, Annie no vino al banco. Pasaron diez minutos, pasaron veinte, casi se acabó la hora del almuerzo. Yo estaba muerta de preocupación. ¿Se había puesto mala? ¿O alguna maestra la había parado para hablar con ella? Empecé a pensar en lo que podía decirle a la maestra, y entonces sí que me preocupé de verdad. ¡Carita con dientes apretados!

En ese momento oí su risa. Es una risita aguda, encantadora, inconfundible. Alcé la vista y la vi, sentada en el muro, a diez metros de distancia, compartiendo el sándwich con una niña que parecía una muñequita de porcelana. Lo cierto es que las dos lo parecían: piel perfecta, pelo lustroso, carita en forma de corazón. Dos muñequitas perfectas, sentadas en el muro y meciendo las piernas.

—¡Eh! —grité.

Annie sonrió al verme.

—¡Hola, Callie!

Me saludó con la mano como si no pasara nada, como si no me hubiera dado un susto de muerte, como si no lleváramos todo el año comiendo juntas en aquel banco. No daba crédito a mis ojos.

La saludé yo también.

Desde entonces, Annie se pasó todos los recreos con Maria. Se trenzaban el pelo la una a la otra, se hicieron pulseras de la amistad de esas de colores. Todo inofensivo. Annie está siempre adormilada, pero es que Maria parecía comatosa. Empezó a venir a nuestra casa, y se sentaba con Annie en su cuarto para charlar en susurros. No prestaban atención a nadie más. Si le dirigía la palabra a Annie cuando estaba con Maria, me miraba con cara aturdida, como si se acabara de despertar. Era como si vivieran en una burbuja privada. Juntaban mucho las cabezas. Pelo oscuro, lustroso. Creo que parecían como hermanas. No paraban de intercambiarse vestidos. Annie hasta se empezó a poner las bragas de Maria.

Me di cuenta de que lo único que Maria se negaba a compartir era una diadema violeta. Era de plástico, de esas que se compran en cualquier tienda. Sentí curiosidad, ¿por qué le daba tanta importancia a una cosa tan tonta? Presté atención a sus conversaciones en susurros. No se dieron cuenta. Creo que ni notaban que estaba cerca. Era lo bueno de que estuvieran tan concentradas la una en la otra.

—Me la regaló mi padre —oí decir a Maria con su vocecita aflautada—. Para que sepa que siempre piensa en mí, hasta cuando no lo está.

Me di cuenta de que la cosa empezaba a ponerse muy intensa entre Annie y Maria. Y sé por experiencia que, en esos casos, la gente a veces hace insensateces. Callie Blanca y yo hablamos del tema una noche entera e ideamos un plan.

Maria vino a casa el sábado por la mañana, como de costumbre. La trajo su madre en coche. Tiene los ojos saltones de un insecto. Debía de estar muy ocupada con el divorcio y todo eso. No es de extrañar que no tenga controlada a la idiota de su hija.

Hacía tanto calor que mamá instaló la piscina de plástico con tobogán en el césped de la parte de atrás, donde podía verlo desde la cocina. Maria y Annie dejaron la ropa y las cosas del colegio en el cuarto de Annie. Cuando volvieron a entrar, horas más tarde, estaban caladas y arrugadas, y tenían los ojos enormes como ratoncitos recién nacidos. Dejaron huellas de agua en la alfombra al subir a cambiarse a la habitación de Annie. Mamá las regañó por eso, así que pasó un rato hasta que Maria se dio cuenta de que le faltaba la diadema. Mamá no soporta que se pierda nada, ni una diadema, así que volvió la casa del

revés.

—Se te habrá olvidado quitártela cuando salisteis —le dijo mamá —. Seguro que está afuera, en el césped.

—¡No se me olvidó! —Hasta las lágrimas de Maria eran bonitas.

No estaba en el césped. Al final, a alguien se le ocurrió buscar en las mochilas de las niñas. A mamá, claro. Siempre tiene que ser ella la que resuelva los problemas.

—La habrás metido en la mochila de Annie sin darte cuenta —le dijo a Maria—. Tranquila, se arregla con superglue, seguro.

—Gracias —dijo Maria.

Pero, cuando miré a Annie, supe que se había terminado. Mamá no se dio cuenta. Menos mal que los adultos son idiotas.

—Me voy a chivar.

Annie era una silueta en la puerta de mi dormitorio.

Encendí la luz. Debía de estar muy enfadada, porque no soporta salir de la cama cuando ya se han apagado las luces. Tenía la cara roja, desencajada, llena de mocos y lágrimas. Me pareció interesante. Por una vez, era humana.

—Eres mala, Callie. No quieres que tenga amigos. ¡Estoy harta! ¡Me voy a chivar, de verdad! Mamá le dirá a Maria que vuelva a ser mi amiga y a ti te mandará a un colegio especial o a una cárcel de niños.

—Qué va —respondí, pero el corazón me había empezado a palpitar con ese ritmo que me alertaba de un peligro en el horizonte.

—Ya verás como sí —sollozó Annie—. Le voy a contar lo que haces con los animales.

El castigo tiene que ser acorde con el crimen, es de pura lógica, así que tenía que ser creativa. Y tenía que actuar deprisa, antes de que Annie se diera cuenta de lo que pensaba hacer. Cogí el cúter del escritorio. Lo había estado utilizando para cortar las siluetas para un diorama que nos habían mandado hacer en clase.

—¡No! —dijo—. ¡No!

No pudo decir nada más porque le cogí la lengua con los dedos. El cúter era muy bueno y estaba afilado. Siempre los cuido mucho para que puedan cortar la carne con una sola pasada. Puse la punta contra la lengua de Annie. Supe que era un buen castigo porque me provocó la sensación de estallido de color por todo el cuerpo. Siempre me pasa lo mismo cuando lo hago bien. Es una sensación intensa, como que te devoren viva. No sé si es agradable o espantosa, pero me indica que he hecho un buen trabajo.

No quería hacerlo, pero tenía que darle una lección.

—¿Por qué me obligas a hacerte daño? —pregunté.

Se echó a llorar, y yo también. Aparté el cúter y lo dejé en la mesa

con cuidado. Me sentí como una mala hermana. Si la quisiera de verdad, habría tenido el valor de darle disciplina. Además, la sensación florida se apagaba, y volvía a sentirme toda baja, plana.

—Lárgate —le dije.

Echó a correr. Pensé que tal vez lo contaría, pero no. Supongo que, en su interior, sabía que se lo merecía.

Es muy complicado mirar a tu hermana pequeña y ver una versión reducida de tu madre. A ver, Annie no es rubia, pero se parecen mucho. Pero eso nunca me impidió quererla. Nada de esto es culpa de Annie. Es la pequeña, y al pequeño de la familia hay que cuidarlo, aunque a veces se merezca un castigo.

Ahora, Annie está con papá, menos mal. Siempre me preocupa que Annie vaya a hacer una trastada si no la vigilo. Es agotador tenerla controlada y arreglar sus destrozos, pero para eso soy su hermana mayor. Corazón rojo.

Rob

Después de desayunar, recorro buena parte del límite oeste, otra vez por la ruta que he seguido esta mañana. La carne ha desaparecido. Nunca veo qué se la lleva, así que puedo hacer como si fueran ellos, aunque solo sea para mis adentros.

Subo al piso de arriba a deshacer la maleta, porque anoche estaba demasiado cansada, y le digo a Callie que haga lo mismo. Se va a su cuarto, eso sí lo sé, aunque ignoro qué hará allí. ¿Y qué voy a hacer yo? No podemos quedarnos en Sundial para siempre. Ni siquiera una semana. Irving no consentirá que estemos fuera tanto tiempo.

Me encanta deshacer maletas. Es una manera de tomar posesión de un lugar, de controlar el universo. Hice que me instalaran una barra en esta habitación, detrás de una cortina blanca. No me gustan los armarios. Cuelgo los chinos, la blusa de algodón rojo, la camiseta grande que me pongo los domingos. Me he traído mis cosas favoritas: el ejemplar de *Orgullo y prejuicio* que compré con mi primer sueldo de maestra, la bata de seda color crema, el aceite para después del baño que huele como una tarde de primavera. Me encantan las tardes de primavera, cuando hace sol. Mucho más que las mañanas de primavera, esas tan vistosas que prefiere todo el mundo. Pongo el maquillaje sobre la cómoda. No vamos a ver a nadie, pero no me maquillo para los demás.

Dejo vagar la imaginación para idear más escenas de Arrowood. Si Callie se enfrenta a la señorita Grainger, tengo que hacer que luego limpie bien todo rastro. Puede que deje el cadáver en una cueva marina. Puede que lo queme en una hoguera. Un humo negro que sube en espiral contra el cielo azul despejado... Pero es mejor que la señorita Grainger no muera. Puede que escape. No. Eso no es realista. Nadie escapa nunca.

Disfruto tramando las hazañas de mi colegiala ficticia. Así no pienso en lo que hay que hacer en el mundo real, si estoy en lo cierto acerca de Callie. Tendría que empezar, pero no lo soporto.

Podría darme un baño, ponerme la bata, leer el libro. El cuerpo entero se me estremece de placer ante la posibilidad de olvidarme de todo por una hora.

Pongo los calcetines y la ropa interior en la cómoda, coloco los

zapatos bien alineados en la tablilla inclinada, tras las cortinas. Organizo el cepillo de dientes, las cremas, el tónico, los jabones aromáticos, el hilo dental, todo en el estante de loza que hay sobre el lavabo del baño. Con cada objeto, devuelvo un poco de lógica al mundo. Echo de menos mi casa. Al desierto no le importo.

En el fondo de la maleta está la bata de seda. Siempre la envuelvo en papel tisú para que no se arrugue. «Me tomaré un baño», decido. Agua caliente, una bata limpia, una infusión de hierbas...

Saco la bata y caen de entre los pliegues, a cientos, rojos, ciegos. Se derraman por el suelo, se me pegan a la piel. La peste a amoniaco lo invade todo. Se retuercen sobre el papel tisú, se mueven, las cabezas romas contra la seda blanca. Y veo la cara de Irving, su sonrisa insultante. Es tan vívida como si estuviera en la misma habitación. Por eso me preguntó anoche si había deshecho la maleta.

—¡Di patata!

Alzo la vista. Callie está en la puerta. Me ciega el flash y oigo cómo gira el carrete. Es una cámara desechable.

—¿Qué haces?

—Papá me dijo que te sacara una foto para ver qué cara ponías. Es parte de la broma.

—¿Cómo eres capaz? —La pregunta es sincera; quiero saberlo—. ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—Tiene gracia.

La voz de Callie está cargada de decepción. Yo no tengo gracia.

Le quito la cámara. Se hace añicos bajo los golpes de mi talón. Antes de darme cuenta de lo que hago, la he agarrado por los hombros y la estoy sacudiendo.

Callie lanza un gemido de miedo.

—¡No! —dice, y le entrechocan los dientes—. ¡Para, mamá!

Paro. Me horroriza lo que hago y lo que siento. Quiero hacerle daño. La mano aún me cosquillea con el recuerdo de la bofetada que le di en casa cuando encontré los huesos.

Callie baja corriendo por las escaleras y debería ir tras ella, pero estoy furiosa, demasiado furiosa. Tengo la garganta llena de ese sabor empalagoso, dulce, dulce. Cocacola caliente y rabia.

Vacío el bolso y todo el contenido cae al suelo con estrépito. Cojo el teléfono y marco con dedos temblorosos. Es un error, sé que estoy cometiendo un error, no debo llamar. He perdido el control. Le estoy dando a Irving lo que quiere.

Solo suena una vez y lo coge, como si estuviera esperando la llamada.

—¿Qué tal va eso, habitantes del desierto?

—¿Cómo has podido? —Me tiembla la voz.

—¿Cómo he podido qué? —Así que va a jugar a eso.

—Tenía gusanos en la maleta. —No puedo evitarlo, me corre una lágrima ardiente por la mejilla—. Están por todas mis cosas bonitas.

—Qué horror. —Su voz es cálida, cargada de preocupación—. Callie te ha gastado una broma. No debería haberle enseñado dónde guardo el cebo. La vi mirarlo con esa cara que pone, ya sabes... Oye, Rob, he estado pensando. Puede que tengas razón. Os vendrá muy bien estar un tiempo juntas.

—Has sido tú. —Pronuncio cada sílaba—. O la ayudaste. No lo sé y no me importa. No me dejas tener nada...

—Oye, Rob, haz el favor de hablarme en otro tono.

Es frío, educado.

—Quiero el divorcio.

Estoy temblando. No sabía que iba a decir eso.

—No me amenaces. Ya sabes lo que pactamos.

Me quedo en silencio.

—Responde, Rob. Nada de divorcio. Di que lo entiendes.

—Ya me has oído.

Cuelgo. *Esto lo pagaré caro. Me lo hará pagar.* ¿Qué he hecho?

Recuerdo el fin de semana en Monterrey. Fui a dar un paseo por la playa con Callie. Esa noche, mientras dormía, mi hija me cortó mechones de pelo. Irving le había dado las tijeras. Siempre encuentra la manera de separarnos.

Mi preciosa bata está pegajosa por el contacto con miles de cuerpos. Hay rastros por toda la seda. Se la han estado comiendo. La tiro a la basura y cierro la bolsa con dos nudos. Siento una pena como solo se siente ante la muerte. No era más que una bata, claro, pero para mí significaba mucho. Era mía.

Tardo una hora en limpiar todos los gusanos. Echo lejía en el suelo y por dentro de la maleta. Luego me ducho y me froto con desinfectante.

Estas son las preguntas que me reconcomen mientras me intento borrar su hedor:

1. *¿Cuánto tiempo puedo seguir casada sin volverme loca?*
2. *¿Me he vuelto loca ya?*
3. *¿Me va a matar Irving?*

Y la última pregunta que me hago cada mañana que nos despertamos juntos:

4. ¿Será hoy?

Lo noto con toda claridad. La necesidad de Irving de hacerme daño le hierve por dentro. Llegará un día en que volverá a abrir ese lugar y saldrán los gusanos. Diré una frase aguda que irá demasiado lejos, su temperamento saltará por los aires ante una broma oportuna. Y no romperá un tarro de cardamomo. Ese puño que tantas veces ha agitado delante de mi cara descargará el golpe que me matará. Estampará mis sesos contra la pared.

Lo pienso algunas veces. Otras, pienso que envejeceremos juntos, amarillos, encogidos, envenenados, que la espera me devorará lentamente hasta que solo queden de mí los huesos atados con tendones. Tal vez eso es lo que quiere.

Sea lo que sea Callie, Irving lo está empeorando.

Estoy delante de la caseta de las herramientas. La pala es brillante, y el mango, rojo vivo. Está nueva, no se ha utilizado nunca.

Callie se ha metido en su cuarto. No responde cuando llamo a la puerta, pero oigo que se mueve. Mi pequeño fantasma. Ha vuelto a robarme caramelos del bolso. No sabe que lo sé. Caramelos de canela, lo único que me permito.

Miro la pala. Hay un trocito de pintura roja descascarillada. Está defectuosa, qué rabia. Me tendría que haber fijado antes. Ahora es demasiado tarde para llevarla a la tienda y que me devuelvan el dinero. La compré en verano. Sí, claro que es demasiado tarde. Aún tengo el recibo, claro; los guardo en una carpeta especial con compartimientos por fechas, así que lo puedo encontrar sin problemas. Seguro que por lo menos me la cambian. Son ellos los que no deberían vender palas defectuosas. Creo que fue en julio... Me cuesta un esfuerzo, pero consigo cortar ese hilo de pensamientos. No voy a devolver la pala, ¿verdad?

Es inútil. No puedo.

Se lo voy a contar todo. «Dará resultado», me digo. Puede que lo entienda, y pare, y no tenga que usar la pala brillante con su mango rojo brillante.

La sola idea de revivirlo todo de nuevo hace que me den ganas de llorar. La cocacola caliente me sube por la garganta. Pero tengo que intentarlo.

Si no basta con la verdad... volveré a la pala brillante y a lo otro, a lo peor.

Sacaré a Callie de la casa para hablar. Estos muros están llenos de fantasmas. Una excursión al jardín de piedra. Viento, aire, piedra limpia. Sí. Un lugar limpio, más viejo que el pasado que se extiende

sobre Sundial.

Callie

Mamá me obliga a ir de excursión.

—Antes de que haya mucho sol —dice.

El ejercicio es un asco. Cuando el corazón me late deprisa, mi cuerpo piensa en tristeza y en peligro. Pero no puedo elegir, esta mañana se ha puesto toda carita que grita. La boca, un agujero negro muy grande.

—Subiremos al jardín de piedra —dice.

Sollozo para mis adentros, porque el jardín de piedra está lejos y el camino es empinado, y aunque es invierno hace mucho calor al sol.

«Oh, oh —dice Callie Blanca—. Igual piensa abandonarnos allí».

Mamá llena la mochila. Dos botellas de agua. Barritas de proteínas. Protector solar.

«No pasa nada, ha cogido comida para dos —le digo a Callie Blanca —. ¿Para qué me va a llevar una barrita de proteínas si me fuera a abandonar en el desierto?».

«Igual para engañarte».

—Vamos —dice mamá—. Nos lo vamos a pasar en grande.

Me la quedo mirando.

Aquí la tierra parece un animal famélico, se le ven los huesos. Costillas, columna, rótulas, todo bajo una capa fina de carne. El desierto tiene hambre. Vamos por detrás de la casa hacia arriba, hacia el este, luego bajamos por el cañón teñido con vetas rojas como el mármol. Las rocas, en montones, nos miran desde arriba como si nos juzgaran.

—Con cuidado —dice mamá.

Por aquí no hay serpientes ahora porque hace frío para ellas, pero siempre están los coyotes.

La escalera está escondida en una grieta muy estrecha entre dos colinas rojas. Es antigua. La gente que la talló en la piedra se volvió blanca hace ya mucho tiempo. Los peldaños están desgastados, resbaladizos por el uso. Cuando subes mucho, se ve toda la llanura, más allá de la casa, y la carretera parece una anguila muerta al sol. Hay mucha altura. Trepamos a cuatro patas, como las cabras.

Cuando llegamos a la cima el sol ya es una bola de fuego. El viento

me atraviesa la chaqueta, y al mismo tiempo se me quema la nariz. Mamá se da cuenta y me pasa el protector solar. Recorremos el risco hacia el jardín de piedra.

Lo de «jardín» hace que parezca bonito. Pero no es un jardín. Es un lugar donde el viento o lo que sea ha horadado la roca, excavando túneles y formas retorcidas. El viento también silba y aúlla por los agujeros. Se me había olvidado lo espantoso que es.

A veces, nos encontramos restos de cerámica que dejó aquí gente que hace mucho que se volvió blanca. Los antiguos chemehuevi, o los mojaves. Ya no están aquí. No sé a dónde va la gente blanca cuando acaba de hacer cosas.

«Si cavas en la tierra, al pie del precipicio, encontrarás huesos —susurra Callie Blanca. El viento la despliega por los bordes; está estirada por todo el cielo como luz brillante—. Tiraban cosas calientes desde la cima para hacer ofrendas».

«¿Cómo qué?».

«Liebres. Búfalos. Callies».

«Qué graciosa». Trato de parecer sarcástica, pero tengo miedo. A veces no me gustan nada las bromas de Callie Blanca.

Mamá está sentada en una roca y da unas palmaditas al espacio junto a ella para que me siente a su lado. Ahora tenemos que disfrutar del paisaje porque hemos subido hasta aquí.

—¿La granja de cachorros estaba allí?

Señalo hacia el oeste. Hay una sombra en el arroyo. El «arroyo» es en realidad un cañón, pero lo llaman así. La sombra son los restos de la casa de los Grainger. La casa de Lina y Burt.

Mamá hace una mueca de repugnancia.

—Si no puedes decir nada bonito, Callie...

A mamá no le gusta hablar de asesinatos ni de nada divertido. No lee nada interesante, ni las noticias, ni cosas de crímenes. No creo ni que sepa lo que era la granja de cachorros. Le gusta que todo sea «bonito».

—Vale —digo.

Bebemos agua y cuento los minutos hasta que pasa suficiente tiempo.

—Vamos.

—¿Te acuerdas de que vinimos aquí cuando eras pequeña? —me pregunta.

—Claro.

—No conociste a tu abuelo —dice—. Ni a Mia. Tu padre y yo... no sé. Tal vez no tendría que haberme esforzado tanto por que fuéramos una familia normal. Yo no la tuve cuando era niña, así que igual lo

estoy haciendo todo mal.

Ya me lo ha contado todo lo de Sundial cuando era pequeña, las vacas, cultivar tus propias verduras, las panderetas, las hogueras, el cachorrito de coyote que domesticaron y la mesa larga bajo el árbol, en el patio, donde todos comían juntos. Cosas de hippies. Ahora ya no hay mesa, no hay invernaderos y no hay vacas.

—Tenemos que hablar de lo que has estado haciendo con los animales, Callie. De los huesos.

Tengo un globo dentro y se está hinchando.

—No —digo—. Eso es privado.

—No puede serlo, cariño.

—No quieres ayudarme. —La miro a los ojos, cosa que no hago a menudo—. Quieres una excusa para explicar por qué te cae mejor Annie. Quieres que todo el mundo crea que eres perfecta. Pero eres mala.

Me coge la mano y se la lleva al pecho, al corazón.

—Tienes que dejarlo.

Intento liberarme, pero me agarra con fuerza. De pronto, tengo miedo.

—¡Suéltame!

—No puedo —dice con tristeza.

Me sujeta con una garra de hierro, y vuelvo a verlo en sus ojos. La mirada amarilla. La mirada que tenía cuando me apartó del pozo de la mina. Como si quisiera soltarme para que me fuera a la oscuridad. Vuelvo a oír la voz de papá: «Mamá... es un poco inestable». Ahora entiendo por qué hemos subido aquí, tan alto. Soy una ofrenda.

No sé cómo pasa, lo juro. Lo juro, yo no la empujo. Pero mamá cae de espaldas a las rocas, se da un golpe, rueda por la pendiente. Acaba tumbada de espaldas con los brazos y las piernas estirados, como una estrella. Me recuerda a la estrella rosa en el cuarto de Annie y se me revuelve el estómago. La miro durante un momento, pero no se mueve y no hace ningún ruido.

Puede que haya matado a mi madre. Me imagino el dibujo que voy a hacer, a escala perfecta, con cada hueso en su sitio. Sería un dibujo precioso. Así se quedaría conmigo, porque sería blanca y yo tendría sus huesos. A lo mejor hasta me trataba bien. Callie Blanca dice que la gente cambia cuando se vuelve blanca. Pero tengo una humedad en la cara que me corre por las mejillas y la boca. Me paso la lengua por los labios y sabe a sal. Lágrimas. Así que debe de ser que no quiero.

Voy con ella y la toco. Está caliente. Aún no es blanca. Le late el corazón. Le levanto un párpado y veo el blanco del ojo. El borde claro del iris sobresale por encima del párpado inferior como una diminuta

luna verde que sale por encima de una montaña. Mi madre no está.

—Vuelve, mamá. —El viento se lleva el susurro y los sollozos—. No quería, de verdad.

Mamá parpadea. Hace un ruidito, una especie de suspiro, como si tuviera un sueño bonito. Abre y cierra la mano como una flor.

—¿Callie? —dice, y siento una luz por dentro pese a todo, porque no ha dicho «¿Annie?».

—Estoy aquí, mamaíta.

Me sorprendo. Hace mucho que no decía esa palabra tan tonta.

—Me he dado un golpe en la cabeza. —Tiene la voz soñadora—. Eso me pasa por saltarme la comida.

—Sí —respondo con firmeza, porque sin duda es verdad y además así no es culpa mía.

Pero la memoria vuelve a sus ojos.

—Me has empujado —dice.

«Yo no quería», me gustaría decir, pero no es eso lo que me sale.

—Tenía miedo.

Cierra los ojos y se queda tan quieta que, por un instante, creo que se ha vuelto blanca.

—¿Mamá? ¿Mamá? Dame tu teléfono.

En ese momento no importa que le tenga miedo. No puedo dejar que mi madre muera.

—No —dice—. Lo vamos a arreglar nosotras dos. —¿Dónde están Callie Blanca y Perro de Vertedero? Se han ido. Hasta los fantasmas tienen miedo de mi madre—. Estamos aquí por lo que le intentaste hacer a Annie.

Me quedo callada. No tengo nada que decir.

—Te pareces mucho a ella —sigue mamá—, sobre todo cuando te enfadas. A veces pienso que, si soy estricta contigo, puedo cambiar lo que le pasó a Jack. Ya, ya sé que no tiene sentido. El pasado nos tiene agarrados por el cuello, ¿verdad?

—No lo sé —respondo, porque tengo doce años. Carezco de pasado. Mamá me aparta un pelo de la mejilla—. ¿Quién es Jack?

—Era mi hermana.

—No tienes hermanas.

—La tuve.

—¿Erais amigas?

—Estábamos todo lo unidas que pueden estar dos personas sin llegar a ser una.

Es una idea muy rara. Siempre he pensado que mamá es la persona más solitaria del universo.

—¿Cómo era?

Mamá parece confusa.

—La verdad, no lo sé —dice—. Nos perdimos la una a la otra, sobre todo hacia el final.

—¿Qué le pasó?

—Sundial.

Asiento con la cabeza, porque Sundial es un reloj enorme que va contando vidas, tiempo, días. Vivir en un lugar que entiende así la vida y la muerte puede ser peligroso.

—No sé qué hacer —dice mamá—. Lo que le hiciste a Annie... en cierto modo es como si una parte de ti ya estuviera muerta.

—Sí —respondo casi agradecida, porque así más o menos es como me siento todo el tiempo.

—Las madres no siempre tienen que caer bien a sus hijas —dice—. No lo sé. No llegué a conocer a la mía. —Se detiene un momento—. Pero lo que importa es lo que hacemos. Y tú ibas a hacerle daño a Annie. A tu *hermana* .

—No es verdad.

Si Annie estuviera aquí se pondría como una fiera conmigo por decir eso. Se le llenarían los ojos de lágrimas y diría algo como «No te enfades, mamá, Callie no quería mentirte así» con su vocecita de bebé. Es un incordio, pero la echo de menos cuando no la tengo al lado.

—Tienes que proteger a tu hermana, siempre —dice mamá a punto de echarse a llorar.

—Ya lo sé.

Me siento fatal, porque no lo he hecho.

—Dime la verdad, Callie. —Mamá parece reflexiva, no enfadada, y eso da mucho más miedo—. Lo que pasó con el frasco de pastillas... ¿volverá a suceder?

Cierro los ojos con fuerza. Aun así, las lágrimas salen y me pican al correr por las mejillas. Estamos hablando de cosas enterradas muy profundas. Me siento como si mamá estuviera metiendo la mano dentro de mí.

—Sí —susurro—. Volverá a suceder.

Asiente.

—Gracias por ser sincera.

—¿Qué vamos a hacer ahora, mamá?

—Ayúdame a levantarme —dice—. Tenemos que hablar.

Mamá se toma una infusión de ortiga verde. Yo, un chocolate caliente con nubes de azúcar. Las luces están bajas. Estamos sentadas juntas en el sofá, contemplando la noche fría del desierto, a salvo tras la ventana. Cualquiera que nos viera pensaría que somos como cualquier madre e hija. Nadie se imaginaría que esta tarde he estado a punto de

matarla.

—Come algo, mamá, por favor —digo.

—Te voy a decir la verdad, Callie —dice ella—. Te voy a explicar por qué tienes que tener mucho cuidado con lo que sientes, con lo que haces. Mucho más cuidado que el resto de la gente.

«Mátame de miedo, déjame cojo...», susurra Callie Blanca.

«Cállate».

—Vale —digo.

A veces me siento como si todo estuviera sucediendo en ese mismo instante, en mi piel: el pasado, el presente, el futuro, todo mezclado. Eso me sucede mientras habla.

Rob, antes

Las vacas oyen al fantasma antes que nosotras. Casi hemos terminado de ordeñarlas y yo estoy recostada contra Nimue, mi favorita. La penumbra del cobertizo huele a heno. Nimue es una vaca preciosa, con ojos grandes como un ciervo y una leche que huele intensa, a almendras. Tiene el pelaje del color de las monedas de cobre. Es de una raza rara, de un clima muy frío. A veces pienso que brilla más al sol de lo mucho que se alegra de verlo. Le hemos puesto un cencerro porque suele alejarse, y suena con suavidad en este momento, cuando gira la cabeza para mirarme.

Jack insulta a Elsie en voz baja porque está moviéndose mucho. La leche cae a chorros contra el metal. Elsie patea. No es que lo haga muy fuerte, es más bien un movimiento brusco, pero a mí me sobresalta y siempre tiro el cubo, así que la que la ordeña es Jack.

Las dos tenemos diecisiete años. Jack es solo unos minutos mayor que yo, pero es más madura, es la que manda, así que a veces parece que nos llevamos años.

De pronto, Nimue levanta la cabeza y el cencerro suena con su alarma. Elsie, asustada, estira el cuello y tensa la cuerda.

—No te muevas, tonta.

Jack le da un palmetazo en el flanco. Quiere mucho a Elsie. La vaca se mueve otra vez, levanta las patas como un poni en una exhibición, y Jack tiene que coger el cubo para que no lo tire. Pero Elsie no se queda quieta. Se mueve de un lado a otro, como si así fuera a soltarse.

—¿De qué tiene miedo? —pregunta Jack, y en ese momento el sonido corta el aire.

Es una nota aguda, solitaria. Me trae a la mente naufragios, niebla gélida, un océano. «Una sirena», pienso, y recuerdo versos de poesía. Luego me siento idiota. ¿Qué va a hacer una sirena en el desierto? O donde sea. Las sirenas no existen.

La canción vuelve a sonar, más larga, más fuerte, aunque parecía imposible. Es un sonido de pesar infinito.

—¿Es un fantasma? —La voz de Jack es apenas un susurro.

—Calla.

Menos mal que no he dicho en alto lo de la sirena. Luego me fijo en lo asustada que está, en lo pálida que se ha puesto a la escasa luz del

cobertizo.

—Sería genial —digo, decidida.

Estamos obsesionadas con los fantasmas. Obsesionadas. Nos ponemos muy nerviosas contándonos cuentos después de apagar la luz, rozándonos los brazos la una a la otra hasta que se nos pone la carne de gallina. Mujeres decapitadas, amantes condenados, nieblas frías, manos que agarran el volante en la autopista durante la noche. Estamos seguras de ser de esas personas sensibles que pueden ver a los fantasmas. Creemos de verdad que los veríamos si hubiera alguno en los alrededores. No me alegro de haber acertado.

Afuera, la maleza cruje. Algo se acerca. Me lo imagino afuera, a la luz abrasadora de la tarde. La hierba blanquecina que se separa ante su avance muerto, gris, los restos putrefactos que se arrastran por la tierra, la boca abierta en un abismo desgarrado y que produce esa nota larga, espantosa. Es una mujer. Lo sé, no sé cómo, pero lo sé.

El aullido se repite como si respondiera a mis pensamientos. Me llevo las manos a los oídos y no escucho más que los latidos de mi corazón. Es aún peor, así que las aparto.

—Se acerca —le susurro a Jack—. ¿Viene a por nosotras?

—No voy a dejar que te coja —dice.

Pero tiene los puños tan apretados en torno a la cuerda de Elsie que los nudillos se le han puesto blancos. Las dos vacas están asustadas y no paran de sacudir la cabeza. Elsie derriba el cubo con una pezuña. Tras el tañido sordo del metal, el río de leche cremosa recorre el suelo de cemento y baja hacia el canal de desagüe. Jack dice un taco y levanta el cubo. No hemos perdido gran cosa.

El cántico agudo del fantasma concluye de repente en un sollozo brusco. Luego, un quejido.

—Parece un perro —dice Jack.

—No puede ser, Mia se ha llevado la manada al corral oeste.

No se permite que haya perros sueltos en Sundial. Pero el aullido nos llega de nuevo, y sí, parece un perro, pero no es como ningún perro que yo conozca.

El perro fantasma aúlla de nuevo, un sonido agudo seguido por un gruñido. Es imposible saber si se trata de un perro grande o pequeño, rabioso o asustado. Puedes estar a diez metros o a tres. El desierto distorsiona el sonido. Algo se mueve y agita la maleza contra la pared del cobertizo. Puede que sea la brisa, o tal vez un cuerpo de gran tamaño que está rodeando la estructura. El viento silba entre los tablones, ¿o es un jadeo ronco? ¿Nos está oliendo?

—Voy a ver qué es.

Jack me hace un ademán para que no me mueva. Niego con la

cabeza y pone cara de frustración, acto seguido coge el rastrillo que hay apoyado contra la pared. Salimos con cautela al silencio caluroso, tan ardiente que hasta las cigarras se han quedado calladas.

Yo lo veo antes: un bulto color arena, amarillento, entre los espinos, tras el cobertizo. Agarro a Jack de la manga y se vuelve tan deprisa que casi me tira. Está muy pálida, tiene la mandíbula tensa. Parece preparada para enfrentarse a lo que sea. Se sitúa entre el arbusto y yo. Me hace sentir a salvo, aunque no sé qué puede hacer Jack contra un perro fantasma aullante.

—Quédate aquí —dice—. Va en serio.

Se acerca más a la fuente del sonido.

—Es un cachorrito. —El rastrillo choca contra el suelo cuando Jack lo baja; las púas aún tiemblan como su mano—. ¿Qué hace aquí un coyote?

—Habrá olido la leche.

Hablo muy alto de puro alivio.

—No te acerques mucho —me avisa de nuevo.

Pero es muy pequeño.

El coyote echa la cabeza hacia atrás y lanza de nuevo su canto desgarrador. Me aproximo un poco. Ahora veo que no es un perro. Hay diferencias. El pelaje espeso sobre la piel fruncida, el brillo demasiado dorado de los ojos, las orejas grandes como pétalos, el hocico moreno. Tiene el pelo corto y se le ven las pulgas. El coyote me lanza un gruñido, me enseña los dientes como agujas de marfil.

Jack me empuja hacia atrás con delicadeza.

—Solo quiero verlo.

Estoy mintiendo. Quiero coger en brazos al cachorrito, quiero acunarlo. Es tan bonito...

—Puede que la madre esté cerca, Rob. —Pero noto que Jack también quiere tocarlo. Se le ha puesto la cara de bruja, afilada, como siempre que algo le interesa mucho—. Vamos a coger la leche, tenemos que volver a casa.

El camino a casa se nos hace muy largo. Nos imaginamos unas patas grandes que nos siguen, un aliento ardiente, unas fauces capaces de partir huesos. El miedo nos lanza descargas gélidas por la columna vertebral, y la leche se agita en los cubos con nuestro paso apresurado.

Falcon está en la cocina, dando vueltas a la sopa. El caldero es tan grande que cabe un niño. Aquí, en Sundial, siempre hay mucha gente. Cocinamos por barriles, por galones, por kilos. Solo muchos años después comprendí que era posible cocinar para una o dos personas.

Jack y yo empezamos a hablar a la vez. Falcon espera, con la cabeza inclinada, mientras nos mira con atención.

—Así que la madre lo debe de haber abandonado o a lo mejor se ha muerto...

—Está solo.

—¡Nos necesita!

Falcon levanta las manos.

—Paciencia —dice—. Si mañana por la tarde sigue ahí y no hay rastro de la madre, bueno... aquí siempre cabe uno más. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —respondemos Jack y yo.

Nunca discutimos con Falcon.

Mia entra en la cocina. Mia lleva ropa que ella misma tiñe y huele de maravilla, a flores y a tierra. Tiene unas cejas como pájaros en el cielo de invierno, y los ojos brillantes, oscuros, profundos. Deja un fulgor allí por donde pasa. Me roza la cabeza con suavidad, y mucho después sigo notando su tacto.

Cuando entra Mia, Jack le da la espalda. Se queda mirando hacia la pared con los labios apretados.

—Tienes que ir a ver a Pawel —le dice Mia a mi padre—. Está en la sala redonda.

Falcon hace una mueca.

—Tiene uno de esos días —sigue Mia—. Recuerdos. Ya sabes que conmigo no habla. ¿Ha entrado un coyote?

Jack sigue mirando hacia la pared, así que respondo yo.

—Un cachorro.

—Debe de haber un agujero en la valla. Tenemos que arreglarlo antes de que se haga de noche. Manda a Pawel cuando acabe de llorar.

Sale de la cocina, hacia el sol.

Jack y yo cogemos a Falcon cada una de una mano y tiramos por turnos como cuando éramos pequeñas. Falcon se vuelve para un lado y para el otro como una peonza. Ya somos mayores para ese juego, pero a veces nos gusta volver a cruzar la frontera, hacer otra vez cosas de niñas.

—¿Podemos ir contigo a ver a Pawel? —pregunta Jack—. Venga, porfa.

Me uno al coro.

—Porfa, porfa, porfa, y seguimos tirando de Falcon hasta que se suelta y alza las manos en ademán de derrota.

—¡Sí! —dice—. ¡Que pare la tortura! A ver si lo animáis.

Sigo a Falcon y a Jack por el pasillo hacia donde se oyen los sollozos de Pawel. Se pasa la vida llorando. No lo entiendo. Es un adulto, toma las decisiones que quiere. Si no le gusta estar aquí, no

tiene por qué quedarse.

El sol entra por el cristal del techo en forma de bóveda que hace que la sala redonda parezca un circo, un circo con una pista de luz (nunca he estado en el circo). Pawel está sentado de cara a la pared, como si mirara hacia la esquina para ocultar la cara, solo que aquí no hay esquinas. Jack se estremece. Tiene los ojos muy abiertos. Sus gemidos se parecen un poco a los del coyote.

Falcon le toca el hombro y Pawel se echa entre sus brazos.

—No me lo puedo perdonar —dice—. No soy capaz.

Tiene la cara sucia de cosas brillantes. Todos abrazamos a Pawel y le decimos cosas tranquilizadoras hasta que para de llorar.

Sundial es como un pueblo pequeño, construido en círculos concéntricos. Alrededor del edificio principal están las casas de invitados que son como los carromatos de los antiguos pioneros. Los establos y los invernaderos forman el siguiente círculo. Los laboratorios son el más alejado, y se alzan tras hileras de cactus que son como una señal de prohibido el paso. Y más allá, aisladas, fuera de los círculos, están las perreras.

Decir que eres «curioso» es el mejor cumplido que te puede dedicar Falcon. En el rancho hay un ir y venir constante de gente. Acuden a hablar con Falcon y Mia. Falcon dirige un programa de internado en Sundial. Hay estudiantes de Yale, Harvard, Brown, Princeton y el MIT que vienen a trabajar en los invernaderos, o en sistemas electrónicos para los perros. Para nosotros, son como un decorado. No son interesantes. Jack y yo ni nos molestamos en aprendernos sus nombres. En los viejos tiempos, estos visitantes nos daban palmaditas en la cabeza y nos decían lo monas que éramos. Ya no lo hacen. Me fijé en que dejaron de hacerlo hace un par de años. Los hombres, sobre todo, evitan acercarse a nosotras. Perfecto, porque era un incordio.

Falcon trabajó mucho tiempo para el gobierno, en Oriente, y aquello le causó mucha tristeza. Había mucha tristeza en el mundo. Por eso vino aquí y construyó Sundial con nuestra madre. Era un lugar para personas con grandes ideas que buscaban tiempo para trabajar en ellas. Nuestra madre murió, pero no pasa nada, sique aquí, como dice Jack. Se llamaba Lily y olía a lirios. Está en las piedras de la casa, en todo lo que cultivamos, en lo que comemos, en lo que criamos.

Esta noche toca Sacrificio, que es nuestra noche favorita de la semana. Sobre todo porque últimamente nos fascina todo lo que tenga que ver con el fuego. Los becarios y graduados no pueden asistir al Sacrificio, es de las pocas cosas de Sundial reservadas para la familia. Jack y yo

coincidimos en que Mia tampoco debería participar. Tendríamos que ser Falcon, Pawel, nosotras y nada más. Pero sigue siendo divertido.

El hoyo de la hoguera es un círculo grande, calcinado, de casi dos metros de diámetro y bordeado de piedras. Hay un muro alto, también de piedra, que aísla la zona. Ahí solo nos pueden ver las estrellas. Es el lugar para decirnos cosas privadas unos a otros y también al fuego.

Nos sentamos en los bancos de piedra y nos abrigamos con mantas. Podemos tomar leche caliente con miel, y nos caldeamos las manos con las jarras de loza. Jack y yo compartimos una manzana. Yo doy tres mordiscos pequeños formando un triángulo y se la paso. Es un código. Tres mordiscos pequeños formando un triángulo quieren decir que la ropa que lleva Mia hoy es de lo más idiota. En cierto modo me gusta su falda, larga, oscura, de una tela suave que vuela y le envuelve las piernas de manera fascinante cada vez que se mueve. Pero Jack sonríe al ver los mordiscos en la manzana, así que no importa si es verdad o no.

Jack da un mordisco grande y luego otro más pequeño a la izquierda. Eso quiere decir que Mia tiene el culo gordo. Dejo escapar una risita y el jugo de la manzana me corre por la barbilla. Jack y yo nos vamos pasando la manzana con mensajes que hablan de lo estúpida que es. Sentimos la boca llena del zumo ácido y el calor de la hoguera en el rostro. Miramos a Mia expectantes por encima de la fruta verde. No tiene gracia si no sospecha que estamos hablando de ella. Mia echa leña al fuego y nos sonríe. Eso siempre me incomoda. Es como si supiera lo que estamos haciendo y no le importara. O nos perdonara, que es peor.

Mia sigue alimentando el fuego hasta que la hoguera es una pirámide de llamas. Falcon pregunta qué tal nos ha ido la semana. ¿Cómo le va a Jack con las prácticas de clarinete? ¿Cómo me va a mí con el retrato de Pawel? Bien, digo yo. Bien, dice Jack.

Falcon se levanta. Va a empezar.

—Nuestros padres nos dijeron quiénes éramos, qué teníamos que ser. Nos paralizaron, nos congelaron. Nosotros deseamos que tengáis libertad para elegir. Quiero que podáis contárnoslo todo. Debemos ser amigos que os quieran y os guíen, no progenitores severos. Así que este es el momento de compartir el dolor y la ira. Compartidlos, vaciaos, echadlos al fuego.

Se hace el silencio. Durante unos momentos, nada se mueve. Luego, Pawel se levanta y tira algo a la hoguera. Las llamas iluminan la forma en su trayectoria. Es una pieza de ajedrez, un rey.

—Tiro al fuego todo mi viejo ser —dice con seriedad.

Se echa a llorar otra vez con sollozos hondos, dolorosos. Jack y yo

lo abrazamos. Queremos mucho a Pawel. Está loco, y últimamente le ha dado por llorar todo el tiempo, pero siempre nos enseña cosas interesantes, como las chirinolas, esos cactus que parece que se desplazan, y la piel de serpiente de cascabel gigante que encontró en el risco del oeste. Nos quedamos mirando un rato mientras las llamas transforman la pieza de ajedrez en una brasa brillante.

Falcon se levanta.

—Yo sacrifico las luciérnagas —dice.

Nos acomodamos en el banco con los ojos muy abiertos. Cuando Falcon sacrifica las luciérnagas es muy triste, pero también maravilloso.

—Cuando era niño, siempre teníamos hambre —dice Falcon—, pero no se nos permitía decirlo. Eso habría sido una muestra de debilidad. Y no convenía aparentar debilidad delante de mi padre. Mi hermano y yo teníamos tanta hambre por las noches que nos sentábamos en el porche de la parte trasera de la casa y hacíamos como si nos comiéramos todo lo que veíamos. La luna, las nubes. Hablábamos de su sabor. La luna sabía a limón y a leche. Las nubes, a glaseado de azúcar. Un par de veces hasta probamos la corteza de árbol.

»Una noche, vimos luciérnagas. Hay épocas en las que salen a montones en Utah. Nunca seáis pobres en las montañas de Utah. Las luces bailaban en la oscuridad con su brillo dorado. "¿Sabrán a miel? ¿O a caramelo?", le pregunté a Fred. Tenían una especie de fulgor verdoso, como algunos dulces de la tienda.

»Fred dijo que a él le parecía que a caramelo, así que metimos un montón de ellas en un tarro. Vistas de cerca no eran bonitas. Solo eran bichos. Nos los comimos deprisa porque sabían mal. Se nos entumeció la boca y nos dimos cuenta demasiado tarde de que eran venenosas. Fred gritó y vomitó. Cuando nuestro padre volvió de cazar, por la mañana, tuve que decirle lo que habíamos hecho. Y no voy a seguir, no hace falta que os cuente lo que pasó después.

»No quiero esa parte de mí. Así que, arded, luciérnagas. Arded.

Falcon tira al fuego un puñado de una especie de polvo. Nunca hemos conseguido que nos diga qué es, pero provoca llamaradas y chispas que salen volando y caen lentamente, doradas, en el aire de la noche. Durante un momento parecen lucecitas con alas. Luego vuelven a fundirse con la hoguera.

—Ahora la oscuridad no es más que oscuridad —dice Falcon en voz baja—. No hay lucecitas en el aire. Aquí estamos en paz.

Jack y yo nos cogemos de la mano. Sé que es simbólico, o como sea que se diga eso, pero también sé que no hay luciérnagas en California

porque Falcon acaba con ellas muy a menudo.

Nadie más quiere decir nada esta noche, y nos quedamos un rato tranquilos, en silencio. Las estrellas se deslizan por el cielo mientras el fuego sisea y devora los troncos.

Yo nunca he tirado nada al Sacrificio. No hay nada que quiera cambiar.

En la cama, acaricio a Jack, mi muñeca, y la pongo bajo la almohada. Jack enciende la lámpara de noche. Tiene forma de estrella y proyecta un brillo rosado. A Falcon no le gustan las lámparas de noche. Quiere que sigamos nuestros ritmos circadianos naturales. «No hay que tener miedo. No hay que usar las muletas que usan otros. Sed valientes». Queremos ser valientes, de verdad, pero Jack no puede dormir sin la luz.

Al otro lado de la habitación, Jack se acomoda sentada contra las almohadas.

—¿Historia de fantasmas o *Bingley Hall?*

—*Bingley Hall.*

Yo ya paso de fantasmas.

Jack mete la mano con cuidado debajo del colchón. El libro es frágil de tanto manosearlo. La tapa está descolorida y arrugada por el tiempo. En ella aparece una chica de pelo castaño con falda corta que corre por un campo de hierba. Ha levantado el palo de lacrosse para atrapar la pelota que vuela hacia ella. Tiene el rostro vuelto hacia arriba y los labios rojos entreabiertos. Hay otras chicas a lo lejos, también con la boca formando una «o» roja. *Tercer trimestre en Bingley Hall* , dice el título en mayúsculas.

Lo encontramos entre la ropa de cama cuando limpiamos las habitaciones de invitados tras el gran éxodo de estudiantes de verano. Nunca habíamos visto nada igual. En Sundial solo hay libros bellos o educativos. Las únicas novelas que tenemos en las estanterías son de alto nivel. Jack y yo nos miramos un momento. Al final, se levantó el jersey y se lo metió bajo la cintura de los vaqueros. Falcon y Mia lo habrían tirado a la basura, estábamos seguras. No por ser crueles, sino porque no le verían ningún sentido. Casi me pareció oír la voz de Falcon, cargada de sorpresa y decepción: «Tenemos cientos de libros maravillosos, niñas. No desperdiciéis el cerebro».

La noche en que Jack y yo entramos por primera vez en el mundo de Bingley Hall fue un flechazo instantáneo. Es un mundo frío, vociferante, alegre, muy material, donde hay reglas estrictas y un código de honor más estricto todavía. Hubo un momento en que Jack se detuvo a media frase y me miró.

—¿No te encantaría que hubiera reglas? —dijo con verdadero

anhelo—. Así siempre sabrías si lo estás haciendo bien o mal.

Entendí lo que quería decir.

—Si hubiera reglas, nadie te decepcionaría nunca.

Jack busca la página por donde lo dejamos.

—¿Qué crees que va a hacer Marjorie sobre lo de que Felicity haya copiado en clase de francés? —pregunto.

—Se lo va a decir a la directora —responde Jack con toda seriedad —. Es muy grave.

Nos gusta jugar a adivinar lo que va a pasar, aunque nos hayamos leído el libro mil veces y sepamos que Marjorie intenta arreglarlo por su cuenta y anima a Felicity a que dé la cara. Para ganarse su confianza, Marjorie se sincera y le cuenta su secreto, lo que más vergüenza le da, que copió una vez, cuando estaba en tercero. Felicity se chiva a la directora y castigan a Marjorie por la falta antigua. Marjorie acepta el castigo de buena gana porque las reglas son las reglas.

Jack sigue leyendo. Ya se ha apagado la luz en el dormitorio colectivo de Bingley. Las chicas están en la cama, en filas, con gruesos camisones blancos. Se susurran secretos. Trato de imaginarlo, de sentir cómo es. La idea me resulta extraña. Jack y yo no nos ocultamos nada la una a la otra.

Jack casi ni mira la página al leer. Se sabe el libro de memoria. Pero, cada vez que devoramos la historia, es como si la oyéramos por primera vez. Al final del capítulo estamos nerviosas perdidas, con el pulso acelerado y los nudillos blancos de tanto apretar las mantas.

—No voy a poder dormir —digo—. Es como si tuviera hormigas en la sangre.

—Te contaré una historia sobre mamá —dice Jack.

Jack siempre sabe cómo hacerme dormir.

—Cuéntame la del rosal —pido—. La de cómo llegó aquí.

Así que Jack se mete en la cama conmigo y me acaricia la cabeza. Me habla de Inglaterra, porque Lily, nuestra madre, nació allí. Se crio en una casa grande con jardín, con fuentes y setos podados para darles forma de animales. Seguro que fue a un colegio como Bingley Hall. Le encantaban las rosas. Cuando conoció a Falcon y se fue de su casa, lo único que se llevó fue un esqueje de un rosal inglés. Está plantado en Sundial y marca el lugar donde se encuentra su tumba. Me dejo llevar por el sonido de la voz de Jack, de sus dedos sobre mi pelo.

Jack y yo vamos a la parte trasera de la casa, como todos los martes por la mañana, hasta el manantial que hay junto al reloj de sol, donde el rosal crece en su maceta azul a la sombra de unas rocas. Lo regamos y cuidamos todas las semanas. Cuando llega el calor del verano,

llevamos la maceta dentro de la casa y la protegemos allí, al fresco. Cuando hace bueno para el rosal, lo volvemos a sacar, al mismo lugar. Está creciendo bien.

Para quien no lo conoce, el reloj de sol no es más que unas cuantas piedras planas dispuestas en dos semicírculos. Falcon nos enseñó a utilizarlo. Recuerdo cómo me puso las manos en los hombros y me dirigió para situarme en la piedra del primer círculo, la correspondiente a febrero.

—¿Ves? Son las diez —me susurró.

Mi sombra cortaba la piedra marcada con un 10. Era una prueba más del poder de Falcon para controlarlo todo, hasta el sol. El reloj de sol es especial por muchas cosas. Jack dice que era el lugar favorito de mamá, y por eso está enterrada aquí.

Murió cuando nosotras teníamos cuatro años. Fue durante una tormenta. Estaba enferma del corazón. Por aquel entonces, Mia era la ayudante de Falcon. No recuerdo en qué momento cambiaron las cosas entre ellos. Jack dice que no habían pasado ni dos meses de la muerte de mamá. Demasiado pronto. «Asquerosamente pronto —dice Jack—. Nada más meter a su mujer en la tumba». Nos resulta emocionante decir cosas malas de Mia, pero a veces me entran dudas. ¿Qué recuerda de verdad una niña de cuatro años?

Jack me coge de la mano.

—Nos quería mucho, Rob. Quiero que siempre recuerdes lo que se sentía al recibir tanto amor. Recuerda los besos que nos daba al acostarnos, su olor a lirios y lo dulce que era. ¿Lo notas ahora?

Cierro los ojos y noto a mi madre, los labios suaves que me acarician la frente, el fantasma de un beso, el olor frío de los lirios. Pero la mano de Jack es la sensación sólida y cálida contra la mía, es lo que me protege.

El coyote sigue ahí, junto al cobertizo de ordeñar, a las cinco de la tarde del día siguiente. No lo veo, pero oigo cómo se acurruca entre la maleza. Su canto ha bajado de volumen y ahora es un gemido agudo, como una aguja en la oreja. Se está debilitando.

Mia está en la cocina, concentrada en el crucigrama del *New York Times*. Tiene el pelo echado hacia atrás y sujeto con un pañuelo rojo. Cuando empieza el calor del verano, se lo corta o va a Santa Fe para que se lo recojan en trenzas prietas. En los meses más frescos, como ahora, se lo deja a su aire. Debe de tener casi cuarenta años, pero ahora mismo parece una niña, no mayor que Jack y yo.

—¡Hola! —dice Mia—. ¿Qué tal te va?

Me habla en tono neutral y me vigila para detectar cualquier indicio de rechazo. Siempre va con mucho cuidado para no obligarnos

a quererla.

—Sigue ahí —le digo—. Falcon dijo que, si seguía ahí a las cinco, nos lo podíamos quedar. ¿Dónde está? ¿Y dónde está Jack?

—Han ido a Bone —responde—. Con Pawel, a coger la comida.

Los perros comen mucho. Todas las semanas, Pawel y Falcon vuelven del matadero con una carga de vísceras hediondas. Las bajan por una rampa a los cubos, y nosotras los llevamos a la cámara de refrigeración. Es un trabajo espantoso, pero siento un pinchazo porque Jack ha ido a Bone en el camión con Falcon. ¿Por qué no me avisó?

—Volverán enseguida —dice Mia.

—Es que...

Me detengo, porque Jack y yo no pedimos nada a Mia. No queremos deberle nada. Pero, para cuando vuelva Falcon, el coyote se puede haber marchado. Y Jack se ha olvidado. Y ha ido a Bone en el camión, sin mí.

—Falcon dijo que a las cinco, y sigue ahí —continúo—. El coyote.

—Un trato es un trato —dice Mia, y se levanta—. Vamos.

—¡No! ¡Tenemos que esperarlos!

De pronto me entra miedo. Mia y yo, juntas... A Jack no le haría gracia.

—Entiendo —dice Mia—. Si vamos ahora a por el coyote, estaremos ocupadas cuando vuelvan, y no podremos ayudarlos a guardar la carne. Y no te lo quieres perder.

Me mira con un atisbo de brillo burlón en los ojos. Nunca se lo había visto hasta entonces. Mia siempre se muestra cautelosa y seria ante nosotras.

Pienso en la carne, en el chorro maloliente, en el sonido húmedo que hace al caer en los cubos metálicos. Pienso en las salpicaduras de sangre en los delantales y en las mascarillas. A veces tenemos sangre hasta en el pelo.

—Qué horror, mira que si estamos tan ocupadas que no los podemos ayudar cuando vuelvan... —digo.

Mia sonríe. Va a la caja fuerte del pasillo y saca el rifle de dardos tranquilizantes.

Tiene una puntería increíble y, pese a que cada vez hay menos luz, pese a las ramas del espino, le acierta a la primera. El coyote queda tendido como una serpiente muerta. Mia lo coge en brazos. Tiene una pata en un ángulo extraño.

A veces, en las cenas con amigos, también digo: «En el rancho teníamos treinta perros y un coyote domesticado». Eso le gusta mucho a la gente. A todo el mundo le encantan los perros.

Es una frase que utilicé con los hombres. Creía que me hacía

parecer más interesante (aunque las pruebas nunca respaldaron la teoría). Pero no con Irving. No me hizo falta.

Ponemos al coyote en el corral de acogida. Es el primer lugar donde metemos a los perros nuevos que llegan. Mia dice que no sabemos si la manada aceptará al coyote. Puede que sean demasiado diferentes.

—Pero los puedes obligar —digo.

—Son muy suyos, te lo digo yo.

Los perros del corral principal lo huelen enseguida. Se apelotonan en la esquina más cercana a nosotras y mueven la cola como un mar ondulante, con los ojos brillantes y los hocicos expectantes.

Mia le entablilla la pata y luego lo espulgamos, que es una labor asquerosa. Vamos quitando los cuerpos grises, sangrientos. Algunas están tan clavadas que no hay manera de cogerlas. Mia se saca del bolsillo de atrás un paquete de cigarrillos y enciende uno. Da una calada larga.

—No se lo digas a tu padre.

El humo perfuma el aire del atardecer y se mezcla con el olor de la artemisa. Luego pone la punta encendida contra la pulga, que chisporrotea y huele a rayos, y podemos quitarla. Me pasa el cigarrillo para que me encargue de la siguiente.

Oímos la llegada del camión y a Pawel que nos llama, y el sonido metálico de los cubos en la cámara de refrigeración. Esbozo una sonrisa para Mia, que me la devuelve, pero me controlo y frunzo el ceño, y aparto la vista.

—Ahora, a bañarlo.

No se le nota en la voz, pero sé que le he hecho daño. Lava al cachorro dormido con una solución diluida de insecticida. El animal deja escapar un gruñido cuando lo mete en el agua, pero no se despierta. Mojado, parece aún más flaco. Le pone un collar blanco para que no se lleve la lengua a las heridas, y luego se las trata con antiséptico.

—Se intentará lamer cuando se despierte —dice—. Esperemos que no pueda.

Le clava agujas con la facilidad que da la práctica: moquillo, parvovirus, hepatitis, rabia. El animal gime en sueños, sobresaltado. No lleva mucho tiempo en el mundo, así que el dolor aún lo coge por sorpresa. Vuelve a gemir cuando Mia le saca sangre.

—Si no tiene los genes que buscamos no lo podemos utilizar —dice —. Lo entiendes, ¿verdad, Rob?

—Entonces, lo soltaremos —digo—. Pero seguro que los tiene.

—Con la pata así, dudo mucho que pueda cazar.

Me entra frío por dentro. «No —me digo de inmediato—, los tiene,

seguro que los tiene». Es un animal salvaje, pero se ha acercado a la casa. Es más valiente que los demás coyotes.

—Hemos hecho todo lo que podíamos hacer —dice Mia—. El resto depende de él. Qué a tiempo, ¿eh? Parece que han terminado de descargar.

Me muero por contarle a Jack lo del coyote en cuanto se apaguen las luces, y luego que ella me cuente lo de Bone. Es emocionante tener cosas nuevas de las que hablar. Nos racionaremos las noticias en maravillosos bocados.

—¿Dónde estabas? —me pregunta Falcon—. Solo ha venido Jack a descargar, y eso cuando ya habíamos llegado.

Jack hace una mueca. La miro, desconcertada. Pensaba que había ido a Bone con Falcon.

—Tuvimos que ir a por el coyote —digo—. Está en el corral. Te estuve buscando —le digo a Jack—. ¿Dónde habías ido?

—No tenemos que estar siempre juntas, niña.

—No me llames niña.

Me siento idiota y muy molesta. Solo es cuatro minutos mayor. Y no me ha respondido. Siento una oleada de irritación que me recorre.

Llevamos los cubos de carne al corral. Por el camino, paso los dedos por un trozo de hígado. Qué asco. ¿Cómo será comer la carne de otro ser? En Sundial, todos somos vegetarianos, menos los perros.

El corral de los perros está entre matorrales de espinos, a unos doscientos metros de la casa. Los perros viven juntos porque Mia estudia las respuestas y comportamientos de grupo, o algo así.

La manada la componen sobre todo perros salvajes mestizos, pero también hay corgis, rottweilers y hasta un labradoodle. Cada uno tiene su edad, su personalidad, su tamaño. Lo único que tienen en común al llegar a Sundial es que son perros malos. Mia recorre el país en busca de perros malos. Lo que le interesa en realidad es una combinación genética específica.

Ella lo llama «el gen del asesino psicópata», pero no es exactamente eso, claro. Es una broma. Y luego hay otro gen con una C y una H. El gen del asesino psicópata también se denomina «gen del guerrero». Mia cree que ayudaba a que las personas lucharan entre ellas, en los tiempos en que la lucha era lo más importante. Así prefiero imaginarme al pequeño coyote, como a un guerrero. A Falcon le gusta que planteemos preguntas a Mia, pero yo solo lo hago para que esté contento. Luego, durante la respuesta, que suele consistir en largas series de números y letras, no presto atención. Da igual, el caso es que esta combinación genética hace que los perros sean mucho más agresivos.

Cuando llegan, al principio son peligrosos. Los han tratado mal. A algunos les falta un ojo, una oreja, hasta una pata. El sufrimiento sella el destino del perro. Por eso tengo la esperanza de que el coyote lleve dentro algo malo, que su breve vida haya sido dura. Así podrá quedarse en Sundial.

En cierta ocasión leí sobre un pueblo bajo el que un fuego alimentado por carbón había ardido durante veinte años. Bastó una explosión sin importancia en un túnel para provocar un incendio que arderá durante un siglo. El dolor y el miedo son lo mismo: una explosión que incendia los genes. Me imagino las llamas que recorren a los perros, como vetas de carbón que se prenden.

Ya, solo son palabras, lo sé. Lo que les pasa a los perros en Sundial no tiene nada que ver con guerreros ni con incendios. Eso solo son imágenes que nos formamos para tratar de entender lo que sucede en nuestro interior.

Entramos en el corral de entrenamiento. Mia se queda al otro lado de la valla con el controlador. Hace todo lo que puede para que nos olvidemos de que existe. De todos modos, tiene trabajo, aparte de cuidar de nosotras. Toma notas sobre la alimentación, a veces hasta la graba con su vieja cámara de cine.

La manada es una ola de dientes amistosos y ojos amables. Los perros se nos pegan a las rodillas. Kelvin se queda en un rincón, aparte, jadeante.

—¡Ey, muchachote! —lo llamo.

Nos sonríe y se levanta. Ya sé que los perros no sonríen como las personas, pero cualquiera que conozca a Kelvin podrá argumentar que sí. Se acerca despacio, cojeando. El pelo en torno a los ojos y al morro es blanco, como si acabara de nevar. Kelvin es viejo. Lleva aquí mucho tiempo. Tiene nombre. Antes lo dejábamos entrar en la casa, pero al final Falcon se puso firme e hizo el cartel que hay ante la puerta. El pequeño montículo de cemento odontológico que lleva en el cráneo parece un bombín de juguete. Todos los perros tienen uno. Cuando éramos pequeñas, Mia tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para enseñarnos a no acariciarlos en la cabeza. Les da un aspecto extraño, pero parece que no les importa.

—Pero qué perro tan bueno.

Kelvin cierra los ojos mientras Jack y yo lo abrazamos. Sonríe y nos lame la cara. Creo que nunca lo he llamado por su número en la manada, que es Siete. Se nos permite jugar con Kelvin, pero solo con Kelvin.

—¡Siéntate! —dice Jack.

En tiempos Kelvin debió de vivir en una casa, porque conoce

órdenes básicas como «Siéntate», «Quieto» o «Ven». Luego sucedió algo, porque quien le hizo eso en las orejas y en las patas fue un ser humano.

—Hazte el muerto —digo, y Kelvin se tumba con cuidado.

A Jack y a mí nos parece cosa de magia. En Sundial no hay muchos perros que obedezcan órdenes. Puede que lo que les hacen Mia y Falcon les borre el entrenamiento. O puede que nadie les haya enseñado nada.

—No pasa nada, nosotros sí que te queremos —le susurro.

Kelvin sacude la cola contra la tierra del suelo. Tiene el pelo castaño dorado, denso, espeso.

—Vuestro público aguarda impaciente.

A Mia le hace gracia. Los perros están sentados en el centro del patio, todos juntos, con los ojos clavados en nosotras. No paran de gimotear. Tienen hambre, desde luego.

—Deja que vengan de una vez —dice Jack, irritada—. Por dios.

Mia pulsa botones en el controlador. Los perros acuden al trote y nos rodean. Muchas bocas abiertas, jadeantes. Huelo su aliento de carne en el aire fresco del anochecer. Veintitrés, una rottweiler con cruce de algo, de lomo y patas musculosas, se abre camino hasta la primera fila. Lanza un gruñido y una dentellada a Diecisiete, un chucho de ojos adormilados. El chasquido de los dientes es sonoro. Es el perro más grande de la manada, es grande hasta para su raza. Jack da palmaditas en los lomos y acaricia orejas en un mar de colas que se agitan, pero siento un atisbo de miedo, como el roce de una pluma. Recuerdo los ojos dorados del coyote, sus diminutas fauces asesinas. De pronto, los perros no me parecen tan diferentes. Y hay muchas bocas abiertas. Alzo los dos brazos por encima de la cabeza; es la señal para Mia.

—No le pidas ayuda —sisea Jack.

—¿Por qué no? Solo soy una *niña* .

Trato de aparentar valor delante de Jack, pero es un alivio cuando los perros vuelven a agruparse ordenados en el centro del corral. La adrenalina se dispersa y el pulso se relaja. Cuando Jack se da la vuelta, muevo los dedos en dirección a Mia. Está mirando con el ceño fruncido los controles que tiene en la mano, así que no ve mi minúsculo «gracias».

Jack y yo llenamos los cuencos de comida mientras los perros, muy juntos, se estremecen. Comprobamos que tengan agua y recogemos los excrementos en una bolsa de plástico amarillo con iconos de riesgo biológico. Es una labor casi peor que la de descargar la carne. Salimos del corral y cerramos la puerta.

Mia suelta a la manada y vuelan como flechas, cada perro hacia el cuenco que lleva su número. Kelvin va más despacio que los otros y siento una punzada de pesar. Kelvin es un perro muy bueno, no es justo que se haga viejo.

Los perros comen. El aire se llena del sonido húmedo de carne y lengüetazos.

Le doy a Mia la bolsa de plástico llena de mierdas de perro. La coge distraída, sin dejar de mirar el controlador. No sé qué hace con tantas cacas.

Odiar a Mia consume mucha energía. A veces me gustaría que pudiéramos dejar de lado ese odio como quien se libra de una mochila muy pesada.

El coyote, en su corral, se pone en pie, tambaleante. Debe de estar muy confuso y adormilado, pero se levanta y nos mira como un diminuto rey que nos concediera audiencia.

Recuerdo una conversación larga, cuando teníamos unos siete años, en la que Mia nos explicó las leyes genéticas que hacían que su piel fuera diferente de la nuestra, y lo que eso significaría tanto para ella como para nosotras fuera de Sundial. No creo que Jack y yo entendiéramos entonces lo que quería decir «afroamericano». Ahora lo comprendo un poco mejor, y creo que sé por qué le gusta el desierto solitario, infinito. Aquí hay paz, lejos del corazón roto y sucio del mundo.

No hablo con Jack durante la cena. Cada vez que la miro, cada vez que oigo su voz, vuelvo a sentir la sombra del rencor, como una piedra en el zapato. *Niña* . Cuando llega el postre, Jack me pone todas sus fresas en el plato. Le encantan las fresas.

—No tengo hambre —le digo.

—Oye, lo de antes... lo de «niña» era con cariño, como cuando le dicen «niño» a Sundance Kid.

Se me escapa el aliento. No puedo evitarlo, me pasa siempre que pienso en Robert Redford.

Un verano, tras la partida de los estudiantes, una se dejó en la pared un póster de *Dos hombres y un destino,* la película sobre Butch Cassidy y Sundance Kid. No la hemos visto, y Falcon lo tiró luego a la basura porque no cree en esas cosas, pero ya era tarde. Lo habíamos conocido a ÉL.

—¡Ah! —se me escapa. Sé que es mentira, que lo decía en plan «niña estúpida», pero es su manera de pedir perdón—. Gracias, Cassidy.

Jack coge una manzana del frutero y le da un buen mordisco, me mira y mastica con la boca abierta. Es asquerosa, y me río tanto que

Pawel alza la vista, sobresaltado. Parece graciosa, pero sé que me está transmitiendo el mensaje más secreto, el más importante, el que solo me manda en ocasiones importantes. *Siempre cuidaré de ti.* Jack me coge la mano por debajo de la mesa y todo vuelve a estar en orden.

Vuelve a tocar. Una vez al mes, sin falta, y lo esperamos con pánico. La resonancia magnética seguida de un análisis de sangre.

El laboratorio de tomografías es el edificio más pequeño de todo el complejo. A su alrededor, los cactus crecen más que en ninguna otra parte, con espinas que nos arañan los brazos y las piernas cuando bajamos por el estrecho sendero. Falcon enciende las luces. Las tiras de neón del techo proyectan una iluminación blanca brutal. Me he fijado en que los científicos no saben iluminar. Siempre se van a los extremos: luz cegadora que resalta hasta el menor detalle y oscuridad absoluta.

La aguja ya no duele, o será que nos hemos acostumbrado. Si no miro y pienso solo en cachorritos, no pasa nada. El gadolinio entra en las venas, frío. Nos enciende una parte concreta de la mente como si fuera una antorcha, y así Falcon ve lo que pasa.

En la máquina de la resonancia hace frío. Es estrecha, gélida, con un ruido como de fantasmas que golpearan la tapa de tu ataúd. Cuesta respirar ahí dentro, pero siempre me esfuerzo por salir sonriendo, porque Jack va detrás de mí.

—Arriba, Jacaranda —dice Falcon.

Jack se acaricia la cicatriz en forma de estrella que tiene en el cuello. Siempre lo hace cuando está asustada. No soporta la idea de que la vean por dentro.

Cuando terminamos, Falcon se pasa horas estudiando los mapas de nuestros cerebros. Los diagramas de luces y sombras son como la vista aérea de una ciudad en medio de la noche. Para nuestro padre, somos más interesantes cuando no nos tiene delante.

Un crujido ensordecedor rompe el zumbido retumbante de la máquina. Suena una y otra vez, y la oigo gritar. Falcon saca a Jack tan deprisa como puede, pero tarda demasiado. Para cuando lo logra, tiene la frente llena de sangre, allí donde se ha golpeado una y otra vez. Siempre ha tenido miedo de la oscuridad, pero nunca la había visto así, tan pálida, tan ausente tras los ojos.

—Se acabaron los escáneres —dice Mia—. Os lo prometo.

Las jarras de leche caliente humean ante nosotras en la mesa de la cocina. Jack no para de temblar.

Falcon está aparte, apoyado contra la encimera, con los brazos cruzados y la cabeza un poco inclinada mientras mira a Jack.

—Pero seguiremos con los análisis de sangre —dice—. Vamos, Jacaranda. —La coge del brazo con delicadeza—. Ven a dar un paseo bajo las estrellas. No, Rob, no hace falta que vengas —me dice a mí.

Falcon y Mia han apagado la luz del dormitorio y se han marchado por fin. Mia quería quedarse un rato sentada con nosotras, pero bastó una mirada de Jack para disuadirla.

—Que tenemos diecisiete años.

Abajo, suena el tocadiscos, y por debajo de la música se escucha el murmullo de voces. Pawel, Mia, Falcon.

Jack enciende la lamparita. A la luz rosada, veo que tiene en brazos a Rob, su muñeca, apretada contra el pecho. Cuando éramos pequeñas, Falcon nos hizo muñecas de paja y mazorcas. Son pequeñas, feas; los ojos son quemaduras hechas con la punta del atizador; el pelo, de bruja, hierbas secas de punta. Pero nos encantan... o más bien las necesitamos. Las dos cosas se mezclan mucho. El tiempo les ha borrado la expresión y los rasgos, no quedan más que las mazorcas sucias. Jack llama «Rob» a la suya, y la mía es «Jack». Cuando nos peleamos, castigamos a las muñecas, no la una a la otra. Si no comparto mis fresas, le retuerce el brazo o le mete un dedo en el ojo a la muñeca Rob. Cuando Jack me cortó un mechón de pelo una noche, grabé una larga cicatriz en la cara lisa de la muñeca. Pero no nos decimos nada. Las muñecas son la manera que tenemos de sentir sin pelearnos. Porque no podemos pelearnos. Solo nos tenemos la una a la otra.

—¿Estás bien? —le pregunto—. ¿Qué ha pasado? —Veo que tiene algodón en el brazo—. ¿Falcon te ha llevado otra vez al laboratorio?

La mano de Jack acaricia la mía.

—Me ha sacado sangre. Está preocupado. Siento haberte asustado.

—Por lo menos ya no nos van a hacer más resonancias.

Trato de aparentar valor, pero tiene razón, estoy asustada.

Jack juega con el bracito de la muñeca.

—¿Alguna vez has visto algo cuando nos meten dentro?

—¿Como qué?

El miedo me recorre las venas con dedos fríos.

—¡Nada! Nada, la oscuridad, que hace que me imagine cosas. —Jack pone la muñeca bajo la almohada—. No tengas miedo, Rob —le susurra—. Todo va bien.

Yo la imito. Meto la muñeca bajo las sábanas y la envuelvo con el calor de mi cuerpo.

—Ya estás a salvo, Jack —le susurro. Las caras borradas de las muñecas tienen un tacto reconfortante y familiar contra nuestras mejillas—. ¿Mamá vela por nosotras?

—Siempre vela por nosotras —responde Jack con tono firme—. Te quiere muchísimo, Rob.

Sé que son tonterías, pero cuando Jack lo dice me suena muy real. Mamá. A veces, de noche, noto que me acaricia la cabeza.

El terremoto empieza de noche y estremece la habitación, sacude las paredes. Los cepillos del pelo y los tarros de crema tiemblan sobre la cómoda como si los moviera un espíritu delicado. Un perro aúlla a lo lejos y Jack se levanta, encantada.

—¡Uauh!

—¡La casa se derrumba!

La tierra se estremece de nuevo y se me escapa un grito.

Jack deja de sonreír al verme tan asustada. Se mete en la cama conmigo. Tiene los brazos cálidos. Cierro los ojos e imagino que son los brazos de mi madre. Todavía sigo agitada por lo sucedido la noche anterior, acosada por el recuerdo del rostro ensangrentado de Jack, de la charla sobre fantasmas. El mundo me parece muy inestable. Como el suelo.

—No pasa nada, Sundance —dice Jack—. No pasa nada.

—Claro, Cassidy. —Pero no es verdad—. No soporto los terremotos.

—A mí me gustan. Es como si la tierra bailara. Bueno, pero ya ha terminado. ¿Intentamos dormir un rato más?

Se quita una hoja del pelo. Jack nunca se lo cepilla bien antes de acostarse.

Niego con la cabeza. Todavía tengo el corazón acelerado, irregular. Jack me acaricia el pelo.

—Sshhh —dice—. Que si no viene Mia con el dodo.

Lo dice con el acento sureño de Mia, cosa que siempre me provoca un ataque de risa, no sé por qué.

El dodo es la escopeta calibre 22 de Mia, o así la llama Jack. Cuando era pequeña, a Jack no le salía la ese. Decía «uerte» en vez de suerte, o «ceta» en lugar de cesta. No sabía que ese tipo de arma era un veintidós, así que lo siguió llamando dos dos por mucho que la corrigieran. Todo eso fue hace mucho y ahora ya lo dice bien, pero cada vez que oigo la palabra «veintidós» pienso en un pájaro extinto.

El coyote tiene los genes adecuados, los dos pares. Falcon ha analizado la sangre que le sacó Mia. Así que puede entrar en la manada. Es un alivio, y también un orgullo. ¡Ya lo había dicho yo! Pero también estoy preocupada. Lo siguiente es la prueba. El clic.

—Quiero ir —le digo a Mia.

Tengo la sensación de que, si estoy presente, puedo protegerlo, aunque sé que no tiene lógica.

El laboratorio de los perros está contiguo al de tomografías. Se trata de una estructura sólida, maciza, oculta tras saguaros altos, un edificio feo como una cárcel, como una fábrica. Aquí clican a los perros para incluirlos en la manada.

El interior es frío, verde, con un zumbido constante. El aire tiene el olor ácido de los cables eléctricos calientes. Hay varios estudiantes con batas de laboratorio que miran las centrifugadoras con cara de aburrimiento. Hay otros en las estancias a oscuras, más allá, seguro. Hay un momento en que la medicina se tiene que elaborar a oscuras. Junto a una mesa hay una chica y un hombre que hablan en susurros mientras trabajan con una pipeta y un matraz.

—¿Lo tienes? —pregunta él.

—Sí —dice ella—. Uaah, casi se me cae...

—No pasa nada —dice el hombre, despacio, con calma.

Los dos se ríen. Se tensan un poco al ver a Mia, pero el hombre no puede disimular una sonrisa despectiva que le dura unos segundos de más. Tiene los ojos brillantes.

—Eh —les dice Mia con tono brusco—. Os toca afuera, en la rotación.

—Lo siento —dice la chica.

Se le escapa una risita al salir, y el hombre le dice que se calle. Es muy molesto. Parece que los estudiantes creen que tienen todos los derechos en Sundial, que nosotras somos un par de crías que viven aquí por casualidad.

Mia y yo bajamos por el pasillo verde hasta la sala pequeña del fondo, la que parece una celda. El coyote, sobre la mesa, tiene la respiración acompasada. Mia saca la jeringuilla del maletín amarillo. Lo del clic no parece gran cosa a simple vista. Se trata de una inyección con bacterias que llevan codificadas unas instrucciones. Cuando estén dentro del coyote, esas bacterias eliminarán los segmentos malos del ADN del coyote, como el gen del asesino psicópata, y los sustituirán por cosas buenas, como les ha enseñado Mia. Me imagino que el clic es como millones de tijeritas diminutas, tan pequeñas que no se ven a simple vista, que recortan formas como los niños cuando hacen cadenetas de papel para reemplazar lo que antes han sacado de los agujeros. Clic clic clic. Luego el cerebro le quedará listo y Mia le pondrá el gorrito de cemento odontológico, y podrá unirse a la manada. Si todo sale bien, claro.

Mia clava la aguja en el músculo del lomo y ya está. Las tijeritas ya empiezan a trabajar dentro de él. Clic clic clic clic. Al coyote le quitarán la ira y el miedo. Será un perro bueno. Cuando se despierte, todo habrá cambiado, y se unirá a la manada. El lomo dorado sube y

baja. Agita las patas. Está soñando.

Tras la penumbra del laboratorio, el sol parece más brillante. Echo a andar detrás de Mia, pero se da la vuelta y me acaricia la mejilla.

—Se acabó la ciencia. Ve a hacer algo bonito con tu tiempo, Rob.

Lo que pasa es que no sé qué puedo hacer. Quiero quitarme de encima las malas sensaciones.

Me dirijo a la cocina. En la despensa hay alguien hablando de microbios. Me preparo un sándwich en silencio, lo envuelvo en papel y me marcho.

El invernadero está lleno de neblina irisada. Arriba hay tuberías largas que dejan escapar gotitas diminutas de agua, como piedras preciosas que penden en el aire. El frescor y la humedad son una maravilla contra la piel.

En la esquina este del invernadero es donde se cultivan las verduras, las tomateras frondosas, los largos tallos de las habas. La parte más importante del invernadero está cerrada con láminas gruesas de plástico. Ahí es donde se cultivan las plantas venenosas, y todos los que entran visten monos especiales. Veo a dos estudiantes difuminados por la pared de plástico. Caminan despacio entre la vegetación alta, embutidos en trajes protectores con escafandra, como astronautas. Las plantas no parecen peligrosas. Son como un cereal cualquiera. Centeno, creo. Pero en eso consiste el veneno, en que no se sepa que lo es. Pronto, cuando las espigas doradas se vuelvan negras, Falcon recolectará el grano y lo llevará a los laboratorios para el siguiente paso.

Alguien me da unos golpecitos en la cabeza con los nudillos y pego un salto con el pulso acelerado.

—Bienvenida a la tierra, Rob.

Es Pawel. Lo abrazo.

—Te estaba buscando.

—Vale. Ayúdame a recoger zanahorias.

—Mejor cuéntame una historia.

Me encantan las historias de Pawel.

—Hay que coger muchas zanahorias, no tengo tiempo para cuentos. ¿Te imaginas lo que me hará Mia si no se las llevo a la cocina?

Dejo escapar una risita, porque a Pawel le encanta contar historias, y Mia no le haría nada.

—Cuéntame cómo conseguimos los primeros perros para Sundial de los Grainger.

—¡Zanahorias!

—Esto te hará cambiar de opinión.

Me saco el sándwich del bolsillo.

—Estas niñas que no me dejan en paz...

Pawel mueve un par de cajones y les da la vuelta para que nos sentemos. En el invernadero, con la neblina de agua, hace fresco y se está muy bien. Desenvuelve el sándwich y se lo come de dos bocados.

—Ahí va —dice mientras mastica—. Hace mucho tiempo, antes de que llegaran los perros de Sundial, antes de que llegarais vosotras, Mia, Falcon y yo vivíamos aquí, solos.

—Y Lily —le recuerdo—. Mi madre.

—Claro. Los cuatro, solos. Pero oíamos perros de noche, a lo lejos, gimoteantes. ¡Auuu, auuu auuuuu!

—Los perros de aquí no ladran así —le recuerdo.

—Vale, vale. Estos estadounidenses... Uauh, uauh, uauh.

—Guau guau, Pawel.

—Esto es una tontería. ¿Vas a escuchar o vas a discutir?

—¡A discutir!

Pawel me agarra la cabeza y me la frota con los nudillos hasta que noto como si se me quemara el pelo y grito.

—Por la noche, a lo lejos, en el desierto, oíamos los aullidos de los perros que lloraban en el cañón, donde estaba la granja de cachorros.

—Al pie de las montañas Cottonwood —apunto.

—Exacto. Lina y Burt Grainger los encerraban a oscuras en jaulas. Los mataban de hambre, los obligaban a tener más perritos para venderlos. Perros caros, perros con pedigrí... Y también perros baratos, para laboratorios. Cientos de cachorritos que vendían para comprar drogas. Les gustaban las drogas. Obligaban a los perros a pelear entre ellos para conseguir comida. Al perro que no podían vender, lo colgaban para verlo morir. Eso les hacía gracia. Se dice que algunos cachorritos saltaban al pozo con tal de no seguir viviendo así.

»Cada noche, todas las noches, oíamos los aullidos de los perros que lloraban, tu madre, Falcon, Mia y yo, y nos decíamos "No está bien que traten así a los perros". Así que tramamos un plan. Cuando oscureció, cogimos escopetas y cuchillos, y nos pintamos la cara de negro para que no se nos viera en la oscuridad. Fuimos andando hacia el cañón. A medida que nos acercábamos, el ruido de los perros era cada vez más alto. Los cachorritos gemían; los grandes, ladraban. De dolor.

»Miramos por la ventana y vimos cosas espantosas. Una habitación llena de jaulas. Lina y Burt estaban viendo la tele. Falcon rompió la puerta con la culata de la escopeta. Irrumpimos, y se levantaron de un salto. Ellos también tenían armas, ¡y luchamos! Lina gritó y agarró a Mia por el cuello. ¡Buum, buum, buum!, hicieron las escopetas. Cuando se despejó el humo vimos que Lina y Burt se habían matado

entre ellos por error.

»Abrimos todas las jaulas. Los perros salieron muy despacio, como ancianos. Nunca habían visto el cielo. Pero empezaron a olisquear, a respirar el aire fresco. Poco a poco fueron levantando la cola, se les iluminaron los ojos. Nos lamieron las manos. Y todos volvimos a Sundial, con los perros correteando bajo la luna del desierto y sin parar de ladrar, pero de alegría. «¡Auuh uuhh!». Y ahora, todos vivimos juntos en Sundial y somos felices.

Sé que Mia y Falcon consiguieron los primeros perros de Sundial de la tristemente célebre granja de cachorros. Sé que Falcon, Mia, Pawel y Lily no entraron por la fuerza, no atacaron a los Graingers para robar los perros. Pero, después de ver al coyote, me hacía falta escuchar la historia de Pawel. La historia nos cuenta que nosotros somos los buenos, y así no me siento tan mal con lo que les hacemos a los perros en Sundial. Tienen comida, sol, aire libre. Viven mejor que en un laboratorio o en sitios como la granja de cachorros.

Pawel y yo recogemos zanahorias. Yo las arranco, pero Pawel las extrae con cuidado de la tierra, como si las convenciera. No tiene las manos bien. Sus dedos recuerdan el hambre. Los tendones y los músculos han pasado necesidad. Pero puede llenar una cesta de zanahorias. Un tallo de las habas ha escapado de sus límites y se ha alejado del palo que mantiene erguida la planta. Pawel lo coge con delicadeza y lo devuelve a su sitio con cuidado de no romper ni una hoja. Ata el tallo con cordel con el mismo nudo que utiliza siempre. Dice que ese nudo se llama «de bolina». Jack y yo hemos tratado de aprender a hacerlo.

—Tenéis que pensar que el cordel está enamorado —nos dice pese a nuestros gritos de frustración. Hay cosas que no sabe traducir de su lengua materna, el polaco—. El cordel quiere ser un nudo, es lo que más quiere en el mundo.

—¿Todavía tienes la cabeza en las nubes, Rob? —dice Pawel al tiempo que sacude la tierra de una zanahoria larga, nudosa.

Es muy difícil engañar a Pawel. No tiene las mismas capas que otras personas. A veces parece que sabe lo que sientes antes de que tú mismo lo sepas.

—Estaba pensando por qué no pareces de la familia —digo—, aunque llevas aquí toda mi vida.

—Oye, muchas gracias. ¿Y a qué conclusión has llegado?

—Es porque pareces agradecido de estar aquí —digo—. No te lo esperabas.

—Tengo mucho por lo que dar gracias —responde—. Vosotros me habéis proporcionado un hogar. Es mi primer hogar desde que fui a la

cárcel.

—Debió de ser muy raro.

—Sí. Al principio tuve que ganarme su confianza, pero no tardaron en ver que soy de fiar. Estoy domesticado. Y se me dan bien los perros.

Pawel deposita otra zanahoria en la cesta y se le ve un atisbo del tatuaje azul ya borroso que le sale por debajo de la camisa.

—¿Eso qué es?

Pawel siempre lleva mangas largas. Nunca se me había ocurrido preguntarle por qué, o qué esconde bajo ellas.

—El pasado —dice.

—¿Me dejas verlo?

Se lo piensa un momento.

—Claro —dice al final—. ¿Por qué no?

Se sube la manga. En el antebrazo, en tinta azulada, se ven nueve figuras en fila. Creo que en sus tiempos la tinta era negra. Al principio creo que son personas, pero las examino de cerca, y no. Son peones de ajedrez.

—Te tiene que gustar mucho el ajedrez.

—Mis padres me enseñaron a jugar. Nos enseñaron a todos los hermanos. En mi familia jugábamos mucho cuando yo era pequeño. Por eso los represento a cada uno con un peón.

—¿Dónde está tu familia?

—Ya no tengo —dice Pawel—. Los echo de menos todos y cada uno de los días. Cuando llegué aquí, hace diecinueve años, Mia me abrazó. Por aquel entonces era la ayudante de tu padre, claro. Pero fue muy buena. Era la primera vez que otro ser humano me tocaba en muchos años, sin contar las peleas o las palizas. Estaba muy solo.

—Eso es muy triste. Yo nunca estoy sola porque tengo a Jack.

Trato de imaginármelo, pero solo veo un agujero, un espacio en blanco. Esa realidad, yo sin mi hermana, no existe.

—Entiendo a Jack —dice Pawel—. Tu hermana sufre.

Tiene una voz tan amable que no entiendo por qué siento una grieta helada que se me abre en el pecho.

—Qué va.

—A lo mejor es que no quieres verlo.

—Nadie la comprende como yo.

Me está subiendo la ira por dentro. ¿Cómo se atreve a decir eso? Alzo la vista y me doy cuenta de que los aspersores le han dejado la cara húmeda y brillante, como barnizada. Luego veo que está llorando. Pawel llora a veces por lo del pasado. Hizo cosas que no debía hacer y todas las personas que quería lo abandonaron. O puede

que estén muertas. Pasó mucho tiempo en la cárcel y, cuando salió, estaba solo. Recién nacido. Ahora nosotros somos su familia. Pero, aunque lleva veinte años en libertad, hay una parte de Pawel que estará siempre en la cárcel.

Esa noche agarro con más fuerza la mano de Jack desde mi cama. *Pawel no tiene ni idea.* Jack es mía y yo soy suya. Así son las cosas. Nadie nos conoce como nosotras nos conocemos la una a la otra. Que se fastidie Pawel. Es *idiota.*

—Jack.

No responde de inmediato. Me doy cuenta de que está pensando en otra cosa, y no es la primera vez. Está callada, no distraída, sino concentrada en algo diferente. No, viendo algo. Sigo la dirección de sus ojos hacia la pared desnuda, la ventana, las cortinas.

—Jack —repito.

Tarda un momento demasiado largo en volverse hacia mí.

—¿Qué pasa, Sundance?

Tiene la vista perdida. Por un espantoso momento creo que la que me mira es la muñeca Jack. Una cara de mazorca sin rasgos. Ojos grabados con el atizador. Le pasa algo malo.

Trato de ser valiente. Trato de imaginar lo que haría ella para ayudarme. La abrazo.

—¿Qué estás mirando?

Se gira un poco hacia mí, pero sigue con la vista fija al frente.

—Están por todas partes, Rob —dice. Habla en voz baja, por la comisura de la boca, como si lo que crea que hay en la habitación pudiera oírla—. Vienen a través de las paredes.

—¿Quiénes?

—Los perros fantasmas.

—Qué cosas más raras dices —respondo, pero la que se siente rara soy yo. Noto escalofríos por toda la piel.

—Mira —susurra con tal fuerza que obedezco, aunque no veo más que la ventana con las cortinas corridas, la pared con el desconchón de cuando intentamos una vez jugar allí al squash.

—Ahí no hay nada, Cassidy —le digo—. Nada de nada.

—Están *aquí* . —Jack extiende una mano—. Canela —susurra—. Ven aquí, bonita. Jinx, Jinx. Jethro, toma... ¿te acuerdas de ellos, Rob? Solo eran cachorritos, pero Mia les hizo el dodo porque dijo que estaban demasiado enfermos y no iban a vivir. Mira, Arthur. Era mi favorito, pero Mia dejó que cogiera la fiebre de la garrapata. No lo examinó bien. Y están los demás, Rob, a muchos no los conozco. Todos los perros muertos. Todos los que Mia, la asesina, ha matado.

Jack se estremece y solloza. Tengo tanto miedo que hasta se me

pasa por la cabeza ir a buscar a Mia.

—Mírame —digo—. Cógeme la mano. Ahí no hay nada.

—Y tantas luciérnagas...

Jack se vuelve hacia mí y veo que no está llorando, no. Tiene los ojos muy abiertos de pánico. Me agarra la mano. Creo que se la va a llevar al corazón, como hacemos siempre, pero me la empieza a retorcer como si fuera un cuello.

—Ay, Jack, que me haces daño.

—No quiero volver.

Mira sin ver, me tira de cada dedo como si fuera a arrancármelos.

—¡Me estás haciendo daño! —grito cada vez más asustada.

Baja la cabeza. Veo con alivio que me va a dar besos con los dedos, como hacía cuando éramos pequeñas.

—No me obligues —dice Jack.

Comprendo demasiado tarde lo que quiere hacer. Grito y le doy una bofetada mientras me clava los dientes en el pulgar.

Jack me mira inexpresiva, y luego sí empieza a llorar. Se abraza a su muñeca Rob. Le corre un hilo de sangre por la comisura de la boca, por la barbilla, hasta la cabeza de la muñeca. Es mi sangre.

—¿Por qué lo has hecho? —susurra a donde la muñeca debería tener una oreja—. ¿Por qué?

Callie

Mamá se detiene. Parece que está delgada y vacía, como si la historia hubiera estado siempre dentro de ella, como si fuera lo que la llenaba y, ahora que está saliendo, se queda deshinchada como un globo.

—Ahora necesito descansar, Callie.

—Vale.

¿Qué voy a hacer? No hay tele.

Abre la nevera. Me llega el olor de la bolsa grande de plástico llena de carne.

—Lo siento, cielo —susurra, y me acaricia la mejilla—. Todo esto te debe de parecer muy raro.

—Yo me encargo de la carne.

Sí que debe de estar cansada, o no me dejaría.

Seguro que la veo desde el risco oeste.

El ocaso es rojo como las entrañas. Tiro carne a puñados al otro lado de la valla. Picadillo, tajadas de ese color marrón purpúreo que huelen mal. Veo cómo se estrellan contra el suelo. Hay un trozo grande de carne con hueso, creo que es una pierna de cordero. Pesa mucho. No puedo tirarlo por encima de la valla. Al final lo dejo en el suelo, apoyado contra la valla, pero por dentro. Ya lo recogeré a la vuelta.

Subo al risco oeste, donde el sol todavía ilumina las cimas de las Cottowood. Y allí está, en el arroyo. La granja de cachorros. Qué nombre más idiota. Sé lo que era ese lugar. He leído lo que hacían ahí Lina y Burt.

«A lo mejor te ha traído aquí para meterte en la granja de cachorros», dice Callie Blanca, y pego un brinco. Últimamente ha estado muy callada. No sé si duerme alguna vez.

«Calla —le digo—. Ya no existe». Lo sé. Me encanta la biblioteca, el sonido quedo de los artículos en microfichas.

Vuelvo hacia la casa, pero tengo la sensación de que algo se mueve detrás de mí. Cuando me doy la vuelta, no hay nada, solo las sombras largas que proyecta el junípero. La carne que he tirado al otro lado ya no está. El trozo grande de cordero que he dejado contra la valla, tampoco.

«Uff —dice Callie Blanca—. Debe de haber un agujero».

Echo a correr a la luz escasa, con el vello de punta.

Mamá está mirando por la ventana, me busca. Tiene la cara contraída. Parece preocupada. Cuando entro, me abraza, y yo se lo permito. No quiero que se vuelva a enfadar.

—Algo se ha colado por la valla —digo.

Se pone muy pálida.

—Se acabó lo de salir sola, Callie. —Recorre la casa para cerrar las puertas con llave y bajar las persianas de las ventanas—. Parece que en el desierto no hay nada, pero no es así. —Niega con la cabeza—. Es como un barrio. Un barrio muy grande. Pawel siempre nos metía miedo con esas historias... —Cierra los ojos y traga saliva—. Déjalo, no importa.

Parece cansada e inofensiva, pero me acuerdo de cómo se le puso la cara toda roja y abrió la boca como un gato que aúlla. La noche antes de venir a Sundial me pegó, y desde entonces me ha sacudido, me ha gritado, me ha roto la cámara. Vaya si es inestable.

Cuando hay peligro solo hay tres posibilidades: huir, luchar o hacerte amigo suyo. No sé cuál elegir.

Voy al cuarto de mamá y abro la puerta. Está durmiendo. La veo respirar, le miro la boca, la mejilla, una mano cerrada, el otro brazo por encima de la cabeza. La respiración de mamá también es un reloj. Entra, sale. La escucho durante un rato.

Su móvil vibra sobre la cómoda, ronronea con los mensajes.

Me acerco de puntillas y lo cojo. Me hace «prrrr» en la mano. Es papá otra vez. Bajo por la escalera de puntillas como un hada, pisando por el borde de los peldaños, y me lo llevo a la sala de estar.

Llamo a papá. Lo coge al momento.

—Rob.

Casi no reconozco la voz porque suena aguda de rabia. ¡Serpiente enroscada!

—¿Papá? —digo.

—¿Callie? —El tono cambia de inmediato, es cálido—. ¿Qué hay, colega? ¿Estás bien?

—Creo que sí.

—¿Dónde está tu madre?

—Zzzz —digo—. Carita dormida.

—¿Qué hizo? —Es esa voz cuidadosamente inexpresiva que pone cuando no quiere que se note que está enfadado—. Cuéntamelo todo.

—Me zarandeó cuando encontró lo de su maleta, papá.

¿Por qué me dijo que iba a ser muy divertido?

—¿Le hiciste la foto de broma que te pedí?

—Sí, papá —susurro.

—¡Muy bien!

—Pero no tuvo gracia. Y luego mamá pisoteó la cámara y la rompió.

Papá respira hondo.

—Vaya rollo. ¿Y no se lo pudiste impedir, con lo grande que eres ya?

Tiene la voz tensa. Desconfío. Sé cómo se pone. Tengo ganas de llorar.

—¿Por qué os estáis peleando otra vez?

—Son cosas de mayores, colega.

—¿Puedo hablar con Annie?

Deja pasar un momento.

—Vale —dice.

—¿Callie?

Siento una oleada de amor cuando dice mi nombre.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—Bien —dice—. Me pica. ¿Por qué os habéis ido mamá y tú?

Es tan pequeña y está tan triste que el corazón se me arruga como una tela.

—Mamá y yo teníamos que hablar —le digo—. Mamá... está mala, Annie.

—¿Como yo?

—Más o menos.

—¿La vas a curar, Callie?

—Lo voy a intentar. —Pero tengo un nudo en el pecho. ¿Cómo se arregla lo inestable?—. Mientras, tienes que ser buena con papá.

—Vale —dice. Pero me preocupa ese tono de voz gimoteante; quiere decir que está tramando algo, que va a causar problemas—. Es mejor que no le digas nada a él, ¿entendido? Si le dices algo te voy a tener que castigar.

—Vale, Callie —dice con su vocecita aguda asustada.

Pero no hay garantías. Annie es impredecible.

Oigo una voz lejana al otro lado del teléfono.

—¿Irv?

Luego se oye un sonido tenso y un quejido ahogado.

—Hola, señora Goodwin —digo. Puede que papá haya empezado a tirarle del pelo a la señora Goodwin también. Sería lo lógico. Se lo hace a todo el mundo tarde o temprano—. ¿Cómo está el señor Goodwin? ¿Y Sam, y Nathan?

—Ha pasado a ver cómo estamos. —Papá está otra vez al teléfono.

—Mira —digo—, estoy bien aquí, con mamá. Tú quédate ahí con Annie.

Empieza a decir algo, pero pulso el botoncito rojo y la voz se corta. Dejo el teléfono en la encimera. No tendría que haber colgado mientras hablaba, no le gusta nada. Pero no quiero que venga a buscarme. No puede dejar sola a Annie. No sé si mamá debería estar cerca de Annie ahora mismo.

«Puede que pronto tengamos otra mamá», dice Callie Blanca.

Estoy muy preocupada, y cuando estoy preocupada todo lo que me rodea se convierte en humo hirviendo.

«Calma, Callie Caliente», dice Callie Blanca.

«Cállate». Pero tiene razón, me tengo que calmar. Los puntitos brillantes me bailan delante de los ojos y la sensación, esa sensación que no puedo parar, me sube por dentro.

Me quedo muy quieta con los ojos cerrados y los puños apretados hasta que el aire caliente y negro deja de dar vueltas.

«Busca algo bien afilado. ¡Clava una aguja en todo el ojo!».

«Mamá tiene contados los cuchillos», le digo a Callie Blanca.

«Seguro que los ha escondido».

A veces Callie Blanca es muy lista. El cajón de los cuchillos está vacío, igual que el portacuchillos de la encimera.

Saco el cajón todo lo que puedo. «A lo mejor se ha caído alguno por detrás».

«Buena idea —dice Callie Blanca de mala gana—. Mira, hay algo ahí abajo».

Lo saco. Es una caja negra, vieja, con botones de diferentes colores. Tiene una antena, como una radio.

«¿Qué es?».

«Ni idea».

Paso los dedos por los botones como si fuera un piano. En la parte de atrás hay una tapa, y la quito. El interior de la caja está lleno de costras blancas. Fuera lo que fuera, ya no funciona.

Aprieto el botoncito que parece un caramelo. No pasa nada. Debe de estar roto. Pero a mí me gustan las cosas rotas, las cosas que nadie más quiere. Así que me lo guardo en el bolsillo.

Vuelvo a dejar el teléfono en la cómoda, con cuidado, como si fuera un ser vivo. Me quedo un momento escuchando la respiración de mamá, y cuando la miro tiene los ojos abiertos clavados en mí.

—¿Qué quieres, Callie?

Creo que no me ha visto devolver el teléfono. ¿O sí?

Intento poner vocecita mona, como la de Annie.

—¿Estás ya bien para seguir contándome la historia, mamaíta?

Parece satisfecha.

—Vale —dice.

No tengo armas y no puedo huir, así que voy a probar a hacerme amiga suya.

Rob, antes

Me pesa todo de agotamiento y cortar carne me parece cada mañana más repugnante. Anoche, cuando Jack vio los fantasmas de los perros, ya no pude dormir. El pulgar me palpita bajo la venda. Le he dicho a Mia que me he dado un golpe con un martillo.

—¿Estás bien? —me pregunta Jack por enésima vez.

No sé qué decirle. Ella parece la de siempre, aunque un poco cansada. Cuesta creer que anoche intentó arrancarme los dedos.

—¿Qué pasó, Jack?

—Debió de ser una pesadilla que tuve.

—Vale —digo.

A mí no me pareció una pesadilla, pero no quiero discutir.

—No volverá a suceder, Sundance —dice—. Te lo prometo. Es que aquí me estoy volviendo loca. Tenemos que poner en marcha el Plan.

—Vale —digo.

«Tenemos que poner en marcha el Plan» es una de esas cosas que dicen las chicas de Bingley Hall. Nunca se me había ocurrido que fuéramos a hacerlo de verdad. No es más que una idea, como cuando de noche estamos en la cama y diseñamos a los novios perfectos. El mío es rubio y tiene la misma cara que Robert Redford, pero con los ojos verdes, como yo. Se dedica a una profesión creativa, coreografía, creo. Es francés. El de Jack es socorrista y es moreno, pero tiene los ojos azules como Robert Redford. (Ninguno de nuestros novios imaginarios tiene el menor interés en la ciencia).

—Se lo tienes que pedir tú a Falcon, ¿vale? —Jack se seca las manos en el delantal y deja una larga marca de sangre—. A ti te hará caso. Eres la buena.

—Se lo pediré, vale, pero no soy la buena.

—Oh, Falcon. —Jack pone voz de pito—. Cuéntame algo más sobre la monoaminooxidasa A de baja actividad. —Luego se tapa la parte inferior de la cara con el delantal y aletea las pestañas—. Yo soy la mala. La interesante.

—Que sepas que eres igual que Marjorie cuando se entera de que han copiado en el examen de cuarto.

—¡Ni hablar!

Cuando no mira, le pongo un trocito de hígado en la coleta. Se

queda fijo unos segundos y luego le baja por el cuello y se le mete en la camiseta, y ella grita. Todo vuelve a la normalidad.

Casi no queda nadie en los largos bancos junto a la mesa, bajo la jacaranda. Empieza a hacer calor, y la mayoría de los visitantes de Sundial han terminado el desayuno y se han puesto a trabajar. Todavía hay un par de estudiantes a lo lejos. Falcon les está contando una anécdota de su primer año en el MIT. Lo escuchan con los ojos muy abiertos, sin parar de asentir. Creo que son un chico y una chica, pero los dos tienen el mismo corte de pelo y los ojos como platos. Yo he oído esa anécdota mil veces: va de un profesor de filosofía y una rosquilla. No la entendí la primera vez y sigo sin entenderla.

—Esta mañana me voy a llevar a Veintitrés al recinto oeste —dice Mia a Falcon al tiempo que le sirve un café.

El humo se le enrosca en torno a la cara como si fuera incienso.

Una sombra se proyecta sobre mi plato.

—Hola.

Alzo la vista. Hay un chico de cara aniñada, unos veintipocos años, con una camisa de un blanco deslumbrante. En mi vida he visto nada tan blanco. Cara inexpresiva, pelo oscuro, carece de interés. Se inclina hacia mí un poco demasiado cerca. Lo huelo, piel limpia al sol caliente.

—Rob —dice Jack. No la he oído acercarse—. No te encontraba.

Se pone delante de mí para que el chico tenga que apartarse.

—Anda, tenéis los ojos diferentes —dice—. No me había fijado.

—Somos mellizas, no gemelas idénticas, atontado —dice Jack, y me coge de la mano—. Parece que no os enseñan mucho en la universidad.

—Eres muy lista. —Parece encantado ante la grosería de Jack.

—Tú, no. Antes de veinte minutos vas a estar empapado de sudor con esa camisa. Estás en el desierto.

El chico levanta las manos y se aleja. Jack y yo contenemos la risa. Es un alivio que haya llegado a tiempo. Nunca sé cómo salir de situaciones que no me gustan.

—¿Chicas? —Damos un respingo y Jack se pone roja. Mia está detrás de nosotras—. No se habla así a los invitados.

Jack se la queda mirando y Mia asiente como si Jack se hubiera mostrado de acuerdo. Se va a la cocina.

Jack coge una manzana del frutero y le da tres mordiscos en línea antes de pasármela. Este dibujo concreto, una fila de mordisquitos, significa «Mia es idiota».

Falcon nos está mirando desde la otra punta de la mesa. Me como la manzana, incómoda, consciente de sus ojos clavados en mí. ¿Por

qué han tenido que elegir este preciso momento para fijarse en nosotras? *Idiota* . Noto la palabra húmeda en la boca. La noto cuando me baja por la garganta al tragar, me llega al estómago, donde bulle como un guijarro en agua hirviendo.

En un matorral de madreselva del desierto empieza a vibrar un colibrí. Las alas son una nube de movimiento desesperado; el pecho, un tajo escarlata.

—Es como un corazón que ha palpitado tanto que ha reventado el pecho —digo, y me arrepiento al instante. Ha sido una tontería.

Jack está mirando al pájaro.

—Como nosotras —dice—. Yo soy tu corazón y tú eres el mío, dos corazones que laten fuera del cuerpo.

Noto una oleada cálida por dentro. Lo normal es que la sentimental sea yo.

—Falcon —dice Jack—, Rob y yo queríamos pedirte una cosa.

—Bueno, pues hablemos.

Nos lleva al pabellón largo de madera, en la cima de un montículo cercano. Los asientos son secciones de tronco de árbol, hay mesas bajas y un estrado. Aquí vienen los adultos a descansar un rato cuando refresca. Hacia el oeste se ve el desierto, y las montañas que se alzan azules a lo lejos.

—Me voy a sentar —dice Falcon—. Si es importante, así me concentro mejor.

Mueve un tronco y se acomoda con un movimiento elegante. Jack y yo seguimos de pie ante él.

—Falcon —digo. Pero me interrumpo y miro a Jack, desamparada.

—Hemos estado pensando que queremos ir a la universidad —sigue ella.

—De acuerdo —dice Falcon con las cejas arqueadas—. Podemos discutirlo, desde luego.

—Pero antes nos gustaría ir un año a un colegio normal para aprender todo lo que tenemos que saber. —A Jack casi se le quiebra la voz del ansia. Se me contagia su anhelo, aunque no estoy segura de compartirlo del todo—. Para ir a la universidad nos tenemos que graduar en el instituto. Tenemos que aprender cosas como carpintería.

No sé de dónde saca esas cosas.

—Chicas, queridas —dice Falcon—, me alegro mucho de que hayáis acudido a mí. Podemos adaptar las asignaturas como queráis. ¿Más clarinete? ¿Menos árabe?

—Queremos ir a un colegio de verdad —susurra Jack.

Casi le leo el pensamiento. El campo verde, el palo de lacrosse alzado, la falda al viento, las compañeras de equipo boquiabiertas de

admiración.

—Pero ¿por qué? —El desconcierto de Falcon es sincero—. Yo os puedo enseñar todo lo que necesitéis.

—No es lo mismo —dice Jack. Le pongo una mano en el brazo a modo de advertencia. Está dura como una roca, con los puños apretados y los músculos tensos—. Queremos ir a sitios. ¿Por qué nunca VAMOS a ninguna parte? ¡No es justo! ¡Quiero ir a un colegio normal y tener una vida normal!

No sé qué cree Jack que es una vida normal. Tampoco sé lo que creo yo. En cuanto a los colegios, el único que conocemos es Bingley Hall, y tengo mis dudas de que sea muy normal.

La cara de Falcon es la imagen viva de la decepción.

—He intentado proporcionaros algo mejor que un colegio —dice—. He intentado daros una educación. Siento mucho que no te parezca suficiente.

—A ti lo que te gusta es tener a todo el mundo a tu alrededor —dice Jack con voz tranquila, envenenada—. ¿No es verdad? *Falcon* . Que te alaben, que te digan lo inteligente y lo bueno que eres. Como si esto fuera un país, y tú, el presidente. No quieres que nos vayamos porque te gusta tenernos aquí.

Coge una piedra y se la tira. No le da a Falcon, sino a una de las columnas del pabellón. Una astilla de pino sale volando hacia el cielo azul y deja una cicatriz alargada en la madera.

—¡Jack! —grito, horrorizada.

—No, Rob, deja que se exprese. —Falcon mira a Jack—. Estás enfadada, cariño. Muy bien, suéltalo todo.

Jack lo mira y juro que veo cómo la rabia le sale por los poros. Es como un espejismo, un fantasma del calor sobre la arena. Luego se echa a llorar, con mucho ruido, enseñando los dientes en una mueca de pena.

Falcon rodea a Jack con los brazos. Los hombros de Jack se estremecen. Se agarra a él.

—Lo siento —dice.

—Ya lo sé. —Le acaricia el pelo hasta que, poco a poco, se va calmando—. Nada de tareas esta mañana, ¿vale? Id a hacer algo bonito con vuestro tiempo. —Mia y Falcon siempre nos están diciendo eso. No sé ni qué significa. Falcon acaricia a Jack en una mejilla, pero ella se aparta—. Y oye. A ver si sois más amables con Mia.

Es un alivio infinito que Falcon haya dicho que no a lo del colegio. Siempre quedaba la espantosa posibilidad de que nos dejara elegir a nosotras.

Pawel trae brazadas de ramas de junípero al Sacrificio. Crepitan y

chisporrotean en el fuego, y el olor a pimienta asciende en el aire de la noche. Da vueltas entre los dedos a un trozo de cordel, hace y deshace el nudo de bolina. Creo que va a decir algo, pero Mia se levanta de repente. El fuego dibuja sombras en su rostro serio. Jack me aprieta la mano con desaliento. Mia solo interviene una vez al año o así. Siempre quema lo mismo y siempre echa a perder la velada. Nos hace sentir mal por ella.

—Dejé a Alicia en casa con él —dice—. Pese a que sabía cómo era, la dejé allí. No quería llevarme nada de mi viejo yo.

Mia se saca del bolsillo una tira de lino blanco. Está empapada en aceite mentolado. El olor llega hasta donde estamos, al otro lado de la hoguera. El trapo empapado cae en el corazón del fuego, se prende y chisporrotea como fuegos artificiales.

—Así olía él —susurra.

Falcon rodea a Mia con un brazo.

—Gracias —dice—. Nos has dado la verdad.

Jack hace un ruidito casi inaudible contra la manta con la que se tapa las rodillas. Es poco más que un suspiro. Pero sé que denota desprecio. Me parece que Falcon también lo sabe, porque nos lanza una de sus raras miradas severas. La injusticia me quema por dentro. ¡Yo no he hecho nada!

—Gracias, Mia —susurro, y Falcon asiente.

Jack me coge la mano por debajo de la manta. Al otro lado de la hoguera, Mia está llorando. Pawel le pone la mano en la espalda. No dice nada, pero él también tiene los ojos llenos de lágrimas.

No pasa mucho tiempo antes de que nos vayamos a la cama. Cuando Mia sacrifica, las veladas no duran mucho. Es siempre la última palabra. Mia ha estado sacrificando el pañuelo desde que tengo memoria, pero nunca lo quema para siempre.

Más tarde, acostadas, con la tenue luz rosada, Jack me vuelve a coger la mano. La estrecha entre las suyas y se la lleva al corazón. Me acuerdo de lo que me hizo el día anterior y hago ademán de apartarla, pero me habla con una voz cargada de tristeza.

—¿Cómo debe de ser eso, el pañuelo?

Sabemos que lo que les pasó a Mia y a su hermana no se llama así, pero la palabra de verdad es demasiado brutal, como si careciera de significado. «Pañuelo» conjura un aspecto que somos capaces de comprender. La tristeza de Mia, su dolor.

—No lo sé. —Me estremezco.

—Si alguien te hiciera daño, lo mataría —dice Jack—. No me quedaría callada y no te dejaría sola. Nos escaparíamos juntas.

—Yo tampoco te dejaría sola. —La sola idea se me atraviesa en la

garganta.

—Vale, le han pasado cosas horribles, pero no por eso tiene que venir aquí a darnos órdenes como si fuera nuestra madre, ¿no?

La voz de Jack ha cobrado ese filo intimidante que tiene siempre que empieza con esto. Mira al frente, como si pudiera ver el desierto al otro lado de la pared.

—No pasa nada, Jack —digo—. No pasa nada.

He hecho un esfuerzo por meter la frase, que me parece que es de lo más relajante y tranquilizadora, pero de pronto no me parece tan buena.

Mia lleva años contándonos esta historia, pero ahora la entiendo de otra manera. Mi cuerpo y mi piel la oye, la imaginan, como no la oían ni la imaginaban cuando era más pequeña.

A día de hoy, siempre que me tropiezo con esa palabra lo que oigo en mi mente es «pañuelo», y me llega un olor a menta. Tal vez por eso detesto tanto los programas de noticias. Porque esa palabra no deja de salir.

—No le des más vueltas, Sundance —dice Jack—. ¿Vale? Mejor piensa en el colibrí que hemos visto hoy.

Eso hago, y mi corazón se calma un poco.

—Háblame de mamá —pido.

—Tenía el pelo castaño muy suave —dice Jack—. Seguramente a nosotras se nos oscurecerá el pelo y lo tendremos como ella cuando seamos mayores. Y tenía los ojos azules, como los míos, no verdes, como tú. Siempre se le entrecortaba un poquito la respiración porque padecía del corazón, así que le salía una voz un poco ronca, muy bonita. Como la voz de un osito de peluche, si los peluches hablaran. Le encantaban las rosas. Por eso Falcon puso un rosal en su tumba, en vez de una lápida. Sabía mucho de genética y quería ayudar a los niños que nacen con discapacidad.

Jack debe de haberle oído esto a Falcon o a Mia, al menos en parte. La otra parte es lo que recuerda. Ha juntado las dos cosas. Pero la veo, de verdad que la veo: es una mujer amable, un poco tímida, con el pelo suave como las plumas y los ojos de Jack, preocupada por la gente y llena de amor hacia nosotras. El roce de su mano contra mi pelo por la noche, el olor a lirios que puebla mis sueños.

—Le encantaba la yuca y no soportaba el color amarillo. Puede que le recordara a las avispas. Cuando era pequeña, le picaron y le hicieron mucho daño.

Me deslizo hacia el sueño transportada por la voz de Jack, abrazada a mi muñeca Jack. Ya estoy al borde de la inconsciencia cuando la veo mover la mano en el aire como si acariciara algo que yo no veo. Rasca

unas orejas invisibles, palpa un pelaje suave, invisible. Y por un momento me parece oír el jadeo suave de un perro cansado y feliz.

El sueño se me pasa al instante. Me quedo allí, despierta, durante lo que me parecen horas, mientras mi hermana acaricia el aire como si estuviera vivo.

Por tercer día seguido, Jack no se presenta a la hora de ordeñar. Me encargo de las dos vacas con la frente apoyada en el costado de Elsie, que patea y se mueve. Luego, después de dejar la leche en la cocina, me quedo con Nimue en el prado un rato más. Le gusto, y siempre sé dónde la voy a encontrar, que es más de lo que se puede decir de las personas últimamente. El aliento de Nimue huele como la hierba en una tarde de primavera. Se apoya contra mi mano y le rasco el cogote, cosa que le encanta, pero acaba por aburrirse de mí y se aleja deambulando hacia la sombra de unas acacias. El cencerro tintinea con cada paso.

Paseo sin rumbo y llego a los límites de la propiedad, y contemplo la mole gris de las montañas Cottonwood. A mi alrededor, el desierto está lleno de sonidos. Cliqueteos, crujidos, susurros, piedra, escama, viento. El desierto no me hace el menor caso. Nunca se me ocurre nada bonito que hacer con mi tiempo. Sin Jack, me aburro.

Veo por el rabillo del ojo una forma oscura que pasa como un rayo. Mia está de pie, muy erguida, junto a la valla de alambre del corral oeste. Veintitrés se ha sentado lejos de ella y tiembla de placer.

Mia camina hacia la perra. Mantiene presionado con el pulgar el botón de «Quieto» en el controlador. Cada paso que da levanta una pequeña explosión de polvo. Veintitrés jadea. Las marcas pardas de rottweiler que tiene sobre los ojos hacen que parezca que me mira dos veces.

Mia se arrodilla ante el animal con el ceño fruncido. Examina el montículo del cráneo, que parece un puñado de arcilla gris. Está fusionado con el hueso y alberga los cables que entran por los agujeros del hueso, rematados en diminutos electrodos incrustados con precisión en centros importantes del cerebro.

—¿Te importa si miro?

Mia da un respingo y se vuelve. Tiene cara de sobresalto. Se le ilumina la cara con la ansiedad. Es bonito y a la vez patético: la marginada, agradecida porque la chica más popular la ha saludado. Es lo típico que pasaría en Bingley Hall. Siento un aguijonazo de culpa. ¿Tan malas con ella somos Jack y yo?

—Claro —dice—. Siéntate. El palco de honor está libre.

Abro la puerta de la valla y salgo. Ahora estoy fuera de los límites de Sundial. El desierto se extiende en torno a nosotras. Es una

sensación extraña. Por lo general, Jack y yo no tenemos permiso para salir del recinto. En el viejo arroyo, en lo que fue la casa de Lina y Burt, vive ahora gente mala. Me siento con las piernas cruzadas a un metro por detrás de Mia.

—Noto tus ojos clavados en la nuca —dice.

—Perdona. —Retrocedo un poco por la tierra, sin levantarme.

—Así, mejor —dice—. Ahora no puedo distraerme con nada.

—¿Qué se siente? —pregunto—. Controlándola, digo.

—Es como disparar un arma. Las mujeres no suelen tener ocasiones de sentirse así de poderosas.

Veintitrés se aleja unos pasos. Cuando Mia pulsa un botón del controlador, gira bruscamente hacia la izquierda. Y otra vez. Traza un rectángulo perfecto en torno a nosotras. La miro con los ojos entrecerrados bajo el sol del mediodía.

—Perrita buena —dice Mia, y se acerca para recompensarla con amor.

No puedo dejar de pensar que tal vez Veintitrés quería en el fondo dibujar un rectángulo. O que ha aprendido que, si lo hace, se lleva mimos.

—¿Cómo funciona? —pregunto con mucho interés en la voz. Yo también he aprendido a ganarme su aprobación.

—Bueno, no son robots —dice—. Este trasto manda un tono de pulso de 800 hercios a los centros de placer. Puedo hacer que correr en rectángulos le resulte muy gratificante. Ella quiere hacerlo porque así obtiene placer, pero yo tengo que entrenarla para que busque esa onda de placer en el cerebro, para que localice las órdenes. No todos los perros aceptan el proceso, ya lo sabes. Hemos tenido fracasos.

Asiento, porque recuerdo el año en que dejamos de poner nombre a los perros. Las dos nos quedamos en silencio por un momento. Canela. Jethro. Jinx.

—Así aprendimos —dice Mia—. Ahora es diferente.

El mamilar medio, el hipotálamo posterior, los campos de Forel, el lemnisco medial. Son nombres que suenan a flores. A veces me imagino que los electrodos son estambres de luz que iluminan las profundidades de la mente de los perros.

Veintitrés le lame la mano a Mia y se tumba.

—¿Has sido tú? —pregunto.

—Yo he aportado un impulso de tumbarse que le resulta placentero, así que se ha querido tumbar. El lametón es cosa suya. —Sonríe a Veintitrés. La perra alza la vista y sacude la cola en un frenesí de amor—. Algunos llevan tanto tiempo con nosotros...

Mia diseñó el sistema de electrodos y los pequeños cascos de

cemento odontológico. Probó con diferentes variaciones hasta que consiguió que los perros dejaran de contraer infecciones mortales.

Mi rostro debe de reflejar unos sentimientos de los que no soy consciente, porque Mia suspira y me roza la mejilla.

—No vivimos en un mundo ideal, Rob. Ya sabes de dónde vienen los perros.

—De la granja de cachorros —digo. No toda la historia de Pawel es inventada—. Cuando vino la policía, rescatasteis a los cachorros.

—Los primeros perros, sí —dice Mia—. Aquel lugar era espantoso. Queríamos darles una oportunidad. Un par de perros más vinieron de los proyectos de Princeton y Langley cuando los cancelaron. Eran unos chapuceros. No pusieron bien los electrodos. Tuvimos que trabajar mucho para sustituirlos y que los perros recuperaran la salud. Y luego hubo otros, como ella. —Hace un ademán en dirección a Veintitrés.

Trato de no mirarle la cola. Es espantoso, porque es inevitable ver lo que le pasó para hacer de ella lo que era. No tiene la cola amputada, sino más larga que la mayoría de los rottweilers. Pero se la cortaron. Las marcas sin pelo muestran los puntos donde lo intentaron antes de conseguirlo. Hubo muchos intentos.

Nadie, ni siquiera Mia, le toca la cola a Veintitrés. Nunca, jamás.

Mia hace una pausa.

—Oye —dice—, si de verdad te interesa, puedes tener una parte más activa. Te podríamos encargar un perro nuevo, que ayudaras a entrenarlo...

—¿El coyote, por ejemplo? —pregunto con cautela.

—¿Eso es lo que te gustaría? Vale.

Las dos intentamos contenernos, mantener la calma. Hemos roto una barrera. Mia se frota la cara como si se le hubiera metido sudor en un ojo.

—Mia —digo—, ¿te sientes sola aquí?

Se queda pensativa, como si estuviera meditando sobre mi pregunta. No dice «Qué tontería, con la cantidad de gente que hay aquí». Mia no desdeña lo que piensas, ni te intenta engañar, como hacen la mayoría de los adultos.

—A veces —dice—. Pero la mayor parte del tiempo soy muy feliz. Así que me compensa.

Deja el controlador en la tierra reseca y se saca del bolsillo de los pantalones anchos una pelota amarilla.

—Venga, chica, te has ganado un rato de juego.

Veintitrés se sienta y yergue las orejas. Mia lanza la pelota con fuerza. Veintitrés se desenrosca y sale disparada con las orejas planas contra el cráneo. Mia se levanta y corre tras ella. Podría ser una mujer

cualquiera con su perro que aprovecha el día azul para divertirse, por puro placer. Veintitrés le lleva la pelota a Mia mientras sacude la cabeza de felicidad. Se deja caer sobre las patas delanteras, como si rezara, y la deposita a sus pies. Mia le acaricia el cuello y vuelve a lanzar la pelota. Trato de observar a Mia, de observarla de verdad, no solo mirarla como hacemos con las cosas que vemos todos los días.

Es alta y fuerte. Tiene el rostro de un caballo bonito, largo, con los huesos finos y los ojos grandes. Se mueve por el mundo como si supiera que está donde debe estar. Siempre lleva una nota de color, hasta cuando viste unos simples tejanos y una camiseta: los cordones rojos de las zapatillas, o una horquilla plateada en el pelo, o unos pendientes en forma de periquitos, un relámpago verde contra su piel oscura. Es como un indicio discreto, un recordatorio de que Sundial es solo una parte de ella. Mia ha vivido mucho y se le nota, pero lo dejó todo atrás a los veinte para vivir en el desierto y examinar excrementos de perro con una pareja que le doblaba la edad y sus rencorosas mellizas.

El controlador está en el suelo, junto a mi pie izquierdo. Le doy un golpecito con la punta de la zapatilla deportiva. Tiene seis botones. Las instrucciones básicas. Los perros responden mejor si no complicamos las cosas. Izquierda, derecha, busca, quieto, ven, caza.

El botón de «caza», en la esquina superior izquierda, es pequeño, con rayas rojas y verdes como un caramelo. Mis dedos planean sobre él. No lo toco. Ya hay suficiente poder en este momento, en la capacidad de hacerlo o no hacerlo. «Caza». Mia nunca ha conseguido que hagan esto. Es una instrucción demasiado complicada.

—¿Quieres probar? —Mia me sonríe—. Le vendrá bien hacer un poco de ejercicio.

—¡Vale!

Estoy encantada y nerviosa, muy a mi pesar. Mia nunca nos deja acercarnos cuando está entrenándolos para cazar.

Coge un conejo del cobertizo. No es un conejo de verdad y ni siquiera lo parece. Tampoco parece una persona. No es más que una camisa vieja anudada a una estructura de madera.

Mia coloca el conejo a lo lejos, entre los árboles. Lleva a Veintitrés hasta él y le arrima la nariz a la camisa. Luego, vuelve dentro del perímetro de Sundial, y la perra intenta seguirla, sonríe y la mira para que le preste atención. Mia la aparta con delicadeza y cierra la puerta de la verja. Siempre se pone al otro lado de la verja cuando los perros cazan, aunque nunca ha dado resultado. Veintitrés arrima el hocico al alambre y gimotea.

—Vamos, bonita, ya sabes lo que te gusta. Vale. —Mia me mira—.

¿Preparada?

Pulso el botón rojo y verde. Veintitrés se pone rígida, toda ella alerta. Luego, sale disparada como un rayo negro sobre la tierra parda. Casi siento que huelo la boca de Veintitrés, su grasa, su baba. Me tiemblan las piernas, pero noto mariposas de emoción en el pecho. Mia me agarra por el brazo. Percibo su emoción también, me la transmite a través de la mano.

Pero Veintitrés pasa de largo del «conejo» y empieza a aullar al pie de una acacia. Un pájaro sobresaltado sale disparado hacia el cielo azul. Pulso otra vez el botón rojo y verde, pero Veintitrés salta y corretea, le ladra al gorrión que ya no es más que un punto en la distancia.

—Será atontada —susurró.

Mia me mira con reprobación y contiene una sonrisa.

—Un poco atontada sí que es, sí —dice.

Su risa es una cascada tintineante y me arrastra con ella, y yo también me echo a reír.

No sabría decir qué me hace levantar la vista. Jack está a pocos metros, a la sombra de la acacia, y me mira. Lleva un rato ahí. Me ha visto pasármelo bien con Mia. Las hojas y los sentimientos le proyectan sombras en la cara. El corazón me da un vuelco. «Era una tontería, solo estaba pasando el rato —querría decirle—. No he hecho nada malo. No me mires así». Luego quiero decirle que lo siento, correr hasta ella y abrazarla, arreglarlo todo. Pero sé que no puedo. Abro la boca, pero no me sale nada útil.

«Esto no quiere decir que me caiga bien —pienso para que me oiga Jack—. Sigue siendo lo que dijiste en la manzana». Jack se da media vuelta y se aleja. No sé si ha oído cuánto la quiero, o no.

Miro mi relojito de plástico morado que tiene en la cara un dibujo de Snoopy. Falcon me lo regaló cuando cumplí doce años. Pasé por una fase en que quería que todo fuera de Snoopy: las camisetas, las fiambreras, las gorras. Aún me pongo el reloj todos los días, a pesar de que la fina tira de plástico se me clava en la muñeca y me deja una marca en la carne.

Martes, dice la cajita junto a la corona, la que indica los días de la semana. Las manecillas marcan las nueve menos cuarto. Tendríamos que estar junto a la tumba de mamá en este momento. Por eso me buscaba Jack.

La rabia me cierra la garganta con un nudo caliente. Jack se ha saltado el ordeñado, ¿no? Si hubiera estado ahí, a mí no se me habría olvidado ir a la tumba. Eso nunca. Todo es culpa suya. Es una injusticia. A lo lejos, Veintitrés salta como loca y ladra a los pájaros.

Mia, encantada, aplaude.

Esa noche, la mano de Jack no salva la distancia entre las camas. Empiezo a tener miedo. Puede que no me perdone jamás. Lloro un poquito. Intento que sea en silencio, pero es imposible que no me oiga. Nunca se me ha dado bien llorar callada. Y sigue tumbada como una piedra, como una muerta, y pese al llanto no me siento mejor, todo lo contrario, me siento peor, como si me hubiera roto, como si estuviera abierta y no me pudiera cerrar.

Por la mañana, cuando me despierto, la sensación de espanto no se ha disipado. No hay ni un momento de alivio, ni un segundo en que me parezca que todo va bien. Recuerdo de inmediato cómo le fallé a Jack y cuánto me detesta. Pero el amanecer se cuela por la ventana y el día promete ser cálido y luminoso. «No puede odiarme para siempre», pienso.

—Jack —digo al alba—, haré lo que quieras. Meteré toda la ropa de Mia en la madriguera de una mofeta. La... la encerraré en la máquina de resonancias. Fue un error. Por favor, no sigas enfadada conmigo. —Solo hay silencio—. ¿Jack?

Noto que hay algo más que silencio. Hay ausencia. Me incorporo mientras el corazón me bate húmedo contra las costillas.

La cama de Jack está vacía. La ha hecho con toda pulcritud, y entonces es cuando sé que la cosa es muy grave. Siempre deja un torbellino de ropa. Las sábanas bien remetidas, la manta doblada al pie... son un punto final.

Salgo de la cama a toda prisa aunque mis piernas aún no estén listas y corro hacia el armario. Su mitad está vacía, con las perchas de alambre desnudas. Abajo, faltan sus zapatos. Los cajones que le corresponden están abiertos, vacíos. No queda ni rastro de la ropa interior, los tejanos, las camisas. Y la lámpara en forma de estrella ya no se encuentra en la mesilla que separa las dos camas. En su almohada está la muñeca Rob. Jack me ha dejado aquí.

Miro hacia fuera, hacia el calor creciente del día, y el pulso se me vuelve más húmedo y más acelerado. En el desierto hace tanto calor que la piel se nos llena de ampollas a las pocas horas. Hay serpientes, escorpiones, avalanchas de rocas, coyotes. Si se ha alejado mucho durante la noche no la encontraremos jamás y ya está muerta. «La he matado —pienso—. He matado a Jack».

Falcon ha ido con Pawel a comprar provisiones y tardará horas en volver, así que solo puedo recurrir a una persona. Muerta o no, Jack me va a detestar todavía más. Me la imagino flotando en nuestro dormitorio durante la noche, acosándome como los perros, blanca, airada para siempre. Pero no puedo hacer otra cosa.

Mia está picando hígado en la cocina. Intento hablar con ella, pero no puedo. Mia me pone una mano en el hombro, con los ojos a pocos centímetros de los míos, firmes.

—¿Qué pasa? —Nunca se anda con rodeos.

—Jack se ha ido —digo—. No estaba en la cama. Se enfadó conmigo... Creo que ha huido al desierto. Igual los perros la pueden encontrar...

Pero es un plan de Bingley Hall, no una idea de verdad. Nuestros perros no hacen esas cosas.

Mia tiene el rostro congelado. Es como una estatua.

—Piensa —murmura para sí misma sin casi mover los labios. Me coge la mano y salimos de la cocina, pero no hacia los corrales de los perros, atrás, sino al aparcamiento en el lado este, donde dejamos las camionetas y los coches a la sombra de los tamariscos. Los mira bajo el sol abrasador—. ¿Cuál falta? Falcon se ha llevado la furgoneta, ¿no?

—No lo sé —digo. No entiendo por qué le parece tan importante.

—Ayúdame, Rob. Piensa. ¿Quién se ha ido anoche a última hora, o esta mañana?

Recuerdo vagamente que uno de los ayudantes de investigación tenía previsto irse a primera hora de la mañana. El que lleva las camisas de un blanco níveo y siempre huele demasiado limpio. Ayer fue muy aparatoso en las despedidas. Tiene un nombre poco común que me hace pensar en viejos, en libros polvorientos y en la guerra civil.

—El tipo moreno dijo que se iba a marchar pronto —aporto—. Y nadie más, creo.

Mia examina de nuevo la hilera de coches. Está desencajada. Nunca la había visto así. De repente, parece una mujer madura.

—Tenía un Chevy blanco, ¿no?

—Creo que sí.

Pero no estoy en condiciones de pensar en un estudiante que se ha marchado. No entiendo por qué no para de hablar de él, por qué cuenta los coches, cuando deberíamos prepararnos para salir en busca de Jack bajo el sol abrasador.

—Falta el Chevy —dice Mia—. Voy a por ellos. Tú quédate dentro y espera. Cuando llegue tu padre, cuéntale lo que ha pasado, pero dile que no se mueva de aquí. Yo me encargo de esto. ¿Entendido, Rob? No permitas que me siga.

Empiezo a comprender que Jack no está muerta en el desierto. Eso me debería animar, pero lo que siento es otro tipo de miedo. Lo que está pasando es nuevo.

Las horas siguientes son como escenas en una casa de muñecas. Los

recuerdos no tienen sonido, están congelados. Es como si los viera en miniatura, desde arriba. El rostro de Falcon, una máscara de horror, mientras Pawel y yo lo agarramos por los brazos para impedir que vuelva a subirse a la furgoneta. Lo único que lo detiene es la orden que Mia me ha repetido una y otra vez. Siempre hace caso a Mia. Veo un retablo de rostros solemnes: los demás becarios y ayudantes, en grupos, mitad nerviosos y mitad emocionados ante un drama al que no están acostumbrados. Recuerdo que alguien preguntó qué iba a pasar con la comida, pero no sé quién, ni con qué voz o con qué tono. Recuerdo que nos sentamos y esperamos. Pawel y yo, cada uno con una mano de mi padre entre las nuestras.

Lo imagino tan a menudo que hasta me parece recordar momentos en los que yo no estaba presente.

Veo desde arriba, desde el cielo azul, a Mia en el momento en que los divisa tras treinta kilómetros de carretera hacia el sur, con una rueda pinchada. El polvo ya ha cubierto el Chevy con una capa parda. El ayudante de laboratorio se vuelve con la llave inglesa en la mano cuando oye el rugido del jeep de Mia. Está furioso. Lo han engañado. Mia ayuda al estudiante a poner la rueda de repuesto. Luego, le da indicaciones para volver a la ruta que lleva a Yuma. Le dice que no vuelva a aparecer nunca por Sundial. Saca a Jack a la fuerza del coche y la mete en el jeep. Jack grita, clava los talones en el suelo, deja marcas en la tierra. A día de hoy a veces pienso en cómo habría cambiado todo de no ser por ese neumático pinchado.

Jack me lo había ocultado a la perfección. Se debían de ver en secreto, por las noches, seguro que paseaban por las colinas rocosas mientras yo me encargaba de nuestras tareas. No vi el menor indicio. No se lo detecté en la voz cuando habló con él, tan indiferente, tan calculadamente antipática. *Somos mellizas, no gemelas idénticas, atontado.* Ni siquiera cuando se escapó. Fue Mia la que comprendió lo que había pasado, no yo.

Cuando se detienen ante la casa, Jack está llorando. Veo su cara congestionada e hinchada al otro lado del parabrisas. Mia se baja del coche y veo el cuero del cinturón del arma que destaca contra los tejanos, bajo la camisa blanca suelta.

Espero hasta que sube al piso de arriba. Oigo los gritos de Jack y las súplicas de Mia. Algo se estrella contra el suelo. Un libro, probablemente.

Falcon está en la cocina.

—Tengo que hablar contigo —le digo.

No se me da bien ser la que cuenta la historia, pero lo intento.

Le explico que Jack ve los fantasmas de los perros y no aparece

cuando tiene que hacer tareas, que me mordió la mano. Me siento mal por delatarla, pero también sé que estoy haciendo lo que debo. Es por su propio bien, no una venganza por marcharse sin mí, en absoluto.

Falcon asiente.

—Lo está pasando mal —dice, tranquilizador—. Es solo una fase, la superará. —Va hacia la escalera y mira hacia arriba—. ¡Baja, Jack! Tenemos que hablar.

Falcon no la castiga, aunque quizá era eso lo que Jack quería. ¿Es lo que quería yo? La lleva a su despacho. Voy a seguirlos, pero me detiene con un gesto amable. Me quedo ante la puerta cerrada.

—Claro —murmuro—. Iré a hacer algo bonito con mi tiempo.

Pero no sé qué hacer cuando estoy sola. Pego la oreja a la puerta. No se oye nada, solo un murmullo de voces.

Me siento en el suelo, en el pasillo. Trato de imaginarme que salgo con mi novio imaginario. A lo mejor vamos a un restaurante. Nunca he estado en un restaurante. ¿Llevó a Jack a un restaurante el chico del Chevy?

Tardan una hora en acabar. La puerta se abre y sale Jack. Me levanto de un salto y corro tras ella. No me doy cuenta de inmediato, pero está llorando otra vez. Está roja, parece muy pequeña, tiene los hombros encorvados. Nunca había visto a Jack derrotada.

Le cojo la mano.

—¿Qué te ha dicho?

Niega con la cabeza.

—No puedo.

—Siento habérselo contado. Estaba preocupada.

—Ya no importa —dice.

—Vámonos de aquí. —Hablo en susurros—. Iré contigo, Cassidy. Yo también me fugaré. Vámonos, esta noche.

—No lo entiendes —dice, cansada—. No voy a salir de aquí. Jamás.

—Esta vez será diferente, porque iremos juntas —insisto—. Vamos a buscar dónde está Bingley Hall. Tendremos amigos, novios...

—No lo entiendes.

—Lo digo en serio. Si vamos juntas lo pasaremos bien.

—Tú eres idiota, niña. —Jack me da un puñetazo en el pecho y me deja sin aliento. Luego, me agarra por el cuello y aprieta—. No sabes nada. Todo ha cambiado, pero solo eres una niña estúpida que no se da cuenta.

—Para —susurro. Tiene dedos fuertes, pero no quiero que Falcon nos oiga. No quiero meterla en más líos—. Por favor, Jack. Para.

Cuando me suelta, tengo una gargantilla de medias lunas rojas, profundas, que me ha marcado con las uñas.

Jack se viene abajo.

—Lo siento, Sundance.

Tiende la mano hacia mí, pero la aparto de un empujón.

—Me da igual que lo sientas.

Me aparto de ella. Su rostro se tensa.

—Claro que te da igual. Lo único que te importa es parecer la hija buena.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Estás loca. Te detesto.

Jack es veloz como una serpiente. Me agarra la cabeza con manos de hierro. Siento su aliento ardiente en la oreja.

—Por muy buenecita que seas, por mucho que te esfuerces, siempre serás menos interesante que yo.

Arrowood

Las chicas de Cuarto A Zafio cargaron por última vez contra las chicas mayores de la Torre Este. El suelo estaba lleno de platos rotos, y el aire, de gritos. Madame Salaud, la profesora de francés, agarró a Millicent por las trenzas. Lanzó un tajo con la cimitarra, y Millicent gritó. Madame Salaud corrió hacia el departamento de matemáticas haciendo girar en el aire las trenzas de Millicent.

Callie, agachada, buscó a Jack. Tenía que decirle la verdad. Se refugió tras una columna del comedor para protegerse de una jabalina, y en ese momento vio una manita que se movía bajo un repulsivo montón de niñas de Tercero B Cortés.

—¡Socorro! —suplicó una vocecita amortiguada.

Callie empezó a apartar a las niñas del montón, una a una. Todas gemían y se frotaban el estómago.

—Me noto rara —dijo Iris Muddle—. La leche del desayuno debía de estar mala.

Lanzó un puñetazo contra Callie, que lo esquivó sin problema. Iris tenía una puntería penosa, dentro y fuera de la cancha de voleibol.

—¡Socorro! —suplicó de nuevo la vocecita, cada vez más desesperada—. ¡No puedo respirar!

La mano se movió, apremiante.

Callie apartó más y más cuerpos quejumbrosos y se encontró con que la mano era de la Pequeña Annie, que por fin consiguió respirar.

—¡Gracias, gracias! —exclamó antes de ver quién era su salvadora.

Callie le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—No me toques —dijo Annie—. Eres la ladrona de Cuarto A Zafio. Te tengo miedo.

—No digas tonterías —replicó Callie—. Date prisa. Vuelve a tu dormitorio, es peligroso estar aquí.

Agarró a Annie por el hombro y trató de ponerla en pie. Annie chilló y golpeó a Callie con sus manitas.

—¡Para ya! —gritó Callie. Sin poder contenerse, dio una

bofetada a la niña. Annie retrocedió entre sollozos y se llevó una mano a la mejilla enrojecida—. Espera —suplicó Callie—, Annie, no era mi intención...

Junto a ellas, Jack había contemplado toda la escena, espantada.

—¿En qué te has convertido? —le espetó—. Primero robas de mi taquilla, y ahora esto...

—No te he robado —respondió Callie—. ¡Tienes que creerme, Jack! Fue la señorita Grainger. Creo que es una espía de otro colegio o algo así. Iba a enfrentarme a ella, así que por eso fui la primera en llegar esta mañana a clase de economía doméstica... y me encontré con que estaba echando en las gachas el contenido de una botella azul. ¡Todas comieron esas gachas para desayunar, Jack! Y luego se volvieron locas y empezaron a atacarse. A mí también me debió de administrar esa sustancia, no sé cómo. ¡Sabes muy bien que nunca golpearía a una niña de tercero!

Jack estaba dividida. Callie se dio cuenta de que su amiga quería creerla. Pero, al final, negó con la cabeza y se echó la pica al hombro.

—Tengo que poner fin a la pelea a puñetazos en la pista de squash —dijo.

—¡Jack! —Callie la agarró por la mano y la miró a los ojos—. Somos amigas íntimas. Yo no te mentiría jamás.

—No me sirve de nada la palabra de una ladrona —replicó Jack.

Callie no pudo soportar la decepción que vio en sus ojos.

—Por favor, dame la oportunidad de demostrártelo. Creo que sé dónde estará la señorita Grainger: en el aula observatorio del océano. No podemos permitir que se salga con la suya, Jack. Tenemos que defender el colegio.

—Es inútil, Callie. Déjame.

Callie soltó la mano de su amiga, y vio alejarse a Jack entre los últimos estertores de la batalla. Se sintió como si una parte de ella también acabara de morir.

Se inclinó y se limpió la navaja de resorte contra el calcetín hasta la rodilla. Su rostro era una máscara sombría. Se dio la vuelta y se abrió camino entre las chicas que peleaban hacia el aula que daba al océano.

Rob, antes

Sundial se va quedando desierto. Los chicos y chicas de bien vuelven al lugar de donde vinieron. Veo en los ojos de Mia y Falcon que se sienten traicionados. Acogieron a los listos, a los curiosos, pero a veces los curiosos tienen un Chevy blanco e intentan robarte a tu princesa de la torre. Pronto solo quedamos nosotros y Pawel. Pawel se vuelve aún más callado. Vaga por los terrenos de Sundial como un fantasma, con un rollo de alambre, una pala, una escopeta y trozos de cordel con nudos de bolina.

Falcon y Mia se pasan horas sentados con nosotros y nos preguntan qué sentimos. Intentan hablar sobre lo que significa crecer. Es de lo más incómodo. Pero casi siempre se centran en Jack. Menos mal, me digo.

Lo vemos desde la ventana de la galería. El pequeño coyote está tumbado sobre la mesa. Respira muy deprisa. Está inconsciente, pero parece como si corriera. Los ojos de Falcon están muy serios por encima de la mascarilla de cirujano. La sierra zumba. Me llega el olor a polvo de hueso, y eso a pesar del cristal. Es la parte que más detesto. Intento cogerle la mano a Jack, pero la aparta, perdida en sus ensoñaciones. Está a mi lado, a unos centímetros, pero es como si estuviera a muchos kilómetros.

Mia prepara el bonete de arcilla que protegerá el cerebro del coyote del polvo y las infecciones. Falcon introduce los electrodos en los centros de placer de la mente del perro. Mia tapa el agujero del cráneo con arcilla esterilizada para ocultar los electrodos. Lo cubren con unas mantas y lo conectan a una vía de suero para administrarle líquidos y vitaminas. Falcon tatúa los números azules en la oreja ancha, translúcida. Ahora el coyote se llama Treinta y Uno. Se lo llevan en un carrito con ruedas a la sala de recuperación.

Es posible sentir horror ante algo y aceptarlo al mismo tiempo. Si no, ¿cómo íbamos a soportar el hecho de estar vivos?

No paro de pensar en el pequeño coyote mientras cenamos esa noche al pie de la jacaranda, bajo las estrellas del desierto. Me lo imagino tendido y solo en la fría sala de metal, respirando como si corriera

para escapar de un destino que ya lo ha alcanzado. «Yo lo arreglaré todo —le prometo en silencio—. Te protegeré».

—Jack —dice Mia.

Jack no levanta la vista. Da vueltas al arroz con judías en el plato. Desde que la trajeron de vuelta casi no ha comido. Vaga por Sundial como uno de sus perros fantasmas. Falcon y Mia hablan de ella por las noches hasta tarde, lo sé. Me quedo en la cama, despierta, y escucho el murmullo de sus voces. Casi no oigo nada de lo que dicen, pero su nombre sale a menudo.

—Jack —repite Mia—, Falcon y yo vamos a empezar a trabajar con el coyote mañana por la mañana. Vamos a vincularlo.

El vínculo es la especialidad de Falcon. Hace que el cerebro del perro sea blando y receptivo, lo prepara para aceptar a Mia y a la manada.

—Pensamos que ya es hora de que te involucres más en lo que hacemos. ¿Quieres tomar parte mañana? —Tiene un gesto esperanzado—. Podemos vincularlo a ti. Será como tener un perro.

—Vale —dice Jack al tiempo que se encoge de hombros.

La injusticia es tan enorme que la siento como un golpe en la garganta. Es mío, es mi cachorrito salvaje.

—Pero creía... —empiezo—. Creía...

Me detengo porque nadie me está haciendo caso. Todos están concentrados en Jack, atraídos por la tormenta eléctrica que la envuelve.

—Pero es mío —consigo decir—. Me lo prometiste.

Lo de ser mellizas no siempre funciona para bien. A veces sabes cosas que preferirías no saber. Ahora mismo, por ejemplo, sé que Jack ve lo que me duele esto. Y sé que le gusta.

—Venga, Rob. —Mia me sonríe—. Ahora mismo a Jack le hace falta algo en lo que centrarse.

Siento una dolorosa sensación de pérdida de algo que no sabía que tenía. Pero solo puedo darme cuenta de que era la favorita cuando he dejado de serlo.

—¿Dónde está Pawel? —pregunta Jack de repente.

—Tenía cosas que hacer esta noche —responde Falcon con naturalidad.

Pero se ha puesto rígido. «Está mintiendo —pienso, maravillada—. No sabe dónde está Pawel».

La miro desde debajo de las mantas. Jack está tumbada en la cama con la vista fija en el techo, tan inmóvil que parece una foto a la luz rosada. Quizá los perros fantasmas están entrando por las paredes, nos pasan por encima, me olisquean con su sombra de nariz temblorosa.

La sola idea hace que me encoja. Me quedo muy quieta, que es la manera de que los monstruos no te vean, como sabe cualquier niño.

Pasa un rato y Jack debe de creer que estoy dormida, porque empieza a jugar con su muñeca Rob, a hacer sombras contra la pared a la escasa luz rosada.

—Jack no acaba de encajar en la manada —susurra Jack, pero no parece un susurro normal. Es como si le arrancaran los sonidos—. Mia se la va a llevar atrás y le va a hacer el dodo. Qué pena.

Se le van cayendo los párpados. Tiene las piernas desmadejadas. Una le cuelga por un lado de la cama y el pie le sobresale bajo las sábanas. Hay un agujero en el calcetín, y verle el pie tan rosa, tan vulnerable, hace que se me encoja el corazón. Tengo que controlarme para no coger unos calcetines nuevos del cajón y ponérselos. Pero luego me llevo la mano al cuello, donde aún tengo las marcas de las uñas. Veo que está escribiendo en su libreta roja. Siempre escribe por la noche, cuando cree que no la veo. Seguro que es una costumbre hippie, instrucciones que le ha dado Falcon, que deje salir sus sentimientos o algo así.

Se le cierran los ojos y se le acompasa la respiración. Es hora de salir.

Nunca he estado fuera de la casa de noche, sola. Los cactus que rodean el laboratorio parecen personas que tienden los brazos hacia el cielo. Me muevo muy despacio entre ellos con los brazos extendidos por miedo a las espinas. Llego a la puerta de acero del laboratorio de los perros y tecleo el código como he visto hacer a Mia un millón de veces. 112263.

El coyote sigue sin conocimiento. Las tijeritas de Mia están trabajando en su interior, cortando, pegando. Pongo los dedos en el cristal y lo miro. Está dormido, sin duda. La punta de la lengüecita rosada le asoma entre los dientes. En la sala de baldosas verdes parece muy pequeño. Se supone que el verde es tranquilizador. ¿Para quién? Los perros no ven los colores, así que tiene que ser para la gente que les hace las cosas a los perros.

Voy hacia el armario grande donde guardan las medicinas. Está cerrado, pero la llave siempre la dejan encima. Lo abro y miro las filas de botellas. He visto a Falcon muchas veces cuando las utiliza. Él pone inyecciones, pero yo no tengo tanta experiencia con la hipodérmica. Voy a tener que improvisar.

No soy idiota. Sé lo que hacen en el invernadero. Lo del centeno es cornezuelo. El cornezuelo es un hongo que te hace perder la razón. Las chicas de Salem a las que juzgaron por brujas... he leído que se habían envenenado con cornezuelo. Te hace ver cosas, te lleva la mente por

caminos extraños. Falcon ha conseguido procesarlo para convertirlo en una medicina que ayuda a aprender a los perros. Dice que el ácido lisérgico hace que el cerebro sea más receptivo, que sea más fácil la formación de conexiones neuronales nuevas. Los perros hacen un viajecito y luego adoran a Mia para siempre, según él. Y parece que funciona.

Me cuelo en la sala de observación. El olor fétido del coyote me asalta. De pronto, soy consciente de que estoy en una habitación cerrada con un animal salvaje. Me acerco. Sigue teniendo la respiración pausada. Le echo un poco de medicina en la lengua y luego le acerco la mano a la nariz. La arruga un poquito y gruñe en sueños. Me estremezco. Me imagino los dientes como agujas que me perforan la carne. Pero respiro hondo y no aparto la mano, dejo que mi olor viaje en sus sueños mientras la medicina le afecta al cerebro.

—Ahora eres mío —susurro—. No de Jack.

Me siento como si estuviera lanzándole un hechizo.

Cierro la puerta del dormitorio detrás de mí al tiempo que la levanto un poco para evitar el largo gemido de las bisagras. Jack sigue en la cama, muy estirada y con los ojos cerrados, igual que la dejé. Ya no tiene la libreta entre las manos, está en la mesita, como si se hubiera despertado para escribir y luego se hubiera dormido de nuevo. También hay un olor diferente en la habitación, como a metal. Jack sigue teniendo un pie asomando por debajo de las sábanas. Me da un vuelco el corazón. No lleva calcetín y está lleno de polvo, tiene tierra en la planta y entre los dedos. ¿Cómo es que no me di cuenta antes? «Porque antes no estaba así —me susurra una vocecita por dentro—. Porque a lo mejor ha salido, igual que tú». Me imagino a Jack caminando en medio de la noche como un fantasma, con los ojos muy abiertos y los dedos de los pies en la tierra.

Contengo la respiración y me inclino sobre ella. Tiene la respiración pausada y una comisura de la boca un poco contraída. Le veo una mancha en los labios, como zumo de arándanos, o una sombra, no lo sé.

Se me pasa por la cabeza la idea de abrir la libreta, pero no sé si quiero saber lo que se le pasa por la cabeza.

Jack, Falcon y Mia observan al coyote a través de la ventana de cristal. Yo miro desde atrás. Nadie se aparta para dejarme sitio. Treinta y Uno, así tenemos que llamarlo ahora, está despierto. Camina tambaleante hacia el cuenco de agua. Bebe a lametones y vuelve a tumbarse con un gemido. No parece que esté en condiciones para el entrenamiento, pero Mia y Falcon dicen que sí.

Falcon saca un frasco del armario alto y entra en la habitación verde. Lleva guantes gruesos y botas. Le inyecta la medicina al coyote sobre la paletilla. El coyote se vuelve y le enseña los dientes, pero casi sin ganas. Está confuso, dolorido, derrotado. Falcon sale a toda prisa de la sala.

Lo miro todo por encima del trocito de ventana que me dejan sobre el hombro de Jack. Conozco bien esta etapa, la he visto muchas veces. Los ojos del coyote se vuelven negros, cobran vida. La medicina le corre por todo el cuerpo. Mia le proporciona placer. Se endereza. Tiene la cola alerta, como un perro listo para empezar a trabajar.

Falcon vuelve a la sala de observación y conversa con Mia. Hablan tan bajo que no oigo lo que dicen, aunque estoy a un metro.

—¿Pruebo ahora, Jack? —dice Mia.

Le pregunta su opinión como si de verdad le importara.

Jack asiente y Mia pulsa un botón. El coyote camina sin rumbo. Agacha la cabeza. Luego, cuando por casualidad gira hacia la izquierda, tensa las orejas. Tiene los ojos muy negros, alerta de repente. Gimotea y gira hacia la izquierda una vez, y otra, y otra, describiendo círculos cada vez más cerrados, mientras los electrodos del cerebro le dan felicidad. Vuelve a girar hacia la izquierda, pero ya no hay placer. Gruñe. El mundo es de nuevo gris y doloroso. Camina sin rumbo hasta que descubre que, ahora, lo que le proporciona un gozo intenso es tumbarse. Se tiende y jadea hasta que el placer se detiene y tiene que volver a buscarlo.

Treinta y Uno aprende deprisa. Es muy listo. Poco a poco, dirigido por Mia, empieza a caminar dibujando formas sencillas: un cuadrado, un rombo. Por el momento no hay contacto humano. Tiene que concentrarse en sus propias sensaciones. No sé si se siente solo, o asustado. Creo que la medicina hace que se olvide de eso.

Observamos a Treinta y Uno durante una hora mientras describe círculos, cojeando. Parece muy confuso, muy cansado. Tengo ganas de gritarles que paren, pero no puedo, porque no hay motivo para que yo esté presente, y si hago el menor ruido puede que se den cuenta y me echen.

Mia para por fin. Treinta y Uno se para también. Baja la cabeza y jadea.

—Todo en orden —dice.

Se me aflojan de alivio todos los órganos. Es un perro bueno.

Jack se levanta y se dirige hacia la puerta. Veo que tiene miedo y voy a decirle unas palabras amables, pero me lanza una mirada como si supiera con precisión lo que estoy pensando. No digo nada. Jack entra en la sala verde. Cierra la puerta a su espalda con un sonido

metálico.

Treinta y Uno se vuelve como un rayo hacia ella.

—Despacio —dice Mia por el intercomunicador.

Jack avanza muy lentamente hacia el coyote. El coyote le enseña los dientes y gruñe. Es un sonido líquido, creciente.

—Vale, no, sal de ahí, Jack —dice Mia.

Jack no se mueve. Al principio me parece que está sonriendo al coyote, pero luego veo que no, es otra cosa. Se están mirando y se gruñen.

—He dicho que salgas. —La voz de Mia está cargada de tensión.

Jack niega con la cabeza. Mia coge la escopeta tranquilizadora y se lanza hacia la puerta. Ya está bajando el picaporte cuando el coyote gime y baja la cabeza, y empieza a mover la cola. Jack le acaricia las orejas y él le lame la mano. Mia abre muy despacio. La mano le tiembla en el picaporte.

—Sal, ahora mismo —le dice a Jack en voz baja—. Sal.

Jack obedece. Cuando está fuera, el coyote olisquea la puerta y gime. Echa hacia atrás la cabeza y entona el lastimero canto fantasmal. Mia agarra a Jack por el brazo y la aleja.

—Menos mal —dice a Falcon—. Que idea más idiota. ¿Cómo se nos ha ocurrido?

Pawel tampoco aparece a la hora de cenar. Le doy vueltas al tofu en el plato y no digo nada. Hasta los coyotes prefieren a mi hermana antes que a mí.

Nimue ha desaparecido, ha debido de alejarse, y Jack y yo recorremos el perímetro de la valla para ver si se ha escapado del recinto. La llamamos por su nombre, escuchamos por si se oye el tintineo del cencerro. Pasamos de largo junto al reloj de sol y el manantial. El rosal no está en flor. Parece un palo seco con unas pocas hojas. Debe de haber algo pillado en la valla y no para de hacer un ruido sordo cuando el viento lo agita, una y otra vez. Es de lo más molesto.

El resentimiento es como una semilla de fuego que tengo en el estómago y me crece día tras día. Veo cómo la miman, cómo se fijan en lo que toma para desayunar. Tratan de hacerla sonreír con sus comidas y sus libros favoritos. La semilla arde más y más hasta que tengo una estrella llameante en el pecho.

—No sé qué haces aquí, no te necesito para buscar a una vaca —dice Jack.

—Mia ha dicho que no nos separemos.

—Y tú haces todo lo que dice. Este lugar es una idiotez. Mia y Falcon son unos hipócritas. Mira lo que hacen con los perros. Es cruel.

—Es una investigación importante —digo.

En Sundial, la palabra «investigación» es sagrada.

—¿De verdad, Rob? ¿A ti te lo parece? Lo del MK Ultra, el controlador mental, ni siquiera es idea suya. La CIA hizo lo mismo con electrodos en el cerebro de muchos perros en los años sesenta. Hacían que corrieran en cuadrados, que se tumbaran, que ladraran... Y lo dejaron porque no tenía aplicación práctica. Falcon y Mia no son más que un par de hippies que quieren hacerse los importantes.

—¿Y por qué lo hacen?

—Tú no piensas, ¿verdad?

El golpe sordo sigue sonando, constante. Es algo que choca contra la valla. Parece diseñado para darme dolor de cabeza. Se me ocurre el dardo perfecto para hacer daño.

—¿Eso te dijo el del Chevy?

Jack se pone pálida y se mordisquea el labio inferior. Es la primera vez que mencionamos la fuga.

—¡Cállate!

Se agacha, coge una piedra y me la tira. Me pasa zumbando junto a la cabeza y me provoca un pálpito de horror en el pecho.

—Al menos yo sé lo que es real —dice Jack con voz aguda, irregular.

—Ya, y yo, no, claro. —Es lo que pretendo decir, pero en realidad me sale más un chillido—. Vale. Lo que tú digas. ¿Qué demonios es ese ruido?

Zzzank. Zzzank.

Está mirando hacia la valla, detrás de mí. Me vuelvo para seguir la dirección de sus ojos. Hay una liebre de cola negra erguida sobre las patas traseras, a lo lejos. Tras un momento, se pone a cuatro patas y se lanza directamente contra la valla. Zzzank. Se levanta y da unas vueltas. Luego, se lanza otra vez contra la valla, hacia el desierto. No parece darse cuenta de que hay una alambrada entre ella y el espacio abierto. Zzzank. Entonces, veo que tiene dos agujeros rojos donde debería tener los ojos.

Estoy llorando, con sollozos largos y húmedos, mientras Mia me abraza.

—Tranquila, tranquila, Rob. Siento que hayas visto eso. Son cosas que hacen a veces los cuervos. Y las urracas. Ya nos hemos encargado.

Se oye una puerta que se abre. Voces quedas en el pasillo. Pawel ha vuelto.

Esa noche, Jack contempla su reflejo en el cristal.

—Este no es tu sitio —dice.

—¿Por qué no te vas? —replico, dolida—. A mí al menos me gusta

esto. Tú odias todo.

Jack se lanza tan deprisa que suelto un grito ahogado y me tambaleo. Golpea con el puño una esquina del espejo. El cristal antiguo se quiebra y se llena de grietas como una telaraña.

—¡Para!

En ese momento sé que me va a matar. Con dos dedos, delicadamente, Jack coge un trozo de cristal del suelo. Parece un colmillo reluciente. Luego coge la muñeca Rob que está sobre la cama.

—Siempre me estás mintiendo —dice, y lanza un tajo que cruza la cara de la muñeca. Oigo el sonido de la tela que se rasga y el relleno blanco le sale por la boca—. Me vas a devolver a la oscuridad.

Me cubro la cara y los ojos con las manos como si con eso pudiera proteger a la muñeca.

—¡Para, Jack!

—Quien miente, blasfema —dice con un graznido, con voz de vieja —. Quien miente, arde. Más pronto que tarde. —Siento las lágrimas calientes, el aliento caliente contra las palmas sudorosas de las manos. Jack sigue apuñalando el rostro de la muñeca—. Quien miente, se quema.

El ruido del tejido desgarrado no para nunca. Me aprieto las manos contra los ojos y veo las chispas que vuelan en la oscuridad. Trato de concentrarme en su movimiento y no en el mundo. Da resultado, más o menos. El ruido, la voz, se aleja. Por eso no me doy cuenta de inmediato de que el sonido ha cambiado. El susurro tenso de la tela desgarrada es ahora como un reguero, como la lluvia de primavera.

Miro. Jack se está agarrando la muñeca. La sangre mana entre sus dedos. Se derrama sobre la colcha blanca mullida, se encharca en las costuras, baja hasta el suelo de madera. Es fascinante, es muy roja, tan roja que no parece real. Es como un sueño muy hermoso, o un truco de magia.

—Por lo menos no te lo he hecho a ti —dice Jack. Tiene la voz normal, llena de alivio—. Menos mal, ¿no?

Me lanzo a trompicones hacia la puerta y llamo a gritos a Falcon y a Mia.

La sala de urgencias es un infierno cegador de luz blanca. Es sábado por la noche y hay un hombre tuerto con un bastón que duerme en un rincón, en una silla de plástico. Hay un niño pálido con la cara brillante de sudor. Hay un hombre que lleva algo en la cabeza y tardo en darme cuenta de que son unas orejas de conejo. Hay mucha gente más. Un estudiante universitario que llora, un mal viaje. No veo la escena al completo, solo detalles sueltos.

Atienden a Jack de inmediato porque hay mucha sangre. La sangre

hace que te presten atención. El médico es joven y parece cansado. Se le nota que es de la zona, puede que mojave. Tiene ese aspecto que da el desierto.

Jack está tumbada en la camilla, tan pálida como un dibujo.

—No te preocupes —dice Mia—. Te pondrás bien. —Le coge la mano.

Está inmóvil, inconsciente. Le miro la cara y, por primera vez, me doy cuenta de que le tengo miedo. Alzo la vista y me encuentro con la mirada de Mia. Me sonríe, pero no está contenta. Es la misma sensación que con la resonancia: siento como si mi yo interior quedara a la vista.

—Tenemos poca sangre —dice el médico. No lo he visto entrar—. ¿Alguno es compatible?

—Yo soy AB positivo. —Falcon es como un niño que recita un poema—. Jack es A positivo. Rob es 0 negativo.

Afuera, en la unidad de cuidados intensivos, alguien llora con sollozos breves, rotos.

—0, donante universal —lo interrumpe el médico. Es como si no tuviera tiempo para frases completas—. ¿Tienes edad para donar?

Me doy cuenta de que habla conmigo.

—Sí —digo, aturdida—. ¿Se va a poner bien?

—Ven conmigo, por favor.

—La gente por lo general mira para otro lado cuando hacemos esto —dice la enfermera. Tiene acné y le huele el aliento—. En ese aspecto somos como los caballos. No nos gusta ver sangre. ¿Sabías que los caballos pueden oler la tierra donde ha habido una batalla aunque hayan pasado años? Es por la sangre. Mi pinto nunca quiere ir por el camino que pasa junto a la casa de Lina y Burt Grainger, ya sabes, la granja de cachorros. Ya no queda nada, pero los caballos aún lo saben. Mi hermano mayor dice que los veía a veces en Bone. A Lina y a Burt. Y que parecían normales, gente callada, eso sí. Había mucha gente que los conocía aunque fuera de vista. ¿Cómo se iban a imaginar lo que hacían allí? Qué horror. Bueno, el caso es que mucha gente prefiere no mirar cuando hago esto.

Se aleja de mí, un centímetro, no más. Las patas del taburete rascan el suelo. Está nerviosa. Tengo algo que la incomoda.

No aparto la vista del rostro cauteloso de la enfermera. «Y eso que yo no soy la interesante —me dan ganas de decirle—. Yo soy la buena». Me entra la risa, pero solo me sale un sollozo seco.

No ingresan a Jack en el hospital. «Se me rompió el espejo porque me resbalé —les ha dicho—, y así me corté». Y todos asentimos. El

médico se nos quedó mirando y luego le dio el alta. Ha visto mucho del desierto, demasiado como para preocuparse por los problemas de dos adolescentes.

Mia le pone a Jack una inyección de vitamina B. Parece que Jack no se da cuenta.

—Viene bien para la depresión —dice Mia—. Probaremos un par de semanas. También con suplementos de vitamina D...

Se le nota que trata de poner voz alegre. No sé por qué, eso me deprime todavía más.

Decido observar a Jack con atención para ver si las vitaminas sirven de algo. Voy a velar por su bienestar. De ahora en adelante estaré atenta a todo lo que le pase. A todo lo que haga o diga.

Jack y yo estamos cavando en el cementerio de los perros.

Hace un par de semanas, a Quince se le infectó una picadura de pulga. Murió anoche. Llevaba días enfermo, así que no nos cogió por sorpresa. Nos ha costado un poco encontrarle un rincón. Tantos perros muertos... Quizá Jack vea a Quince esta noche en nuestro dormitorio. Si me intenta hablar de eso, me taparé las orejas y meteré la cabeza debajo de la almohada.

Hace mucho calor mientras cavamos.

—Pobre perro —dice Jack con voz normal.

Nunca me gustó Quince. Olía mal y se comía sus propias cacas. El cadáver está a un lado, en la vieja nevera portátil. Sin poder evitarlo, me lo imagino ahí dentro, contemplando la oscuridad con los grandes ojos lechosos.

Por fin terminamos el agujero, más de un metro de profundidad. Me paro para beber un trago de agua. El agua del pozo está fresca y sabe a piedra. Mia nos ha puesto el almuerzo en la fiambrera que más nos gusta, una caja antigua de lata con un dibujo de Snoopy. Bueno, es la que más nos gustaba. Ya no sé lo que le gusta a Jack. Hemos acariciado tantas veces a Snoopy que ya no se le ve la cara, no es más que un par de orejas. Pero sé que está ahí. Es una tontería, lo sé, pero solo con llevar la comida en esa fiambrera me siento mejor.

El empujón desde atrás es muy suave, con las yemas de los dedos. Las noto, todas y cada una, en la espalda. Me tambaleo y caigo, y un segundo después estoy tendida de espaldas en la tumba, mirando hacia un rectángulo de cielo. Al lado de mi cara, una lombriz cortada en dos se retuerce, desesperada. Me levanto a toda prisa y salgo del agujero. Me cuesta varios intentos. La tierra de los lados se está desmoronando.

Me lanzo contra Jack y la derribo. Todavía llevo una larva o algo

así en el pelo, y le cae en la cara. Jack mira hacia el cielo, sin moverse.

—¿Por qué? ¿Para qué? —Me corren las lágrimas por la cara y se me meten en la boca—. ¿Qué pasa contigo? ¿Por qué eres así?

Hay una parte de mí que se pregunta qué es ese ruido, el crujido sordo del hueso contra el hueso. Creo que lo oigo antes de verlo. Es mi puño contra el rostro de Jack, justo debajo de su ojo izquierdo. El rojo le sube por la mejilla, le cruza la barbilla. Le doy otro golpe y luego me detengo. Nos miramos, conmocionadas. Se lleva la mano a la mejilla y hace una mueca.

Me levanto.

Jack se incorpora, tranquila. Me mira durante un largo momento con los ojos negros.

—De acuerdo. Te lo diré.

Se saca la libreta roja del bolsillo del pantalón y la abre. Las páginas están llenas de su caligrafía pulcra en bolígrafo azul.

—Nunca he sabido si te lo iba a dar o no. Me parece que no te va a gustar, Sundance. Pero, si lo quieres, toma.

Arranca las páginas y tiendo la mano para cogerlas, pero Jack coge la fiambrera de Snoopy y la vacía en el suelo. Los sándwiches se mezclan con la tierra. Huele a mantequilla de cacahuete y manzana. Jack mete las páginas en la caja de metal, la cierra bien y la tira a la tumba recién cavada. A toda velocidad, levanta la tapa de la nevera y lanza al agujero el cadáver de Quince. Cae sobre la caja de metal y me oculta la imagen de Snoopy. Ha hecho un ruido sordo al chocar contra la tierra. La pata delantera queda junto a la lombriz que se retuerce. Jack coge la pala y empieza a echar tierra en el agujero.

—Así que ya sabes, Rob —dice, jadeante—. Si quieres averiguar lo que pasa conmigo, ya sabes dónde está la respuesta. Solo tienes que venir y cavar en la tumba, apartar la carne podrida con las manos y...

—Se lo voy a decir a Falcon. Eres una psicópata.

—Como quieras. —Sigue llenando el agujero y no levanta la vista —. Yo también le diré cosas. Me has pegado. Así sabrá cómo eres.

—Jack —empiezo—. Cassidy...

—Eres una cría. ¿Cuándo vas a madurar? ¿Qué, atontada? ¿Vas a vivir aquí para siempre con Mia y Falcon, ayudándolos con sus experimentos de idiotas?

Me doy media vuelta y echo a correr, pero no hacia Sundial. Me alejo. Corro a lo largo de la valla, junto al desierto, hasta que tengo la respiración como una sierra y la piel como de fuego. Paso de largo junto al reloj de sol, junto al manantial, paso de largo junto a los últimos cobertizos de los terrenos. Aquí hay pocos árboles que

protejan con su sombra y la tierra misma parece emanar calor. Hay serpientes de cascabel, pero no me importa. Quiero correr hasta desaparecer.

—La odio, la odio, la odio —jadeo.

Resbalo y salgo volando, y me araño las manos contra las piedras al caer. La tierra está tan caliente que casi noto cómo me fríe las palmas. Empiezo a sangrar. Presiono el rostro contra el suelo ardiente. Veo unos tallos de hierba cachanilla y, muy cerca, un poste de la valla. Sopla el viento. El desierto gime. Noto en la garganta un sabor a cocacola dulzón, caliente, repugnante.

Hay algo en el suelo, junto al poste: metal caliente. Estiro la mano y, cuando toco la superficie abrasadora, la campana se mueve. Suena un tintineo suave. Nimue. Miro la campana. Sé que está muerta. Algo la ha matado. Me da miedo imaginar qué, o quién. Todo lo que he amado de Sundial ha desaparecido.

La campana está demasiado caliente para tocarla con la mano, pero no soporto seguir mirándola. Le doy una patada para esconderla en la hierba. Vuelve a tintinear contra la tierra. Vuelvo a la casa. Tengo las manos despellejadas, ensangrentadas, la garganta como si fuera de serrín, y el calor hace que me dé vueltas la cabeza. Pero es hora de decidir quién soy.

Mia está cortando leña junto a las pilas de troncos. A lo lejos, los hachazos suenan como disparos. Al verme, se detiene y se seca el sudor de la frente.

—¿Qué pasa, Rob?

—Necesito tu ayuda.

No es demasiado tarde para poner en marcha mi Plan.

A la hora de cenar, Jack tiene la cara hinchada y amoratada, con un ojo casi cerrado.

Falcon suelta un bufido al verla.

—¡Jacaranda! ¿Qué te ha pasado?

—Estaba haciendo ejercicio cerca de la valla —dice—. He tropezado con una piedra y me he dado de bruces contra un poste. Qué torpe, ¿no?

Es desesperante lo normal que suena su voz cuando quiere. La voz muerta, rasposa, solo la usa cuando estamos a solas.

—Tienes que tener más cuidado —dice, pero parece satisfecho. Cree que ha estado haciendo cosas saludables, buenas para su organismo.

Jack me mira y se llena la boca de ensalada de tomate. Nadie que no la conozca muy bien se daría cuenta de que está sonriendo.

Me debería preocupar que se lo cuente a Falcon, pero lo que siento

no es miedo. Es un batir de alas en el pecho, un cosquilleo excitante al recordar el sonido de mi puño contra su cráneo.

Callie

En el desierto, siempre me despierto al amanecer. Al principio no sé dónde estoy. No pasa nada. Cuando me acuerdo es cuando me entra miedo.

Mamá sigue dormida, lo noto. La casa habla sola con ruiditos pequeños, como hacen las casas antes de que la gente se levante. Está cansada. La historia la está consumiendo como un vampiro. O puede que el vampiro sea ella.

«Necesito un arma —le cuento a Callie Blanca—. Me lo ha dicho papá». Pero no solo porque lo haya dicho él. Le vi la cara a mamá cuando estaba hablando de dar golpes. Conozco ese brillo en los ojos. Lo entiendo. Sea lo que sea, ella también lo tiene.

«Mátame de miedo, déjame cojo, clávame una aguja en todo el ojo», canturrea Callie Blanca.

Me tapo las orejas con las manos.

«Cállate por una vez».

Juego con el controlador que encontré al fondo del cajón. Pulso con fuerza el botón que parece un caramelo. «Caza —pienso—. Caza». ¿Quién está cazando? ¿Mamá o yo?

«¡Cázame si puedes!». Perro de Vertedero se sienta sobre las patas traseras y alza las delanteras, juguetón, sin parar de agitar la cola fantasma. Es una monada, y me encanta perseguirlo. Se aleja de un salto. Corro, trepo, detrás de él. Siempre se me escapa, salta por el aire, corre por el techo, desaparece en el espejo y se transforma en un reflejo pateado. Eso es trampa, pero le da igual. Qué cara más dura. Desde que Callie Blanca me enseñó cómo hacer los huesos de animales no me he aburrido nunca. Ahora siempre tengo amigos con los que jugar.

Corremos y gritamos hasta que me quedo sin aliento, con la boca seca como la arena. Pero Perro de Vertedero no se cansa nunca. Para los blancos, el tiempo es de otra manera.

«Si fueras blanca tú también podrías correr todo el tiempo sin cansarte», me dice Callie Blanca. Su silueta vibra como un enjambre de moscas.

—Me gusta cansarme —replico.

Estar cansada es un reloj, pero lo de jugar con Perro de Vertedero

me ha dado una idea. Cojo su dibujo de huesos de su sitio, sobre la cómoda. Mamá lo puso debajo de la cama y yo lo volví a subir a su sitio.

«¿Qué haces? —Salta a mi alrededor—. ¡Eh, Callie! ¡Eh, Callie!».

Despego el peroné con sumo cuidado. «Eh, Callie, dame eso, por favor. Dámelo».

Perro de Vertedero corre a mi alrededor en un círculo torpe, a tres patas. Hay un vacío negro en el lugar donde le falta el hueso.

—Lo siento —le susurro.

Bajo en silencio a la cocina. La nevera piensa y ronronea. Saco del armario la piedra de afilar y la pongo sobre la encimera. Rompo con delicadeza una punta del hueso, y le paso la piedra una y otra vez hasta que obtengo un borde afilado. Ahora es un cuchillo. Me meto el cuchillo de hueso en el bolsillo y subo al piso de arriba. Luego, me siento en la cama y trato de no pensar. ¿Qué puedo pensar que no sea espantoso? Y lo peor es si Callie Blanca tiene razón y mamá me ha traído aquí para acabar conmigo. Me gusta ser caliente, no quiero ser blanca. Me imagino cómo será clavar el cuchillito de hueso, deslizarlo dentro de la carne. El ruido que hará al perforar la piel. Pok, como cuando chupas una piruleta. El corazón se me inunda de ruido y color. Respiro muy hondo y trato de que se difumine.

Pero tengo que comprobar que funciona. Cojo la almohada y la apuñalo. El pok que hace el cuchillo al clavarse en el almohadón es exactamente como me imaginaba. Un estallido de color. Lo hago otra vez. Pok.

Clavo el cuchillo una y otra vez. El aliento se me acelera, se me entrecorta, asomo la lengua entre los dientes. Pok, pok, pok.

Levanto la vista y mamá está en la puerta, mirándome. Tiene la cara del color de la avena del desayuno.

—Dame eso, Callie.

Le doy el cuchillo de hueso.

—Quédate en tu habitación.

Habla con voz tranquila, y eso da más miedo que si gritara. Cierra la puerta. Creo que va a echar la llave, pero no.

Pasa mucho tiempo y no vuelve. Me entra hambre y no sé si puedo bajar a prepararme un sándwich. No oigo nada, es como si estuviera sola en la casa. Pero no he oído el motor del coche, así que no ha ido a comprar ni nada así. Miro por la ventana. Está lejos, junto a la valla, a la sombra de un árbol muy grande. Está haciendo algo con movimientos rápidos. El sol arranca destellos del metal. Pero no veo qué es.

Bajo a hurtadillas por la escalera en el silencio de Sundial. Afuera

sopla mucho viento, pero me llega un sonido quedo, lejano, un gruñido de esfuerzo, de golpes contra la tierra.

Abro las puertas del patio con la delicadeza de la brisa y salgo afuera. Callie Blanca y Perro de Vertedero se pegan a mí. Tienen miedo, y eso hace que yo tenga más miedo todavía. Me deslizo junto a la pared de la casa, tan silenciosa como puedo.

Está apoyada en el mango de una pala, junto a un montón de arena. Suda mucho. Debe de hacer calor hasta con el sol de invierno. Lleva un buen rato cavando. Es un agujero rectangular, metro y medio de largo, casi uno de ancho.

«Ah —le digo sin palabras a Callie Blanca—. Mamá está cavando un agujero».

«Eso no es un agujero —dice Callie Blanca—. Sabes muy bien lo que es».

Vuelvo a mi cuarto con el corazón acelerado.

Rob

Le doy vueltas al cuchillito de hueso. El animal murió cuando era muy pequeño y el hueso aún tiene cierta flexibilidad. No vale para traspasar carne, no creo. Me parece que viene de ese asqueroso retrato de huesos que se empeñó en traer.

No me puedo sacar de la cabeza la cara de Callie. La concentración absoluta que se reflejaba en sus ojos, la punta de la lengua entre los dientes mientras apuñalaba la almohada. ¿Cómo ha hecho el cuchillo? No importa, ahora no importa.

El árbol de decisiones tiene ramas que se iluminan delante de mí.

1. ¿Cómo puedo impedir que Irving se quede con una de mis hijas, o con las dos?

2. Si me veo obligada a trabajar más horas, ¿cómo puedo tenerlas vigiladas todo el tiempo?

3. Si no puedo tenerlas vigiladas todo el tiempo, ¿cómo impido que Callie le haga daño a Annie?

Visualizo el diagrama. Brilla con lógica irrefutable. La respuesta está ahí, y siempre es la misma siga la rama que siga. No me quedan opciones. Solo puedo hacer una cosa para conservar aunque sea a una de mis hijas.

Y es lo peor.

Voy al cobertizo de las herramientas. La pala nueva centellea como si me saludara cuando le da la luz. «Hola, Rob. Te estaba esperando».

En Sundial hay dos lápidas, la de Falcon y la de Mia, pero bajo tierra aquí hay muchas cosas en tumbas sin marcar. Todo el terreno es un cementerio. A veces, por la noche, despierta en la cama, me lo imagino como una tarta de varios pisos, o como un cuadro medieval que representa el infierno. Todas las cosas ocultas, las vidas que se acumulan unas sobre otras, el peso de los años y el calor de la culpa que les dan la dureza de un diamante. Bajo el suelo de Sundial yacen secretos indestructibles.

El tiempo ha envejecido y ha dado una pátina plateada a la valla

blanca que rodea el cementerio de los perros; algunas tablas se han soltado y el viento las sacude con delicadeza. Eso no ha cambiado. Aquí siempre hay viento, sopla frío, te abofetea con manos callosas.

Esto era el cementerio de los perros, pero hay más cosas enterradas.

Tengo que localizar el lugar exacto, la tumba concreta. Cavo varios agujeros poco profundos, pero ninguno es el correcto. La pala tropieza más de una vez con huesos blancos. Un cráneo de colmillos largos me mira sin ojos. Un perro grande, puede que un pastor alsaciano. Me saco el huesecito del bolsillo y lo deposito allí con cuidado. Creo que estoy haciendo lo correcto. Encuentro a dos cachorros juntos. Hay más huesos sueltos: los carroñeros los han separado a lo largo de los años. Sigo cavando, sombría, en busca de un atisbo de azul.

Necesito lo que enterré aquí cuando sucedió todo.

Algo centellea en la tierra y refleja un trocito del cielo ardiente. Me inclino con el corazón acelerado. Es un trozo de espejo apagado por el tiempo. Me quedo fría. El pasado y el presente se entrelazan. Pero tengo que seguir.

Tardo una hora en encontrar lo que busco. El color vivo aparece entre la tierra parda. Tiro la pala a un lado y me arrodillo para cavar con las manos. Ahí hasta el suelo huele a podrido, a húmedo, a malo. Intento no pensar en la carne muerta y putrefacta, una con la tierra.

La caja está protegida por una delicada curva de huesos, como si el suelo tuviera costillas. La aparto a zarpazos y pronto la tengo entre las manos. La caja de plástico azul.

Agrando el agujero con la pala y algo más sale a la luz: una esquina de lata oxidada. La cara de Snoopy es una mancha blanca, pero ahí siguen las orejas, negras, lustrosas.

No. En su momento la busqué, y no estaba ahí.

Saco la lata de la tierra con dedos temblorosos. No hay error posible. Es nuestra vieja fiambrera metálica de Snoopy. Creía que había desaparecido. El desierto la ha devuelto.

Me obligo a esperar. Lo primero es acabar aquí. Sigo cavando, ampliando el agujero hasta que tiene casi dos metros de largo y más de un metro de profundidad. Será suficiente.

Una vez en la cocina me lavo los brazos doloridos, llenos de tierra, antes de llevar la caja azul y la lata oxidada a mi dormitorio. Bueno, a lo que ahora es mi dormitorio. Antes fue de Mia y Falcon.

Paso ante el cuarto de Callie. Fue el mío. El nuestro. La puerta de Callie está cerrada. Es un poco diferente del resto de las puertas de la casa. Los paneles tienen adornos muy parecidos, pero no idénticos. La madera es un poco más clara y le falta la pátina de los años, pero hay que fijarse muy bien para ver que la puerta es más nueva que las

demás.

Llamo con los nudillos.

—¿Todo bien, Callie? —Consigo que la voz me salga normal.

—Ajá —responde.

—Tenemos que seguir. Baja dentro de media hora.

—Ajá.

Me llevo mi valiosa carga al dormitorio y cierro la puerta. «Puertas cerradas, mentes cerradas», oigo decir a Mia, y sacudo la cabeza con irritación. Aquí hay demasiados recuerdos. Todo carga con el peso de los fantasmas. Pongo la caja de plástico azul en la cómoda. Puede esperar.

Abro la fiambrera de lata con las manos temblorosas. Ahí están las páginas, aún bien dobladas por la mitad. Espero un momento antes de sacarlas y estirarlas sobre la rodilla. Es su caligrafía, es el bolígrafo azul. ¿Cómo es posible que una persona tan caótica tuviera una letra tan pulcra?

Juro que siento su olor en el aire. Siempre tuvo un olor dulce, como a pomelo. Antes de que empezara a llevar encima la miasma de la tierra.

Tras leer las páginas me quedo sentada, con la vista perdida, tratando de asimilarlo todo. El mundo entero cambia a mi alrededor, es blando y luminoso. O tal vez soy yo la que está cambiando. Lo noto, es como si se me difuminaran los bordes contra el aire, como si me estuviera disolviendo y rehaciendo, como si estuviera dentro de una crisálida. Esos nombres.

Está en el cuarto, conmigo, con su mano sobre la mía. La voz es tan clara como una campana. «Los niños son como espejos que reflejan todo lo que les pasa. Por eso tienen que estar rodeados de cosas buenas. Que no se te olvide, Sundance».

Las lágrimas calientes me corren por la cara. Siempre ha habido una única salida, una única manera de salvar a mis dos hijas.

Abro con cuidado la caja de plástico azul. La tierra salta de las grietas, pero la jeringuilla no está rota. El líquido, de ese violeta claro que tan bien recuerdo, está como siempre. ¿Estas cosas se ponen malas? ¿Caducan? Toco el émbolo. Me imagino apretándolo, clavando la aguja en la carne.

Es demasiado difícil. Creo que esto me supera.

Irving ha llamado diecisiete veces. Le devuelvo la llamada.

—La verdad, Rob, tendrías que llevar el teléfono encima —me dice con voz tranquila.

Peligro.

—¿Annie está bien? Dime eso lo primero.

—Cuánta exigencia viniendo de una mujer que ha abandonado a su hija enferma para irse al desierto en una búsqueda espiritual.

Respiro hondo. *Allá voy*.

—No voy a dejar que te acerques a Callie nunca más —digo—. Y también me llevaré a Annie. Les diré lo que eres, cómo eres.

—A ver, Rob, ¿a qué viene esto? —Suena agotado. Tiene que lidiar con su neurótica esposa—. ¿Se me olvidó una reunión con los profesores o algo así?

—Se acabó, Irving. —Detesto que me tiemble tanto la voz. Detesto que mi tono se vuelva más agudo al final de la frase, como si la afirmación fuera una pregunta.

Suspira.

—Pareces muy nerviosa.

—Estoy perfectamente estable —digo—. Firme como una roca.

—Me parece que voy a ir.

—Ni se te ocurra acercarte a mí.

—Estoy muy preocupado, Rob. Callie dice que la zarandeaste.

Se me caen lágrimas de culpa. ¿Cuándo han hablado? Respiro hondo y lo vuelvo a decir en el tono más átono que me sale.

—Lo dije en serio. Me voy a divorciar de ti y me llevo a las niñas.

—Sabes que no lo puedo permitir, Rob —me dice con su voz más razonable.

Corto la llamada con un roce delicado, como para suavizar la enormidad de lo que he hecho. A Irving no se le cuelga el teléfono.

—Pues ahora lo has hecho, Sundance —susurro para mí misma.

Los bordes del mundo parecen temblar.

Cojo el teléfono y vuelvo a llamar a Irving. Esta vez, conciliadora. Detesto que me salga la voz quejumbrosa. Lloro. El tiovivo gira y gira sin parar.

Bajo. Callie me está esperando.

Rob, antes

Estoy junto a la ventana de la cocina y miro hacia el este, hacia el cementerio de los perros. Tengo la carta en la mano. Llevo meses esperando este momento, pero, ahora que ha llegado, es raro lo nerviosa que me siento.

Pienso en Quince, en el cadáver del que solo quedan los huesos limpios, en la tierra. Visualizo la caja de lata bajo el abrazo de sus costillas. Es un corazón de metal en una jaula de marfil. ¿Habrá algo sobre mi madre en esas páginas enterradas en la caja? Lily. Puede que no haya nada importante. Puede que no sea más que una broma cruel. Me imagino saliendo a hurtadillas en mitad de la noche, cavando en la tumba a la luz de una linterna, apartando la carne podrida para recuperar la caja y encontrarme dentro, en las páginas, una burla, un chiste. La palabra «atontada» escrita una y otra vez, una y otra vez...

Estoy dispuesta a dejar enterrados los misterios de Sundial.

Espero hasta la hora de cenar, cuando estamos todos juntos en la cocina. Se avecinan las noches de invierno. El viento golpea las ventanas. Hay revuelto de berenjena y tofu. A Falcon le toca cocinar esta noche y siempre hace lo mismo. La berenjena es un puré gelatinoso y gris. El tofu está reseco.

—Es el turno de Rob de empezar la conversación —dice Falcon.

Nos turnamos para aportar a la mesa un tema de conversación interesante. De lo contrario, comeríamos en un largo silencio. Falcon y Mia suelen elegir cosas sobre música o arte. Todavía intentan educarnos.

Respiro hondo.

—Quiero contaros que hoy he recibido el certificado de educación —digo—. Me ha llegado por correo. He solicitado plaza en la universidad. Me han aceptado.

Jack alza la vista hacia mí muy despacio. Tiene los ojos como pozos oscuros. Últimamente está mucho más normal, aunque apenas hablamos. Se pasa el tiempo al aire libre y trabaja sobre todo con Pawel. Por las noches, duerme, y está muy bronceada. Eso debería darle buen aspecto, pero parece delgada, consumida.

Apenas me fijé en los folletos de las universidades cuando estaba

mandando las solicitudes. Me aceptaron en dos, y elegí la que me ofrecía una beca completa, en Cielo. Es un chiste perverso: de todas las universidades de Estados Unidos, la que me proporciona lo que necesito está a menos de tres horas en coche de Sundial.

—¿De dónde has sacado el dinero? —Falcon mira a Mia, que no levanta la vista—. Claro —dice con frialdad.

—Ha sido su decisión. —Mia parece casi desafiante—. Tiene derecho a elegir, Falcon. No le pasará nada. Tiene dieciocho años.

—Todavía no. —Falcon habla con voz petulante. Nuestro cumpleaños es el próximo miércoles.

—No hay motivos para retenerla aquí, y no podemos, aunque queramos —insiste Mia.

Su tono es formal, sin rastro de la calidez habitual. Habla con Falcon como científica, no como pareja.

Jack tiene el rostro tan rígido como si fuera de cera.

—Suena genial —dice—. Yo también quería. ¿Aún puedo...?

Mira a Falcon. Siento un torrente cálido de alegría rencorosa. Tengo algo que Jack quería.

—Es demasiado tarde para conseguirte el certificado —dice Falcon, amable—. El año que viene, Jacaranda.

De pronto, mi plan me parece una chiquillada estúpida. Me doy cuenta de que creía que pasaría algo que me impediría ir a la universidad. Comprendo con horror que voy a tener que hacer lo que he dicho que iba a hacer. Dejar atrás Sundial, dejar a Falcon, a los perros, a Mia... y a Jack. ¿Qué sentido tiene nada sin mi hermana?

—No tengo por qué irme —digo—. Puedo esperar un año y solicitamos plaza juntas.

Jack me mira un instante con los ojos entornados. Luego se vuelve hacia Falcon.

—Rob y yo no tenemos por qué hacerte caso —le dice—. No eres nuestro verdadero padre.

Pongo los ojos en blanco. Ya está intentando liarla otra vez. Y yo que pensaba que iba mejor. Falcon siempre ha sido inmune a sus pullas, así que aguardo expectante la negación calmada. Pero solo hay silencio. Mia tiene los ojos clavados en el plato.

—Soy tu padre en todos los aspectos relevantes —dice muy despacio.

No es lo que debería decir. Debería acariciarle la cabeza a Jack y decirle que vamos a tomar un vaso de leche caliente con cacao, que vamos a salir a ver las estrellas. Así trata Falcon a Jack, y siempre da resultado. Poco a poco, el pecho se me va llenando de agua helada.

—¿Jack?

Mi hermana tiene los ojos fríos y muertos, fijos en mí.

—¿No te diste cuenta en el hospital? Tienes sangre tipo 0. Falcon tiene AB. No puedes ser hija de Falcon. Yo sí podría ser su hija, porque la mía es A. Pero somos gemelas, así que tenemos el mismo padre... que no es Falcon.

—Tú fuiste la que me pidió que no se lo dijera, Jack —interviene Falcon—. Recuérdalo.

—No lo entiendo —digo—. ¿Es que... mamá estuvo casada antes, o qué?

—Serás atontada... —dice Jack—. Somos adoptadas. ¿Así os sentís mejor tu novia y tú? —Habla con Falcon—. ¿Cómo si fuerais buenas personas?

—Pero tú te acuerdas de ella —digo—. Mamá era bonita y dulce.

—Me la inventé.

Algo se me derrumba por dentro desde muy arriba.

—¿Qué dices?

—Al principio, cuando Jack empezó a hablar de una madre llamada Lily, nos pareció inofensivo —interviene Mia—. ¿Cómo podíamos negar un poco de consuelo a dos niñas tristes? Ahora me parece que fue un error.

Mira a Jack y sonríe con los labios apretados.

—Bueno —dice Jack—, ahora ya no hay secretos. Está todo a la luz.

—Intentamos hacer las cosas bien —dice Falcon—. No teníamos ninguna experiencia con niños.

—No, claro. No sois padres biológicos.

Mia tiene el rostro desencajado y húmedo. Es aterrador. Mia no llora nunca.

—Lo podrías haber hecho de otra manera, Jack.

—Contádmelo —digo. Una marea oscura me sube por dentro. Siento que me estoy ahogando—. Ahora mismo.

—Llegasteis a Sundial con cinco años... —empieza Falcon.

Jack lo interrumpe.

—Mia y Falcon nos adoptaron en Nebraska.

Se miran un momento. Es como si hubieran estado en un club desde siempre y yo fuera la única a la que no dejaban entrar.

—Os detesto a todos —digo.

Mia me pone una mano cálida y amable en la espalda.

—Tú elegiste vuestros nombres, Rob. ¿A que no lo sabías? Tardasteis mucho en hablar. No empezasteis hasta los seis. Yo sabía que solo necesitabais tiempo. Einstein no habló hasta los cinco. Fue mientras os bañaba. Dijiste «Rob» y te señalaste a ti misma. Luego

apuntaste a tu hermana y dijiste «Jack». Fueron tus primeras palabras. Dicen que criar a unos niños es maravilloso. —Sonríe—. Y de cuando en cuando lo fue. No os cambiaría por nada, ni aunque las cosas pudieran ser diferentes para Falcon y para mí.

Tiene la voz cargada de amor, pero también de tristeza, y es la respuesta a la pregunta que el egoísmo me ha impedido formular. Puede que tuviera la vaga sensación de que Falcon no quería más hijos, o de que Mia estaba por encima de esas cosas. Puede que diera por supuesto que tenían suficiente con Jack y conmigo.

—Lo siento —digo casi sin darme cuenta.

Mia no debía de ser mucho mayor de lo que soy yo ahora cuando Falcon y ella decidieron adoptarnos. Una vez más, siento ese extraño aguijonazo doble de culpa y resentimiento: la sospecha de que Mia es mejor persona que yo.

—Rob —dice Falcon—, no os habríamos querido más si fuerais nuestras hijas biológicas. Las dos sois independientes, cultas, curiosas... —Le brillan las lágrimas en los ojos, está a punto de llorar —. No lo hemos hecho todo bien, pero nos habéis dado tantos motivos de orgullo...

La rabia me rebosa, es una oleada dulzona que me llena la boca.

—Como siempre, esto acaba siendo un logro tuyo —digo.

—Rob...

—No. Siempre dices que quieres que yo misma decida quién quiero ser. Pues lo voy a hacer.

Me levanto y dejo la mesa.

Parece extraño, pero todo encaja. Siento un alivio creciente. Resulta que no soy del desierto, soy de las praderas. Me marcharé de aquí y no volveré jamás. Me convertiré en la persona que estaba destinada a ser.

En nuestra habitación, aprieto los puños y me esfuerzo por respirar. Tengo demasiados sentimientos y he de darles salida.

Saco la muñeca Jack de debajo de la almohada. Le arranco los brazos muy despacio. Luego, las piernas. Caen nubes de serrín.

—Siempre tienes que ser el centro de la atención.

No sé qué me enfurece más, que me lo haya ocultado tanto tiempo o que me lo haya dicho en ese preciso momento en que todo debía girar en torno a mí.

Alzo la vista y Jack me está mirando desde la puerta.

—Lo he hecho por ti —dice—. Tienes que marcharte de aquí.

—Me has robado a mamá —digo a los restos de la muñeca.

Siento cómo Lily, tan bella, tan dulce, con su corazón delicado, se va perdiendo en la oscuridad de lo que nunca existió. Le arranco la cabeza a la muñeca. El ruido que hace es seco, polvoriento.

—Solo quería que tuvieras una cosa bonita —dice Jack—. Un buen recuerdo. —Parece triste, y por un momento casi la creo—. Falcon me lo dijo el día que me escapé. Les pedí que no te lo contaran. Yo solo quería ayudarte, Sundance.

—Pues ya veo que has cambiado de opinión. Lo has hecho para hacerme daño.

—No lo sé —responde, pensativa—. Puede. Ya no estoy segura de por qué hago las cosas.

—¿Quiénes eran nuestros padres?

—Fue una adopción cerrada. No hay más datos, solo lo de Nebraska.

—¿Y por qué no me acuerdo de nada?

—Puede que no quieras acordarte.

—No tiene lógica. El gobierno luego hace comprobaciones con los niños adoptados. Se encargan los servicios sociales.

—Seguro que las hicieron. ¿Cuánta gente ha pasado por aquí haciendo preguntas y tomando notas?

Niego con la cabeza, como un perro que intenta despejarse.

—Lo has estropeado todo. Eres peor que Falcon y que Mia. Te crees mejor que ellos, pero no. Eres peor porque sabes lo que significa mentir sobre esas cosas para nosotras. Para mí. —La voz se me quiebra. Me doy cuenta de que estoy llorando. Me aborrezco, parezco una cría, pero no puedo reprimir las lágrimas. Jack me sigue mirando, impasible—. Ni has podido esperar a que lo averiguara desenterrando esas páginas que escribiste. Seguro que te morías de ganas. Pero he tardado demasiado, ¿no?

—Mejor que no lo hayas desenterrado. No debí hacerlo. —Se vuelve hacia mí.

Está muy cerca y veo lo oscuros que son sus ojos, lo dilatadas que tiene las pupilas, lo desenfocado de su mirada. La pupila enorme, el borde del iris, me recuerdan a algo, pero no caigo en qué es.

—Tienes los ojos... ¿estás bien?

Se echa a reír. Es una risa desagradable.

—Te veo venir, Rob. No me utilices como excusa porque te da miedo marcharte.

—Antes decías que siempre me protegerías. —La voz me sale llena de amargura—. Mentirosa.

Sé que Mia y Falcon creían que todo lo que hacían era por nuestro bien. Intento recordarlo.

Rob, antes

Conozco a Irving en Cielo, durante el primer año de carrera.

La universidad no me proporciona la libertad que me había imaginado. Estudio literatura inglesa porque es lo menos parecido a la ciencia que se me ocurre. Los profesores están cansados, las residencias apestan a marihuana. Mi compañera de cuarto es una chica simpática, pero la primera noche corregí su pronunciación de una palabra y desde entonces no me ha vuelto a hablar. Todo me resulta extraño.

Aquí la gente parece conocer atajos para trabar relaciones. Hablan de la escuela, de los novios, de las familias. Yo no tengo experiencia con las dos primeras cosas, y no tardo en descubrir que mi familia no se parece a ninguna otra. La universidad no tiene nada que ver con Bingley Hall. Intento hacerme amiga de la gente, pero siempre llega un momento en que hablo de Sundial, o de mi infancia, o de los perros, y ponen cara inexpresiva, y se acabó.

La primera semana llamo a Jack.

—¿Cómo está Kelvin?

—Bien.

—Aquí todo el mundo es muy raro —digo tras una larga pausa. Retuerzo el cable del teléfono entre los dedos. Me la imagino con el enorme receptor de plástico sujeto con las dos manos, pegado a la mejilla enjuta. Cojo aliento—. Esto de la universidad no me gusta. —Silencio—. ¿Jack? ¿Jack?

No cuelga, así que tardo un minuto entero en darme cuenta de que se ha marchado. Más tarde, no dejo de imaginarme la escena: el receptor colgando de la mesa del teléfono, en el vestíbulo central, mientras anochece y yo repito su nombre una y otra vez.

Después, todo mi contacto con Sundial se reduce a una conversación cortés por teléfono con Mia y Falcon una vez a la semana. Una parte de mí no le da mayor importancia. El resto no piensa en otra cosa.

No ayuda nada que el campus esté lleno de rododendros, que son irresistibles para los colibrís. Se suspenden luminosos en el aire como diminutos rayos de color, como corazones ensangrentados. Recuerdo lo que me dijo Jack antes de escapar de Sundial. «“Yo soy tu corazón y

tú eres el mío, dos corazones que laten fuera del cuerpo" —pienso con amargura—. Cuando me lo dijo, ya sabía que se iba a marchar con aquel tipo».

Descubro la cerveza. Me encanta. Voy sola a los bares. En los bares, si hago algo raro, la gente da por hecho que estoy borracha. Muchas veces es verdad. Estoy muy sola, aunque no me doy cuenta. No tengo ninguna experiencia con la soledad.

El Purple Shamrock sirve cerveza verde irlandesa y tequila a mitad de precio los sábados. Siempre está en plena efervescencia después de las cinco de la tarde, cosa que me parece perfecta. Me gusta estar rodeada de cuerpos cálidos. A las siete ya he bebido demasiado, pero sigo encaminándome hacia ese estadio maravilloso en el que encajo en el mundo con la perfección de una pieza de rompecabezas. El bar está lleno a reventar, cosa que es buena o mala, depende de lo que busques. El aire chisporrotea de calor e ideas. Capto miradas y las retengo mientras paso entre los cuerpos. Anhelo algo, pero no sé qué es.

—¿Jack?

Me doy la vuelta con el codo por delante. Me da tiempo a ver una ceja negra como una gruesa pincelada sobre un ojo oscuro, una cara seria, de esas caras que los pintores de antes les ponían a los santos, antes de que el codo se le clave entre las costillas, en el plexo solar. Se dobla por la mitad, tenso, como a punto de romperse.

Lo que me estremece es el nombre. Jack. Es muy común, pero me lo ha dicho al oído, de una manera íntima. Aún siento la vibración de su aliento. Me ha tomado por ella, por mi hermana.

Me mira a los ojos y ve algo, el color, o quizá el espíritu más débil que habita tras ellos.

—Eres tú, no ella —dice—. Seguro que no te acuerdas de mí.

—Me acuerdo —digo—. Querías escaparte con Jack. Te la llevaste de Sundial. Pero Mia te atrapó. Yo soy la otra. Me llamo Rob, por si no lo recuerdas. —Su nombre se me había escapado, perdido entre tantas caras de niños bien, entre tantas camisas planchadas, uno más entre tantos engorrosos nombres de chicos de la costa este, de Harvard, los Franklin, los Jefferson, los Logan, todos sudando en el calor del desierto y en la desesperación por la aprobación de Falcon. Pero ahora, de repente, está ahí, surgido de las profundidades de mi mente, zumbándome en la boca como una abeja—. Hola de nuevo, Irving Cussen.

Me mira y luego suelta una carcajada.

—Parece que hace siglos, ¿verdad? Lo más gracioso es que aquella primera vez pensé que eras tú.

—Mira qué cosas. —Arrastro las palabras para darles el tono que les da Jack, para cargarlas de escepticismo. *Somos mellizas, no gemelas idénticas, atontado* —. Pues vaya despiste, ¿no? Mira que secuestrar a la que no era... Da igual, ¿qué haces aquí? Creía que estabas en Harvard.

—No, en Princeton, pero me marché.

—¿Te echaron?

—No exactamente. En cierto modo, sí.

—¿Por secuestrar a alguna adolescente?

—Todo es política. Me utilizaron para dar ejemplo. Pero aquí había un puesto de profesor adjunto, así que...

—Esto sí que es bajar de categoría —digo, y sonríe de mala gana, pero asiente.

Las pullas vuelan entre nosotros sin pausa. Por lo general no se me da tan bien la conversación. Mientras hablamos, el resto del mundo desaparece: el bar, el ruido, los empujones... Acabamos encerrados en nuestra burbuja particular.

Pedimos bebidas y nos vamos a un rincón. Su rodilla roza la mía. Me habla de su padre, que es rico, tiene un rancho en Montana y pozos petrolíferos en Texas.

—Claro —digo—. Los papis ricos compran a sus hijitos un ingreso en Princeton. Y aun así, la lían.

Me mira largo rato, extiende una mano y me coge un mechoncito de pelo entre el índice y el pulgar. Tira con tanta fuerza que se me llenan los ojos de lágrimas y creo que me lo va a arrancar.

—Ya te he dicho que creí que eras tú.

Nuestras miradas se encuentran; la mía, húmeda de dolor. Sé que no es cierto. Nunca me confundió con Jack en Sundial. Pero sabe que me gusta pensar que sí. Presiente cuáles son mis puntos débiles, las zonas oscuras, y pone el dedo en ellas. Es una sensación íntima.

La violencia repentina del momento me vibra por dentro. Quiero hacer algo irrevocable, como cortarme un dedo. Quiero quedarme aquí para siempre, en este momento, hasta el fin del mundo, con él mirándome desde debajo de las cejas oscuras, arqueadas.

—Quien miente, arde —susurro.

—¿Qué? —dice él, y se inclina hacia delante, así que lo beso.

Irving elige un restaurante francés para nuestra primera cita. Debe de ser el único que hay en Cielo. En cada mesa hay un mantel de tela a cuadros rojos y un jarroncito de plata con una rosa y una rama de helecho. Es la primera vez que como en un restaurante. Irving coge el menú.

—Te lo traduciré.

—No hace falta —digo—. Hablo francés.

El gesto de irritación que le pasa por la cara es casi imperceptible. Se lo he echado a perder.

No soy idiota. Me doy cuenta de que aquello parece ensayado, de que Irving tiene una rutina, un ritual. Esto lo ha hecho más de una vez. Lleva a una chica a un restaurante francés, o español, o turco, lo que sea, y le traduce el menú. No me molesta. Saber que ha salido con muchas mujeres lo hace más atractivo y experimentado. Más Robert Redford. Me siento diferente, única. Soy la que habla francés. Todo me resulta muy emocionante.

El propietario es un hombre corpulento con ojos tristes. La plaquita del pecho dice que se llama Pierre, pero se presenta y dice que es Pete.

—El restaurante es mío —nos cuenta—. Fui a París en el 72 y nunca se me olvidó cómo me hizo sentir esa ciudad. ¡Romanticismo! ¡Vino! Así que quise traerme un trocito al volver.

—Es precioso —digo. Cuando se va a por el pan hablo con Irving—. Quiero recordar cada detalle de esta noche.

Toco la rosa y el helecho que hay en el centro de la mesa, en el jarroncito de plata. Son de plástico.

—Pura propaganda —responde—. Quiere que nos emocionemos y pidamos la quesadilla de foie gras o algo por el estilo. No es un auténtico restaurante francés. No te pierdas esto. *Crock mesieur*. —Hace un ademán en dirección al menú.

—Pues a mí me gusta —digo, y es verdad.

Pido un Campari, que no es francés pero suena como que sí, mientras que Irving bebe vino tinto. Casi todo lo que hay en el menú lleva carne, así que pido una ensalada de guarnición y una macedonia de frutas. Alargo el Campari para toda la comida. No quiero que se me suba a la cabeza, no quiero perderme ni un detalle de la velada. Irving se bebe la botella entera, y me parece bien: es un adulto, así que puede.

Irving paga la cuenta y luego se saca una pluma del bolsillo del pecho. Al principio creo que está pintarrajeando en el menú y me parece una grosería. Pero, cuando nos levantamos para marcharnos, veo que ha corregido en rojo todos los errores ortográficos y gramaticales, como un profesor.

Pete se acerca para limpiar la mesa mientras nos ponemos la chaqueta. Coge los menús y veo que se le borra la sonrisa. Por un momento, parece muy joven. Seguramente él mismo escribió el menú. Me lo imagino encorvado sobre un diccionario Collins de francés, en su habitación del piso de arriba, buscando cada palabra con esfuerzo, escribiendo los menús a mano, uno a uno.

La noche aún es cálida. Caminamos hasta el coche de Irving cruzando charcos de luz de las farolas.

—Lo has ofendido.

—Me gustan las cosas bien hechas y su francés es muy malo. Eso me ofende a mí. ¿Qué pasa, que sus sentimientos valen más que los míos?

Siento una oleada de euforia, pero también un toque de aprensión. ¿Qué pasará cuando yo haga algo mal? Irving está tan seguro del mundo y del lugar que ocupa en él... Pero me hace sentir a salvo, como si todo estuviera en su sitio.

Irving conduce hasta su apartamento y nos acostamos juntos. Sale mejor que la cena, aunque todo el tiempo estoy hambrienta.

Así que nos enamoramos, o me enamoro, o se enamora... No tengo claros los detalles más enmarañados.

A Irving le gusta la idea de que estábamos predestinados. Le gusta la idea de haber estado a punto de hacer algo escandaloso, fugarse con una menor de diecisiete años. Con los años, se convence a sí mismo de que fuimos él y yo los que escapamos juntos de Sundial. Se lo he oído contar así. De esa manera, nuestro encuentro posterior es muy romántico. Le gusta la idea de que sea lista y culta, pero no sepa nada del mundo. Le gusta la idea de irme enseñando cosas. Le gustan las mujeres con una opinión propia, como pronto descubriré. Muchas mujeres, con muchas opiniones propias.

En cuanto a mí, confundo la intensidad con la pasión, como me imagino que le pasa a mucha gente. Creo que, por fin, esto es la vida real.

Les cuento a Mia y a Falcon que estoy saliendo con un chico. Estoy sentada en la residencia, en la cabina, y no paro de retorcer el cable verde sucio entre los dedos. Hay tres chicas esperando su turno, así que me doy prisa. Mia parece contenta.

—¿Te deja ser tú misma?

—Se empeña en que lo sea.

—Es excelente —dice Falcon. Comparten el receptor—. Tenemos muchas ganas de conocerlo.

Cada vez están más cómodos en el rol tradicional de padres de estudiante universitaria. Ahora mismo, engañarían a cualquiera que no los conociera.

—Es un poco pronto. —No quiero ni imaginarme lo que pasaría si llevo a Irving a Sundial. Es como si tuviera una neblina roja ante los ojos—. ¿Está Jack? Hace meses que no hablo con ella.

—Está fuera, con los perros —dice Mia—. Seguro que te llama esta

semana. Querrá que se lo cuentes todo.

Cuelgo y le dejo el lugar a una chica gordita con un pijama de dinosaurios. Lleva un aparato de ortodoncia y me lanza una mirada asesina aunque mi llamada ha sido breve, mucho más corta que los quince minutos a los que tengo derecho.

Jack no me llama. No llevo a Irving para presentárselo a Mia y a Falcon.

Irving y yo estamos paseando por el campus. Ya llevamos juntos dos años. El día es gris, acorde con los edificios grises, y hace que los ángulos de las construcciones parezcan aún más marcados. Han puesto hiedra para que trepe por los muros y los haga parecer más antiguos, pero la hiedra también es joven y solo unas pocas ramas se aferran desesperadas al cemento demasiado nuevo.

Se detiene en medio del patio.

—Ya es hora de que nos casemos —dice.

Me echo a reír porque la idea me resulta sorprendente, y su rostro se torna serio, ensimismado. Cuando se enfada siempre parece más pensativo.

—Mi familia cree en los valores tradicionales. Desde siempre. Si para ti esto es un chiste, nos olvidamos de todo.

Se aleja a zancadas. Lo llamo a gritos, pero no se vuelve.

Creo que me llamará esa noche, o la siguiente. Me parece imposible que todo pueda cambiar tan deprisa solo porque me he reído. Creo que nos vamos a reconciliar tan deprisa como nos hemos peleado. Pero pasan los días y no me llama. Me hace el vacío.

Una semana más tarde veo a Irving a lo lejos, paseando con una joven, una de sus estudiantes. Su pelo oscuro inclinado hacia el pelo dorado de ella. Es rubia, menuda, tiene mi tono de piel y mi estatura. Pero no le digo nada. Al menos para eso me da el sentido común. Y siento lo que quiere que sienta: la punzada de los celos, de la propiedad robada.

Me siento muy sola, como todas esas veces en que Jack me retiraba la palabra. Es obvio que la gente se siente repelida por mí. ¿Estoy loca? ¿Por qué no puedo aceptar el amor de Irving? Lloro mucho, pienso mucho en todo lo que he hecho mal. Pero no sé cómo arreglarlo.

Una noche, hago acopio de valor. Me bebo dos cócteles y cruzo el campus hacia el apartamento de Irving. Llamo a la puerta y no me abre. Le grito por la ranura del buzón. Al final, abre la puerta en bata, muy borracho.

—Lo siento —le digo—. Mejoraré. Seré tu esposa. Te quiero.

—Gracias —dice. Tiene los brazos fuertes, firmes—. Te perdono.

Sus sábanas aún guardan el calor de la carne femenina y un rastro leve de un perfume que no conozco. Aguanto la respiración y disimulo una mueca. Es maravilloso sentirse perdonada y, además, lo otro ya ha terminado. No tiene sentido empezar otra discusión sin motivo.

Tardo muchos años en comprender que la rabia de Irving está relacionada con esos edificios adustos y deprimentes, con los pasillos de suelo de linóleo, el olor a jabón en la sala de profesores. Lo habían echado de la piedra y el ladrillo rojo, de las hojas amarillas agitadas por el viento en otoño, de los estudiantes con americana y bufanda de su hermandad que cantaban las mismas canciones que sus padres habían cantado, de las costumbres heredadas a lomos del dinero. El exilio le hiere muy hondo.

No sé que el padre de Irving está a punto de desheredarlo y que, para aplacarlo, tiene que sentar cabeza con una esposa. No me doy cuenta de que estoy en deuda con él. De que Sundial también está en deuda con él. Irving exige que le paguen por la humillación de lo que pasó con Jack, por no haber sido lo que prometía, por verse reducido al nivel de profesor adjunto en una sórdida universidad del desierto con la única aspiración de un puesto fijo.

Todo esto acerca de Irving lo descubro más adelante, una y otra vez, en cada pelea. Solo cuando llegan las niñas encontramos nuevas cosas sobre las que pelear.

Le quiero, así que acepto pagar lo que se le debe. Y una pequeña parte de mí, un resquicio amargado, se muere por volver a Sundial de su brazo, de ver las caras que ponen. De ver la cara de Jack.

Llamo para decirles que vamos a ir a verlos y la voz de Mia se quiebra de la emoción. La de Falcon me hace verlo viejo, agradecido. Creen que los he perdonado. No pido hablar con Jack. No he vuelto desde que empecé en la universidad. Quería un nuevo comienzo, olvidarme de ellos, ser yo misma. Quería barnizar a mi antiguo yo con una pátina de normalidad, como una estatua bañada en oro.

Irving y yo salimos del coche y el atardecer del desierto nos golpea como un puñetazo. El aire es caliente como una infusión, pero noto el frío que se empieza a filtrar en la tierra cuando el sol se pone.

Irving coge las maletas mientras llamo a la puerta, pero no hay nadie. Miro la hora y me doy cuenta de que deben de estar en la parte de atrás, ejercitando a los perros. Les dije que iba a llegar, pero no la hora. Les dije que venía con alguien, pero no con quién.

Las tormentas de arena han erosionado los muros circulares de Sundial; el rojo intenso del adobe se ha convertido en un pardo sucio.

Hay excrementos de pájaros en las paredes, y la buganvilla y la jara que delimitaban los lechos de flores bajo las ventanas ya no existen. Las chollas se han adentrado a intervalos en el camino de acceso como tumores malignos en la piel vieja. No parece un hogar. Parece un lugar donde viven viejos locos. No sé si el cambio es reciente o si siempre fue así y no me había fijado.

Irving vuelve a meterse en el coche para llevar el Chevy blanco al aparcamiento que hay tras la casa.

—No —le digo—. Déjalo aquí, ante la puerta.

Me mira y me entiende, y deja el coche en la puerta de Sundial. Sé que será lo primero que vean cuando regresen. ¿Qué sentirá Jack? «No me puede controlar —me digo—. Esta es mi nueva vida, mi propia vida». Pero el corazón me late como un tambor.

Irving no deja de tiritar ni cuando entramos. Es muy sensible al frío, y se ha olvidado de lo gélidas que son las noches del desierto. Le doy un jersey que me encuentro sobre la mesa de la cocina. Es viejo, de Falcon, de punto marrón con parches de cuero para tapar los agujeros de los codos.

Preparo cócteles para los dos, Campari con soda. No quiero que se nos suba a la cabeza demasiado pronto. Los hago con lo que hemos traído en el maletín de Irving. En Sundial lo único que se bebe es whisky y cerveza. A Mia no le gusta nada más. Luego, nos sentamos ante la ventana panorámica para ver anochecer. Así ven a Irving cuando llegan por fin Mia, Falcon y Jack. Los pies sobre un taburete, un brazo en torno a mí, con el jersey de Falcon y una aceituna en la boca abierta.

Me levanto. ¿Me va a dar un ataque al corazón? Irving no se levanta. Tiene nervios de última hora, y se esconde detrás de mí para pellizcarme la muñeca entre el índice y el pulgar, como si me tomara el pulso. En retrospectiva, son estos detalles los que ya estaban definiendo el futuro.

Los rostros de mi familia son óvalos blancos en la penumbra.

—Os presento a mi prometido, Irving Fitzgerald Cussen III.

Hago énfasis en la palabra «prometido» y en lo de «tercero». Sé que les parecerá horrible, superburgués, todo eso a lo que dicen que se oponen.

Falcon se pone rojo hasta las orejas. Mia se queda inmóvil. Jack entra la última y se detiene un momento, una silueta en la puerta. Luego, muy despacio, como quien no quiere la cosa, se apoya contra el marco. Siento una oleada de ira, pero también de alivio. No le he hecho daño. Pero Jack empieza a deslizarse hacia abajo, contra la pared, mientras se le escapa un largo gemido. Acaba en el suelo,

desmadejada y pálida, más charco que persona. Me doy cuenta de que se ha desmayado. En mi vida había visto a nadie desmayarse. Irving lanza un grito, Mia y Falcon se dan la vuelta, y todos rodean a Jack.

Siento una ira difusa. Una vez más, me ha robado el protagonismo.

Llevamos a Jack al sofá. Pawel le trae agua fresca y la abanica. Despierta y dice que está bien. Nadie se lo discute. Me fijo en que el que la lleva arriba para que se acueste, el que le da el brazo, es Pawel.

Mia se va a preparar la cena y, cuando Jack vuelve a bajar, Falcon nos pregunta si queremos ir a ver a las vacas, porque las va a encerrar ya. Jack nos sigue en silencio. Todo el mundo ha decidido tomárselo lo mejor posible, por lo visto. No se menciona el pasado.

Las vacas acuden al silbido de Falcon. Son tres criollas viejas, lentas, que no se asustan con facilidad y están acostumbradas al calor. De camino al establo, oigo los soplidos y arañazos de los perros, en su corral. Me fijo en que Falcon camina algo encorvado. No estaba así antes de irme a la universidad.

Al pasar junto al corral, una forma grande se separa de la manada y se acerca a la alambrada. Las linternas arrancan destellos de los ojos amarillos. Treinta y Uno ha crecido. Se le notan los músculos bajo el pelaje, que es del color del crepúsculo que nos envuelve. Nos sigue en silencio a todo lo largo de la valla.

Jack mete los dedos largos y finos entre los alambres.

—¡No! —le digo, aterrada.

Las prohibiciones de la infancia están muy arraigadas. Pero eso era antes, cuando Sundial era un todo, cuando Jack y yo éramos niñas. Ahora es mayor y no la puedo proteger.

Treinta y Uno pega el enorme hocico contra la mano de Jack, le pasa la lengua larga por los nudillos. Yo lo miro y no veo más que dientes.

La jacaranda está en flor. Mientras regresamos a la casa, la última luz rosada del crepúsculo brilla entre las flores color violeta. Me invade la vieja sensación que siempre me llena en Sundial: este es el único lugar real en la tierra y el resto del mundo es una especie de sueño.

Mia nos acompaña a nuestra habitación, la residencia para invitados en uno de los edificios externos, donde antes se alojaban los estudiantes. Al principio me parece ofensivo. ¿Nos echan? ¿Irving no es más que un becario otra vez? Luego lo entiendo. *No quieren que estemos cerca de Jack para no entristecerla.* Y más tarde recuerdo que en la casa solo hay una cama doble, la de Falcon y Mia. No les avisé por

anticipado. Me decepciona que la explicación sea tan lógica, y me doy cuenta de que he estado aguantando la respiración, preparándome para la batalla.

Pawel entra en la habitación con las maletas, seguido por Irving. Mia me coge del brazo y me retiene afuera un momento.

—Rob —dice en voz baja, desesperada—, sé lo que es creer que estás enamorada...

—Nos vemos en la cena —replico.

Cojo el rostro de Irving entre las manos y le doy un beso mientras Mia nos mira desde la puerta. Cuando alzo la vista ya se ha marchado. Me doy cuenta de que soy insoportable, pero no puedo parar.

Durante la cena, Jack está encorvada y silenciosa mientras Mia y Falcon charlan con animación. Se callan al instante cuando Irving dice algo y atienden en silencio, atentos, los dos con la cabeza inclinada hacia un lado, su postura de escucha activa. Sigo pensando que, de un momento a otro, le empezarán a gritar, nos insultarán a los dos. Hasta cuando Irving comenta «Habéis cambiado la alfombra, esta no es la que había cuando estuve aquí, ¿no?» se las arreglan para no decir nada, aunque Mia hace una mueca casi imperceptible. Está envejecida, tiene mechones grises en el pelo.

Me doy cuenta de que desprecio a mi familia. Se ponen a la altura de los dioses, pero es fácil hacerlos caer. Me invade una mezcla de euforia y desdén, con ese choque intenso de dos frentes que tantas veces acaba en tormenta.

Nos terminamos las fresas y me levanto para ir al baño de arriba, el que queda directamente sobre la cocina. Tengo la vaga idea de que los voy a oír hablar sobre mí a mis espaldas. La ventana está abierta y pego la cara contra la mosquitera para sentir la caricia del desierto. Es imposible que esos de abajo sean Falcon y Mia, que se alzaron como torres durante toda mi infancia. Tal vez no lo son. Tal vez esto es un truco, o un experimento del gobierno.

Al volver, paso junto a nuestra antigua habitación. La puerta está cerrada, cosa que en mis tiempos estaba prohibido. No puedo resistir la tentación. Aprieto los labios al oír el crujido familiar cuando giro el pomo y empujo la puerta para entreabrirla.

La primera impresión es de estar en otro plano de la existencia, en un lugar donde el orden se ha trastocado. Todo parece rosa, carnoso. Hay destellos de luz y no veo bien las formas en la estancia. Es como si hubiera agujeros en las paredes, cuadrados de cielo nocturno. «Son para que entren los perros fantasmas», pienso sin poder contenerme. No respiro, estoy atrapada en la claustrofobia rosada, los reflejos vertiginosos, como si me hubiera engullido una serpiente reflectante.

Recupero el control poco a poco y me doy cuenta de que es una disposición muy inteligente de la lámpara rosa y una veintena de espejitos distribuidos por toda la habitación. El efecto es desorientador, como una trampa para repeler a los intrusos. Algunos espejos están en ángulo y producen la extraña sensación de que son cuadrados desplazados de otros lugares, como ojos que miraran hacia el interior del cuarto. En el lavabo, una punta de la luna asoma a través de la jacaranda; las flores refulgen con un gris mortecino a la luz nocturna reflejada una y otra vez. Jack ha convertido la habitación en una pesadilla de fragmentos de espacio y tiempo.

Me fijo en que las dos camas están hechas idénticas. Mi vieja cama me estaba esperando.

Dije a Mia y a Falcon que iba a venir con alguien. No concreté más. Quería que se preguntaran en qué persona me había convertido, qué secretos adultos guardaba ahora. Y he tenido más éxito del que esperaba. Tengo la incómoda sospecha de que mi familia creía que me estaba inventando un novio.

Me imagino dormir en esta habitación de rosa carnoso y reflejos, con Jack en la cama contigua como otra imagen reflejada de mí y del pasado. Hasta el aire me resulta asfixiante y salgo de la habitación, cierro la puerta y bajo corriendo hacia la voz de Irving. Está hablando en tono grandilocuente sobre el último artículo que ha publicado. Nunca me había sentido tan agradecida hacia él por abrazarme y protegerme durante la noche, por rodearme con el mundo cotidiano, por escudarme de la locura de mi infancia y hacer que no tenga que dormir con mi extraña hermana en un útero de espejos donde no sabemos dónde termina una y empieza la otra.

—Vamos a encender la hoguera —dice Mia.

Ha bebido mucho más whisky del que recuerdo haberla visto tomar nunca. Eso también me inquieta. La tensión se filtra por debajo de una fachada antes impecable.

Estoy a punto de decir «No, gracias» e irme a la cama para alejarme todavía más de la persona que conocían.

—Sí, por favor —es lo que me oigo decir.

Irving nunca había tomado parte en las hogueras del Sacrificio porque eran solo para la familia. Veo una chispa triunfal en sus ojos, y yo siento lo mismo. Tienen que aceptar lo que soy ahora. Les toca a ellos adaptarse a mí.

Lo del fuego es buena idea. La luz oscilante oculta las expresiones, y el silencio cargado no parece tan opresivo con la noche del desierto como fondo y el crepitar familiar de las llamas. Nos relajamos un poco. Falcon pasa la botella y me doy cuenta de lo rápido que baja el

nivel. Me alegro. El brillo artificial que me proporciona se parece mucho al valor.

Me pregunto si Mia va a contar otra vez la historia del pañuelo. Estoy segura de que sí, pero se queda muy callada, muy pálida, con los ojos clavados en mí. Ahora soy el centro de todo. Lo que quería. De modo que me levanto y saco lo que llevo en el bolsillo. No sabía por qué la había traído, pero es el final perfecto. El serrín vuela por el aire en la oscuridad. La he guardado todos estos años en el cajón de la ropa interior, envuelto en plástico de cocina. No soportaba la idea de tirarla.

Lanzo al fuego la cabeza cortada de mi vieja muñeca Jack. Enseguida se prende.

—Esto representa mi infancia —digo—. La estoy tirando al fuego porque estoy preparada para avanzar. Quiero tener hijos.

Me doy cuenta de que estoy diciendo la verdad.

Irving me mira con los ojos iluminados por la luz de la hoguera y me coge la mano.

—Yo también quiero —digo—. Vamos. No esperemos más.

«Este momento es inolvidable», pienso, más que el compromiso, más que traerlo a Sundial. Nos estamos atando de por vida.

Jack no dice nada. Mira la cabeza de la muñeca Jack, entre las llamas, mientras desaparece en un brillo rojo.

Mia parece conmovida. Se levanta, rodea la hoguera y me abraza. Tiene brazos fuertes y, por primera vez en mi vida, siento que puedo aceptar su amor libremente, sin cuestionarlo. Buscaba una especie de triunfo cruel sobre ellos, pero el triunfo se ha vuelto real. Esbozo una sonrisa que no va dirigida a nadie en concreto con la esperanza de que parezca misteriosa, maternal.

—Por favor —me susurra Mia al oído—, no hagas esto.

—¿El qué?

Me aparto y la miro.

—Rob —dice Mia.

Niego con la cabeza y le tiendo la mano a Irving.

—Estoy cansada —digo con frialdad—. Vamos a retirarnos.

Estoy harta de este juego agotador. He empezado yo, pero he perdido el control. «Quiero que todo sea normal», pienso con resentimiento. ¿Por qué no es posible?

Irving y yo volvemos por el camino de arena que lleva al edificio donde dormiremos. Lejos de Mia y Falcon, recuperamos parte de la alegría. Aún estamos mareados por el whisky y por la enormidad de la decisión que hemos tomado.

Una sombra se dibuja en la oscuridad. Lanzo un grito y me agarro a

Irving. El whisky amortigua el miedo.

—Has hecho mal —dice Pawel—. La cabeza de la muñeca. Le has hecho daño.

—Le da igual —digo.

Pawel niega con un gesto y se me hace un nudo en el estómago. No sé por qué, pero no soporto decepcionar a Pawel.

—Oye, ¿es porque no te he dado propina por traer las maletas? —dice Irving. Se mete la mano en el bolsillo—. Cinco, ¿eh?, que tampoco hay que pasarse.

Le tiende el billete. Pawel no le hace caso.

—Es una mala elección —dice, y sé que no se refiere a lo que pasó en el Sacrificio.

Irving suelta el dinero, que aletea en el aire.

Pawel se queda esperando mi respuesta, pero no digo nada. Me aferro al brazo de Irving. Pawel se da la vuelta y se pierde en la oscuridad.

—Te vas a quedar sin la pasta —le grita Irving.

Irving y yo dejamos las luces apagadas y corremos las cortinas para que entre la luz de la luna. Hacemos el amor con esa actitud solemne que se suele ver en las películas y en los libros, pero rara vez en la vida real. En realidad, hace ya tiempo que somos bastante descuidados con el tema anticonceptivo. Tal vez sabíamos que nos encaminábamos hacia esto. Lo dejamos por completo. Creo que ninguno de los dos obtiene demasiado placer, pero no se trata de eso, y luego nos susurramos que creemos que hemos concebido un bebé. Me consumo de esperanza. Un bebé será mío, solo mío. Jack siempre ha sido la primera en hacerlo todo. Solo por cuatro minutos, pero siempre ha sido la mayor. Ahora voy a ser la primera en hacer algo tan trascendental. Me doy cuenta de que ni siquiera Mia ha tenido un bebé. Voy a ser la primera. Siento una oleada de placer que me invade junto con un cosquilleo de culpa. Pero ¿culpa? ¿Por qué? No es culpa mía que no pueda tener hijos. Ya me siento diferente, como si mi equilibrio se hubiera alterado para siempre para acomodar algo en mi interior.

—Podríamos hacerlo —dice Irving.

—¿El qué?

—Tener una familia de inmediato. Venir a vivir aquí. Te quedarías en Sundial todo el tiempo cuidando de los niños y yo trabajaría en la universidad. La mitad de la semana aquí, y la mitad, allí.

—Es posible —digo—. ¿Y mis estudios?

—¿Qué pasa con ellos? No tienes que terminar. No tienes que trabajar. Puede que no nos haga falta el dinero si... Bueno, se están

haciendo viejos, ¿no? El día menos pensado van a necesitar ayuda para llevar Sundial. Tu hermana no puede ayudarlos, está como una regadera.

Dice «ayuda para llevar Sundial», pero sé que está pensando en ponerse al mando.

—No está como una regadera. —Le doy un empujoncito de broma —. Pero sería bonito, ¿no?

—Cierto, sería bonito —responde, también burlón.

Me sumerjo en un sueño profundo. Ha sido un día agotador, un ajuste de cuentas de lo más inesperado. Tengo pesadillas de whisky, sueños llenos de revelaciones. En mitad de la noche, palpo la cama, y no encuentro a Irving. El corazón se me va a romper. Pero luego me rodea con el brazo y me doy cuenta de que ha estado ahí siempre.

Llaman a la puerta antes del desayuno.

Jack es como un fantasma. Sus ojos son asteriscos negros, enormes. Tiene restos de maquillaje oscuro en torno a ellos, como si no se hubiera lavado antes de acostarse anoche, o la noche anterior. Conozco la camiseta rosa que lleva. La tiene desde los doce años. Le queda corta y se le ve el vientre muy blanco, casi cóncavo.

—Sal, vamos a hablar.

Durante toda la visita, una parte de mí ha estado esperando que me reclamara para ella. Rotamos la una en torno a la otra así, como estrellas binarias. Y me siento culpable, un poco culpable, por quemar la cabeza de la muñeca Jack. Podemos pasar un rato juntas, como dos hermanas.

—Voy a salir —le digo a Irving—. No tardaré. ¿Quince minutos? ¿Te importa?

Se encoge de hombros, se da media vuelta y se tapa la cabeza con la almohada.

—Como quieras.

Es un tono hosco que me resulta doloroso a la luz de nuestro nuevo entendimiento, de los nuevos planes. Tal vez está incómodo delante de Jack porque su presencia le recuerda la ignominiosa expulsión de Sundial. Me pongo un jersey y me calzo.

—Vamos.

Veintitrés es todo músculos bajo el pelo negro. Hay perros que no conozco, varios, grandes. Se acercan a la valla sin dejar de menear la cola. Treinta y Uno se queda atrás, con la cabeza entre las patas, sin moverse. Pero Jack silba, y se levanta y se abre camino entre la manada con desenvoltura. Se recuesta contra la valla, contra la mano de Jack, con los ojos amarillos cerrados de puro amor. Y, pese a todo lo que ha pasado, vuelvo a sentir el aguijonazo de la envidia. «Yo voy

a tener un bebé, que es mucho mejor que un perro salvaje cualquiera», me digo, pero a la luz gris del día ya no parece real.

—Nunca olvidarán lo que hizo —dice Jack sin mirarme—. Irving, digo. Pero tampoco te intentarán detener. Porque tenemos que ser lo que somos, ¿no? Nada de disciplina, nada de imposiciones en la personalidad de las niñas. Que fluyan, que fluyan.

Imita a Falcon a la perfección. Siempre ha tenido ese talento tan cruel.

—Cállate, Jack.

Estoy resentida contra Mia y Falcon, ¿no? Entonces, ¿por qué me molesta lo que dice?

—No sabes quién eres, Rob. Tampoco te lo han dicho, claro. Pero ellos sí lo saben. Deberían detenerte. —La voz de Jack es cariñosa, pero cansada—. ¿Crees que te fallaron entonces? No. Cuando te están fallando de verdad es ahora.

Siento un pánico creciente.

—Lo dices porque estás celosa.

Pero las palabras me salen vacías como polvo en el aire. Me mira con esos ojos demasiado grandes, demasiado negros.

—Yo veo en el viento, Rob, y veo cómo transporta el tiempo. Y veo que esto no va a acabar bien para ti.

—Por favor —le digo—. Por favor, no seas tan rara.

Jack se saca una manzana del bolsillo. Le da dos mordiscos, uno en la parte superior, cerca del rabillo, y otro en la de abajo, y me la pasa. En nuestro viejo código quiere decir «lo siento».

Cojo la manzana y la sostengo un instante. El bello amarillo y el rosa de la piel me flotan ante los ojos llenos de lágrimas. Luego le doy un mordisco en medio que conecta los dos que le ha dado ella. *Te quiero* .

Nos tragamos los bocados de manzana. Se me ocurre cogerle la mano, pero me contengo.

—Me abandonaste —digo al final—. Te cerraste a mí, me ocultaste secretos. Me quedé sola.

—Si no te hubiera obligado no te habrías marchado de aquí jamás —me dice con una sonrisa que me hace sentir como si me hubiera abierto por la mitad—. Y pese al tiempo que ha pasado, si te dejaran, volverías. Tienes que marcharte, hacer tu vida. De verdad. Pero no con Irving.

Se saca algo del bolsillo del delantal. Es Rob, su vieja muñeca de mazorca. La cara desgarrada está llena de trocitos de espejo pegados.

—No puedes hacer desaparecer algo quemándolo solo porque quieras —dice Jack—. Esto es lo que te reserva el futuro. ¿Ves? No

tienes cara. Solo reflejas lo que los demás quieren ver.

Siento el cosquilleo del horror. El rostro de la muñeca, ahora con las esquirlas de cielo reflejado, es espantoso. «No —pienso—. Me he esforzado mucho por tener mis propias cosas. No voy a permitir que Jack me las eche a perder».

—Estás celosa. Y estás colocada —digo.

Noto la calidez de la certidumbre. No sé cuándo he sabido sin lugar a dudas que Jack se mete algo. Ahora, al decirlo en voz alta por primera vez, la idea ha cobrado forma real en mi mente, pero tiene esa cualidad del conocimiento largo tiempo instalado.

—No cambies de tema —se impacienta.

—Estoy en la universidad. No es la primera vez que veo a alguien colocado.

—Ya tienes lo que querías, Rob. Has vuelto y les has dado una lección. ¿No es suficiente, ni siquiera para ti? No sigas adelante con esto. No con él. Es malo.

Le cojo la cara entre las manos como si la fuera a besar y le miro al fondo de los ojos bordeados de negro.

—¿Qué estás tomando? ¿Cómo lo consigues aquí?

Me devuelve la mirada y no se resiste.

—No te extravíes a ti misma. No sigas siendo un espejo.

—Para de una vez. Estamos prometidos.

—Dice que solo porque tú querías —responde.

—¿Cuándo te ha dicho eso? Si casi no te hemos visto.

En cuanto me salen las palabras de la boca me doy cuenta de que debería haber dicho otra cosa. *Irving jamás diría eso. Estamos enamorados.*

—Lo vi anoche, cuando te quedaste sin sentido. Vino a buscarme.

—Jack, por favor, por favor, no me hagas esto.

No sé bien qué estoy suplicando, pero el miedo ha empezado a retorcerse en mi interior como un gusano.

Jack se me queda mirando. Hace una mueca como si tuviera algo asqueroso en la boca.

—Nos vimos junto a la hoguera, Rob —dice.

—No —digo—. No.

—Le pregunté si quería hacerlo como en los viejos tiempos. Dijo que sí, y lo hicimos

El sonido se detiene en el mundo.

—¿Cómo has podido...?

La voz me sale baja, lejana, como si saliera del fondo de un pozo.

—Quería ver cómo reaccionaba. Pensé que tal vez había cambiado desde la última vez que lo vi. Pero no.

—Es mentira —digo—. Dices que me hiciste salir de Sundial por mi propio bien, pero eso tampoco es cierto. Hace mucho que has perdido el control. Tú fuiste la que se marchó, no yo. Y necesitas ayuda. Te recomiendo que la busques.

Me doy media vuelta y vuelvo hacia Irving, hacia mi vida.

—Vámonos —digo tras abrir la puerta de golpe—. Volvamos a la ciudad.

Se incorpora en la cama con gesto terco.

—¿Qué leches...?

—Tenías razón. Sobre mi hermana. Sobre todos. Están locos.

Su expresión se relaja.

—Venga, nos vamos. Como quieras, Rob.

Meto la ropa en la maleta.

—Llévalo todo al coche. Nos vemos allí. Tengo que hablar con Falcon.

Falcon está cortando unos zarzales delante de la casa, mascullando algo sobre tijeras de podar. De nuevo lo encuentro muy nervioso, muy viejo.

—Jack está consumiendo drogas —digo—. Creo que desde hace mucho tiempo, desde antes de irme a la universidad. Tiene un problema serio. Quizá deberías haberlo notado, ya que es tu hija, o algo por el estilo.

Falcon no dice nada, pero se le va el color de la cara.

—Lo sabías —digo.

—Está recibiendo ayuda —dice—. La llevamos a unas reuniones dos veces a la semana...

—¿Y aparte de eso, qué? ¿Dejáis que siga metiéndose lo que sea?

—Hacemos lo que podemos. Durante un tiempo registramos su habitación todas las mañanas. Nunca encontramos nada. Pensé que se lo pasaban los moteros que se instalaron en la casa de los Grainger, en el cañón, así que le quité las llaves del coche. Pero hasta sin poder conducir siguió igual. Puede que sean opiáceos, se venden por correo. Pero tiene que ser ella la que tome la decisión de parar.

—Tenéis que hacer más. Confiscadle el correo. Encerradla.

—Vamos, Rob. Sabes que no servirá de nada.

Me lo quedo mirando mientras trato de dar forma a una respuesta, y en ese momento llega Irving con las maletas.

—No me digas que te vas...

La angustia de Falcon le retuerce la boca. Siento el conocido aguijonazo de ansiedad. Lo he vuelto a decepcionar.

«No —me digo—. Él es quien me ha decepcionado a mí».

Me siento al lado de Irving y cierro de golpe la puerta del coche

para dejar afuera el resto de lo que dice Falcon, para dejar afuera el desierto, el pasado, mis sentimientos.

—Vámonos.

Cuando arrancamos, veo a Mia salir de la casa. Su boca dibuja una «O» y salta tras nosotros como si pudiera detener el coche. La veo por el retrovisor, jadeante, mientras se quita la arena de la boca. Mia se vuelve cada vez más pequeña, hasta desaparecer, y solo queda la carretera, el desierto, que se extiende ante nosotros hasta donde alcanza la vista.

El viaje de regreso a Cielo es lento y caluroso. Sopla el viento y hay poca visibilidad. El polvo ondula en el aire. El aire acondicionado del Chevy está roto, pero no podemos abrir las ventanillas o acabaríamos cubiertos de arena en minutos. Sé por experiencia que se cuela por todas partes. Se te mete en las orejas, en las bragas, en el pelo, bajo la lengua. Así que nos asamos con las ventanillas cerradas. En los huecos del asiento, debajo de mí, se forman charquitos de sudor.

Me ha invadido una ansiedad paralizante, aún peor porque sospecho que he puesto en marcha mi propia destrucción.

No dejo de pensar en Jack, en que se sentó en este mismo asiento en el que viajo yo ahora cuando se escapó de casa con un hombre del que apenas sabía nada. ¿Tuvo miedo a medida que los parajes conocidos iban quedando atrás? ¿Cambió de opinión? Fue hace tan solo un par de años, pero parece que ha pasado toda una vida. Entonces era muy joven, aún más joven de lo que indicaba su edad.

«Irving tendría que haberla cuidado más —pienso—. Tendría que haber pensado en ella». En cambio, lo está haciendo otra vez, se aleja de Sundial con una de nosotras en el asiento de al lado. ¿Por qué no nos deja en paz? La voz de Jack me sigue resonando en la cabeza: «Pensé que tal vez había cambiado desde la última vez que lo vi. Pero no». ¿Cómo se me ha podido ocurrir que estaba preparada para tener un bebé? Ha sido Sundial, ha sido el viento del desierto, que se me ha metido otra vez en la cabeza.

Paramos ante mi residencia. Mi compañera de cuarto y dos chicas que me suenan de algo están sentadas en los peldaños de la entrada; se abanican mientras beben a tragos de unas latas frías de Tab. Veo las gotas de condensación en el metal rosa.

Irving baja la cabeza como si estuviera haciendo algo con la radio del coche. No quiere que le vean la cara mientras me bajo del coche. Siento un latigazo de ira. Entonces, ¿para qué ha parado justo delante de donde vivo? Cierro la puerta de un portazo y saco mis cosas del maletero. Las chicas me miran. El olor del bourbon se mezcla con el del refresco dulzón.

Llamo con los nudillos en la ventanilla del coche y le hago un gesto para que la baje. Se inclina hacia delante y el cristal desciende con un crujido para dejar salir el aire ardiente. Meto la cabeza en el interior asfixiante para hablarle al oído.

—He tenido una conversación con mi hermana —digo.

No alza la vista, pero la oreja se le pone muy roja.

Arranca sin decir palabra y saco la cabeza justo a tiempo. Siento en la mejilla el aire que levanta al alejarse.

Me quedo parada, con la maleta en la mano.

—Dios mío —digo en voz alta—. Es verdad. Lo hizo. Jack no me mintió. Dios mío.

Irving salió de la cama durante la noche. Pensé que me lo había imaginado, pero no. Siento la verdad como una herida en la garganta, aunque creo que en el fondo lo sabía, o no habría hecho que me trajera de vuelta antes de decir nada. Me habría dejado tirada en el desierto. Lo sé.

Me cuesta respirar.

«No puedo culpar a Jack —pienso—. Está enferma». Pero los sentimientos me golpean las entrañas como martillos. ¿Es que no se detiene ante nada? Pensaba que el regreso a Sundial, el número con Irving, era para Falcon y para Mia. Me estaba engañando. Todo lo había montado para Jack. Ella es mi público, siempre. Y siempre quedará por encima en cualquier juego.

Y, pese a todo, una parte diminuta de mí me sigue susurrando que lo ha hecho porque me quiere.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Al principio creo que es por el calor y el polvo, porque no me siento como si llorara; el llanto es ajeno a mí. Estoy sentada en el asfalto ardiente. No recuerdo cómo he acabado ahí. Un objeto rosa flota ante mi mirada borrosa. Mi compañera de cuarto me está pasando su lata de Tab.

—El primer tío que te hace daño en realidad te está haciendo un favor inmenso.

—Menudo favor —digo, tratando de imitar su tono ligero. Sospecho que, si dejo asomar mis verdaderos sentimientos, acabarán conmigo, me devorarán, me abrasarán como una chispa en la hojarasca—. Como le dé por ayudarme de verdad...

Se echa a reír. Cojo la lata y bebo un largo trago. La cafeína me galopa por dentro como un caballo. Se me acelera el corazón. El bourbon me acaricia el cerebro y lo difumina todo. El sabor fresco del Tab reemplaza al de cocacola caliente y empalagosa que notaba en la boca.

—Gracias —digo. Recuerdo su nombre—. Gracias, Asia.

Me rodea con un brazo.

—Tranquila —dice—. Vamos, que no puedes estar ahí sentada. Ven con nosotras.

Me ayuda a levantarme y me acompaña a los peldaños, con las demás. Varios pares de brazos me rodean. Es lo mejor que he sentido jamás, y es demasiado. Meto la cabeza entre las rodillas y empiezo a llorar. En cierto modo, lo peor es que sé que he hecho lo que debía. Irving es una mala persona. Estoy mejor sin él. No sé por qué, pero eso hace que me duela aún más. Ya no tengo nada. Ni a Irving, ni a Jack, ni Sundial, ni a Falcon, ni a Mia. He tirado al fuego todo lo que amo.

Arrowood

El aula observatorio del océano estaba bañada por la luz del sol. Los pupitres y las sillas proyectaban sombras largas como arañas. El mar se reflejaba juguetón en el techo. No había nadie. Callie dejó escapar un suspiro de desilusión. Pensó a toda velocidad dónde buscarla a continuación cuando oyó unas pisadas que se acercaban procedentes del este. El aire le llevó un aroma a bergamota y canela: el perfume de la señorita Grainger, tan especiado, tan sugerente... Con el corazón palpitando como loco, Callie se escondió en el armario del fondo del aula y cerró la puerta.

El aroma especiado creció en intensidad y se mezcló con el olor polvoriento del armario, que estaba lleno de viejos borradores de la pizarra. La tiza en suspensión le cosquilleó en la nariz. Las pisadas pasaron ante el armario y Callie contuvo el aliento. Miró por el agujero de la cerradura. Tenía miedo, pero sabía que era imprescindible demostrar lo que era en realidad la señorita Grainger.

La señorita Grainger se dirigió hacia la pizarra y empezó a escribir. La tiza chirrió. Los símbolos que dibujó parecían gusanos que se retorcían. «Puede que sea un código secreto», pensó Callie. Tal vez la pizarra era el instrumento de comunicación de la señorita Grainger con el colegio para el que estaba espiando. Seguro que les estaba contando que había tenido éxito con las gachas del desayuno, que habían enloquecido a todo el mundo... Le hirvió la sangre en las venas. Estaba tan furiosa que la respiración le salía entrecortada...

De pronto, la señorita Grainger paró de escribir. Olisqueó como una rata, como un conejo. Respiró hondo. Luego, apuntó con un dedo.

—Quienquiera que seas, sal —ordenó.

Callie sintió que sus miembros se movían contra su voluntad. Trató de agarrarse a los estantes, pero era como si tiraran de ella con una cadena hacia la señorita Grainger. La puerta del armario se abrió de golpe y Callie parpadeó ante la repentina luz, delante

de ella.

—Tú —dijo la señorita Grainger—. Debería habérmelo imaginado.

—Se lo voy a contar a la directora —dijo Callie—. Es demasiado tarde, no me lo puede impedir. La he visto. Sé lo que ha hecho. Es una ladrona y una envenenadora, y una espía de otro colegio...

—No tienes ni idea. —La señorita Grainger sonrió y se quitó el sombrero. La elegante melenita corta había desaparecido; en su lugar, una cascada de pelo cobrizo le caía por la espalda. Era del mismo color que el de Callie—. ¿No te has dado cuenta de que soy tu madre, la bruja?

—No —susurró Callie—. No eres mi madre. Mi madre está muerta.

—Eso hice creer a todo el mundo. Devoré a la señorita Grainger hace muchos años. Ya no me servía de nada como amiga.

—¿Me... me vas a devorar a mí?

Callie estaba intentando ser valiente, pero le temblaba la voz.

La señorita Grainger la miró con la cabeza inclinada hacia un lado, pensativa. Los ojos le ardían en el rostro como dos monedas de oro. ¿Cómo se había hecho pasar por humana?

—Noooo —dijo, arrastrando la palabra—. No te voy a devorar. Puede que sea interesante tener una hija. Sí, eso es. Además, las hijas son una magia poderosa. Me resultará útil. —Asintió—. Te vienes conmigo. No te hace ninguna falta estar en este colegio. Seremos brujas juntas, volaremos sobre el mar y bailaremos a la luz de la luna.

Callie respiró hondo.

—No puedo dejar a Jack —dijo—. No la abandonaré, y menos mientras crea que soy una ladrona. Además, la han nombrado delegada. Ella sola no podrá encargarse de Cuarto Superior de Elegancia. Siempre están gastando bromas pesadas a las delegadas, y Jack es muy sensible.

—Me rechazas —dijo la señorita Grainger. Se pasó la lengua por los labios. Saltaron chispas doradas.

—No te acerques a ella —dijo una voz.

Jack, pálida y temblorosa, estaba en la entrada de la clase. A Callie se le aceleró el corazón. ¡Jack había acudido! Pero cayó en la cuenta de que las dos corrían un gran peligro.

—Vaya, vaya —dijo la señorita Grainger a Jack—. Espera, deja que te huela. Sí... Tú podrías ser mi hija. De acuerdo. Me quedaré

contigo. En cuanto a ti... —Se volvió hacia Callie—. Como favor especial, y ya que somos familia, no te devoraré.

—No quiero ser tu hija —dijo Jack—. Vete de nuestro colegio y no vuelvas nunca.

La señorita Grainger la miró.

—Bien —dijo—. Tienes madera. Tienes oro detrás de los ojos.

Y entonces, la señorita Grainger desapareció con un sonido como el de un hueso al romperse, y en su lugar apareció un gran perro dorado. El perro, de un poderoso salto, se abalanzó sobre Jack. Hubo un relámpago de luz, y tanto Jack como el perro desaparecieron. Callie se encontró a solas en el aula iluminada por el sol. Había fracasado. Jack había desaparecido para siempre.

Rob, antes

—Tú no eres de aquí —dice Asia con certidumbre.

Me está depilando las cejas.

—No —digo, halagada de que me perciba como diferente—. Nací en Nebraska. Soy adoptada.

Es la primera vez que lo he dicho en voz alta y, por primera vez también, siento que algún día eso puede ser parte de una vida normal. Puede que viaje al norte y me sienta como en casa. A lo mejor en Nebraska hay luciérnagas.

Asia se llama Anne en realidad, pero eligió un nombre nuevo al entrar en la universidad. Me gusta esta presunción tan natural de que así, como si tal cosa, puede convertirse en una persona diferente.

—Para eso está la universidad, ¿no? —me comentó cuando se lo dije—. El colegio era un asco. ¿Por qué me voy a aferrar a eso?

Lleva una gargantilla de terciopelo negro con cualquier ropa que se ponga, y se depila las cejas hasta dejarlas convertidas en dos líneas fantasmales.

—Te queda... bien —dice, insegura.

Me miro al espejo. Las cejas rubias se me confunden con la piel y me dan el aspecto de un bebé adulto.

—Te volverán a crecer, Berta.

Asia está preocupada por si me enfado. La abrazo. Cuando me presenté, dio por hecho que Rob era el diminutivo de Roberta, y no la corregí. Yo también quiero un nombre nuevo.

A veces salimos con sus mejores amigas, Betty y Ariel. Ellas tampoco se llaman así. Se sorprenden ante mi abismal ignorancia en todo lo relativo a la cultura popular, y me bombardean con nombres que no me suenan de nada: actores, grupos, deportistas.

Una y otra vez niego con la cabeza.

—El único actor que conozco es Robert Redford.

—A mi madre le gusta —dice Asia con cortesía.

—Y a la mía. Por eso me pusieron el nombre.

En cuanto lo digo, me parece verdad.

Betty se tapa la boca con la mano para ocultar la risa y Asia la mira con el ceño fruncido.

—Mola estar contra la cultura comercial —dice—. Berta es retro.

Mola.

Me sube por dentro una burbuja cálida y decido que nunca debe saber que no es que esté contra nada, que solo soy ignorante.

Asia me dibuja las cejas con lápiz todas las mañanas hasta que me vuelven a crecer. Nunca había tenido una amiga.

Consigo un empleo en la biblioteca de la universidad. Aquí reina el silencio por norma, cosa que me encanta, y huele a libros viejos. Si cierras los ojos y fuerzas un poco la imaginación, es un olor semejante al del desierto cuando se pone el sol. Aprendo a preparar perritos calientes en agua hirviendo. Me compro un teléfono barato sin contrato mensual; es de un color lima que hace daño a los ojos, y a mí me encanta. Me paso horas jugando con él, tecleando cosas solo para ver cómo cambia la pantalla. Me cuesta dos semanas de mi presupuesto para comida, así que es una extravagancia ridícula, ya que nadie tiene el número. Solo se lo doy a Asia.

—¡No me mandes mensajes cuando estoy en clase, Berta!

Pero no está enfadada conmigo. Es muy buena.

Trabajo y me pongo al día con todo lo que me he perdido. Me resulta fácil estudiar. Me tumbo al sol en el césped verde y charlo con la gente, hasta con gente que no conozco.

Hasta salgo con un chico flaco de gafas al que conozco en el seminario sobre Austen. Me lleva al cine y nos besamos con el sabor a mantequilla de las palomitas en la boca. Al principio no quiero porque la película es muy emocionante. Solo he estado en un cine normal en un par de ocasiones. A Irving no le gusta ver películas, y Mia y Falcon solo nos llevaban muy de cuando en cuando al autocine a ver clásicos en blanco y negro.

Esta película no se parece en nada a aquellas. Hay muchas explosiones, colores muy vivos, sudor que brilla sobre los músculos, armas desproporcionadas que disparan balas a millares. *Sígueme si no quieres morir*. Me entra un cosquilleo, igual que cuando le di el puñetazo a Jack, y al final me parece bien lo del beso. Luego él quiere ir a tomar una pizza, pero de pronto me encuentro fatal y vomito en la acera delante del cine. El chico se esfuma. No pasa nada, ya tenía suficiente. Dice que me llamará, pero ni espero que lo haga ni lo hace. Me paso una tarde muy divertida llamándole cosas feas con las chicas. Todo junto constituye una experiencia normal, una experiencia como las que estoy buscando.

No es que nunca haya visto un móvil, o que no haya hablado con gente de fuera de la familia, o que no haya visto una película. He hecho todo eso, pero poco. Y ahora es diferente. Ahora, estas cosas son mías. Empiezo a hacer planes para el futuro, muy sencillos, todos

tentativos. Me gustan los libros y hablar sobre ellos. A lo mejor podría ser maestra. Trato de imaginarlo. Profesora de literatura en algún pueblo, con un novio, tal vez el carpintero o alguien que trabaje con las manos, o quizá que trabaje en un banco y se parezca un poquito a Robert Redford. Ahora vivo en el mundo real y sé que no puedo pedirme al verdadero Robert Redford.

Siempre que alguna chica viene a la habitación a decirme que me están llamando al teléfono de monedas del vestíbulo le pido que diga que no estoy. Sé que es Mia. No tengo ganas de contarle lo que pasó entre Irving y yo, ni de pedir perdón por haber sido tan grosera con Falcon. En cuanto a Jack, solo pensar en ella se convierte en un movimiento tectónico letal en la estructura de la realidad. No sé quién tiene que perdonar a quién. Es mejor bloquearlo todo. Por fin me he desenmarañado de sus lianas. Todo es nuevo, y por fin mi vida ha comenzado.

También tengo un secreto nuevo. Arde dentro de mí como una luz.

Un día, voy en coche al café que hay en las afueras. Pido uno con leche y la chica flaca que hay tras el mostrador escribe en el vaso de cartón el nombre que le digo.

—¿Callie? ¿Con leche, para Callie? —dice poco después.

No respondo de inmediato. Se lo hago repetir para saborear la emoción de oírlo. Al salir, tiro el café a la papelera.

Callie. Es el nombre perfecto.

Noviembre. Será un bebé de otoño, nacida mientras el desierto se enfría. Ya estaba dentro de mí la noche que hice el Sacrificio. Tal vez era Callie la que hablaba por mi boca cuando dije que la quería. Tal vez mi cuerpo trataba de decirle lo que sabía a mi mente. Lo único que sé es que estoy preparada para ella. Me muero por recibirla. Es casi hambre lo que siento al imaginar su cuerpecito entre mis brazos, al pensar en cómo la miraré a los ojos, cómo me agarrará el pulgar con sus deditos. Quiero traer al mundo a este ser que será parte de mí para siempre, pero fresca y flamante. Un nuevo comienzo.

No me planteo cómo voy a terminar la universidad ni cómo voy a ser profesora con un bebé.

Asia, Betty, Ariel y yo corremos una y otra vez entre el cuarto de baño y el vestíbulo principal. Los vasos de plástico que llevamos en las manos salpican agua. Todo el mundo está en el partido de fútbol porque es sábado, y tenemos que acabar antes de que vuelvan. El linóleo sucio del pasillo ya queda invisible bajo una densa matriz de vasos blancos llenos del agua con olor metálico que sale del grifo del baño. Cuando abran la puerta, los derribarán en una ola. La única

manera de desmantelar la trampa es vaso a vaso, laboriosamente. Un solo golpe y subirá la marea.

Nosotras cuatro no paramos de reír mientras nos imaginamos el horror y sorpresa de las chicas de la residencia, los gritos, los calcetines empapados. No podemos contenernos. En un par de ocasiones se nos caen los vasos de la risa, se estrellan contra el suelo y crean fuentes de agua fría con olor a calderilla. Las demás están un poco borrachas. Yo no, pero también tengo brumas en la cabeza. Nunca he tomado parte en una broma y el placer es casi enloquecedor.

Terminamos a pocos minutos de que vuelvan las chicas del partido. Admiramos unos momentos nuestra obra: el mar de vasos blancos, cada uno con un disco de agua que centellea bajo los fluorescentes del techo como un secreto. Vamos a mi habitación y abrimos los libros como si estuviéramos estudiando. El plan es que crean que han sido los de la residencia de chicos, que son muy aficionados a estas cosas. Nos sentamos en la cama sacudidas por la risa, con los ojos lagrimeando sobre los libros de texto y la espalda rígida de expectación.

Cuando se oye el sonido de la puerta de entrada nos quedamos inmóviles con las manos sobre la boca abierta. Luego, el ruido del agua, y una voz extraña, átona.

—Agua.

Las demás sueltan la carcajada, pero a mí se me para el corazón en seco. Conozco esa voz, y no tiene sitio aquí. Sundial me ha dado alcance. Tendría que haberlo imaginado.

Jack está en medio de un círculo de destrucción líquida con la cabeza inclinada hacia un lado. Mira los vasos que siguen en pie como si fueran un problema de matemáticas muy difícil. Se ha cortado el pelo, probablemente ella misma y, por las pintas, con un cuchillo. Lleva un poncho largo gris y unos vaqueros sucios rotos por las rodillas. Tiene una magulladura en la mejilla. Está preciosa. Me abro camino entre los vasos para llegar hasta ella. Ni siquiera me doy cuenta de que el agua me llega a los tobillos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

Tiene los ojos muy negros, muy grandes. La abrazo. Me lo permite, tan inmóvil y desapasionada como un palo.

—El agua también es un espejo —dice.

—¿Saben Mia y Falcon que estás aquí? Tenemos que llamarlos. Ven.

Las tres chicas de mi habitación se nos quedan mirando.

—¿Tienes una hermana? —pregunta Ariel—. Caray, sois clavadas. ¡No sabía que tenías una hermana gemela!

—Emergencia familiar —digo—. ¿Nos dejáis un momento?

Salen sin dejar de mirarnos. De pronto, en presencia de Jack, me resultan muy ordinarias. Me doy cuenta de que Asia, que me parecía tan bonita, tiene los dientes salidos. Betty tiene la piel muy grasienta. Ariel se va rascándose el codo, y me doy cuenta de que *siempre se está rascando en alguna parte.*

Mis amigas vuelven la cabeza para mirarnos hasta el último momento, cuando cierro la puerta con firmeza. Jack se sienta en la cama y acaricia el edredón, que tiene un estampado de mariposas azules.

—No les has hablado a tus amigas de mí —dice.

—No las conozco mucho. —Siento una punzada de culpa por despreciarlas así, pero la llegada de Jack lo ha cambiado todo. ¿Por qué estábamos poniendo vasos con agua en el vestíbulo?—. ¿Cómo has llegado aquí? —pregunto a Jack, pero lo que quiero decir es «¿Cómo puedo llevarte de vuelta a Sundial?».

Jack sonríe. Todavía nos entendemos.

—Encontraré mi propio camino para volver.

—Me han llevado al médico, en la ciudad —dice—. Me escapé por la ventana del baño. No ha sido difícil.

—Deben de estar muy preocupados.

Se encoge de hombros.

—En cuanto acabemos, los llamo.

No me gusta cómo va esto.

—¿Cuándo acabemos con qué?

—Te lo quería decir yo, para verte la cara. Pensaba que, así, sabría cómo sentirme al respecto.

Me siento a su lado. El corazón me late con un ritmo frío y húmedo.

—¿Decirme qué?

—Estoy embarazada —dice Jack—. Voy a tener una minijack. Por eso me han llevado al médico.

—Eso es... ¿Estás segura?

El mundo a mi alrededor pierde luz y sonido. En la habitación hay cuatro personas, no tres, como pensaba.

Asiente.

Le miro la cara demacrada y los ojos negros, y el miedo me invade. Es un ser de las profundidades que ha conseguido salir a la superficie.

—Eres demasiado joven.

—Tenemos la misma edad. Y tú creías que estabas preparada.

—Eso era antes —digo—. Luego cambié de opinión.

—¿Crees que no seré capaz?

—¿Por qué no te vas de allí, Jack? Igual que hice yo. Te tienes que crear una vida propia, lejos de Mia y Falcon.

—Estás diciendo las palabras correctas, pero te equivocas en el orden. Es un espejo roto. Son mis dueños. No tengo vida.

—No son tus dueños. —Estoy molesta. Ahora recuerdo lo agotador y dramático que se pone todo cuando entra ella. Nos quedamos en silencio un momento—. Bueno, al menos ya había roto con él —digo —. Doy por hecho que es de Irving.

—Ahora sé lo que quiero, Rob. —Jack me mira con esos ojos espantosos, que se le están llenando de lágrimas—. Lo voy a tener.

No digo nada. Trato de encontrarle una hebra de sentido en la tempestad de emociones que ha estallado en mi interior. Y no hago caso de los pensamientos amargos que entran por las esquinas: una vez más, Jack me ha dado alcance.

—Me imaginé que a estas alturas ya tendrías coche, Rob...

Una idea espantosa se me pasa por la cabeza.

—¿Has... has venido aquí porque necesitas que te lleve?

Jack se encoge de hombros y se levanta.

—Vale. Puedo hacer autoestop. Lo hago siempre.

—Siéntate. —Sabe que no se lo puedo permitir—. Déjame ver qué hago.

Se oye un grito en el vestíbulo y el olor a calderilla impregna el aire. Al principio no sé qué es. La gente vuelve del partido.

Al final le pido prestado el coche a Asia.

—¿No se queda tu hermana esta noche? —me pregunta, animada —. ¿Fiesta de pijamas?

Tiene la cara brillante con una mascarilla de aloe vera y un pijama de conejitos. Los jueves se pone el pijama a las cinco de la tarde y lee los libros de El Club de las Canguro. A veces la acompaño. Es divertido.

—No, tiene que irse —digo—. El tipo que la trajo la ha dejado tirada y está muy nerviosa.

—Tiene problemas, ¿verdad? Lo noto. A veces noto estas cosas. Es como telepatía. Está muy triste por dentro.

No hace falta ser adivina para ver que Jack no está bien. Asia pone esa cara de preocupación que hace que parezca un ratoncito bizco. Es muy tierna y me invade una oleada de amor hacia ella, hacia su normalidad, hacia su gentileza.

—Sí —digo—. Tiene problemas. Voy a llevarla a casa. Te iba a pedir...

—Coge mi coche —dice Asia—. Espero que se arregle todo.

Pienso con añoranza en los libros de las canguros y los vasos de

leche caliente en la cama.

—Gracias —digo—. Eres la mejor.

La abrazo y se me pega un poco del olor a aloe vera, pero no me importa. Es un aroma hogareño que me sigue cuando salgo a la noche.

Conduzco por el desierto con Jack a mi lado y parece que el tiempo está desincronizado. A la escasa luz, el perfil de mi hermana no parece tan hambriento. Es como si otra vez tuviéramos diecisiete años y volviéramos de... ¿de dónde? Por aquel entonces, rara vez salíamos de Sundial.

«Me esforzaré más —prometo mientras miro de reojo a Jack—. Iré a verla más a menudo. La ayudaré con el bebé. Conseguiremos recuperar a la familia».

—No puedes seguir consumiendo drogas —digo—. Ya lo sabes.

—Lo sé —dice—. Pero las seguiré consumiendo. Eso también lo sé.

Cuando salgo del coche y cierro la puerta veo a Mia que se acerca corriendo. Aún lleva los guantes sucios. Debía de estar en el invernadero.

—¿Cómo has podido hacernos esto, Jack? —Parece desolada—. Y tu padre... Está por ahí, buscándote.

Jack pasa de largo junto a ella y se mete en la casa sin decir palabra.

Mia se cubre la boca con las manos, cierra los ojos y respira hondo. Solo entonces me mira.

—Hola, Rob. Te he llamado varias veces.

—Ya lo sé.

—¿Vienes sola?

—Sí —digo—. Aquello, lo de Irving, no salió bien. Tenías razón.

Mia asiente.

—Vale. —En ese momento la adoro por no decir nada más. Empuja la pesada puerta de roble de Sundial. Se abre, y me llega el olor familiar del cedro. Mia arquea las cejas—. ¿Entras?

—No —digo. Pero no me muevo.

Miro el coche de Asia y pienso en lo amable que es, en todas las cosas que ha hecho por mí. Cosas pequeñas, pero que significan mucho. Pienso en su amistad. No sabía que existía nada tan divertido, tan bueno. Pienso también en todas las cosas que he hecho para labrarme una independencia durante los últimos meses. Un teléfono, un ligue. No es mucho, pero es todo mío. Pienso en los planes de ser profesora de inglés, de tal vez tener un novio que se parezca un poquito a Robert Redford. Pienso en Callie, la aventura más importante que voy a tener jamás, lo sé.

Miro hacia la penumbra de la entrada de Sundial y recuerdo al monstruo que vive dentro de Jack, en su voz oscura y pétrea durante la noche. Mientras esté cerca de ella, nunca tendré una vida propia. Seré un fantasma de mí misma. O peor. Jack es una cerilla encendida que prende todo lo que toca. Si me quedo, puede que no sobreviva. Puede que arda.

Recuerdo que Jack siempre me consolaba cuando éramos pequeñas. Se inventó una madre para mí porque pensó que era lo que necesitaba. Habría dado la vida por mí, y yo por ella. Aún hoy sigue siendo mi corazón, que late fuera de mi cuerpo.

No oigo que Mia cierra la puerta detrás de mí porque estoy corriendo, corriendo por el vestíbulo circular, por el pasillo, escaleras arriba. Abro de un empujón la puerta del cuarto. Jack está de pie junto a su cama con los ojos clavados en la puerta. Me está esperando. Le echo los brazos al cuello y ella me estrecha con los suyos, tan flacos.

—Me quedo, Cassidy —le digo al oído. Sus lágrimas me corren por el cuello, se me acumulan sobre la clavícula. No para de temblar—. ¿Estás bien? ¿Te encuentras bien?

El amor apasionado ruge en mi interior envuelto en miedo.

—Es alivio —dice—. No sabía si ibas a volver.

—Así que fuiste a buscarme.

Asiente entre lágrimas.

—No puedo hacer esto sin ti, Sundance. Ay, dios.

Se lleva las manos a la boca con una arcada.

La acompaño al baño.

—Esto del embarazo... —dice con una mueca—. No tengo que vomitar, solo sentarme un rato. Aquí además hace más fresco.

Nos sentamos en las baldosas, abrazadas, hasta que Jack empieza a cabecear. La ayudo a levantarse y a llegar a la cama, y espero hasta que se queda dormida.

Cierro con el pestillo la puerta del baño. Vomito hasta vaciarme, hasta limpiarme del pasado, de todo. En los días siguientes descubriré que tenemos náuseas todos los días a la misma hora. Luego, Jack descansa. Así es más fácil mantener el secreto.

Lo primero que hago por la mañana es limpiar el dormitorio y quitar los horrorosos espejos de Jack. Los tiro a una bolsa de basura negra, grande, y arranco el papel de embalar con que ha tapado las ventanas. Jack me mira sin levantarse. A la luz repentina, su piel parece pergamino.

—No puedo dormir con toda esta basura.

Me molesta mi propio tono de disculpa. Jack se encoge de

hombros.

—Ya no me hace falta. Estás aquí.

La lámpara rosa en forma de estrella tiene una quemadura en la parte de debajo de la pantalla, pero no tengo valor para tirarla. Jack la va a necesitar esta noche. Va a necesitar toda la ayuda del mundo durante los próximos meses. Mañana tengo que ir en el coche a comprar una pantalla nueva.

Hay otras cosas inquietantes. Un cráneo pequeño, de un ciervo o un ternero. Tiene unas plumas de cuervo metidas en las órbitas oculares. Un ejemplar de *Sentido y sensibilidad* en el que ha rodeado con bolígrafo rojo todas las erres, oes y bes. Un pie de maniquí con una zapatilla deportiva desparejada, cubierta de una sustancia pegajosa con olor dulzón. La olfateo con miedo. Melaza. Cuando cojo el pie, un torrente de hormigas negras sale del tobillo roto. Lo tiro a la bolsa de basura con un escalofrío.

—¿Qué leches es esto? —pregunto.

—Magia —dice Jack.

—Tienes que dejar de hacer cosas raras.

—Ha dado resultado.

Al final, me libro de todo y la habitación parece más o menos normal.

—Vale —digo.

—¿Podemos ir a ver a los perros? —pregunta Jack al tiempo que se retuerce un mechón de pelo.

—Ve tú si quieres. No he terminado.

Saco un cajón y empiezo a buscar metódicamente entre su ropa interior.

—¿Qué haces?

—Dime dónde está. Así ahorramos tiempo.

Se muerde la punta del pelo en silencio. Tiene los labios fruncidos como un pequeño corazón.

No me lo dice, pero al final lo encuentro pegado con cinta adhesiva en la parte de debajo de su mueble de cajones. Vacío la bolsita de polvo blanco en la basura. La mayor parte cae sobre el pie del maniquí. Las hormigas enloquecen. Pienso que Jack se va a poner como una fiera, pero se limita a mirarme con esos enormes ojos de ardilla y la boca cerrada, cosida.

Jack y yo estamos tumbadas junto al corral de los perros. A finales de abril, el desierto ya es un horno, y Jack vomita cada vez que se mueve, así que hemos cogido la costumbre de sentarnos en la parte de atrás, donde Pawel nos ha instalado una vieja sombrilla de playa. Llevamos gafas de sol, bebemos té helado y llevamos pantalones viejos

de pijama de Falcon con estampado de rayas. Es divertido. A veces es como si los dos últimos años no hubieran existido.

Los perros están tumbados, jadeantes, a la sombra de los espinos.

—¿Dónde está Kelvin? —pregunto de repente.

—Se murió —dice Jack.

¿Hay un deje de placer en su voz? Siento un aguijonazo de pena por Kelvin. Era un perro bueno, con su sonrisa, esa cola que barría el suelo.

—Bueno, era muy viejo —digo con firmeza para sentirme mejor—.

—Sí —dice Jack—. Claro.

No me cabe duda, su voz denota algo, tiene un matiz oscuro. La miro con desconfianza. Sus ojos han recuperado el color azul claro intenso, ya no están engullidos por una pupila monstruosa. Registro nuestra habitación todas las mañanas y no encuentro nada.

Parece que Jack no se da cuenta, pero mi misión no es ser amable con ella. Mi misión es que me deteste, ser la persona que le niega lo que quiere, porque nadie más se va a encargar de eso. Voy a protegerlos a ella y al bebé. Tal vez no me lo agradezca hasta dentro de muchos años, pero acabará por comprenderlo. O no. No puedo enfrentarme a todo esto, porque tengo mi propio secreto precioso, brillante, encerrado dentro. A veces creo que Jack lo sabe. La descubro mirándome con el rostro protegido por las sombras.

—Dame el trasto.

Jack está obsesionada con mi barra de protector labial. Se la paso. Huele a sacarina y un poco a cítricos. El tubo tiene en un lado el dibujo de un hipopótamo, sobre las palabras *Pinkopotamus Lemonade.* El protector labial era una de las tres cosas que llevaba encima cuando salí de la residencia hace tres semanas. Por tanto, parece lógico compartirlo con Jack, pero al mismo tiempo noto cómo me sube por dentro la vieja burbuja de resentimiento. Típico, quiere la mitad de todo lo que tengo, por pequeño que sea.

Y menos mal que se ha conformado con el protector labial y no con el coche o el móvil verde. El móvil empezó a sonar sin parar a la mañana siguiente tras mi partida. «Es una emergencia familiar —le escribí a Asia—. Perdón. Te devuelvo el coche en cuanto pueda». Luego, lo apagué y lo metí en el fondo de un cajón junto con las llaves del coche.

—Tienes que ponerte crema para el sol —le digo a Jack—. Te vas a quemar.

—¿Qué más te da? Eso no afecta al bebé.

Noto que me pongo roja. Creía que había sido muy sutil en mis intentos de que comiera fruta o bebiera otro vaso de leche,

recordándole las vitaminas y la siesta de por las tardes. Le he estado diciendo cosas como «tu cuerpo ha sufrido mucho» o «calma, tómate el tiempo que haga falta». Tendría que haberme imaginado que se daría cuenta.

—Voy a por la crema —me limito a decir.

—Mia tiene un tubo en la cómoda.

Jack se acomoda en la tumbona y se sube en el puente de la nariz las gafas de sol.

No encuentro la crema en la cómoda de Mia, así que busco en nuestra habitación. Empiezo a repasar los botes que tiene Jack en la mesilla de noche. Abro un tubo de rímel color azul vivo y me pinto las pestañas con la boca abierta ante el espejito que hay sobre la cama de mi hermana. Es un azul precioso. Hace que se me vean los ojos muy verdes. Le doy un codazo sin querer a la lamparita rosa, que cae al suelo, pero gracias a dios no se rompe. Siento una punzada de culpa. Se me ha olvidado por completo ir a comprar una pantalla nueva.

Cuando me agacho para recogerla me encuentro con el que centro hueco de la base de cerámica está lleno: hay papel de aluminio y una bolsita de plástico con polvo blanco. La bolsa está cerrada con un nudo de bolina.

Mia quema la bolsa en la hoguera. Deprisa, sin ceremonias. A lo lejos, oímos a Jack que grita y golpea con los puños la puerta del dormitorio. Está encerrada. Debí imaginar que la primera bolsa que encontré era un cebo, pero me engañó, como planeaba. Nadie sabe engañarme tan bien como Jack.

Pawel se la compra a los que viven en el arroyo, junto a la antigua casa de los Grainger. ¿Quién puede querer vivir allí cerca? Pero a esa gente no le importa lo que pasó allí en el pasado.

Llora cuando Falcon lo echa. Yo escucho y me alegro. Llega a la puerta con sus cosas y lo estoy esperando allí. Quiero asegurarme de que se va.

—Hijo de puta —le digo—. Lárgate.

—Yo la comprendo —dice Pawel—. Tú no sabes lo que es.

—Espero que te mueras solo en cualquier cuneta. Chillando y con las tripas colgando. Espero que los buitres te empiecen a comer las entrañas mientras aún estés vivo.

Deja de llorar de repente y, cuando me mira, veo a otra persona detrás de los ojos, no al hombre junto al que me crie.

—Puede que sí la comprendas en parte.

Sale hacia la carretera. Está anocheciendo, pero no me importa. Espero que tenga que caminar toda la noche antes de encontrar quien lo lleve. Espero que no lo encuentre y el desierto lo devore.

Voy a verla cuando oscurece. Ha dejado de aporrear la puerta del dormitorio. Ojalá se haya agotado. Con el corazón en un puño, giro la llave en la cerradura. Para mi sorpresa, está tumbada en la cama, con el maltrecho ejemplar de *Sentido y sensibilidad* al lado. Se ha tapado hasta el cuello.

—Hola —digo insegura—. ¿Por dónde vas?

Cojo el ejemplar de *Sentido y sensibilidad* que tiene abierto y boca abajo. Ha tachado por completo todas las erres, las oes y las bes. Se ven indicios del rojo, de los círculos que rodeaban las letras. Jack ha deshecho la magia que me trajo a casa. Muy a mi pesar, noto un dedo helado que me recorre la columna. Es una tontería, claro, pero es espantoso ver cómo te tachan, te borran.

—Hemos leído este libro en clase de literatura —comento. No dice nada—. Va sobre unas hermanas. —Sacudo el libro y paso las páginas por si acaso. No cae nada—. Ojalá no tuviera que vigilarte. Lo detesto. Por favor, Jack. Nos acabamos de reconciliar.

Me arrodillo junto a ella y le cojo la mano. Me rodea con los brazos, con suavidad, como si estuviera recordando cómo hacerlo. Respiro para llenarme de su olor. Cuando éramos pequeñas me olía a pomelo, y aún le queda un rastro de ese aroma en la piel, en el pelo. Se me llenan los ojos de lágrimas.

Jack me coge el cuello con una mano y me tira al suelo. Se arrodilla sobre mi pecho. Tiene una fuerza increíble. Me da puñetazos en las costillas, en el estómago, en el vientre. Yo también la golpeo, pero me tiene bien sujeta. Grito, suplico entre golpes que se detenga. Pero no se para. Llega el dolor y sé que la estoy perdiendo.

—¡Para! —jadeo con voz entrecortada—. Por favor, Jack, el bebé.

No se detiene hasta que llega la sangre. Me arrastro por el suelo.

—¡Mia! —grito—. ¡Tengo que ir al hospital!

Los momentos se superponen. ¿Quién está sangrando en el suelo, Jack o yo? Mia llega a la puerta, corre hacia mí, pero todo va a cámara lenta y no hay sonido. Me oigo gritar «Callie, Callie, Callie». Dentro de mí está pasando algo malo.

Es muy rápido. Callie se va.

Cavo despacio, dolorida. La pongo a descansar bajo el reloj de sol. Mi pequeña Callie. En realidad, no hay nada que depositar, pero entierro la ropa que llevaba, incluso mi camiseta favorita, y también el tubo de Pinkopotamus. No tengo nada más que darle.

La tierra cae y cubre el pequeño fardo. Pongo la piedra de nuevo en su lugar, sobre la tierra suelta. Cuando termino, me llevo una mano a la base de la espalda, dolorida. Es como si lo único que me diera cohesión fueran hilos de telaraña. Todos mis miembros se quieren

separar.

Cuando alzo la vista, Jack me está mirando apoyada en una roca.

—¿Sabías que estaba embarazada? —le pregunto.

—No —dice—. ¿Habría sido en diciembre, como yo?

—Antes. En noviembre, creo.

Habría sido la primera por una vez. Tal vez eso es lo que no le gustaba. Jack se estremece pese a lo cálido del sol y se acerca al semicírculo de piedras. Su sombra proyecta una lanzada fina y larga sobre mí, sobre la piedra, sobre la tumba. Hoy es el día de la muerte de Callie. No tendrá un día de nacimiento. De pronto ya no me importan las razones de Jack o lo que supiera.

—Lárgate —digo—. No te mereces estar cerca de ella.

—No sabes si era niña.

Dentro de mí todo se paraliza. Me levanto y me sacudo el polvo de las manos. Me acerco a Jack y la miro a la cara. Hay un movimiento tras la nada. Un atisbo de sentimientos. Pero es demasiado tarde. Cojo impulso con el puño, muy despacio. Le doy mucho tiempo para apartarse. Se me queda mirando. Cuando el puño le impacta contra el rostro veo algo en esos ojos. Es solo un instante, pero parece gratitud.

—Lárgate —digo.

Se va. La mano y los nudillos me gritan de dolor. ¿Me he roto algún hueso? No me importa.

Miro la tumba y me paso la lengua por los labios para atrapar los últimos residuos de dulzor sintético del hidratante labial. Todavía lo venden con ese sabor. A veces, en una tienda, o en un vestuario, o en un restaurante, me llega el aroma empalagoso a limonada, y siempre me trae de vuelta a Sundial y al olor de la tierra recién cavada.

—Tal vez habría acabado así de todos modos —susurro como si el desierto me pudiera responder—. ¿Habría acabado así de todos modos?

Le oculté a Jack que estaba embarazada. Quería tener un secreto. Lo podría haber impedido. «De saberlo, no lo habría hecho —me digo —. ¿Verdad?». No sé qué respuesta es peor.

El viento aúlla en la llanura y la arena me azota la cara, se me mezcla con las lágrimas. Me froto la lengua con los dedos. Luego, con arena. Pero el olor, el sabor, están por todas partes, me asaltan las fosas nasales, me atraganto, me ahogo con el sabor caliente y dulzón de un refresco que ha perdido el gas.

En los días que siguen pienso en matar a Jack. Me imagino poniéndole una almohada contra la cara, o rajándole el cuello con un cuchillo. Me imagino mientras la estrangulo con alambre de púas hasta que deja de respirar. Pero no puedo matar a Jack sin matar también a su bebé,

claro.

Lo que hago es vigilarla dos veces al día cuando se toma la buprenorfina.

Voy al estudio y cojo un ejemplar de *Trampa 22*. Tacho con rotulador rojo todas las letras P, A, W, E y L, y también las J, A, C y K de cada página, hasta que tengo calambres en la mano.

No es magia, claro. La magia no existe. Pero aprovecho cualquier posibilidad para hacer daño.

Tengo que parar un momento.

Callie

Mamá se va a la cocina.

—Quédate ahí, Callie —dice—. Tengo que estar un momento a solas.

No me importa quedarme en la sala porque tiene la cara como un papel con agujeros. Da miedo.

«Lo de tu madre va a peor —me dice Callie Blanca—. Me parece que mató a su hermana».

«A lo mejor». No sé qué pensar. Esta historia es carita triste, muy triste.

Cuando me pongo triste me entra hambre, así que registro el bolso de mamá, que está sobre la mesa, en el vestíbulo redondo. A veces lleva caramelos de canela. Es un bolso muy grande y lleva muchas cosas. El ejemplar de *Orgullo y prejuicio* que relee una y otra vez. Pañuelos de papel, llaves, monedero, teléfono, un bote de aspirinas. Este último me provoca un nudo en el estómago porque me recuerda a otro bote de pastillas. La boquita de Annie. Miro el teléfono. Tiene catorce llamadas perdidas, todas de papá. Miro los últimos mensajes de texto.

Eres un animal y un mentiroso. Deja de amenazarme.
Te has pasado de la raya, Rob.
Eso dices siempre.

«¿Se ha vuelto loca? —dice Callie Blanca—. Ahora sí que lo ha hecho enfadar».

«Sí». Estoy preocupada, pero no quiero reconocerlo delante de Callie Blanca.

«Es casi como si lo hiciera a propósito».

«Siempre se están peleando», replico.

«Esto es otra cosa —dice Callie Blanca—. Es otra cosa, lo sabes de sobra. Ten cuidado».

Callie Blanca pasa una y otra vez la cabeza por la barra de labios de mamá, se frota contra ella. Y casi juraría que su boca muerta parece un poco más rosada.

Me llega un olor delicioso de la cocina. Galletas. ¡Carita hambrienta! Cuando mamá está disgustada le da por hornear.

Cojo el libro del bolso, *Orgullo y prejuicio* . El título casi ni se lee de arrugada y vieja que está la portada. Me como el caramelo de canela mientras paso las páginas. Es en parte por curiosidad y en parte porque Callie Blanca y yo tenemos como norma vigilar a mamá y no perder de vista sus costumbres secretas, las inestables. Y aquí hay algo, sí. Letras tachadas a bolígrafo. Los tachones hacen que la página parezca una clave secreta o algo así. ¿Es eso, es una clave? Se me dan muy bien los acertijos. Miro las letras a ver si descubro el secreto. Solo ha tachado algunas. I, G, R, N, V. Tras un par de intentos me doy cuenta de lo que dicen esas letras. IRVING. De pronto ya no parece una clave, sino magia de la mala, y tengo miedo.

El olor a galletas llena el aire. Pienso en lo que hacen las brujas con los hornos. Pienso en lo que escribe mamá. Me saco el controlador del bolsillo. Ahora ya sé lo que es y para qué sirve. O para qué servía. Pulso el botón que parece un caramelo.

—Caza —susurro—. Ven aquí, caza.

Me los imagino ahí afuera, a la luz de la luna. Estaría genial tener una manada de perros. Me hacen falta para defenderme. Por un momento, el mundo parece contener el aliento. Casi oigo los jadeos, casi huelo a los animales.

Hay un movimiento en la puerta y lanzo un grito. Es mamá. Está mirando lo que tengo en las manos.

—Dame eso. —Tiene una voz mala, rasposa—. Dame eso ahora mismo, Callie.

Se me acerca y trata de quitarme el controlador. Lanzo un grito y le doy golpes en las manos. No se lo quiero dar. Es lo que me va a proteger, aunque esté roto. Abre cada vez más los ojos y me aprieta más entre los brazos como si me fuera a estrujar hasta matarme. No sé cómo pararla. Tengo tanto miedo que hago lo que hace papá con el pelo, aunque me parece horrible. Me pega un empujón y es espantoso. ¡Carita roja enfadada!

Me voy corriendo a mi habitación y cierro la puerta. Así estoy mejor, con la puerta cerrada. Creo que no me molestaría estar en la cárcel, porque me gustan los espacios pequeños y cerrados, y estar a solas. No me molestan las mismas cosas que a la gente normal. Además, tengo buena salud. Soy sana como un caballo, como dice siempre mi madre, aunque me mira con cara de estar pensando que a lo mejor no es verdad. A Annie le gustan los cuentos de princesas y las cosas de niñas. Es muy pequeña para su edad y siempre se está poniendo mala. No duraría ni un minuto en un sitio de esos. En los correccionales, o como se llamen. Son como colegios, pero malos, y no aprendes nada. En esos lugares tienes que acordarte de que eres un

animal. Lo he leído.

Leo muchas cosas porque el conocimiento es un arma. Siempre se puede utilizar para protegerte. Así que me gusta leer acerca de personas que matan cosas, porque así entiendo lo que sienten y por qué lo hacen, pero también tengo que entender lo que podría pasarles. Sé que, si matas animales, hay muchas posibilidades de que la cosa pase a mayores y acabes matando a personas. Callie Blanca siempre se ríe de mí porque uso expresiones como «pasar a mayores». A mí me parece una expresión muy bonita y sugerente, pero no indica nada bueno, claro. Así que la siguiente pregunta es: ¿qué sucede con las personas que pasan a mayores? Saqué prestados de la biblioteca todos los libros que encontré sobre la gente que había pasado a mayores. A lo mejor me daban la respuesta.

Y por lo visto la respuesta es que, si son listos, no les pasa nada. No los pillan. Si los pillan, algunos se suicidan. La verdad, no entiendo por qué. Si me metieran en la cárcel para niños no me pasaría nada con tal de que me dejaran papel y lápices para dibujar, y no tuviera que compartir habitación. Todo lo contrario, la idea a veces me resulta relajante. Sí, estaría bien en una habitación pequeña, sencilla, a solas con mis pensamientos y con Callie Blanca. Vendría conmigo. No creo que tenga elección, va a donde voy yo.

«Vaya, qué interesante», dice Callie Blanca. A veces es de lo más sarcástica.

«Son mis pensamientos privados».

Callie Blanca se convierte en una niebla gélida con ojos, cuando sabe que no lo soporto. Me envuelve hasta que empiezo a tiritar.

«Para —digo—. Para ya. ¡Carita azul de frío!».

«Mira por la ventana», dice.

Y lo veo, a lo lejos, tras la valla blanca. El agujero, metro y medio de largo, uno de ancho.

«¿Por qué no lo ha vuelto a llenar?».

«No lo sé —digo—. Igual estaba cansada. O se hizo de noche. ¡Yo qué sé! ¡Es un agujero muy grande!».

«Es una tumba —dice Callie Blanca—. No queda mucho tiempo. Yo creo que tienes que escapar».

—Cariño —dice mamá al otro lado de la puerta—. Siento haberte asustado. Baja, por favor. Por favor.

«Más vale que obedezcas. Dile que lo sientes».

Lo hago muy bien. Incluso le aprieto la mano un poquito mientras bajamos. El olor es tan rico que hasta me animo de verdad. En la mesita hay un plato de galletas recién hechas y un vaso de leche. Por lo general mamá no me deja comer tanto.

En la mesita hay otra cosa. Una caja de plástico azul.

—Siéntate, Callie.

Mamá da unas palmaditas a su lado. Me siento en la otra punta del sofá. Me pasa las galletas y cojo una sin pensar. Luego me da la leche y pone el plato en la mesa, junto a la caja. Está muy sucia.

Su teléfono vuelve a sonar. Es papá, veo su nombre en la pantalla. Irving y una X, la X de beso.

Mamá pulsa el botón de colgar.

Lo de la X es curioso. Significa beso, pero también significa tachar, cancelar. Mamá no quiere que papá sepa lo que estamos haciendo. Por eso cancela sus llamadas. A veces me parece que quiere hacer lo mismo conmigo: tacharme del tiempo y del recuerdo como si nunca hubiera existido.

—¿Qué es eso? —pregunto, y señalo la caja de plástico azul—. Azul intenso.

—Pronto lo sabrás —dice—. Tranquila, Callie. Ya queda poco.

Rob

Estoy buscando los guantes de horno. Con el paño de cocina no basta, ya me he quemado los dedos al abrirlo para ver cómo iban las galletas. Estoy temblando. Se lo intento contar con sinceridad. Le intento dar la versión real. Es como si me desangrara.

La oigo al otro lado de la puerta, hablando sola en voz baja.

El olor de las galletas llena la casa. Canela, bergamota. Siempre pongo en la masa una cucharada de té Earl Grey. Les da un punto excelente.

—Caza —dice Callie con toda claridad, y casi se me cae la bandeja.

La dejo a toda prisa en la encimera y corro hacia la sala. Callie tiene algo en las manos, a la luz de la lámpara, y lo examina con atención con sus enormes ojos verdes.

Es el viejo controlador de Mia. Los botones. El verde, ven aquí. El rojo, quieto. Y el pequeño rojo y verde que parece un caramelo o una abeja mal dibujada con ese juguete, la pizarra mágica.

—Ven aquí —susurra Callie—. Caza.

Pulsa los botones.

—Dame eso. —Me tiembla la voz—. ¿De dónde lo has sacado?

Levanta la cabeza bruscamente. Tiene la cara redonda, inexpresiva. Agarra el controlador con más fuerza.

—No.

—Dame eso ahora mismo —digo.

Su rostro se vuelve aún más inexpresivo. Viene hacia mí y siento una oleada de alivio. Esto no va a ser una pelea. Tal vez la frágil confianza que hemos estado construyendo sirva de algo.

Abro los brazos. Callie entra entre ellos, pero no me devuelve el abrazo. No, me pone la mano en la base del cuello, donde los cabellos más finos han quedado fuera de la coleta. Coge un mechoncito entre el índice y el pulgar. Justo cuando me doy cuenta de lo que va a hacer, da un tirón cruel, maligno.

Una niebla roja me ciega y se me llenan los ojos de lágrimas. No puedo respirar.

—¡Quita! —grito y la empujo—. ¡Quita!

Se tambalea hacia atrás. Clava en mí la mirada por un momento y luego echa a correr. Oigo cómo cierra la puerta de un portazo en el

piso de arriba.

Trato de recuperar el aliento. La sala me da vueltas. Otra lección de Irving. ¿Qué más ha aprendido Callie? Pero más me horroriza mi propia actitud. Ya van tres veces que le pongo la mano encima a mi hija con rabia.

En la pantalla, parte del intercambio de mensajes con Irving brilla con luz verde, malévola.

> No me dejes. Lo siento. No lo decía en serio.
> Te has pasado de la raya, Rob.
> Por favor, no me dejes.

Suelto el teléfono. El frío me invade. Voy al cuarto de baño y escupo. Me cepillo los dientes hasta que me sangran las encías, pero sigo notando en la boca, en la lengua, un sabor dulzón y caliente a cocacola que ha perdido el gas.

Pego la boca al agujero de la cerradura.

—Lo siento —digo—. No debería haberlo hecho, Callie. Pero eso no es un juguete. Tienes que dejarme verlo para comprobar si es seguro. Si veo que no es peligroso puedes jugar con él, ¿vale? Por favor, cariño, sal.

La puerta se abre una rendija.

—Nada de empujones y nada de gritos.

—Claro que no. —Le aprieto la mano. Hay una sombra de apretón por su parte—. Baja, por favor.

Baja. Todavía es obediente. Menos mal. Cuando sale, me meto en el bolsillo la llave de su dormitorio. Más tarde la voy a necesitar.

En el piso de abajo, abro la tapa que hay en la parte trasera del controlador. Los circuitos y los cables están sueltos y rotos. Este trasto no funciona desde hace años. Se lo devuelvo a Callie. Lo estrecha contra su pecho y me mira con unos ojos en los que aún se ve un rastro de acusación. Luego, mira la mesita.

Sigo la dirección de su mirada hasta la caja de plástico azul que he desenterrado en el cementerio de los perros. La pongo en el centro de la mesa. De pronto me parece el juego de adivinanzas más trágico del mundo, pero Callie tiene que relacionar lo que le estoy contando con el presente. Tiene que comprenderlo todo.

—Mamá, ¿qué es eso? —susurra—. ¿Qué hay en la caja? Azul intenso.

—Tranquila, Callie. Ya queda poco.

Casi me parece que la caja se estremece, como si dentro hubiera un ratón, o tal vez un nido de gusanos que se retuercen. Quiero pensar

que estoy haciendo bien.

Rob, antes

A Jack se le nota cada vez más. Se sigue negando a ir al médico.

—No me hace falta —dice—. Lo voy a tener aquí, en casa. Las mujeres llevan miles de años haciéndolo así.

—Y muriendo —dice Mia, sombríamente.

Se limpia el sudor del labio superior. Cada vez hace más calor. Las suelas de goma de mis zapatillas deportivas se derriten contra las piedras del camino.

—La esperanza es lo último que se pierde —digo.

Voy al centro comercial que hay junto a la autopista. Compro calcetines de bebé, pañales, gorritos, camisetas, biberones, juguetes, un móvil para colgarlo sobre la cuna. Compro leche en polvo y ropa de cuna y crema y una bañera. Lleno la parte de atrás de la camioneta de Mia, y también el asiento de atrás y el del copiloto. El vehículo va abarrotado. Todo para el bebé de Jack. Sé que todavía no ha pensado un nombre. Ni siquiera se plantea si es niño o niña.

Se me han olvidado las vitaminas prenatales, así que, en el camino de vuelta, paro junto a la farmacia.

—Eh, quieta ahí —dice el farmacéutico, y la culpa instintiva hace que me encoja. Es un hombre normal, con calvicie incipiente y aspecto paternal excepto por una cosa. Tiene los ojos de un azul tan claro que parecen blancos. ¿Se te puede meter el desierto en los ojos?—. Ya sabes que no te puedes acercar al mostrador —dice con tono firme, pero no agresivo—. Quédate a diez pasos y pide lo que necesites.

—Ah, ya —digo. Por un momento me planteo la posibilidad de fingir, pero no se me ocurre nadie más desagradable que Jack. No tendría ninguna gracia—. Creo que me confunde con mi hermana.

Me examina con atención.

—La voz es diferente —reconoce—, ¡ah!, y los ojos. Ya lo veo. Pero, sobre todo, los modales. ¿Dónde has estado?

—En la universidad —digo—, pero ya he vuelto. Mi hermana se ha ido —añado—. A visitar a la familia en Nebraska.

—Ah. —Dobla con pulcritud la parte superior de la bolsa de papel blanco donde van las vitaminas prenatales—. Seguro que el cambio le viene bien. —Hace un ademán hacia la camioneta aparcada ante la

puerta—. ¿Qué, de compras? ¿La felicito?

Sonríe y me tiende la bolsa. Le devuelvo la sonrisa.

—Para diciembre —digo, y me paso una mano protectora sobre el vientre—. Menos mal que para entonces habrá refrescado.

Por un momento, el dolor que me habita retrocede un poco. Vuelvo a sentirla dentro. Mi Callie.

—Vaya, no tiene pinta. Asoma poco. Eso es que es niño.

—Es niña. —Sonrío de nuevo, un poco coqueta, con esa sensación de seguridad que transmiten las mujeres embarazadas.

—Bueno, el tiempo lo dirá. ¿Cuándo vuelve la otra?

—Aún no lo sabe —respondo—. La verdad es que está pensando en quedarse allí. Es de donde somos. De Nebraska.

—Bueno, pero la tenemos a usted —dice—. De recambio.

—Somos muy diferentes.

—Desde luego, pero... —Me señala con un gesto envolvente—. Es como un truco de magia.

Hago una pequeña reverencia, que es raro, pero en ese momento me parece natural. Noto los ojos claros clavados en la espalda cuando salgo al calor abrasador.

El resto del viaje hasta Sundial lo hago canturreando entre dientes. El desierto está precioso en esta época del año. El calor lo hace vibrar. Con un poco de suerte, Jack se quedará en Nebraska. Tal vez se mude allí. Por la nieve, por los paisajes verdes. O tal vez vuelva a casa para tener al bebé. Callie debería nacer en Sundial.

Aprieto el volante con las manos. La tristeza me vuelve a inundar y despierta ecos en los espacios vacíos, en los lugares donde estuvo ella, mi pequeña Callie. Aúlla como el viento en las oquedades de mi cuerpo. Oigo mi propio susurro ronco por encima del ruido del motor.

—Contrólate, Rob.

La tierra dorada es un borrón. Reduzco la velocidad y paro la camioneta. Lloro con la mejilla contra el volante caliente. Detesto ese regreso a mi ser. Han sido los cinco minutos más maravillosos que he tenido desde hace meses. Ya echo de menos el amor rojo, cálido, palpitante, de notarla dentro otra vez. He visto cosas a través de una rendija. Era un nuevo mundo. Perderlo es un castigo insoportable.

Pero es un truco barato. No lo repetiré. Luego, la sensación de pérdida es excesiva.

O puede que compre lentillas de color la próxima vez que vaya a la ciudad.

Los perros jadean en el centro del corral retenidos por Mia, con el controlador en la mano. Cuando los libera, acuden al trote contra la alambrada, cariñosos. Un par de ellos hacen caso omiso de la comida

y prefieren saludar. Jack se inclina, acerca los dedos a las lenguas rosadas. Doce, un chucho mestizo de orejas tiesas, se sienta sobre las patas traseras y sonríe. Es un perrito fuerte, tiene algo de terrier. Jack le devuelve la sonrisa. Últimamente lo único que hace sonreír a Jack son los perros. Dieciocho es una alsaciana de ojos almendrados. Camina en torno a la manada como para cerciorarse de que todo está en orden. Tiene las orejas alzadas y la vista clavada en Mia. Veinticinco es un cruce de husky con gran danés. Y también, a lo lejos, Veintitrés, claro, tumbada en su corral. Tiene el pelaje como el azabache al sol.

Vuelvo a contar los perros. Hay diez cabezas cimbreantes, diez colas que se agitan. ¿No eran once ayer?

Cuarenta gimotea y pone una pata contra la valla. Quiere que Mia la acaricie. Es pequeña, de razas indefinidas, con un mechón de pelo que le sobresale en la cabeza como una mata de hierba seca.

Mia entra en el corral de Veintitrés y mira el controlador con el ceño fruncido. Ya no nos deja entrar en los corrales ni para ayudarla a llevar la carne. La arruga de su entrecejo me resulta conocida, y sonrío. Hay cosas que no cambian nunca.

—Toma.

Le doy a Jack la mandarina que le he traído y le tiendo también el termo. Coge las dos cosas sin prestar atención. Pela la mandarina y se come un gajo, y luego tira el resto al cubo. Bebe un sorbo del termo, hace una mueca y escupe el líquido verde al suelo, junto al rifle de dardos tranquilizantes.

—¿Qué leches es esto? Sabe a pies.

—Espinacas y una cosa nueva, col rizada. En la ciudad la toma todo el mundo porque tiene muchas vitaminas...

«Y folato para el bebé», estoy a punto de añadir, pero no quiero presionarla. Invierto mucha energía en hacer que Jack coma bien.

Jack vuelca el termo y vacía el zumo en el suelo. Sí que huele un poco a pies.

Se queda inexpresiva mirando algo a mi espalda.

—Coge el rifle —dice.

Al principio me parece que Mia y Veintitrés están bailando. La rottweiler está de pie sobre las patas traseras con las delanteras en los hombros de la mujer y la boca muy cerca de su cara. Mia le ha agarrado el cuello con las manos. Un largo hilo de babas brilla al sol de la tarde. *¿Es que ahora hay un botón de bailar en el controlador?*

Cojo el rifle, pero el tiempo parece ir más despacio, como si todo sucediera bajo el agua. Las fauces de Veintitrés rozan el cuello de Mia. Las manos de Mia están blancas del esfuerzo por apartarla. Veintitrés

lanza gañidos, no de rabia, sino de miedo. Sacude la cabeza como si se quisiera quitar algo invisible. Y aúlla.

—¡Dispara, Rob! —grita Mia, pero no puedo moverme.

—Rob —dice Jack.

Mia intenta quitarse las pesadas patas de los hombros, pero Veintitrés se vuelve a lanzar contra ella. Por fin, Mia consigue hacerle una llave estranguladora, y Veintitrés da un chillido agudo. Tiene los labios retraídos para dejar ver unos dientes enormes como estalactitas. Recorren el patio en un baile desesperado. «Por fin ha conseguido que cace», pienso. Estoy paralizada, con el rifle en la mano y la garganta llena del sabor dulzón. Mia consigue apartar una y otra vez las fauces de su cuello frágil.

—Dame eso.

Jack coge el rifle y dispara contra Veintitrés, dos veces, en los músculos de los cuartos traseros. Vuelve a cargarlo y le dispara al cuello. Veintitrés aúlla con la cola mutilada entre las patas, y vuelve a lanzar ese gruñido largo, líquido. Las plumas rosadas de los dardos se sacuden mientras Mia aprovecha el dolor del animal para lanzarla lejos y correr hacia la puerta. No sé cuánto tiempo llevo gritando, pero no puedo parar.

—¿Qué demonios está pasando?

Me sale la voz estrangulada. El corazón me late a toda velocidad.

Veintitrés está tirada en el suelo del corral de aislamiento. Es una mancha de alquitrán a la escasa luz. La lengua le sobresale entre los dientes. Tiene la respiración pausada, tranquila. Se oyen truenos a lo lejos. Creo que va a haber una tormenta.

—Haz el favor de controlarte, Rob. —Últimamente Falcon no se levanta de la silla, pero salió al oír mis gritos—. Sabes tan bien como yo que en los experimentos con sujetos vivos hay contratiempos como este. Los fracasos nos enseñan tanto como los éxitos. Mia tiene mecanismos de seguridad.

—Pues no han funcionado —replico—. Explicaos, por favor.

—El clic ha fallado con Veintitrés —dice Mia, lacónica.

—Pero eso es imposible. Los cambia para siempre. ¿Cómo puede fallar?

Mia saca una jeringuilla del maletín amarillo.

—No lo sabemos. Creemos... creemos que puede que sea que el clic no para de cortar. Y empieza a pegar otra vez el material malo en el código. —Hace una pausa—. Por lo que parece, le impide procesar el miedo. El córtex prefrontal, la amígdala y el hipocampo se iluminan como Manhattan de noche. —Hace un ademán en dirección a Veintitrés—. Cuando me atacó, no me veía a mí. Estaba

experimentando algo muy traumático, un recuerdo, o algo imaginado. Metió la cola entre las patas como si quisiera esconderla. Creo que estaba recordando lo que le pasó. Y a quien se lo hizo.

—Psicosis —digo.

—En cierto modo. Ha tenido una reacción hiperagresiva, pero para ella es defensa propia.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo muchos años entre perros, y con este perro en concreto. Reconozco el miedo.

—Hay que sacrificarla —digo.

—Ni pensarlo, Rob.

Me lleno de rabia ante el amor irracional de Mia hacia este animal feo, peligroso. Pone la mano en el picaporte de la verja.

—No irás a entrar…

—Tengo que administrarle esto. Tenemos una alternativa, una variación del MAOA-1. Creo que esta vez lo hemos resuelto...

—¿Esta vez? ¿Cuántas veces has intentado resolverlo?

—Todo empezó cuando mató a Kelvin —dice sin paños calientes—. Pero al principio no lo entendí. Los perros, en estado natural, a veces hacen cosas así cuando un miembro de la manada se hace viejo y pone en peligro a los otros. —Se da la vuelta y entra en el corral. Su carne me parece muy vulnerable. Su piel, muy frágil—. No pasa nada, Rob, está sin sentido. Tardará horas en despertarse. —Le levanta la oreja a la rottweiler y sopla dentro—. ¿Ves? A Jack se le ha ido la mano con los tranquilizantes.

El contenido de la jeringuilla entra en su cuerpo con los millones de tijeritas, tan pequeñas que el ojo no alcanza a verlas. Mia sale del corral y va a lavarse las manos bajo el grifo.

—Eso no es todo, ¿verdad? —pregunto.

Últimamente se me da muy bien detectar cuando me ocultan algo.

—Rob...

—Dímelo de una vez.

—Empezó a devorar a Kelvin —dice Mia—. Mientras aún estaba vivo.

Ahora damos de comer a los perros sin abrir las puertas. Tiramos los trozos de carne por encima de la valla. La tierra del otro lado está sucia de sangre.

—Esto no les va bien —dice Mia. Sacude la cabeza—. Les hace falta ejercicio.

—No puedes soltarlos —respondo—. No digas locuras.

El coyote sale de detrás de la perrera. La manada se separa en dos como una muchedumbre ante el paso de un desfile o un rey. No hace

el menor caso a Mia. Come de dos bocados.

—Ha estado cavando ahí atrás —dice Mia—. Ha hecho agujeros a todo lo largo de la valla trasera. Es listo. Cree que no lo vemos detrás de la caseta. —Se da cuenta de la cara que he puesto—. No puede salir —añade—. La valla tiene una base de cemento a metro y medio de profundidad. Es una fortaleza, Rob.

Le pongo el silenciador a la 22. Así no habrá ruido. De un solo tiro, me prometo a mí misma. Ni ese animal horroroso se merece sufrir. Pero alguien tiene que hacer algo.

Llego al corral de Veintitrés y cuelgo un trozo de carne de la valla. Viene a cogerla. Hoy parece normal. ¿Me estoy precipitando? Pero recuerdo el baile con Mia y siento un escalofrío.

Le apunto al ojo izquierdo.

—¡Rob! —grita alguien desde la casa.

Mia. Sacudo la cabeza y apunto bien. Se vuelve irracional con estos puñeteros perros. Veintitrés deambula con la carne en la boca. La sigo a través de la mira.

Hay un movimiento detrás de mí.

—No, Rob. Lo que sea menos eso.

Qué rápida es Mia cuando quiere.

—Lo siento. Hay que hacerlo.

Veintitrés se ha detenido y me mira fijamente con unos ojos que son botones negros. Es mi oportunidad.

—Adiós —susurro, y quito el seguro.

—¡No, Rob, puede que esté preñada!

Mia parece aterrorizada. ¿Qué pasa con que la perra esté preñada? Aquí lo que menos falta nos hace es tener más perros.

—Lo siento, Mia —digo, y apunto de nuevo.

Pero titubeo. Pienso en cachorros y en las cosas que nos arrebatan demasiado pronto, y eso le da tiempo. Veo un atisbo de su rostro tenso antes de recibir el golpe.

Sus rostros flotan delante de mí. Falcon, Mia, Jack. Tengo una bolsa de hielo en la cabeza. Todo palpita, ardiente, negro. La cocina se balancea como un barco.

—Dejadme —digo, pero la voz me sale débil.

Trato de levantarme. Me tambaleo, y Mia me sujeta.

—Ve con cuidado —dice. Me lleva hasta una silla y me pone las manos en torno a un vaso de té helado. Tiene tanto azúcar que casi lo escupo, pero me lo guía de nuevo hacia la boca—. Bebe.

—¿Por qué leches me has pegado?

Quiero sonar imperiosa, pero me sale un gimoteo.

—Esa perra es muy importante —dice Mia—. Te lo habría dicho antes, pero Jack no...

—¿Qué no me has dicho? ¿Qué queréis hacer algún experimento de mierda con una perra preñada? —Me vuelvo hacia Jack, que está pálida y silenciosa en una esquina, con los ojos fijos en la nada—. ¿Qué pasa?

Se encoge de hombros.

—Te he dicho mil veces que te marches de aquí —dice—. Lo que menos falta te hace es otro motivo para quedarte.

—Ese tren ya pasó —dice Mia. Tiene la voz tensa. Es como si hubiera tenido un nudo en la garganta todos estos años y ahora se le estuviera deshaciendo a base de carraspeos—. Ha llegado el momento.

Respira hondo y hace un esfuerzo visible por erguirse. Tengo miedo. Nunca he visto a Mia así. Parece como si se le estuviera rompiendo el corazón.

—Os encontraron cuando teníais cuatro años, más o menos, aunque no había manera de saberlo. Erais muy pequeñas para vuestra edad y estabais desnutridas. Os tenían en un sótano, en jaulas. Al parecer, habíais pasado allí toda la vida. Encontraron cinco jaulas. Hubo otros niños. Cuando encontraron ese lugar solo quedabais vosotras.

»En la casa había dos cadáveres. Un hombre y una mujer. No pienso llamarlos padres. El hombre había muerto de sobredosis. La mujer, estrangulada, con un alambre en torno al cuello. Al parecer, el hombre la había matado antes de suicidarse, o tal vez la sobredosis fue accidental. No se investigó gran cosa porque estaba claro lo que había pasado. Si los monstruos existieran, esos dos eran monstruos.

»Nunca había visto a unas niñas en semejante estado. Hasta el día en que elegiste los nombres, Rob, ninguna de las dos dijo ni una palabra. No tolerabais la luz mucho tiempo. Nunca habíais visto otra cosa que la oscuridad en la jaula. Teníais los músculos atrofiados. Creo que jamás habíais estado al aire libre. Tuvieron que pasar un año, dos meses y un día antes de que pudierais caminar al sol. Lo sé con exactitud porque lo anoté en el diario. Fue mucho antes de que hablarais, y antes de que pudierais lavaros y vestiros solas. Tardamos años en convenceros para llevar ropa, para que durmierais en la cama, y no debajo. Y eso no fue todo. Enséñaselo, Jack.

Jack se levanta el pelo. Le veo la cicatriz en forma de estrella en el cuello blanco y flaco.

—La has tenido desde siempre —digo—. No tiene nada que ver conmigo.

—Me clavaste un destornillador en el cuello —dice—. La sangre salpicó por todas partes.

—No fue culpa tuya, Rob. —Mia está al borde de las lágrimas—. No te dabas cuenta de que eras libre. Habías luchado mucho. —Se frota los ojos—. La primera vez que intentaste matarme, me desperté con un alambre en torno al cuello. Tenías un extremo en cada puño y me estabas estrangulando. Me conseguí soltar porque yo no estaba aturdida por las drogas y el alcohol. No dijiste nada, pero te lo vi en los ojos. La policía había dado por hecho que el hombre mató a la mujer, pero yo sabía que no. Hiciste lo que tuviste que hacer para escapar. No te culpo, nunca te he culpado. Se merecían morir. Pero no ibas a tener cinco años para siempre, y yo no iba a poder protegerte toda la vida.

—No te creo —digo—. No es verdad. Yo soy la buena.

Los aparto a empujones, a ciegas, y salgo de la cocina al aire libre. No puedo respirar. El ocaso está tiñendo las montañas de rojo. Sangre roja. El desierto me conoce.

Tiene que ser mentira. Tiene que ser mentira. Pero los recuerdos se agitan en mi memoria como tentáculos espantosos, como gusanos. Un alambre en mis manos. Una jaula, oscuridad.

Mia está detrás de mí. Me pone una mano en el hombro. Me libro de ella.

—No tienes que saberlo si no quieres, Rob.

Pero quiero saberlo, claro. Vuelvo a la cocina.

—Termina —digo.

—Sabíamos que teníamos que hacer algo. No fue una decisión fácil, pero ¿qué opciones había? La gente se había empezado a fijar en tus... tendencias. Se le ocurrió a Falcon. Con una pequeña alteración del MAOA-1, un cambio minúsculo...

—Dios —digo—. Dios mío.

—¿Ves? —dice Jack—. Somos los perros malos.

—El procedimiento ya había sido probado —dice Mia.

—En chimpancés. —Jack se echa a reír. Es un sonido espantoso—. Menos mal que lo analizaron a fondo, ¿eh?

—Eso no es cierto, Jack. —Falcon suena dolido—. Ya habíamos tenido éxito con el primer voluntario humano.

—Erais tan listas... —sigue Mia—. Lo noté desde el principio. Estaba segura de que, con cuidados y educación, las dos seríais increíbles. No podíamos dejaros en manos del estado. Habría sido una crueldad.

—Una crueldad —dice Jack—. Claro.

—¡Pero salió bien! —A Mia se le quiebra la voz—. El clic funcionó. Os convertisteis en jóvenes normales. Hasta que Jack empezó a mostrar síntomas...

—Jack —digo con impotencia—. Me lo tendrías que haber contado.

Me mira y niega con la cabeza, y la entiendo. Hay cosas que son tan grandes que no se pueden contar.

La abrazo y la estrecho con todas mis fuerzas. Estoy intentando no llorar, pero lloro. Jack me permite abrazarla, pero noto su ausencia. No está. Hace muchos años que no está. Pienso en los colibrís. Su corazón había abandonado el cuerpo y yo no me había dado cuenta.

—Me estás llenando el pelo de mocos.

Le acaricio la cabeza con mocos y todo.

—¿Por qué funcionó conmigo y no con ella? —pregunto.

—No lo sabemos.

Malditas tijeritas que van dando cortes dentro de Jack, que van acabando con ella, clic clic, clic. Ahora entiendo por qué Mia ha estado siempre ahí, aguantando los insultos y el desprecio con la cabeza gacha. Nos ha dedicado su juventud, su vida. Somos su penitencia.

—¡No me mires así! —De pronto Mia está llena de rabia, de una ira que no le había visto nunca. Se me acerca tanto que casi me roza la nariz con la suya—. Tú habrías hecho lo mismo para salvar a tu hija, Rob.

Pero no estoy segura de que sea a nosotras a quienes quería salvar. Creo que era a una hermanita abandonada hacía mucho tiempo. Menta. Un pañuelo.

—Los perros —digo—. ¿Por qué...?

—Da gracias de que no nos hayan puesto un bombín a nosotras también —apunta Jack.

—Teníamos que saber qué os iba a pasar en el futuro —dice Mia—. Nos hacía falta un grupo de control. Se me ocurrió reproducir los experimentos de Langley con un mando a distancia. Todo era muy anticuado, pero así ocultábamos a los demás lo que estábamos haciendo, que era observar a la manada y el efecto del clic... por vosotras.

Los recuerdos y el pasado me dan vueltas alrededor en círculos, en hélices, se desmoronan. Nada es como pensaba.

—¿Y todo eso del controlador y los cerebros? —digo—. ¿Solo era para disimular?

Pienso en Kelvin, despedazado por Veintitrés. Pienso en el cachorro de coyote cuando caminaba tambaleante en círculos para seguir las órdenes de Mia. Pienso en todos los perros que no sobrevivieron, que murieron por las infecciones, en las inserciones de electrodos que fallaron.

Apoyo la escopeta contra la mesa de la cocina y me doblo por la

cintura. Tengo arcadas, pero no vomito.

—Hace unos años decías que había fantasmas de perros por aquí —le digo a Jack—. A lo mejor tenías razón. Si yo fuera ellos, también hechizaría este lugar para vengarme.

—Juré que nunca me iría de aquí —dice Mia. ¿Está pidiendo perdón?—. Juré que os curaría, que todo iría bien con vosotras.

Tiene los ojos muy abiertos de la pura necesidad de que la comprenda. Me dan ganas de matarla.

—Jack no está bien —digo.

—Va mejorando...

Jack arquea las cejas.

—Quien miente, arde —dice, pensativa.

—Por favor —le digo—. No empecemos.

Aunque en ese momento lo de quemarlo todo me parece una solución excelente. No me importaría nada pegar fuego a Mia y a Falcon, ver cómo se asan, cómo se les ennegrece la piel, les estallan los ojos, se les derriten los labios con las llamas hasta que no queden más que las sonrisas huecas...

—Rob —dice Mia, y me sobresalto.

He cogido la escopeta. Dodo.

—No nos hemos dado por vencidos —sigue—. Daremos con la alteración perfecta de la secuencia...

—Nos vamos —digo. Le tiendo la mano a Jack—. Tengo un coche. Ven.

Pero ¿a dónde?

—Soy un perro malo. No puedo marcharme de Sundial por si... bueno, por si muerdo a alguien. Falcon me lo explicó el día que me escapé. —La voz de Jack es soñadora—. Cuánto me alegro de que no recuerdes aquellos tiempos, Rob. Lo que nos hicieron. Lo que les hiciste. Fue espantoso, y no eres muy fuerte.

—No se va a marchar, Rob —dice Mia con tristeza—. No puede. Por el bebé.

—¿Qué quieres decir? —Pero me temo que lo sé.

—A veces se cambian los genes en una generación —dice Mia—, y otras alteraciones son... hereditarias. Se llama «edición de la línea germinal», y presenta problemas éticos que... bueno, no importa. El caso es que no se puede marchar.

—Estarás de broma. —Cojo la escopeta—. Lo primero, voy a rematar a esa perra, y luego me marcho, y tú vienes conmigo, Jack.

Jack me quita el arma.

—No puedes matar a la perra, atontada. Piensa bien. ¿Por qué crees que Mia la quería preñada? Tenemos que ver si los cachorros son

malos.

El espanto me arrasa el cerebro, me lo deja en blanco.

—Hemos hecho todo lo que hemos hecho porque os queremos.

La voz de Falcon es sincera. De verdad se cree lo que está diciendo. Sus ojos son cálidos. Me mira sin atisbo de culpa. Es como si lo viera por primera vez.

—Dime, ¿tienes archivados los resultados de los análisis de todos estos años? ¿Los datos, las resonancias, las muestras de sangre?

Se queda en silencio.

—Ya me parecía a mí —digo—. No te pudiste resistir. Pero es una cosa u otra. O nos querías o éramos sujetos de estudio. Las dos cosas a la vez, no.

Respiro hondo. No voy a llorar, no pienso llorar delante de ellos.

—A ver si adivino —digo—. No lo teníais planeado, pero aparecimos nosotras y necesitábamos ayuda, necesitábamos justo el tratamiento experimental que solo vosotros nos podíais proporcionar. Mira qué suerte. Igual no lo podéis reconocer ante vosotros mismos, pero nos buscasteis igual que buscabais perros callejeros.

—No es verdad —dice Mia. Está temblando de la cabeza a los pies como un arbolillo agitado por el viento—. No es posible que creas eso, Rob.

La veo temblar. Tiene la frente llena de sudor; las mejillas, hundidas; los labios, muy blancos y apretados contra los dientes. Igual es el momento en que por fin Mia se derrumba. Contemplo la idea con algo de interés.

—Intenté hacer que te fueras —me dice Jack con tristeza.

—Pero, en cuanto lo conseguí, viniste a buscarme.

Se mira los pies y sacude la cabeza como si aquello escapara a su control.

Podría arrastrar a Jack hasta el coche, perdernos en la noche. Tal vez lo lograría. Pero pienso en sus ojos negros, su sonrisa, su voz monstruosa. ¿Soy capaz de cuidar de Jack, ayudarla a dar a luz y luego hacerme cargo de ella y del bebé? Siento la derrota en todo el cuerpo. Agacho la cabeza.

—De acuerdo —digo—. Vosotros ganáis.

¿Qué será del bebé?

Saco el teléfono verde del cajón, camino hacia el desierto, a trompicones en el anochecer. El sol poniente brilla tras las montañas. Tal vez se haya quedado sin batería, pero no, la pantalla se ilumina como un amigo. Marco el número.

—¿Dónde cojones estás, Rob? —Asia tiene la voz aguda, corrosiva de rabia—. ¿Dónde cojones está mi coche? ¡Han pasado dos meses!

—Asia —digo—. Lo siento.

No me puedo contener y me empiezan a salir los sollozos, el llanto en dolorosos espasmos.

—Vuelve ahora mismo, joder.

—No puedo. Esto es un desastre. Tengo miedo.

Respira hondo.

—Encontré la prueba de embarazo en la cómoda, Rob.

—Ay, Asia... —Carraspeo para quitarme de la garganta la bilis amarga que se me ha acumulado—. Sí, estoy embarazada.

—Jo. ¿Estás bien?

—No.

—¿Te han... te tienen secuestrada?

—No.

No sé ni cómo describir mi situación.

—¿Estás en una especie de secta? Por lo que contabas, tu familia era... excéntrica. Siempre me ha preocupado...

Cuelgo. No tendría que haber llamado. Es inútil. Nadie puede ayudarnos, ahora lo entiendo. Sundial me tiene atrapada. Hay en todo una sensación de inevitabilidad, como si siempre hubiera sido mi destino. Traté de construirme una vida en el mundo real, pero fue imposible. La manada no me aceptó.

Pero la lucecita vuelve a brillar en mi interior, en lo más hondo. Al decirle a Asia que estaba embarazada, por un momento Callie ha vuelto a vivir.

Jack está sentada en el suelo de nuestro dormitorio. Está muy demacrada. Parece enferma de verdad.

—Pobre Rob —dice—. Pobre Rob, otra vez en la inopia. Pobre Rob, que nadie le cuenta los secretos...

—Tienes mal aspecto.

—No me tengas pena —dice—. Aunque seas el perro bueno, sigues siendo un perro.

—¿Por qué no me lo contaste?

La ira vibra en el aire delante de mí. Antes de darme cuenta la estoy agarrando con fuerza por los hombros flacos.

—Al menos una de nosotras debería tener una oportunidad —dice.

La suelto y me siento en el suelo. De repente estoy cansada. Soy como una marioneta a la que acaban de cortar los hilos.

—Esto de no saber es extraño —dice—. Me siento feliz, pero ¿soy feliz? Siento rabia. ¿Es real? ¿O es un hueco en la espiral, un agujerito que me han hecho? —Imita unas tijeras con los dedos y chasquea la lengua con cada corte imaginario—. Clic, clic, clic. Pawel fue el primero que se dio cuenta cuando empecé a caer por la pendiente. Le

dije que veía a los perros muertos. Yo pensaba que eran fantasmas. Pawel también veía cosas que no existían. Tiene que ver con el clic. Los recuerdos emocionales no se procesan bien y se convierten en alucinaciones, o algo por el estilo. Da igual, el caso es que Pawel me ayudó.

—Pawel te enganchó a las drogas.

El odio me arde en la garganta.

—Así no hacía daño a nadie más —dice Jack—. Pawel descubrió el truco. Fue el primero al que Mia y Falcon se lo hicieron. Su voluntario. ¿Sabías que era muy famoso en Polonia? Unas Navidades mató a toda su familia. Madre, padre, abuela, creo que a una tía también. A su mujer y a sus cuatro hijos. Los ató y los fue asesinando uno a uno durante semanas. Pasó mucho tiempo en la cárcel, pero hasta una eternidad se acaba al final. Fue en los sesenta o algo así.

Recuerdo las lágrimas constantes de Pawel, su dolor infinito, la hilera de piezas de ajedrez que llevaba tatuada en el brazo. El clic era un castigo hasta cuando salía bien. Dejaba paso a los remordimientos.

—No debieron echarlo de aquí —dice Jack—. Solo quería ayudar. Sundial es su hogar. El clic le dejó de funcionar hace muchos años, pero lo mantuvo en secreto. Bueno, lo mantuvo en secreto mejor que yo. Encontramos otras vías de escape. Él se centraba en los animales. Siempre tuve miedo de que te hiciera algo a ti.

—¿Mató a Nimue? —pregunto de repente—. ¿Le sacó los ojos a la liebre?

—¿De verdad me estás preguntando por vacas y conejos, en estas circunstancias?

Jack esboza su sonrisa tenue, carente de felicidad. Recuerdo a Nimue, con aquellos ojos grandes y bondadosos, lo que le gustaba que la rascaran en el cogote, lo tranquila que estaba cuando la ordeñaba. De pronto, es demasiado para mí. Abofeteo a Jack con todas mis fuerzas.

Jack se mece y me mira con interés. Se toca la mejilla enrojecida.

—Puede que el clic nunca dure para siempre —dice—. Puede que solo sea cuestión de tiempo. ¿Qué tal estás, Rob? Últimamente no pareces tú. Le pegas a la gente, quieres matar a tiros a los perros... ¿Cómo te sientes? —Me sonríe con esos labios exangües—. ¿Tú también eres un perro malo?

Rob

Miro a Callie, sentada delante de mí.

—No me lo contaron todo —digo—. Ni siquiera entonces. Los científicos y sus secretos. Pero Jack sí me lo contó. Me dejó un mensaje. Lo encontré al final.

Sundial respira a nuestro alrededor. Ya casi hemos llegado al punto de no retorno.

Me saco la nota del bolsillo. El mensaje enterrado de Jack, el secreto de Snoopy. El papel está húmedo y blando, sobre todo por los bordes, pero la caligrafía en bolígrafo azul de mi hermana sigue igual de clara. «¿Qué pasa contigo? —Le pregunté, no, le grité—. ¿Por qué eres así?». Aquel día la golpeé.

Siempre te lo dicen en los cuentos de hadas: si sabes el verdadero nombre de una persona, tienes poder sobre ella. Pero nunca se habla de lo contrario. Puede dar a algo poder sobre ti.

No voy a dejar que Callie lea la carta. No es para niños.

Respiro hondo.

—Al final resulta que no éramos de Nebraska —digo—. En absoluto.

Jack, antes

Querida Sundance:

He escrito esta carta muchas veces. No sé si te la debo entregar. La verdad no siempre nos hace libres.

Fueron Lina y Burt quienes le pusieron el nombre, no los periódicos. Por lo visto ya nadie lo recuerda. En Bone, la gente pensaba que era un chiste, igual por la cantidad de perros que tenían. Lina y Burt decían cosas en plan «Bueno, ya es hora de volver a la granja de cachorros» o «Cuando nos instalamos en la granja de cachorros...». Cosas así. Pero allí no había cachorros. Solo nosotros.

Al principio había más niños. Unos eran de Lina; otros, críos de la calle que recogían en las ciudades. ¿A qué categoría pertenecíamos nosotras? No lo sé. ¿Para qué querían Lina y Burt a los niños, para luego meterlos en jaulas? Para nada bueno, eso seguro. A veces llegaban coches, y miraban a los niños de las jaulas. A veces los coches se llevaban a los niños. Yo me preguntaba, ¿qué es peor? ¿Qué te elijan para llevarte en el coche o no? Pero a nosotras no nos eligieron. Cuando alguien nos tocaba, mordíamos.

Nunca había suficiente comida ni agua, pero la compartíamos. Nos peleábamos con los demás para quedarnos con su parte. A Burt le parecía de lo más gracioso. ¿Qué más? Me acuerdo del patio trasero, con pieles colgadas a secar. Y algo más colgado de un gancho en un granero, envuelto en tela. Como un jamón, pero no era un jamón. Dando vueltas y más vueltas.

En lo que contaba Pawel había un punto de verdad.

Lina y Burt dejaron de dormir de noche. Creo que para entonces ya se hacían ellos la metanfetamina. Dejaron de darnos de comer. Cada vez había menos niños. Me acuerdo de que uno se tiró al pozo con tal de escapar.

Al final, solo quedamos nosotras. En el fondo de una jaula había un osito de peluche. No tenía ojos. Te morías de ganas de cogerlo... Nunca habíamos tenido un osito de peluche. Pero no llegábamos.

Burt murió, fue sobredosis. Lina lo dejó tirado en el suelo. Iba por ahí con los ojos muy rojos y fijos. Llevaba días sin dormir, hablaba con gente que no existía. Sabíamos que no nos quedaba tiempo. Cuando se acercó a la jaula, le echaste el alambre al cuello. Creías que nos iba a comer. Puede

que fuera así.

Salir al sol fue como lanzarnos al centro de una explosión. Nunca habíamos visto nada tan caliente, tan brillante. Llevábamos días sin comer ni beber, pero el pozo olía a podrido y, cuando quité la tapa, salieron nubes de moscas. También olía a coyotes.

Caminamos por el desierto. Teníamos los ojos tan mal que no veíamos, pero divisamos algo plateado a lo lejos. Vallas. Supongo que nos parecieron jaulas, y eso era lo único que conocíamos, así que fuimos hacia ellas.

Mia nos encontró junto al corral oeste. Estábamos quemadas. Nunca antes nos había dado el sol. Estuvimos enfermas, creo que mucho tiempo.

Un par de días más tarde, un camionero se dio cuenta de lo que había pasado en la granja de cachorros. Llegó la policía. Encontraron a los otros niños donde los habían metido Lina y Burt. No hubo más supervivientes. Nadie supo que nosotras habíamos escapado. Aunque puede que, en realidad, no escapáramos. Los niños son espejos que reflejan todo lo que les sucede. Por eso hay que rodearlos de cosas buenas. No lo olvides si tienes hijos algún día, Sundance.

Falcon y Mia comprendieron lo que éramos. Nos salvaron. Pasara lo que pasara después, nos salvaron. No lo olvides nunca, Rob. Yo no lo olvido. Pero, en tu cabeza, no podías salir de la granja de cachorros. Trataste de matar a Mia con un alambre, y a mí, con un destornillador. Así que nos dieron el clic. Te convirtieron en un perro bueno. Y me alegré, porque así estarías a salvo. Ya de pequeña sabía lo que les pasa a los perros malos.

Cuando nos recuperamos, te habías olvidado de todo. Intenté proporcionarte otros recuerdos para sustituir a los malos. Una madre. Casi me lo creí yo también. Falcon, Mia y Pawel, a su manera, contribuyeron. Te encantaba el cuento de Pawel sobre el rescate de los perros.

Tenían miedo de que algún becario aquí, o cualquier persona en la ciudad, te lo dijera, y te enteraras de lo que era en realidad la granja de cachorros. O de que encontraras un periódico viejo o algo por el estilo. Pero no ha sucedido. Aquí los secretos siguen enterrados. Aun así, creen que algún día lo averiguarás.

Yo creo que estás decidida a no saberlo. Te has pasado la vida enterrando el secreto, cada vez más hondo. Bien hecho.

Cuando el clic me empezó a fallar, Falcon me dijo que no podía marcharme de Sundial jamás. Estuve de acuerdo. Siempre te he querido proteger, y lo mejor que podía hacer era obligarte a marchar. Sé que no te marcharás sin mí. Voy a tener que contarte lo que haga falta de la verdad para hacer que me detestes.

Aún sigue allí. Se ve desde el jardín de piedras, hacia el oeste, al pie de

las Cottonwood. Esas carreteras no tienen nombre ni números. Tiene gracia, una gente ha acampado allí. Le venden a Pawel lo que necesitamos para seguir adelante, para tener bajo control el clic malo. Vale, en realidad no tiene gracia. Es un círculo, todo vuelve a empezar.

Por esta zona todos los llamaban Lina y Burt, pero en realidad sus nombres eran Jacqueline y Robert Grainger. Sé que lo sabes, por mucho que trataras de olvidarlo, porque nos pusiste sus nombres. Rob y Jack.

Adelante con todo, Sundance.

Cassidy

Rob

Las imágenes me llegan como relámpagos. Alambre brillante, tenso en torno a un cuello ennegrecido. El sabor dulzón repugnante de la cocacola caliente, sin gas desde hace días. Cuando nos daban una lata, la compartíamos, ahora lo recuerdo, sorbo a sorbo para que durase mucho tiempo. El olor a podredumbre y a cuerpos sin lavar. Por un momento, lo veo todo desde detrás de los barrotes oxidados de una jaula, una de esas para perros. Hay otra manita en la mía y me agarra con fuerza.

El calor nos abrasa la cabeza, notamos la garganta reseca por la sed. Una voz, una mano en la cabeza. Mia, una forma oscura contra la luz. Agua, una habitación fresca con un círculo de luz en el suelo como la pista de un circo.

¿Son reales estos recuerdos? La mente miente mucho.

Pero pienso en la señorita Grainger, que acecha por Arrowood con los ojos llameantes. En que nos llamamos Rob y Jack. Puede que esos recuerdos hayan estado siempre en lo más profundo de mi mente, donde se retorcían como gusanos

¿Cómo explicaron Mia y Falcon nuestra repentina aparición? No, aquí la gente no se mete en la vida de los demás. Para eso vienen al Mojave.

Tengo que concentrarme. Para que mi hija tenga aunque sea una oportunidad, se la he de dar yo. Pongo la carta de Jack en la caja azul, en el centro de la mesa. Para algo soy maestra. Sé lo que son los recursos visuales.

—Estos dos objetos te definen —le digo—. Son nuestra historia y desembocan en ti. Todo el mundo tiene una historia que explica quién es. Tú eres especial, porque tienes dos. Antes eran mías, y yo te las he transmitido las dos. Esta caja y la granja de cachorros.

Se mueve. Mira de reojo, como si alguien, a su izquierda, le acabara de decir algo al oído. ¿A quién está escuchando?

—Soy una asesina —le digo a Callie—. Cuando lo descubrí, fue un golpe terrible, mucho peor de lo que me pareció en su momento. Te prometo que no permitiré que a ti te pase lo mismo. Eres lo que eres, pero te puedo salvar de eso.

Me mira con esos ojos verdes, vacíos, y por un momento me parece

que sabe lo que voy a hacer. Pero no es posible, claro.

—¿Estás bien? —le pregunto—. ¿Entiendes lo que te he contado?

—La granja de cachorros es famosa, así que es como si tú también fueras un poco famosa.

El tono de Callie es práctico, objetivo, aterrador.

Tardo un momento, pero le tiendo la mano.

—Es normal que no sepas qué sentir. Vamos a intentarlo juntas.

Coge mi mano con la suya, tan húmeda, y trato de no hacer una mueca. Siempre tiene las manos frías y pegajosas como sapos.

Miro de reojo mi teléfono, pero la pantalla sigue a oscuras. Irving se ha callado.

Rob, antes

Cojo la costumbre de pasarme buena parte del día sentada ante el corral de Veintitrés. A veces parece que está bien. Está ganando peso por momentos, como Jack. Busca, olisquea y agita la cola mutilada cuando ve a Mia. Otras veces, se lanza contra la alambrada con los ojos muy abiertos de miedo, ataca a enemigos invisibles y gruñe hasta quedarse ronca. Detesto sus sonidos, su hedor, su musculatura marcada, sus dos pares de ojos. Pero no puedo dejar de mirarla. Es un espejo.

En agosto, cuando llega lo peor del calor del desierto, Jack se despierta y ya no habla, pero no es solo eso. Tras los ojos no hay nadie.

Me hago cargo del cascarón que ha dejado atrás. La obligo a comer y a tomarse las vitaminas. La llevo a dar un paseo todos los días por el perímetro de la propiedad. Al principio le hablo del pasado, de nuestros recuerdos, pero pronto dejo de hacerlo porque la mayor parte de nuestra infancia son mentiras. Lo único real es lo que sucedió entre las dos. Y solo en parte. Jack mira hacia el infinito y no responde. No se resiste, pero tiene un tic en la comisura de la boca, una mueca que no me gusta. Delata las batallas que tienen lugar en su interior. ¿Contra qué lucha? ¿Y qué parte de ella va ganando?

Falcon también está mal. Le cuesta respirar y hay días que no puede salir de la cama. Todos nos estamos desmoronando. No me libro de la sensación de que Sundial nos está devorando igual que el clic, de que pronto no quedará de nosotros nada, solo polvo que se llevará el viento ardiente.

Mia quiere que venga un médico de Bone a ver a Falcon, pero él se niega. Tiene los ojos enloquecidos, con las córneas muy amarillas. El corazón le late con un ritmo desigual y la respiración es trabajosa. Al final, Mia decide que es mejor que no se altere más. Seguro que es un virus, o la gripe. Los científicos y los médicos son los peores pacientes.

A mediodía le llevo a Falcon un cuenco de sopa de lata y una tostada con mantequilla. Cuando le miro a la cara, el contraste de sentimientos es muy extraño. Es el hombre al que he querido más que

a nadie durante muchos años. Recuerdo con claridad ese amor, la intensidad del ansia de ganarme su aprobación, el pálpito doloroso de la necesidad. Pero no queda nada de eso, por mucho que lo busque. En su lugar solo hay un vacío.

—Rob.

Hasta su voz es débil, como una versión difusa de lo que fue.

—Dime.

—¿Te sientas un rato conmigo?

Me lo pienso. Aquí, con el ventilador, se está fresco, y no tengo ganas de bajar a ayudar a Mia a pelar patatas.

—Vale.

Falcon está tumbado, con los ojos nublados por la enfermedad y por el pasado.

—Mi padre estuvo en la guerra —dice—. No sé cómo era antes, pero cuando volvió, había cambiado, según mi madre. O puede que no quisiera creer que siempre fue así.

El rostro atractivo refleja ansiedad. Un mechón de pelo blanco le cae sobre la frente bronceada. Últimamente parece muy viejo. Y más menudo, o será que yo he crecido.

—Siempre tuve miedo de mi padre —sigue—. Y también lo odiaba. El miedo era malo, pero la rabia, aún peor. No quería que sintieras miedo ni rabia. Lo intentamos, Rob. Lo intentamos de verdad.

Me mira, suplicante. Es un viejo que me pide la absolución.

—Se te está enfriando la sopa —digo.

Le resulta difícil comer con el temblor de la mano. Cojo la cuchara y lo alimento con paciencia, despacio, sorbo a sorbo. Al final, le limpio la boca. Puede que Falcon muera pronto. Ni siquiera esa idea me provoca nada más allá de un ligero interés.

—Creo que dará resultado —dice Mia.

Estamos en el laboratorio de los perros. La jeringuilla de la etiqueta amarilla está en su estuche amarillo.

—Más vale —digo—. Si te vuelves a equivocar, puedo matarte.

Se me escapa. Estoy tan cansada que ya no siento nada. Solo que sería muy apropiado.

Mia se pone blanca.

—Va a dar resultado, estoy segura. Forzará al clic a reparar el daño causado.

Veintitrés está sedada mientras Mia le clava la aguja. Esta perra se pasa tanto tiempo inconsciente que empiezo a temer que el resultado del experimento se verá afectado. Caminamos de vuelta a la casa y miro de soslayo a Mia. Aparta la vista de inmediato, pero es tarde. Le he visto los ojos y sé lo que hay en ellos. Mia me tiene miedo.

—Cuando el clic falla, al principio aparece el miedo —digo—. Pero hasta tú sabes que, al final, los devora. Acaba con todo lo que son.

Mia no discute.

—Eso mismo hace el miedo —dice, cansada.

La lámpara de estrella proyecta su brillo rosado. Antes me resultaba reconfortante. Ahora, como todo, me hace ver sangre.

En la otra cama, Jack está tumbada mirando el techo. Le peino el pelo todas las noches y le pongo la camiseta vieja y los pantalones cortos que usa de pijama, y se los subo con delicadeza sobre el vientre prominente. Hasta le cepillo los dientes.

—Escupe —digo, y escupe, obediente.

Es consciente del mundo que la rodea y de lo que hago. Sencillamente, no le importa.

Saco el libro de debajo de la almohada. Me ha costado días de registrar la casa. Estaba segura de que Jack no lo había destruido. Estaba bajo una pila de números del *National Geographics,* en un dormitorio que nadie usa. Me imagino a Jack en mejores días, refugiada ahí para leer a solas, para sumergirse en el mundo sano y alegre de Bingley Hall. La aguja del pesar se me clava otra vez. Echo de menos a mi hermana.

—¿Quieres que lea?

No da señal de oírme. Empiezo a leer.

Me despierto y Jack está de pie junto a la ventana de la habitación, contemplando la noche. Tiene en la mano un cuchillo con una hoja larga, brillante. Creía que había escondido todos los cuchillos grandes de la cocina. Este se me ha debido de escapar. O tal vez lo ha tenido escondido mucho tiempo, desde antes de mi regreso. Tiene la punta contra el vientre. La luz de la luna le baña el rostro.

—No te la vas a quedar —susurra—. Lo que sea menos eso.

Me acerco a ella por detrás, en silencio, y le rodeo el cuello con el brazo mientras agarro el cuchillo con la otra mano. Grita y la fuerzo a tumbarse en la cama con cuidado para sacudir lo menos posible al bebé. La ato a la cama con bridas de las que usamos como bozal para los peores perros. Hace días que las tengo guardadas bajo el colchón. Últimamente soy la única que piensa en esta casa.

Al día siguiente, Veintitrés deambula hasta la valla sin dejar de mover la cola mutilada. Sonríe a Mia como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera roto los huesos de Kelvin como ramitas con los dientes.

—Creo que esta vez ha funcionado —dice Mia—. Ahora tenemos que ver qué pasa con los chiquitines.

Ninguna de las dos decimos lo que estamos pensando: ha funcionado por ahora. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que este clic se empiece a mostrar codicioso, hasta que empiece a cortar de nuevo y a sustituir el viejo ADN? Solo lo sabremos cuando falle. Cuando Veintitrés mate otra vez.

—Ven conmigo —dice Mia.

Me lleva al laboratorio y abre un armario repleto de iconos de riesgo biológico. Sale un humo blanco y frío. En el congelador solo hay una cosa, una caja de plástico. No es amarilla, sino de un azul intenso, estrepitoso.

—Es el último —dice Mia—. Para los cachorros. El último que tendré que hacer. Espero que no lo necesiten. Puede que salgan bien. Me estoy anticipando.

Mia no necesita decir más. Me lo está contando en caso de que le pase algo. ¿Quién cree que la va a matar? ¿Veintitrés, Jack o yo?

—Ha dado resultado —le digo a Jack—. Veintitrés es una perra buena otra vez.

Corto las bridas que la retienen contra la estructura de la cama. No me gusta tenerla así todo el tiempo, claro. Es solo cuando no estoy en la habitación. Jack se queda tendida, inmóvil, con los brazos y las piernas extendidos como una estrella, mirando al techo.

—Ha dado resultado, Jack —repito—. Todo va a salir bien.

Me siento junto a ella. Estoy muy cansada. Noto que me rodea con los brazos, insegura, y me dispongo a repeler el ataque. Pero se limita a abrazarme con delicadeza mientras lloro.

Veintitrés se pone de parto a principios de septiembre. A primera hora de la mañana empieza a jadear. Llamo a Mia a gritos. Le dispara un dardo tranquilizador. Esperamos a que la anestesia haga efecto y la llevamos entre las dos al laboratorio. La cesárea no da ningún problema.

Hay cinco cachorritos como salchichas negras. Los arrimamos al cuerpo dormido de Veintitrés para que se alimenten. Luego nos situamos tras el cristal y esperamos. Me imagino las fauces de Veintitrés contra los cuellos diminutos. Pero hay que averiguar cómo se comportará con ellos. Y hay que averiguar cómo son. No podemos administrar a Jack una nueva versión del clic hasta que los perros sean adultos, así que me tengo que quedar aquí tanto tiempo como haga falta.

Veintitrés despierta muy despacio, como si saliera de un sueño profundo. Al ver a los cachorros, un sonido agudo le sale de la garganta, y los lame con cuidado uno tras otro. Los cachorros

gimotean y se retuercen. Veintitrés vuelve a tenderse, agotada.

Los cachorros crecen. Aprenden a andar. Gruñen como leones diminutos y juegan a pelearse. Los destetamos con carne picada y leche de lactancia. Son adorables, pero no les ponemos nombre ni número. Las noches son cada vez más frías, y Veintitrés duerme dentro de la perrera con los perritos acurrucados a su alrededor para darse calor. Gimotean y mueven las patitas en sueños mientras cazan algo, o a alguien.

Me permito albergar esperanzas.

Cuando Jack se pone de parto, yo también lo noto.

Es un día helado. Voy al invernadero a coger tomates y pimientos para la cena. No pongo la mente en ello, pero es una tarea que admite la distracción, el ritmo pausado. Mi mente ausente registra el crujido satisfactorio cuando la fruta se desprende del tallo, el susurro delicado cuando caen en la cesta que llevo colgada del brazo. Jack se acerca, viene de las perreras.

—Esta noche, chili —anuncio con una voz que intenta ser alegre mientras recojo otro tomate. En ese momento, un escalofrío me recorre la espalda como una gota de sudor—. ¿Cómo te has desatado?

No espero respuesta... y, cuando habla, el dedo frío me baja de nuevo por la columna.

—He mordido esas cosas de plástico. —La voz le sale rota por la falta de uso—. Tenía que hacer cosas.

—¡Estás hablando! —Cualquier cosa es mejor que ese silencio mortal—. Un momento, ¿has roto las bridas a mordiscos?

En ese momento, algo me sacude entera, como un chasquido lejano, como un disparo. Noto salpicaduras en la sandalia. Miro hacia abajo y tengo los dedos de los pies cubiertos de una sustancia roja y brillante. He estrujado el tomate con la mano. Las semillas y la pulpa me gotean despacio del puño cerrado y caen al suelo de cemento como si fueran sangre. En ese momento noto el dolor. Ha llegado el momento.

—Entra en la casa, Jack —digo.

El vestíbulo circular está inundado de luz, que se derrama por el techo de cristal y cae sobre Jack, de pie, mientras se agarra el vientre ondulante. Nos lo ha debido de estar ocultando durante horas. Mia la agarra por el codo y la ayuda a caminar.

—¡Te dije que había que ir al médico! —le grito a Jack—. ¡Vamos al hospital ahora mismo!

—Nada de hospitales —dice Jack, y me aparta con una mano débil —. ¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a atar a la cama para esto también?

—¡Eres idiota! —le grito, y en ese momento me rodean unos brazos fuertes, que me apartan a un lado.

—Ahora no, Rob —dice Mia—. Vete a la cocina. Vuelve cuando te calmes, no antes.

La mirada de Mia es firme, pero me comprende. Cuando pierdo el control, castigo a los que quiero. A aquellos por los que temo. Puede que a todos nos pase lo mismo.

Al final, todo sucede cuando no estoy mirando. He ido a la cocina a buscar aceite de lavanda, que según Mia va a calmar a Jack, aunque a mí me parece que llega tarde.

—No lo encuentro —digo, nerviosa.

Detrás de mí, en el vestíbulo redondo, se oye el grito. Cuando me doy la vuelta, ha pasado a existir. Corro hacia ellas.

La hija de Jack abre los ojos y caigo enamorada. Agita los puñitos como si estuviera furiosa con el mundo.

—Bien, muy bien —le digo—. Sobran motivos para estar furiosa.

Mia intenta ponerle el bebé entre los brazos. Jack yace inmóvil, con la vista fija.

—Estás cansada —dice Mia—. Todo en su momento.

Pero veo que piensa que a Jack se le está acabando el tiempo.

Jack amamanta al bebé sin nombre. Mia se la acerca al pecho, porque Jack no la coge. Pienso en Veintitrés, inconsciente en la camilla mientras las salchichitas negras se alimentaban de su cuerpo inmenso.

—¿Quieres cogerla?

Acepto el pequeño fardo de manos de Mia. Miro a la bebé, la bebé me mira con su carita de tomate estrujado y su pelo oscuro. Es maravillosa. El amor me invade. Mia sonríe.

—¿Cómo la vas a llamar? —pregunto.

—¿Cómo la voy a llamar? —susurra Jack. Tiene los ojos como canicas turbias—. ¿Cómo la voy a llamar, Rob?

—Callie —digo—. Todo saldrá bien —le digo a la bebé con seguridad.

Doy un paso hacia la entrada. El coche está aparcado bajo los tamariscos, con el depósito lleno. En el maletero hay pañales, leche de fórmula, ropa de bebé, toallitas húmedas, biberones. Estoy preparada.

—¿A dónde vas? —pregunta Mia. Sonríe sin alzar la vista, concentrada en las suturas—. Es hora de que la coja Jack, Rob.

—Eso, Rob, ¿a dónde vas? —dice Jack en voz muy baja.

—Me la llevo —digo. Me muestro firme, llena de valor repentino, y miro a Jack a los ojos—. Es lo mejor.

Mia alza la vista.

—No, Rob.

—¿Por qué no? Conmigo estará mejor que con Jack. Le proporcionaré un hogar.

—No es seguro —dice Mia—. No sabemos suficiente de...

—Es mejor que estar aquí.

—Yo sé lo que es abandonar a una hermana, Rob. Crees que no importa, pero lo pagarás muy caro.

—No estoy salvando a Callie solo de Jack. También de ti.

—Lo ha planeado desde el principio —dice Jack a Mia. Es esa conexión entre mellizas. Sigue existiendo entre nosotras—. Callie. —Sonríe. Bajo la máscara blanca, veo un atisbo de mi hermana—. Bonito nombre. Pero no te la puedes llevar. No te lo permitiré, Rob.

Mia está temblando. Deja la aguja con sumo cuidado.

—Ya está —le dice a Jack. Se levanta, se dirige hacia mí y me abofetea con todas sus fuerzas. Veo chispas de luz que me bailan ante los ojos. La bebé se sobresalta entre mis brazos. La estrecho con fuerza —. ¡Piensa con la cabeza!

Nunca había oído gritar a Mia. «Al final la hemos vuelto loca», es lo que se me pasa por la cabeza. La idea no me proporciona el menor placer.

—Os lo he aguantado todo. —La cara de Mia está muy cerca de la mía. Noto cada palabra en la mejilla—. A las dos. Todos estos años de desprecios, todas esas miraditas y comentarios, cada pequeña canallada que me habéis hecho. Todos los días que pensé que iba a morir aquí, sin vida, sin nadie con quien hablar, y tuve que volver a ponerme en pie. Os lo he dado todo. Ninguna madre habría hecho más por vosotras. ¿Y sabéis qué? Sois un par de monstruos. Eso no es culpa mía. —Le tiembla todo el cuerpo—. Se acabó —dice—. Tú ganas, Rob. Llévate a la bebé. Abandona a tu hermana. No me importa.

—Mia —digo.

No sé qué hacer, así que la acaricio con una mano.

—Rob —dice Jack.

—Lo siento —digo a Mia.

Niega con la cabeza, no levanta la vista.

—Me puse tan contenta cuando os encontramos... Pero nada ha salido como pensaba.

—Lo sé —digo—. Jack está librando muchas batallas a la vez. No la culpo. Pero yo no tengo excusa. Lo único que puedo hacer es pedir perdón, Mia.

El bebé hace ruiditos. Mia la mira, luego me mira a mí con una sonrisa.

—Es preciosa —dice—. Puede que todo salga bien.

—Rob —repite Jack, y tiene en la voz algo que me para el corazón. Está mirando hacia un punto detrás de mí—. Hay un perro en la casa.

Veintitrés está en la puerta y nos mira con los ojos brillantes. Tiene las fauces llenas de sangre. «Los cachorros», pienso, y pese a todo siento un pinchazo de tristeza, como un pellizco dulce en el corazón. Luego, como una marea creciente, llega el miedo. Veintitrés mueve la cabeza, la agacha, chilla. Comprendo que está tratando de esquivar los golpes que le asesta algo invisible.

Mia se lanza hacia la cocina, donde tiene el arma. Pero no va a llegar. Veintitrés surca el aire en un arco elegante y cierra las mandíbulas en torno al cuello de Mia. La sacude una y otra vez. Mia queda inerte, se convierte en una muñeca Mia.

Agarro a la bebé con fuerza y arrastro a Jack al piso de arriba. Se tambalea, pesada, contra mí. Le corre la sangre por las piernas y va dejando un rastro de gotas por el suelo. Avanzo a traspiés, esperando en cualquier momento el aliento ardiente en el cuello, los dientes afilados contra la carne, pero no llegan. La bebé está bien, no sé cómo lo he conseguido. Empieza a llorar. Me echo a Jack al hombro y conseguimos llegar al piso de arriba, recorrer la galería y cruzar casi todo el pasillo hacia nuestro dormitorio antes de que Veintitrés se canse de sacudir el cuerpo de Mia. Cierro la puerta tras nosotras. La perra se acerca muy deprisa. Los peldaños crujen bajo su peso.

El sonido de las patas se acerca cada vez más. Nos abrazamos y cierro los ojos. Pero las patas pasan de largo, y se oyen ruidos en otra habitación. Sé en cuál.

—Falcon —susurro—. He dejado abierta la puerta de Falcon, Jack. La he dejado...

Los sonidos son bajos, confusos. De cuando en cuando se oye un gañido agudo.

—¿Cómo ha podido salir? —Susurro para mis adentros, no espero respuesta—. Pero si estaba mejor, Mia la arregló...

—Ha estado en un lugar seguro, con agua y comida —dice Jack—. Eso no es una prueba. Sentí que mi bebé iba a nacer y supe que había que hacer una prueba de verdad. Tenía que experimentar miedo, dolor. Como en la vida.

—¿Qué has hecho?

Pero lo sé.

—Veintitrés estaba durmiendo junto a la valla. La agarré por la cola y tiré a través de la alambrada. Le hice lo que le había hecho su dueño. Le hice daño. Tenía que asustarla. Para mí, todo empezó en la máquina de resonancia magnética. ¿Te acuerdas? Me daba miedo estar atrapada en la oscuridad, porque así era como nos tenían. Para

ella, la cola es su oscuridad.

Cuando la solté, empezó a llorar y a correr en círculos. Los cachorros la siguieron, se le colgaban. Le disparé un dardo tranquilizante y dejé abierta la puerta del corral. Y allí se quedó, dormida como una babosa gigante. —Me coge la mano en gesto de súplica—. No quería tener razón, Sundance. —Sus ojos son pozos vastos de dolor. La sangre oscura y sucia se encharca bajo ella, le empapa el camisón. Tiene el pelo también empapado, de sudor.

—Pero... ¿por qué?

No puedo respirar. El aire se ha convertido en una masa sólida.

—Era necesario —dice Jack—. Había que hacer la prueba. Si se despertaba y estaba bien, y no nos atacaba, es porque era una perra buena hasta con miedo, y nosotras también lo podríamos ser. Pero la oscuridad le volvió. Somos malas. O lo seremos. A mí ya me ha pasado. A ti también te pasará, y a la niña. Tarde o temprano. Puede que no sea hoy, pero, en algún momento, cuando el miedo sea excesivo... Hay que acabar con nosotras. Es mejor de esta manera, Sundance, confía en mí. No querrás vivir así.

Me aprieta con más fuerza. Su mano es una garra, me clava las uñas.

La voz que me sale es apenas un jadeo.

—Lo que has hecho es espantoso, Jack.

No hay palabras para describir lo que ha hecho. Es imposible. Me sacudo su mano y gimotea. Y lo peor es que Jack está aquí, ahora, tras muchos meses. Son sus ojos, su voz. La que ha hecho esto ha sido Jack, no el clic.

Deposito a la bebé con cuidado sobre la cama. Rompo el espejo contra una esquina de la cómoda y cojo una esquirla. ¿Cuántos años de mala suerte van a ser? Envuelvo un extremo con un calcetín y la agarro como si fuera un cuchillo. Es poco manejable, resbaladiza. Me puedo hacer más daño a mí misma que a la perra.

Empujo la cajonera para ponerla ante la puerta. Es pesada, me llega a la cintura.

El móvil. Tiro del cajón superior, lo sacudo, suelto un taco cuando se traba. Nunca se ha abierto bien. En su momento le pedí a Pawel que lo arreglara, pero no lo hizo, claro. Tiro por los aires calcetines, bragas, sujetadores, hasta que no queda más que la madera de cedro. No está.

—Lo cogí yo —dice una voz muerta—, y lo tiré entre los cactus.

Cuando me doy la vuelta, Jack está sonriendo.

La agarro por los hombros. Tiene los ojos llenos de estrellas. Luminosa, sonriente, ausente.

—Por favor —digo—. Vuelve conmigo. Te necesito, Jack, esa perra va a entrar y nos va a hacer pedazos. Voy a morir. Vas a morir. Tu hija va a morir. Será lento y doloroso. Por favor, por favor, ayúdame. Te lo suplico, vuelve.

En la habitación contigua, los sonidos llegan más espaciados, más quedos. No puedo pensar en lo que está pasando ahí.

—Quien miente no es valiente —dice—. Quien miente, que reviente.

La abofeteo y la bofetada suena como un restallido. Sonríe de nuevo. No es culpa suya, lo sé. Algo la está devorando desde dentro. Ato unas sábanas. Si consigo llegar a la puerta corredera de la entrada puedo dejar a Veintitrés encerrada en la casa. ¿Y luego, qué? Solo de pensar en descolgarme dos pisos con Jack y la niña por una cuerda de tela me dan escalofríos. ¿Mi coche, la camioneta de Mia? Las llaves están en la cocina, creo. Puedo ir a la carretera, hacer señales a algún coche, pedir ayuda. ¿Y si entro por otro camino y llamo por teléfono desde el vestíbulo? Pero no quiero dejar a Jack a solas con la bebé. «Vale —decido—, me llevo a la niña...».

El silencio me corta en seco los pensamientos. La quietud que reina es extraña. Nadie se imagina que se pueda oír la muerte a través de las paredes, pero se puede. Falcon ya no está.

Puede que Veintitrés esté cansada. Puede que se duerma.

Se oye el sonido de las uñas contra la madera. Clic, clic. Un hocico husmea por la rendija, bajo la puerta. Una respiración amistosa. Ha encontrado el rastro de sangre que lleva a nuestra habitación. Veintitrés lanza un aullido desgarrador.

Pienso a toda velocidad. Al final, incorporo a Jack.

—Sube ahí arriba —digo.

La pongo de pie en mi cama y la impulso para subirla a la parte de encima del armario ropero. Luego, cojo a Callie y la subo hacia los brazos de Jack. Después, aparto la cama del armario y la cruzo contra la cómoda para atrancar la puerta.

—No te muevas —le digo a Jack—. ¿Entendido? Quédate ahí con la bebé, pase lo que pase. Y sujétala bien, ¿entendido?

Me mira desde arriba, inexpresiva. Pero no se mueve. Bien. Están a dos metros y medio de altura. ¿Será suficiente?

Cojo el trozo de espejo y me pongo ante la puerta. Los olisqueos continúan, ha captado nuestro olor. Veintitrés gimotea y da zarpazos contra la puerta.

—¡Perra mala! —grito—. ¡Vete! ¡Busca!

Ladra... no, no es un ladrido, es un aullido largo y agudo. Luego, se lanza contra la puerta con todo su peso. El cedro cruje. Resiste, pero

las puertas de Sundial son finas, ligeras, diseñadas para dejar que corra el aire fresco por la casa, no para soportar el ataque de setenta kilos de músculo y hueso.

Se lanza otra vez contra la puerta. ¿La está golpeando con la cabeza? Por encima de la cómoda, la superficie barnizada se raja cuando la madera se comba hacia dentro. Veintitrés salta contra la puerta, se lanza contra la mitad superior. Con el siguiente golpe, la raja vertical se hace más ancha. Veo una nariz brillante, un ojo. Embiste con la cabeza una y otra vez hasta que consigue meterla. No puedo mirar el hocico, las fauces, húmedas y pegajosas de una sustancia que mi mente se niega a aceptar. Se está retorciendo y consigue pasar la parte superior del cuerpo. Todas las fibras de mi ser quieren escapar, pero no hay a dónde. Me lanzo contra ella y le clavo la esquirla de espejo en el ojo. Sacude la cabeza tan deprisa que me roza la muñeca con los dientes. Caigo hacia atrás y el trozo de espejo me sale disparado de la mano.

No creía que un perro pudiera gritar, pero está gritando, irrumpe por la puerta, la mitad superior vuela en astillas por el aire. Me lanzo hacia atrás, tal vez pueda subirme al armario con Jack, pero no, claro, he quitado la cama, imposible llegar hasta arriba. Veintitrés entra de un salto en el dormitorio, resbala por el suelo, ladra, lanza dentelladas al aire. ¿Qué está viendo? ¿A quién? ¿A la persona que le mutiló la cola hace mucho tiempo? Por un momento, me planteo lanzarme hacia el pasillo, pero apenas se me ocurre la idea cuando alza la cabeza, yergue las orejas. Clic, clic, clic, hacen sus patas, hacia el armario. Retrocedo muy despacio mientras mil opciones inútiles me pasan por la cabeza. Estoy demasiado lejos de la ventana, y la inútil ristra de sábanas no sirve de nada donde está, en el suelo. Si salto, la caída me dejará malherida y no podré huir. Mi espalda choca contra el armario. Fin de la retirada. Palpo en busca del pestillo. No sé cómo, pero lo sé: va a saltar. Es algo que cambia en sus ojos, en su paso, en su porte. Lo sé con un instinto antiguo, la vieja comunicación entre cazador y presa.

Echo la mano atrás, abro la puerta del armario y me meto dentro, y cierro la puerta justo a tiempo. Veintitrés choca contra el roble con un gruñido. El armario se estremece, pero resiste. Mi temor es que lo derribe para alcanzar a Jack y a la bebé. Pero, por el momento, aguanta.

De todos modos, es el último recurso. El roble resistirá más que la puerta del dormitorio, pero no mucho más. Veintitrés lo va a destrozar.

—¡Jack! —grito. Doy un golpe en la madera, encima de mí. La oigo

moverse—. La perra acabará por cogerme. Te voy a decir lo que tienes que hacer, así que escucha con atención. Cuando esté ocupada conmigo, coge a la niña y salta del armario. Tienes que ser rápida. En la puerta del dormitorio hay un agujero ahora. Cabéis de sobra. No intentes mover la cómoda ni la cama, tardarías demasiado. Cuando salgas, corre abajo a la cocina y coge las llaves del coche de Mia. Están en el gancho, junto al teléfono. Sal y cierra la puerta corrediza. Métete en el coche y arranca. No pares. No mires atrás.

No hay respuesta.

—¿Me has oído?

No sé lo que está pensando Jack y no tengo ni idea de si va a hacer lo que le digo. Solo me queda esperar que sí.

—No te olvides de la niña, ¿vale? No te olvides.

Estoy llorando. Las lágrimas me caen tan deprisa que me las tengo que lamer. He intentado que no se me noten en la voz.

Va a ser horrible. Va a doler. Tengo miedo. No quiero morir.

Arriba, la bebé empieza a llorar. Son aullidos agudos, largos, de pesar infinito. A modo de respuesta, la perra ruge de nuevo y la puerta del armario cruje con ese sonido que ya empiezo a conocer bien. Falta poco.

«Eh, Sundance —me dice Jack al oído—. Cuidado, que viene Mia con el dodo». Me sobresalta la sensación de una mano cálida contra la mía.

Pero Jack ya no está. Es mi mente agotada que dispara hacia el cielo los últimos cohetes. De todos modos, me resulta reconfortante. Es suficiente. Susurro una y otra vez el nombre de mi hermana. Ni yo misma me oigo porque la perra está aullando otra vez; suena muy cerca, como si la tuviera junto a la oreja, con las fauces abiertas...

Un crujido. Luz en la oscuridad. La puerta del armario cede y salta hecha astillas. Huelo a sangre. La sangre de Falcon. El cuerpo enorme oculta la luz. Ha llegado la hora. Cierro los ojos. La huelo. El aliento a carroña de la perra llena la oscuridad del armario. Ya viene.

Se oye un sonido, un zamp. ¿Ya está? Puede que la muerte sea más fácil de lo que me pensaba. Pero creo que aún estoy viva. La bebe sigue llorando. Veo luz.

Sundance.

Oigo su voz ahí mismo, en el oído, joven, alerta. Lanzo un grito y abro los ojos. La puerta destrozada del armario está abierta, colgando de las bisagras. La habitación parece desierta. Salgo despacio, preparada para el ataque, el aliento, las fauces. Pero no pasa nada.

—¿Jack? —susurro.

No hay respuesta. Una mano diminuta se mueve impotente sobre el

armario, y salto para coger a Callie. ¿Dónde está Jack? La perra y ella han desaparecido, se han esfumado. Oigo un gorgoteo a mi derecha. Miro hacia un lado del armario.

Ahí están, entrelazadas en un abrazo silencioso. Veintitrés, tirada encima de Jack, con los dientes en su cuello. La sangre mana a borbotones de la arteria y le cae como un arroyo por los hombros, el pecho, los brazos, las manos. Ha formado un charco en el suelo. Aún mueve un dedo. Tiene los ojos clavados en mí. Me ve. Con la otra mano todavía sujeta la esquirla de espejo. La ha hundido en el cerebro expuesto de Veintitrés. No sé cómo, Jack le ha conseguido arrancar el sello de cemento del cráneo. La perra está muerta.

Aparto el peso negro de encima de Jack. Le tapo las heridas con las manos para parar la sangre, pero me sigue manando entre los dedos. Veintitrés la ha destrozado.

—Voy a pedir ayuda —digo—. Aguanta. Te pondrás bien.

Intento levantarme, pero me agarra por la mano y no me suelta. Estrecho a la bebé contra mí y me deslizo para sentarme junto a Jack. La rodeo con el brazo.

—Cassidy —digo. Lleva toda la vida intentando salvarme. Al final, lo ha conseguido—. Te pondrás bien.

Trata de decir algo. La palabra se pierde, ahogada en sangre. Es un sonido espantoso. Creo que ha dicho «miente». Lo intenta otra vez. En esta ocasión le sale «arde».

—No hagas esfuerzos —le acaricio el pelo.

Nos quedamos allí, las tres, mientras anochece sobre las montañas lejanas. La penumbra se extiende como la piel sucia de un coyote bajo el cielo. La respiración de Jack es cada vez más superficial. Noto su cuerpo cálido contra mí. Creo que siempre supe que una de las dos moriría aquí. Tal vez ambas. Mientras llega la oscuridad, me pregunto si ya ha sido así.

Los recuerdos y los mundos me pasan ante los ojos, todas las veces que Jack y yo nos aferramos la una a la otra. Nos hacemos más pequeñas, cada vez más pequeñas, hasta acabar otra vez aquí, en la oscuridad, mirando entre los barrotes oxidados de una jaula con el sabor dulzón a cocacola sin gas en la boca. Volvemos al principio, cuando solo nos teníamos la una a la otra. Hemos dado la vuelta entera a la esfera del reloj, porque así es también como acaba. Nosotras, juntas.

Alza la mano y me toca la cara. Siento el rastro de sangre que me deja en la mejilla. Caliente, luego frío. Jack tiene los ojos fijos en la bebé, que le devuelve la mirada con los suyos azules, rasgados, nuevos.

—Has hecho algo precioso —le digo.

Sonríe, o puede que sea el dolor.

—No me pasará nada —le digo—. Ya te puedes ir.

Casi veo lo que sucede: se eleva sobre los restos ensangrentados de su cuerpo, silueteada en luz plateada contra la noche inminente, con los bordes vibrando como un enjambre de moscas. Casi la veo cuando se da la vuelta y se aleja, atraviesa la pared hacia el desierto oscuro, infinito. Pienso en mi propia Callie, mi pequeña, que se fue demasiado pronto. Espero que Jack la encuentre. Me consuela imaginar que será así, que mi hermana cogerá en brazos a ese bebé tenue de luz. Y ahora mismo necesito mucho consuelo.

Deposito un beso en la mejilla fría de Jack, y luego la tapo con una sábana. No puedo seguirla hacia la noche. La bebé se mueve y gimotea.

Aparto la cama y la cómoda de la puerta. Estoy tan cansada que querría morir. Pero hay cosas que hacer. Estoy a punto de dar una patada al cadáver de Veintitrés, pero me contengo. No ha sido culpa suya.

No miro a mi alrededor al recorrer la casa. No miro las huellas rojas en el suelo de madera pulida. No miro la forma desmadejada tirada contra la pared del vestíbulo redondo. Y pese a eso, parece que me sigue, como una nube de tormenta que solo veo por el rabillo del ojo.

Preparo leche de fórmula e intento alimentar a la bebé de pie, en la cocina, junto a la ventana tras la que empieza a amanecer. No para de llorar. La leche se le derrama fuera de la boca aullante. Trato de calmarla, de consolarla, pero ¿qué consuelo nos queda a ninguna de las dos? *Por favor, no recuerdes esto. No permitas que se instale en un lugar oscuro de tu mente.* ¿Qué será de ella?

Pero lo sé, claro.

—Ahora eres Callie —digo en voz alta—. Eres mi hija y no permitiré que nada te haga daño.

La bebé me mira con sus ojitos. Es una mirada cargada de sabiduría, y siento un cosquilleo de intranquilidad por dentro. Pero no es más que una niña. Es mi niña, y de ahora en adelante la protegeré de todo.

Entierro a Jack en el reloj de sol, bajo el rosal, donde antes creía que yacía mi madre. Ahora es una tumba de verdad. Está cerca de mi pequeña, la que perdí. Mientras cavo, Callie hace ruiditos en su capazo. ¿Sentirá la presencia de su hermanastra allí, bajo la tierra? Dos Callies. Una viva, una muerta.

Abro la puerta del corral oeste, la que da al desierto. Luego voy hacia la perrera.

Miro a los nueve perros que quedan desde el otro lado de la alambrada. Están tumbados a la sombra, jadeando. Hace mucho calor. La escopeta me pesa en la mano. Callie está en el leñero, en su capazo. He atrancado la puerta. Espero que esté bien. Espero vivir suficiente para ir a buscarla cuando termine aquí.

Voy hasta la puerta oeste y titubeo. ¿Qué se sentirá? ¿Qué sintió Jack? Los colmillos que te perforan la carne... Recuerdo que aún no les hemos dado de comer hoy. Pero lo he decidido. Se acabó convertir algo en lo que no es, o castigarlo por lo que es.

Los perros me miran, expectantes. Estaban esperando a Mia.

—Venga —digo—. Estáis libres.

Pulso el botón de «busca» en el controlador. No surte ningún efecto evidente, pero, cuando abro la puerta, se dirigen hacia ella con las orejas tiesas. En ningún momento dejo el arma.

Pasan junto a mí uno tras otro para salir de la edificación. El último es el coyote. Se detiene un instante y me mira con los ojos amarillos. Olisquea y da un paso dubitativo hacia mí.

—No —digo—. Tienes que decidir por tu cuenta.

Los perros olfatean el aire y se desperdigan en busca de Mia. Unos cuantos rondan junto a la valla y tratan de ir hacia la casa. Huelen la sangre. Pero vuelvo a pulsar el botón de «busca» y se reorientan. Al final, todos salen del recinto. Se alejan por el desierto y se pierden en la distancia.

A veces pienso en ellos, en esos perros, vagando año tras año en busca de una mujer muerta. No es así, claro. Todos murieron de viejos, o de frío, o de hambre, o de sed, o devorados por animales más grandes. Pero murieron libres.

Y pese a eso, siempre que vengo tiro carne por todo el perímetro. No sé si es una ofrenda o si quiero aplacarlos. La carne no dura ni una hora. No vigilo a ver quién se la lleva. Si queda vivo algún perro, se ha ganado que lo deje en paz.

Arrastro a Falcon y a Mia hasta el corral vacío. Me cuesta mucho. Son muy pesados. ¿Cómo pueden pesar tanto? Los pies de Falcon van dando botes todo el camino. Los tiendo sobre la tierra. Sus cuerpos, los corrales vacíos, las puertas abiertas... todo eso contará la historia. Los perros con los que hacían experimentos atacaron a Falcon y a Mia.

Deposito a Veintitrés junto a ellos. Tiene la lengua fuera de la boca y los dientes aún llenos de sangre.

Tardo horas en limpiar la casa con lejía. No dejo ningún rastro de

sangre. Tampoco del parto. Si consigo desviar la atención de la casa puede que todo salga bien.

Solo me queda por hacer una cosa antes de descansar. Tengo que enterrar el clic. El lugar elegido para enterrarlo será el cementerio de los perros. A pocos metros, Callie hace ruiditos en su capazo, bajo la sombra de un árbol, como si hablara consigo misma de cosas secretas.

Esto no es solo un entierro. Aquí, bajo el suelo, hay algo que necesito. Quiero el mensaje que Jack dejó junto al perro muerto, en la fiambrera de Snoopy. Espero estar cavando en el lugar correcto. La pala choca contra algo y suena un crujido. Una caja torácica. Pero no hay nada debajo, no tiene corazón de metal. Aparto los huesos.

Sigo cavando, pero no encuentro la fiambrera de metal.

—Vamos —susurro, como si la tierra pudiera responderme—. ¿Dónde está?

Al final, me doy por vencida. Las páginas que escribió mi hermana muerta ya no existen, como ella. Tal vez algún animal carroñero movió los restos. O tal vez Jack volvió a cavar en la tumba alguna noche oscura para sacarlas. Me parece el golpe definitivo en una larga serie. Ya ni me molesto en secarme las lágrimas, dejo que me corran por la cara.

—Fuera lo que fuera —le digo—, ahora guardarás el secreto para siempre.

Deposito en el agujero la caja azul con la última versión del clic de Mia, la que diseñó para los cachorros de Veintitrés. El último clic. Lo cogí del armario y, mientras lo llevaba, fue como si se agitara entre mis manos. Como si dentro hubiera algo vivo, algo empecinado. Levanto la pala para asestar el golpe definitivo. ¿Lo entierro entero o lo destruyo?

—Seguro que ni siquiera funciona —digo en voz alta—. Sería el colmo que hubiéramos pasado por todo esto en vano. ¿Quién sabe? Puede que el pinkopótamo lo sepa.

Estoy perdiendo la cabeza. Noto que la cordura se me escapa como seda entre los dedos.

Echo paladas de tierra sobre la caja azul. Quiero perderla de vista. Podría destruirla, pero no lo voy a hacer. No sé qué me depara el futuro, ni qué le depara a Callie. Lo que sí sé es que le daré a Callie lo que necesite. ¿Incluso el clic? Sigo echando tierra, tiritando, mascullando. ¿Me veré obligada a cavar aquí en el futuro, en un día lejano, mientras mi hija me mira y habla sobre cómo se queman los que mienten?

Se acabó. He terminado. Siento un cansancio mortal. Una sombra cae sobre la tumba recién rellenada. Hay alguien detrás de mí que se

alza contra el sol.

—¿Qué leches ha pasado? —pregunta Irving.

Está muy blanco y se presiona un pañuelo contra la boca.

—Los perros se escaparon —digo.

No hay palabras para contar lo que ha pasado aquí en realidad.

—¿Por qué no has llamado a la policía?

Pero no me hace falta responder, porque ha visto a Callie, bajo las sombras ondulantes. Se dirige hacia ella, la coge con delicadeza del capazo, la alza. Sus piernecitas parecen tan vulnerables...

—Es mía —dice. No es una pregunta—. Hola —le dice a la niña—. Hola.

Callie le toca la nariz con la mano. El orgullo ilumina el rostro de Irving. En ese momento sé que nunca me libraré de él. Que nunca dejará a Callie. Si quiero quedármela, tengo que quedarme también con él.

Fue Asia, claro. Después de hablar conmigo llamó a todo el que pudiera saber mi paradero. Al final se le ocurrió llamar a Irving. Encontró su número en la guía de la facultad. Estaba muy nerviosa, así que Irving tardó en entender lo que le decía. Le contó que estaba embarazada, que mi familia me tenía prisionera en una secta, así que Irving acudió a por lo que le pertenecía. A por Callie.

Sé que Asia solo quería ayudar. Ayudar, esa necesidad insaciable que tiene la gente.

Irving y yo estamos en el porche, bajo la sombrilla. Callie parece satisfecha en su regazo. Él se sujeta el pañuelo contra la nariz con la mano libre. El aire trae ya el hedor de la muerte.

Yo no me siento. Estoy de pie ante él como una alumna desobediente. Lo he pensado bien y he llegado a la conclusión de que eso es lo que más le gustará. Me balanceo, mareada de calor y de agotamiento.

—No es tuya —dice—. Eso es un hecho. No acabas de parir.

—En todos los aspectos relevantes, es mía.

—No pienso renunciar a ella. Me la llevaré. Si te enfrentas a mí, te plantaré cara. Conseguiré una orden judicial. Con lo que sé de este lugar y de ti se pueden escribir libros enteros.

—¡Soy su madre!

—No eres su madre. Eres su tía. Me has dicho que perdiste a tu bebé... ¿la perdiste, o pasó algo peor? ¿Dónde está el cadáver? Esto se va a poner muy feo para ti. —Saca el móvil—. Voy a llamar a la policía. Es mi deber como ciudadano.

Una nube negra me zumba delante de los ojos. Respiro hondo. «Solo un poquito más», me digo. Tengo que jugar bien las cartas.

—¿No sería mejor que tuviera una familia? —pregunto—. ¿Quién la va a cuidar cuando estés dando clase?

—Contrataré a una mujer —dice, pero veo la semilla de una duda.

Tengo la sensación de que el padre de Irving ha vuelto a amenazarlo con desheredarlo, y adiós a los pozos de petróleo.

—Sería mejor que tuviera una madre —insisto—. Si pudiera crecer rodeada de valores más tradicionales.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Deberíamos casarnos. —Cuanto más fuerte lo ate, mejor—. A tu familia le gustará.

La inseguridad se le refleja en la cara.

—¿No te creías todas esas mentiras que te dijo tu hermana sobre mí?

—Estaba enferma. Los dos lo sabemos. —No me molesto en señalar que, si Jack mintió, Callie no es su hija. Me guardo esa bala para el futuro. Sé que en los próximos años la voy a necesitar—. Por favor —digo, porque le gusta que suplique—. Los dos queremos lo mejor para ella. Lo que digo es lo más lógico. Y yo puedo ser una esposa excelente.

Casi veo los engranajes que giran detrás de sus ojos.

—Seguimos juntos por los niños —se burla.

—Sí. Será nuestra. Una infancia normal. Con fiestas de cumpleaños, piscina de plástico en el jardín, salidas al centro comercial, a lo mejor hasta un poni.

«Y nada de perros», pienso con un escalofrío. Todo se vuelve resbaladizo. Lo miro y es como si su cara se estuviera derritiendo.

—Irving... Irving... me estoy mareando...

Me coge entre sus brazos.

—Calma —dice. Es tranquilizador—. Calma, no pasa nada. Yo me ocupo de todo.

Y pese a lo que sé de él, dios santo, pese a lo que sé de él, es maravilloso que alguien me diga eso, que me quite la carga de los hombros. Es maravilloso que me sostengan y me digan que no pasa nada. Y es maravilloso creerlo, aunque sea por un momento.

—Bueno —dice—, pues estamos prometidos, ¿no?

Tiene tal voz de desconcierto que me río entre lágrimas.

—Gracias —digo.

Los hijos lo cambian todo. Puede que, si fingimos bien, esto se vuelva real.

Antes de salir, abro todas las mosquiteras y la puerta principal. El viento sopla y silba en Sundial.

Recibo la llamada cuando estoy en el balcón del apartamento de

Irving. La sombra lo protege del sol de la tarde. Callie duerme a mi lado. No soporto perderla de vista ni un momento.

Mientras me hablan, tengo en la mano un ramillete de madreselva y lirios naranjas, y su olor me envuelve. Hemos estado viendo a floristas por la mañana para que nos den ideas para las flores de la boda. Será discreta, pero Irving quiere que haya boda. El ramillete ya se está poniendo mustio con el calor.

El cartero encontró a Falcon y a Mia cuando fue a buscar a alguien que le firmara el recibo por un paquete. Llevaban así semanas, no me pueden decir cuánto tiempo con exactitud. El desierto ha momificado los cadáveres, pero las pruebas son evidentes. Los perros los mataron.

Callie se despierta cuando cuelgo el teléfono. Dejo el ramillete en la mesa y voy con ella. Se calma enseguida. Miro la carita perfecta, toco la mejilla perfecta con un dedo. Se mueve.

—Lo siento, cielo —digo—. Lo siento.

Un sonido hace que me dé la vuelta. Hay un colibrí suspendido sobre el ramillete, con el pico hundido en un capullo de madreselva.

Vienen dos agentes de Cielo para hablar conmigo. Uno parece un trasgo. El otro es moreno, atractivo.

Irving y yo estamos sentados juntos, con su brazo en torno a mi cintura. Lleva una camisa muy blanca y deja caer varias veces el nombre de su padre. Me doy cuenta de que se lo está pasando en grande. Yo estoy paralizada de miedo.

Los agentes son reconfortantes. Tengo un bebé, estoy a punto de casarme y mudarme a una nueva casa. Son noticias espantosas.

—Los vi hace un par de meses —digo—. No me lo puedo creer. No hablamos a menudo, eran un poco excéntricos.

Los agentes asienten. Se han enterado de las excentricidades. Han visto los laboratorios.

—La casa es un desastre —dice el agente moreno—. Han entrado animales. Algún depredador, un coyote o un puma, la debe de haber usado como madriguera. También hay rastros de mamíferos pequeños, ardillas, mapaches. Todas las puertas estaban abiertas.

Se marchan, pero el policía que parece un trasgo se vuelve un momento.

—Esos experimentos que hacían... Yo tengo perros. Eso no se le hace a un perro.

Sacude la cabeza con un gesto negativo y se marchan.

Entierro a Mia junto a Falcon, cerca de la casa, bajo la jacaranda. Han vivido y muerto en Sundial, y ahora descansarán ahí para siempre. No sé si es un acto de venganza o de perdón. Encargo unas lápidas

grandes en Ojai.

A veces no sé por qué he conservado Sundial. Lo llevo en la sangre. Por eso no puedo renunciar a ese lugar.

En Bone dicen que Jack está en Nebraska. Toda la ciudad comenta que era conflictiva, y a nadie le importan las chicas así. Pero yo pienso en ella a menudo. Está haciendo compañía a mi hijita, cerca del reloj de sol.

Rob

Me detengo. No quiero que Callie sepa lo siguiente. La traición lenta que tuvo lugar centímetro a centímetro. A medida que pasaban los días y los meses, descubrí el espanto infinito de tener miedo del hombre con el que me había casado. Y, más tarde, de mi hija.

—No soy tu hija. —Callie está boquiabierta.

No sé qué revela su rostro inexpresivo, ¿incomprensión o asombro maravillado? Tenemos que entendernos la una a la otra porque estoy harta de fingir.

—No digas eso nunca. Eres mi hija.

Y es verdad. Quiero a Callie. Tendría que haber abandonado a Irving hace mucho. Pero pensaba que la normalidad sería un escudo. Que protegería a mis hijas.

—Tienes que responder a los mensajes de papá —susurra Callie como si Irving pudiera oírnos—. Te ha mandado muchos, mamá. Tienes que responder, ya lo sabes.

—¿Me has registrado el bolso?

Controlo el tono de voz. No quiero asustarla.

Es extraño, pero de todos los fantasmas que nos rodean, la voz que oigo de pronto es la de Mia. Casi la veo con la jeringuilla en la mano y el rostro serio.

Tú habrías hecho lo mismo para salvar a tu hija, Rob.

Me repito las razones que tengo. La jerarquía del árbol de decisiones. ¿Qué vida le espera a Callie? No se va a curar. ¿Cómo va a buscar su lugar en este mundo? Miro su rostro inexpresivo, los ojos verdes vacíos, y veo, quizá por primera vez, lo que hay en ellos. Inocencia. Está mirando los dos objetos desenterrados que hay en la mesa, todavía sucios de la tierra roja de Sundial. La caja azul y las páginas arrancadas de una libreta donde está la historia de nuestros nombres, la historia de un lugar que no recuerdo más que en los rincones más oscuros de mi propio ser. La granja de cachorros. Mi hija nunca ha tenido la menor posibilidad.

Juré que las protegería a las dos y lo voy a hacer.

Todo el mundo tiene una historia que los explica por completo. Creía que conocía la mía. No era así. Ahora mismo, aquí, estoy inmersa en ella. Esta va a ser la elección que me defina. El árbol de

decisiones se abre ante mis ojos, y al final de cada rama hay una fruta terrible.

Me doy una palmadita en el bolsillo del pantalón para confirmar que aún tengo la llave del cuarto de Callie. Todo decidido. Respiro hondo.

—¿Vamos a contar las estrellas desde la ventana de tu cuarto, cielo? Necesito ver algo bonito.

Callie

La historia de mamá ha funcionado porque hay cosas que ahora ya entiendo. Como la canción de Callie Blanca. Mamá me va a clavar una aguja en... me va a convertir en otra hija. La caja azul está entre nosotras. La luz casi se ha ido, pero la caja aún reluce un poquito, como si dijera «Oye, que no estoy tan mal».

—He luchado tanto por ti, Callie... —dice mamá—. Y seguiré luchando. No dejaré que te conviertas en ella.

Se muerde el labio igual que Annie. Parece muy joven. Se lleva un dedo al ojo como para ajustarse la lentilla, pero no es posible, porque no lleva lentillas. Está muy carita triste y le brillan los ojos con las lágrimas. Por un momento casi me engaña. Tengo ganas de darle un abrazo. «No pasa nada, mamaíta». Pero luego se le va la vista hacia la caja azul.

—¿Vamos a contar las estrellas desde la ventana de tu cuarto, cielo? —dice mamá, o nomamá.

Me levanto y vamos hacia las escaleras como si tal cosa. El corazón me late a toda velocidad.

—Enciende las luces, cariño —dice, y se queda en la puerta de mi habitación. Con la mano en el bolsillo. Tiene la llave, estoy segura.

En cuanto entro y enciendo la luz, cierra la puerta de golpe, pero estoy preparada y la abro de golpe. La puerta le da en la cabeza y mamá se tambalea. Le quito la llave de la mano y la empujo dentro, cierro la puerta y echo la llave. Menos mal que se ha tomado un par de vasos de vino.

Bajo corriendo hacia la puerta, hacia la oscuridad.

«Cógelo», me susurra Callie Blanca al pasar por la sala.

Agarro el clic que está en la mesa y sigo corriendo, espoleada por los gritos de Callie Blanca. La puerta de entrada tiene un cerrojo que se traba. Mamá está aporreando la puerta en el piso de arriba.

El frío del ocaso del desierto me envuelve. Me llegan los gritos de mamá.

—¡Callie! ¡Callie! ¡Déjame salir!

Sopla el viento y hay arena por todas partes. Me escondo detrás de unos cactus. La luz tiene el color de una magulladura, el color de las nubes de tormenta. En el cielo brillan estrellas madrugadoras y frías.

Si no tuviera tanto miedo estaría encantada. Todo esto es precioso. Tiro la llave lejos, hacia la oscuridad.

«¿Cuál de las dos es, Jack o Rob? —me dice Callie Blanca al oído—. ¿No te lo has planteado? Puede que todo sea mentira».

Asiento con la cabeza. Sí, lo he pensado.

Me meto la caja de plástico azul en la manga del jersey y echo a andar con cuidado por la oscuridad, muy despacio, en silencio, hacia la parte trasera de la casa. Oigo a lo lejos, en el interior, a mamá, o nomamá, que grita mi nombre. Parece como loca. Está loca.

Tengo que esconderme hasta que se haga de día y luego puedo ir hasta la carretera, a buscar un teléfono o alguien que me lleve. Seguro que me secuestra un psicópata. No será peor que la psicópata de la que estoy escapando. ¿Y si me meto en los laboratorios? Pero se me para el corazón solo de pensar en los fantasmas que viven ahí. Los perros con el cráneo cortado. Además, los laboratorios están cerrados con candados.

¿Por qué no le cogí el teléfono cuando tuve ocasión? Qué idiota. Aquí fuera cada vez hace más frío.

Algo se alza de pronto contra el ocaso. Pego un respingo, pero solo es la jacaranda, con esas ramas que se alzan hacia el cielo. Me resulta extraño pensar que aquí mismo, bajo este árbol, fue donde mi madre conoció a mi padre hace tantos años. Una de mis madres.

Papá me avisó, me previno contra ella, pero no le hice caso. Seré idiota...

Ya no me llama. ¿Oigo pisadas? Mamá se acerca. ¿O es el viento? Es imposible que haya salido ya. El corazón me late tan deprisa que seguro que lo oye. De un salto, me escondo contra el árbol, pero hago demasiado ruido. Aguanto la respiración un momento y escucho. Solo se oyen los sonidos de la noche. Tal vez haya sido el viento. Empiezo a trepar con tanto sigilo como puedo hacia las ramas más altas. Aquí arriba se está bien. Se mecen con el viento, y es muy agradable. Me siento más cerca del cielo.

«Eso, quédate aquí —dice Callie Blanca—. Aún no es la hora».

«Genial, gracias por tu ayuda». Callie Blanca no es la única que sabe ser sarcástica.

Sigo trepando hasta llegar a unas ramas que forman un asiento. Me acomodo con cautela. Aguantan mi peso, son sólidas. La caja de plástico se me clava en el brazo. La saco. Seguro que me ha dado de sí la manga del jersey, con lo que detesto eso.

«Ábrela», dice Callie Blanca.

Tengo que librarme del clic. Lo romperé contra el tronco del árbol, que chorree hasta la tierra de Sundial y desaparezca para siempre.

Abro la caja azul muy despacio. Tengo miedo, pero también quiero verlo, igual que quieres ver serpientes venenosas, tiburones, todas las cosas que te pueden hacer daño.

La jeringuilla está en su lecho de plástico. La aguja brilla cruel a la luz cada vez más escasa.

Está vacía. En el cilindro no hay nada. Saco la hipodérmica. La miro, la agito para confirmar que no es un efecto visual de la luz. No, está vacía. ¿Lo sabe mamá? ¿Hubo algo aquí alguna vez? Está pasando algo, y no es lo que pensaba.

Ahora me llega el sonido lejano de un motor. Dos alfileres aparecen en la distancia por la carretera. Se van hinchando hasta convertirse en monedas gemelas. Los faros de un coche. Un coche que viene de Cielo. Sé quién debe de ser. Y sí, gira para meterse en el camino de entrada de Sundial.

Vuelvo a meter el clic en la caja y me la guardo en la manga. La jeringuilla hipodérmica está vacía, pero es la única arma que tengo. Bajo por el tronco del árbol, aunque me despellejo las manos.

Callie Blanca se convierte en un diminuto escarabajo de plata aferrado a mi oreja.

«No —dice—, no vayas por ahí».

No le hago caso. Si consigo llegar hasta el coche antes de que mamá lo oiga acercarse...

Paso junto a la mole de Sundial. La luz sale por las ranuras de las persianas y las cortinas. Corro hacia los faros, hacia la seguridad, me golpeo las espinillas contra objetos que no veo. ¿Dónde está mamá? Voy jadeando. Salto al centro del camino, casi de bruces, y agito los brazos. La luz cegadora me rodea. Comprendo demasiado tarde que el coche viene muy deprisa.

Se oye un sonido de pisadas a la carrera detrás de mí. Algo sale de la oscuridad y me coge en brazos. Me aparta del camino del coche, que patina en el sendero con un chirrido de neumáticos.

—¡Te podrías haber matado! —me dice mamá contra la oreja—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Forcejeo para soltarme mientras el coche se detiene. Las dos nos ponemos la mano sobre los ojos para protegernos de la luz deslumbrante de los faros.

Una figura alta sale del coche.

—¿Papá? ¡Papá!

Me alegro tanto de verlo...

—Irving —dice mamá.

—¿No me esperabais?

Suena satisfecho.

Más que verla, siento cómo mamá sacude la cabeza.

—Tendrías que haberme dejado que te encerrara en tu cuarto —me susurra al oído—. Menos mal que las sábanas son fuertes.

Me debería haber acordado de que mamá ya pensó mucho en cómo escapar de esa habitación.

—Ven aquí, Callie —dice papá.

—No te muevas, Callie, por favor —dice mamá.

Tiene la voz tranquila, pero detecto miedo en ella. Me abraza con más fuerza.

—He venido a por mi hija.

—No va a ninguna parte contigo.

Papá se calma, se apoya contra el coche.

—No estás en condiciones de cuidarla. Callie, cariño...

Sé lo que quiere que diga.

—Tengo miedo de mamá —susurro—. Me ha zarandeado. Y me quiere clavar una aguja...

—Por favor, Callie. —Oigo las lágrimas de mamá—. Callie...

—Suéltame, mamá —susurro; para mi sorpresa, lo hace.

—Métete en el coche y ponte el cinturón de seguridad, ¿vale, Callie?

Miro hacia el asiento de atrás del coche. No hay nadie. Se me hiela el corazón.

—Papá —digo—, ¿no vienes con Annie?

—No, cariño. La verás muy pronto.

—Pero ¿dónde está?

El corazón me bombea frío hacia todo el cuerpo. Miedo.

—Con Hannah. La señora Goodwin. No te preocupes, cariño. Todo va bien.

—¿Dónde están el señor Goodwin y los chicos? —le pregunto a papá.

Me lanza una mirada de impaciencia. Se está cansando de tanta pregunta.

—Han ido de acampada. La señora Goodwin está cuidando de ella. —Se vuelve hacia mamá—. Annie ha estado encantada de ver a Hannah. Como su propia madre la abandonó estando enferma... Tiene un trauma. ¿Sabes que tu hija pequeña se negó a ir a casa de Hannah si no se llevaba esa lamparita rosa? Está aterrorizada. Esto es antinatural.

—¡Papá! —grito—. ¡Papá, no tendrías que haber dejado a Annie con Hannah!

—Cálmate de una vez, ¿vale, cariño? —Papá y yo somos colegas, sí, claro. Pero ese es el tono que pone cuando tira del pelo—. Por última

vez, Rob. Se viene conmigo. —Me mira—. Entra en el coche, Callie. —Otra vez la voz pegajosa. No soporto esa voz. Titubeo—. Ahora mismo, colega.

Da un paso hacia nosotras y mamá se coloca delante de mí.

—No —dice.

Son dos figuras negras recortadas contra la luz de los faros, como si sus bordes ardieran. Papá tiende el brazo hacia ella, y ella se inclina contra él, y las sombras negras se tocan. «Anda, se están besando», pienso, y me parece muy inesperado, pero luego veo que papá la ha cogido por el pelo. Luego hace algo con la otra mano muy deprisa y se oye un crujido. Mamá se dobla por la cintura. Se lleva la mano a la cara y algo oscuro le corre entre los dedos.

—Callie. —La voz de mamá suena tranquila, pero extraña, bloqueada, como si tuviera un resfriado. Escupe al suelo y tiene la saliva roja—. Vuelve a la casa. Solo tardo un momento.

Papá vuelve a levantar el puño. Mamá alza la mano como si alguien le estuviera ofreciendo un plato con canapés y dijera «no, gracias». El puño desciende y la cabeza de mamá retrocede como una bola de billar cuando la golpeas con el taco. El cuello se le queda inerte. «Corre, corre», quiero gritar, pero no me sale nada de la boca, solo puedo abrirla y cerrarla como un pez, y mamá está tirada en el suelo, iluminada por la luz rara de los faros. Veo todas las sombras, como si fueran agujeros profundos. Papá le da una patada en el estómago y mamá se retuerce. Está de pie ante ella, muy alto. ¿Cómo no me había fijado nunca en lo alto que es?

Me meto la mano en el bolsillo y saco el controlador. Aprieto los botones, todos, con los dedos.

Ven.

Caza.

Ven.

Sé que no sirve de nada. ¿Qué me esperaba? ¿Que los perros vinieran a rescatarnos? Es igual que dar puñetazos contra la tierra. Pero es lo único que tengo. Papá y mamá son una forma monstruosa. Ella se agita, adelante, atrás, con los brazos sueltos, inertes. CARITA QUE GRITA.

—Callie —dice—. Callie.

Y papá está tomando puntería con el pie y sé que le va a dar una patada en la cabeza. Mamá está ahí tirada, quiero gritarle a ella, quiero darle yo misma los golpes, ¿por qué no se levanta, por qué no corre?

Me lanzo contra papá y le doy un golpe. Primero suelta un «uuff», luego viene el puño. Cuando me da en el costado, salgo volando por el

aire púrpura del anochecer y caigo con un crujido. La purpurina estalla. Cuando se despeja, mamá está sobre mí, me escuda con su cuerpo.

—Déjala en paz —le dice a papá.

Las palabras le salen húmedas. Sangre.

—Has golpeado a nuestra hija, Rob. —Papá parece conmocionado —. Ven conmigo, Callie. Mamá es inestable.

No lo entiendo, porque el que me ha pegado es papá, no mamá. ¿Verdad?

«Es el momento, Callie Caliente —me susurra Callie Blanca—. Corre, corre».

Salgo rodando de debajo de mamá y echo a correr, me alejo de la casa, del camino, hacia el desierto, entre los restos de los cobertizos y los cactus, a trompicones por el suelo desigual. Callie es como una flecha delante de mí, una luz plateada que me ilumina el camino.

«Sigue mi luz —dice Callie Blanca—. No te pares, a la verja oeste».

Las ramas de artemisa dibujan arañas contra la noche que se aproxima. Los últimos restos de sol son una navaja roja en las montañas Cottonwood.

Gritos, a mi espalda. Miro hacia atrás. Mamá corre, tambaleándose.

—¡Callie!

Se oye el rugido de un motor y las estrellas de los faros de papá se hacen más brillantes. Empiezan a saltar. Papá viene conduciendo entre los arbustos, el coche salta, ruge. Obliga a correr a mamá delante de él como si fuera una oveja. Pero luego la adelanta, la deja atrás en la oscuridad, y los faros vienen a por mí.

«Vamos». Callie Blanca no se detiene.

La valla se alza delante de mí, diamantes negros contra el ocaso azul oscuro. Choco de bruces contra ella, jadeante. «¿Y ahora, qué, Callie Blanca? —Tengo miedo—. ¿Qué hacemos aquí?».

«Ahora es el momento».

Miro a mi alrededor, pero no hay a dónde ir. Estoy atrapada entre la verja de alambre y un espeso matorral de cachanilla. El olor alcanforado me da náuseas. Los faros barren el terreno al acercarse. Mamá y papá vienen ya. «¡Me has engañado! —le digo a Callie Blanca —. ¡Me has traído a una trampa! ¡Quieres que sea blanca!».

Callie Blanca no responde. Atraviesa la verja una y otra vez. Creo que le gusta la sensación del alambre al traspasarla. Estoy llorando. Los faros blancos se acercan y el motor es como un monstruo. ¿Va a parar o quiere embestirnos?

La luz se derrama por el suelo como una inundación. Me protejo los ojos mientras papá para el coche. Sale y abre la puerta de atrás.

—Es muy peligroso andar corriendo por ahí de noche —dice—. Nos vamos, colega. Adentro.

Me toco la zona dolorida donde me dio el puñetazo. Luego, el otro costado, donde caí contra el duro suelo.

—No quiero, papá —susurro—. Me has pegado.

—No te inventes cosas, Callie —dice, impaciente.

Se acerca a mí y me levanta sin esfuerzo. Papá estaba en el equipo de remo de Princeton. Tiene un cuerpo grande como una casa. Huele a limpio. Me agarra con fuerza, con mucha fuerza, y me retuerzo. Me está apretando el costado dolorido, duele mucho.

Mamá llega a trompicones al estanque de luz blanca de los faros. La sangre parece pintura negra. Le pasa algo en la pierna. Llega hasta nosotros y agarra a papá por el cinturón. Él le da una patada. Mamá grita «aggg», y es casi como si oyera que se le rompe algo importante por dentro. Le huelo el miedo en la piel. Papá la empuja, pero ella no lo suelta. Me tiende una mano con la palma abierta hacia arriba.

—Callie —dice con la boca llena de sangre.

Si se lo doy a ella habré elegido.

«¿A cuál elijo, Callie Blanca?».

Callie Blanca se expande, cubre la tierra y el cielo, vasta como las estrellas. Apunta a papá. «Clava una aguja en todo el ojo». Su voz viene de todas partes.

Consigo sacarme el clic de la manga y se lo tiro a mamá. Ella rodea las piernas de papá con los brazos y caemos. Papá chilla como un águila. Chocamos contra el suelo. Me suelta y escapo rodando de su presa. Papá se da la vuelta y mamá se sube encima de él, trepa hacia su rostro como un lagarto por un árbol.

El sonido de los nudillos de papá contra su pómulo es como un disparo. «Crac». Mamá cae, pero vuelve a incorporarse.

—¡No mires, Callie! —me grita.

Alza la aguja, que brilla por encima de su cabeza. La baja de golpe y papá grita.

—¡Tápate los ojos! —dice mamá—. ¡No mires, cariño!

Pero no puedo hacerlo. Papá se arrastra hacia mamá como un gusano. Tiene plata en el ojo. Ella trata de escapar, pero es lenta. La alcanza. La coge por el tobillo.

«Está detrás de ti —dice Callie Blanca—. Ve hacia atrás».

No me hace falta que me lo repita. Me alejo de la cosa que repta. El suelo cede a mi espalda y caigo. Hay un agujero, una hondonada en el suelo duro. Un animal ha estado excavando aquí. Veo la razón: bajo una fina capa de tierra se ve la forma de un esqueleto. El cráneo y el extremo de un fémur están al aire. Las raíces entran y salen de las

órbitas oculares como serpientes diminutas. Se me dan bien los huesos, así que sé que es una vaca aun antes de ver el cencerro que brilla a la luz de la luna.

«Cógelo —dice Callie Blanca—. Venga, tú puedes».

Agarro el fémur de la vaca.

«Ahora, dáselo —dice Callie blanca—. Es el momento».

Brilla mucho, más que los faros. Proyectamos sombras definidas contra la arena del desierto.

—¡Mamá! —grito, y lo lanzo.

El hueso cae junto a ella y lo mira con sorpresa. Papá va a alcanzarla. Tiene sangre por la cara.

Me tapo las orejas con las manos. Lo último que veo antes de cerrar los ojos es a mamá, de rodillas a la luz de la luna, con el hueso agarrado con las dos manos alzado por encima de su cabeza.

Pasa un rato y hay silencio en el aire, y abro los ojos. Mamá está tendida junto a mí con los ojos cerrados. Creo que está sin sentido, pero respira, menos mal.

No miro hacia la otra forma tendida a la luz blanca de los faros.

X. ROJA. GRANDE.

«Clávame una aguja en todo el ojo», dice Callie Blanca, satisfecha. Pero yo estoy muy carita de fantasma que grita. No soporto nada de lo que ha pasado. Tengo escalofríos por todo el cuerpo. Una cosa caliente y húmeda se me retuerce por dentro, y siento arcadas.

Callie Blanca está alterada porque yo estoy alterada. Se convierte en una niebla fría de plata y oro. Se instala en torno a mis sienes como una corona. Es muy relajante, y el corazón deja de latirme a toda velocidad. El mundo para de dar vueltas y ya no lo veo todo borroso.

«Siempre pensé que no eras real —le digo—. Que eras una amiga imaginaria. Luego, cuando mamá me contó lo del clic, pensé que vale, que tenía el cerebro averiado. ¿Qué eres, Callie Blanca?».

«Ya lo sabes».

Nada tiene sentido en el mundo y todo lo que creía es mentira. Digo lo que tengo en el corazón, aunque sé que carece de lógica.

«Creo... creo que eres mi hermana».

«Eso es», dice, maravillada.

«Me duele el costado, Callie Blanca».

«Ya lo sé, pero tienes que seguir».

«Menos mal que estás conmigo».

Deja escapar un largo suspiro y se expande por encima de mí, me cubre con su abrazo de oro y plata.

«Yo también me alegro. —Veo que su silueta empieza a difuminarse —. Pero hasta aquí he llegado. Al final lo he hecho bien, ¿verdad? Te

he ayudado. A veces me lío un poco entre mangostas y mapaches...».

«Lo has hecho genial —le digo—. Me has iluminado el camino. Has encontrado el hueso para darle con él».

«Mangostas y mapaches, Marruecos y Mauritania y Mónaco. —Se va esfumando hasta que no es más que un atisbo de plata en el aire. Su voz se hace cada vez más tenue, es un susurro—. Morteros y manatís y morosos...».

«¡Espera, Callie Blanca, espera!».

—¡Espera! —grito.

Porque la necesito. Siempre hemos estado juntas.

«Ah, estupendo —dice muy, muy lejos—. Ya están aquí».

Y luego, hasta la plata desaparece en la noche, y no queda más sonido que el viento. Se ha ido. Estoy tan triste, es tan difícil... Justo cuando acababa de descubrir quién era.

—¿Callie? —Mamá ha despertado. Tiene los ojos clavados en un punto lejano, en la oscuridad, más allá de la luz de los faros del coche. Allí se mueve algo—. Dios mío —dice—. Están aquí.

Rob

Se adelanta hacia la luz como si estuviera en su casa, porque lo está. Esto ha sido su hogar desde hace muchos años. Es viejo, gris, con calvas en el pelaje. Pero tiene intacta la tapa de cemento odontológico en la cabeza. Aunque no la tuviera, lo reconocería entre mil. Se vuelve como si me leyera el pensamiento y me sonríe, y veo que faltan un par de dientes en esas fauces poderosas. Me quedo atrapada en sus ojos dorados, en esos ojos que contienen todo el desierto. Sigue siendo el rey.

—Quédate quieta —le digo a Callie en voz baja—. No muevas ni un músculo.

No puedo decirle que se tape los ojos. Quizá tengamos que correr. Pero me gustaría.

Los demás se adelantan, se desprenden de las sombras de la cachanilla. Me imagino que entre esos matorrales está el agujero que han excavado bajo la valla. Son cinco o seis. Tienen los ojos amarillos, pero no son cien por cien coyotes. Uno tiene una especie de moño, un mechón de pelo que le sobresale. Otro, el pelaje pardo de un alsaciano. El coyote se acerca a Irving. Se detiene un momento, luego agacha la cabeza y le coge la pernera del pantalón entre los dientes. Da un tirón tentativo.

Irving se mueve. Agita un dedo. Emite un ruido como si tuviera un sabor raro en la boca. El coyote se detiene y luego da otro tirón de la pernera. Es casi cortés. *Ven a jugar* . Irving vuelve a mover el dedo, como si buscara una mano a la que agarrarse.

Podría coger el hueso. Está a medio metro de mí, lleno de sangre. Podría correr hacia los perros, gritar para espantarlos. Podría dar resultado. Respiro hondo y visualizo el árbol de decisiones. Pienso en Annie, en sus bracitos delicados que se magullan con tanta facilidad, en sus ojos enormes, en su fe de que el mundo es un lugar maravilloso. Miro a Callie y me devuelve la mirada. Mi hija, tan extraña, tan inteligente, tan en conflicto con el mundo.

No me muevo.

Ahora se adelantan los otros perros. Se congregan en torno a Irving y lo arrastran hacia la sombra del saguaro. Vuelvo a respirar hondo y les tiro el fémur ensangrentado. Nimue. Ahí se quedaron sus huesos

todo este tiempo. Espero que no sufriera. Un perro pequeño y corpulento con orejas grandes sale de la manada, se apodera del hueso y lo arrastra orgulloso hacia la oscuridad entre los dientes fuertes.

Nada de esto les resulta extraño. He enseñado a los descendientes de la manada de Sundial que yo los alimentaré aquí, junto a la valla.

—Vamos, cariño —le digo a Callie—. Tenemos mucho que hacer.

La ayudo a ponerse de pie. Su cuerpo, que siempre se pone rígido y rechaza mi contacto, se muestra dócil. ¿Le he hecho más daño esta noche del que Irving le habría hecho jamás? No sirve de nada darle vueltas. He decidido. Todos tenemos que vivir con ello.

El asiento del conductor aún está tibio. El coche rezuma el olor a limpieza excesiva de Irving, y me estremezco. Tiene el móvil en el salpicadero. La batería y la tarjeta SIM están en el portavasos.

—Eso no hacía falta —dice Callie. Es la primera vez que habla después de lo que ha pasado—. Con apagar el teléfono, la policía ya no te puede localizar.

—Chica lista —digo—. Eres muy inteligente, Callie.

No responde. Las dos sabemos lo que significa esto. Sé que eso debería hacerme sentir mejor por lo que he hecho, pero no es así.

Volvemos por el terreno desigual. El chasis va dando saltos y roza contra las rocas y la maleza. Abajo, algo cruje y se rompe. No importa. Salimos del camino a la carretera. Callie no pregunta a dónde vamos. Puede que lo sepa. Las luces de los faros tienen un aspecto extraño contra el asfalto. Avanzamos como una nave espacial, o como un ser de las profundidades marinas. Creo que tengo un buen golpe en la cabeza. Honesty aparece recortada oscura contra la oscuridad.

Salgo de la carretera y meto el coche por el bosque de metal enmarañado y ladrillos en ruinas. Cuando llegamos al pozo de la mina, paro y abro la puerta. Los faros iluminan la entrada. Callie se da cuenta de lo que pretendo hacer y lanza un grito.

—¡No! —dice—. ¡En este, no! ¡Viven ahí dentro!

Y ahora que me lo ha dicho, los oigo, gimoteos, ladridos agudos que levantan ecos contra las paredes del túnel. No toda la manada ha salido a cazar esta noche. Me llega entonces, en la noche, el canto agudo del cachorro de coyote. La música de la noche, la música del desierto que resuena y vibra en las profundidades de la tierra.

Cierro la puerta y vuelvo a conducir, esta vez hacia la izquierda. Nos detenemos junto a otro pozo. Más ancho, parece más antiguo. Ojalá sea también más profundo.

Paro el motor. Los faros no se apagan, y tampoco la luz del interior. Es una medida de seguridad del coche. Nos ponemos detrás y lo empujamos. Rueda por el talud, la luz se desvanece como una estrella

fugaz. Se oye el golpe. Es un sonido que marca el fin de todo. El portal queda iluminado desde abajo con una luz escalofriante, como un río de lava o un demonio del mundo subterráneo.

Callie no aparta la vista.

—Voy a estar muy sola —dice.

Es como si me clavaran un cuchillo en el corazón. Le acaricio la cabeza.

—Cariño —digo—. Cariño, cariño. Yo siempre estaré a tu lado. Seré mamá y papá.

—No me refiero a eso —dice—. Echo de menos a Callie.

Esas palabras abren ante mí puertas a lugares terribles, oscuros, voraces. ¿He roto la mente de mi hija?

Alguien llora con sollozos quedos. Soy yo.

Callie me da palmaditas en la mano.

—Tranquila, mamá —dice—. Tenías que hacerlo. Lo sé.

Respiro hondo. Tengo que reponerme, por ella. Le cojo las manos con delicadeza.

—Vamos. —Me sale la voz aguda, chillona—. Vámonos, cariño.

Los faros lucen un momento más en las profundidades de la tierra. Luego, el pozo queda a oscuras.

Arrowood

Callie corrió agachada por la niebla de la mañana, siguiendo el rastro de las pisadas en el terreno blando. Tal como había esperado, llegaban hasta la puerta de la torre oeste, donde se alojaban las chicas de Cuarto A Zafio. Seguro que estaban durmiendo tras las clases nocturnas y eran la presa perfecta para la señorita Grainger y sus ojos dorados.

La puerta se abrió con un gemido y Callie se adentró hacia la oscuridad de la escalera. El aire era cálido y denso con el aliento de cuarenta niñas dormidas. ¿Se oía también el sonido de unas patas sobre la piedra, como si un enorme perro dorado rondara entre las camas?

Callie tenía manchas de pintura púrpura en las manos. Pensó en lo que tenía que hacer y frunció el ceño, pero Arrowood le había enseñado que, a veces, la decisión correcta era también la más difícil.

—Siempre tienes que ser la heroína.

Callie se dio la vuelta muy despacio. Una figura oscura salió de entre la niebla.

Corrió hacia Jack y trató de abrazarla.

—Has vuelto —susurró—. Ahora todo se va a arreglar.

Jack la apartó de un empujón.

—Para.

Callie vio que sus ojos se habían convertido en sendas monedas de oro.

—Te ha cambiado —susurró.

—Sí —dijo Jack—. Así es mejor. Ya no tengo que preocuparme por las prácticas de mandolina, el cuadro de honor del colegio, las medallas del mérito o ser delegada. La señorita Grainger y yo volamos por el cielo nocturno. Nos metemos en los dormitorios y devoramos los recuerdos de los durmientes. Los recuerdos saben a cocacola caliente, ¿lo sabías, Callie?

—No tienes que hacerlo.

—Te crees muy lista —dijo Jack—. Has quemado salvia de perro púrpura para atraernos. Era una trampa. Aún te apestan las

manos. Pero lo has hecho mal. Ella ya está aquí arriba. Todas las niñas van a morir, y tú, con ellas. —Dentro de la torre se oyó un sonido suave, como el de una tela desgarrada—. No la puedes vencer —añadió.

—Es cierto —dijo Callie—. No puedo vencerla... pero, juntas, sí podemos.

—No —dijo Jack. Se acercó a Callie y la agarró por los hombros con manos de hierro—. Ahora me voy a comer tus recuerdos.

Rápida como un rayo, Callie se sacó de la manga la navaja de resorte. Lanzó un tajo a los ojos de Jack. Jack retrocedió con un grito y se protegió la cara con las manos, pero era demasiado tarde. Callie le saltó los ojos de la cara. Las monedas doradas cayeron brillantes y se esfumaron sin hacer el menor ruido antes de llegar a la hierba húmeda.

Jack, muy despacio, apartó las manos y miró a Callie, parpadeando y asombrada. Tenía los ojos de su habitual color azul.

—Eres muy rápida.

—Tengo unos reflejos excepcionales —dijo Callie.

Era lo que le decía siempre la señorita Oolong, la tutora de actividades deportivas.

Se oyeron más sonidos tenues arriba, en la torre. Un suspiro, como el de algo que se desgarra para siempre.

—Es demasiado tarde —dijo Jack.

—Podemos salvar a algunas —dijo Callie.

—Las has utilizado.

—Tenía que atraerla aquí con la salvia de perro púrpura para que te trajera. Y tenía que distraerla para poder salvarte.

—Has hecho mucho —dijo Jack, y Callie pensó que se había vuelto loca. Pero luego Jack la abrazó con fuerza—. ¿De verdad podemos vencerla?

—Eso espero. Soy su hija, y luego te convirtió a ti en su hija, ¿no lo recuerdas? Ella misma nos lo dijo, las hijas son una magia poderosa. Pero ahora somos hermanas, y las hermanas también tienen una magia poderosa.

Callie desplegó la navaja de resorte con un clic. Jack le cogió la mano libre con su mano cálida.

—Por Arrowood —susurró Jack.

—Por Arrowood —susurró Callie.

Juntas, de la mano, subieron por las escaleras de la torre.

Rob

Volvemos a Sundial caminando por la carretera. Me miro las manos a la luz de la luna. Las tengo llenas de sangre y tierra.

No debería sorprenderme que Irving haya venido a matarme. Es lo que planeé. Mi hermana me dijo lo que tenía que hacer. En cuanto leí la carta, supe que no podía darle el clic a Callie. Jack me mostró otra solución. *Los niños son espejos que reflejan todo lo que les sucede. Por eso hay que rodearlos de cosas buenas. No lo olvides, Sundance.*

Irving no era una cosa buena. Cuando vi lo que Callie había empezado a reflejar, a él, no pude más.

Sabía cómo hacer que viniera a Sundial: responder al teléfono una de cada diecisiete veces. Pequeños gestos de desafío, constantes, molestos, mezclados con capitulaciones. Tensar, tensar constantemente la cuerda, no hacerle caso, soltarla, volverla a tensar. Ya había aprendido a hacerlo... gracias a él, a nuestro matrimonio. Lo furioso que se ponía cuando no era el centro de atención. Cuánto dolor mostrar para que no resistiera la tentación de verlo más de cerca. Sabía que lo podía volver loco de rabia, sacar a la luz los gusanos que llevaba dentro, hacer que viniera aquí. Los dos últimos mensajes fueron un delicado juego de equilibrios.

Irving me escribió: No me vas a dejar. Te voy a dejar yo. Hannah puede darme mucho más que tú.

Y yo respondí: Espero que seas muy feliz. Tras pensar un rato, mandé otro mensaje: Hannah te obligará a quitarte los zapatos antes de entrar en la casa. Es una manía que tiene. Irving no lo soportaba.

A mí nadie me obliga a nada. Me di cuenta de que habían discutido. Tal vez Hannah se había dado cuenta del mal negocio que estaba haciendo con el cambio.

A ti lo que te pasa es que tienes miedo de estar sin una mujer, tecleé. Creo que era verdad.

Ve con cuidado, Rob. O volveré al este y me llevaré a las niñas.

Hannah nunca me separará de mis hijas.

Pues me iré sin ella. Nunca me has entendido, Rob.

Dejé pasar un momento antes de responder: Vete a la mierda.

Tardó una hora en contestarme. Siempre se le ha dado bien tenerme en vilo.

Más cuidado, ese lenguaje. Se acabó. Ya tendremos una conversación civilizada

cuando vuelvas.

Soy mejor esposa que ella.

El último mensaje no lo recibió. Supe que había apagado el teléfono. Di por hecho que estaba de camino. Con los años había aprendido lo mucho que le gustaba a mi marido darme sorpresas.

Lo tenía todo planeado. Intenté encerrar a Callie en su cuarto, pero escapó. Cuando llegara Irving, iba a azuzar a los gusanos que llevaba dentro. Sabía que estaban cerca de la superficie. Me perseguiría por la finca, de noche, por estos terrenos que conozco como la palma de mi mano, hasta la tumba que había cavado para él junto a la valla, entre los perros muertos.

Vacié el clic. Presioné el émbolo y vi cómo el líquido púrpura se iba por el desagüe. Mi plan era pararle el corazón a Irving con una jeringuilla llena de aire. Embolismo pulmonar. Callie me dio la idea cuando se trabó con una palabra durante aquel desayuno, «Em-bo-lis-mo... ¿emblismo? No, embolismo».

Me pareció justo hacerlo con la jeringuilla que antes tuvo el clic. También fue un acto de fe. Al librarme del contenido me garantizaba que nunca lo iba a utilizar en mi hija.

Sabía que podía hacerlo si me acercaba lo suficiente. Es una tontería, pero quería darle una oportunidad. Una pelea justa entre nosotros, para variar.

Me recorre un escalofrío al recordar la resistencia, la aguja al penetrarle en el ojo. Vuelvo a sentir cómo se le rompe el cráneo. Soy una asesina, otra vez. Puede que sea el destino que me ha aguardado todos estos años. Al final, las manecillas dan la vuelta completa en el reloj. Lo he hecho por mis hijas. Lo he hecho por los que yacen aquí, bajo la arena del desierto. El árbol de decisiones siempre te lleva a donde debe, aunque no sea a donde tú quieres. Pero hay cosas que han salido mal. Me habría gustado que Callie no escapara. Intenté asustarla, pero se me fue la mano. Y más aún me habría gustado que no viera lo que vio. Y que él no le hubiera hecho daño.

Así que esta es la historia que me explica. Me duele la pierna, me da vueltas la cabeza. Hace frío. Tendría gracia que, con todo lo que he pasado, al final el desierto acabara conmigo.

Tengo que planear cosas, pensar qué decir. Construir la historia, ladrillo a ladrillo. Pero todo saldrá bien. Estoy segura. El desierto sabe guardar secretos. Irving estaba pensando en volver al este. Se había peleado con Hannah y decidió abandonarnos a las dos. Lo dice en sus mensajes. Y sospecho que Hannah ya ha visto los gusanos de Irving, así que ella también lo creerá.

Vuelvo a rellenar la tumba que había preparado para Irving en el

cementerio de los perros. Estoy muy cansada. Callie, acuclillada junto a mí, sostiene la linterna. No le digo que se meta en la casa. Se queda a mi lado aunque no se lo he pedido. Nos necesitamos la una a la otra. Estamos juntas en esto.

—¿Crees que tu hermana sigue aquí? —me pregunta. Hace un ademán vago que abarca todo Sundial—. ¿La ves alguna vez?

—No —digo. Le acaricio el brazo en un gesto reconfortante, no sé si para mí o para ella—. Jack se ha ido. —Y, por primera vez, me parece verdad.

—Los perros vinieron cuando pulsé el botón —susurra Callie—. El de «caza».

—Vienen siempre, cariño, en serio. El controlador está roto, no funciona. No ha sido culpa tuya.

Cuando termino, me apoyo en la pala. Por un momento, la noche parece cargada con el olor de la sangre, el calor de un día en el desierto, hace tiempo. Por un momento, veo un capazo junto a la tumba, y los puñitos de mi pequeña Callie. Me encantaban sus manos cuando era un bebé. Tan ágiles, tan hábiles. Siempre me estaba agarrando la mía, buscando proximidad. ¿Cómo he podido olvidarme de eso?

Callie se me acerca como si oyera lo que pienso. Es un gesto rígido. No está acostumbrada a buscar afecto. La estrecho entre mis brazos, le beso el pelo, se lo mancho de sangre. Ese diente se me va a caer. No me importa.

—Te quiero —le digo.

La abrazo con cuidado de no hacernos daño en las magulladuras. No sé cómo, pero lo he logrado. He salvado a mis dos hijas.

—El clic no estaba —dice Callie con su vocecita tensa—. La jeringuilla estaba vacía.

—Lo he tirado yo —digo—. No nos hace falta. Todo saldrá bien. Annie y tú estáis a salvo. —Le aprieto la mano—. Callie, me lo puedes contar todo. ¿Fue papá el que les hizo eso a los animales? No pasa nada, ya no te puede hacer daño.

—No fui yo —me dice, y el mundo se mece a mi alrededor.

El alivio me inunda. No me había dado cuenta de lo tensa que había estado los últimos días. Tal vez la última década. Va a ser maravilloso poder dormir.

—Mamá, tenemos que ir a buscar a Annie ahora mismo.

Tiene una mirada muy adulta en los ojos. Algo falla. Esto tendría que ser el final de esta historia en concreto. Pero ahora veo que no lo es. Una idea espantosa se abre paso hasta mí, como una sombra que me cubre la mente.

Callie

Mamá me toca la mejilla y me da besos en la cabeza con los labios rotos. Ahora tengo el pelo lleno de sangre. Pienso en su manera de tratar de protegerme. Las madres también son como el desierto. A veces no hay manera de pararlas.

Tengo que confiar en ella. Tengo que revelarle el secreto más grande, el que domina mi vida. Así que respiro hondo.

—Mamá, tenemos que ir a buscar a Annie ahora mismo.

—¿Por qué lo dices?

Pero se le nota en la voz que ya lo empieza a saber. No quiere, pero lo sabe. Es como si la oscuridad la ayudara a verlo todo claro. Oigo lo que siente. Se me ocurre que, a veces, el amor es tan malo como el dolor. Es un pensamiento muy interesante, pero ahora no hay tiempo para eso. Tengo que hacer que lo entienda todo.

—Tenemos que ir a por ella, mamá. —Le tiro de la mano.

Se tambalea. A la luz de la luna, le veo los ojos cerrados como una línea horizontal, como una boca seria.

—Espera un momento, Callie. No... no me encuentro bien.

—¡No! —grito—. ¡Tiene que ser ahora! ¡Annie no puede estar a solas con la señora Goodwin!

—¿Qué?

A veces los adultos son un poco torpes, pero ya empieza a entenderlo. Noto cómo la información se le va extendiendo por el cuerpo como un virus. Se atraganta y se tambalea. Me da un poco de pena. Ojalá no tuviera que hacerlo, pero es imprescindible.

—Annie no se tomó la medicina para la diabetes —digo—. Está en la lámpara. La lámpara de estrella. Papá dijo que se la había llevado a casa de la señora Goodwin...

Corremos hacia la casa. La luz amarilla se derrama por la puerta de entrada, por encima del cartel de madera. NO SE ADMITEN PERROS EN LA CASA . Me meto en el asiento de atrás y mamá se sienta tras el volante con un gemido. Le tiemblan los dedos al girar la llave.

—¿No vas a cerrar la puerta?

—Da igual, solo es una casa —dice, impaciente—. Menos mal —añade cuando el motor cobra vida.

La arena vuela bajo las ruedas cuando arrancamos. Pese al miedo

que tengo por Annie, me vuelvo para mirar hacia Sundial por última vez. Es el lugar donde Callie Blanca descansa tranquila en la tierra. Nunca me había parado a pensar por qué venía conmigo aunque no tuviera sus huesos. Es porque soy sus huesos. Está dentro de mí. O lo estaba. Lo único que sé es que no la volveré a ver.

Hay que proteger a las hermanas pequeñas. Es una de las primeras cosas que aprendí. Mamá me lo inculcó. Y Annie es tan menudita, tan mona... Sé que no sobrevivirá en un lugar de esos donde meten a los niños malos. Así que, el día que la descubrí con Perro de Vertedero, le hice jurar que no se lo contaría a nadie, y yo también guardé el secreto. Pobre Perro de Vertedero. Le dije a Annie que terminara deprisa, porque el animalito ya había sufrido mucho.

Intenté detenerla, pero no es posible. Annie es lo que es.

Siempre he podido ayudar a las cosas blancas. Tienen miedo de la gente, pero no de mí. No espero que sean otra cosa que lo que son. El primer recuerdo que tengo es de una florecita, seca, muerta, en la acera. No recuerdo cuándo ni dónde fue. Yo debía de ser muy pequeña. Vi el diminuto fantasma plateado de la flor que se separaba y se esfumaba hasta desaparecer. Descubrí que, si me quedaba los huesos y los restos, las cosas permanecían conmigo, y las podía cuidar. Así que, cuando Annie termina, cojo los huesos. Si las cosas muertas quieren se pueden marchar. Si quieren quedarse y ser blancas, son mis amigas y les hago compañía para que no estén tristes. Es lo único que está en mi mano.

Los padres creen que los hijos no se dan cuenta de cuando se pelean, pero sí que nos damos cuenta. Annie y yo estábamos a la luz de su lamparita rosa, escuchando cómo se siseaban como serpientes. A veces, cuando se apagan las luces, me meto en su cuarto, porque no le gusta la noche. Es cuando le vienen a la cabeza ideas malas. Me parece que es porque, de noche, tiene demasiado tiempo para pensar en lo que es. Annie me dio la mano. Fue a principios de otoño y hacía calor. Las ventanas estaban abiertas. De cuando en cuando, un escarabajo volador o una polilla se estrellaban contra la mosquitera.

—Papá y mamá se van a divorciar —dijo Annie.

—No, qué va —le dije yo.

—Que sí. Papá está haciendo el mono malo con Hannah, la vecina.

—Tienes que llamarla «señora Goodwin». Además, no es verdad.

—Los he visto yo. Creían que estaba en casa de Maria, pero nos lo habían cancelado. Papá nunca mira el calendario de actividades.

—Shhh —le dije—. Tú no te preocupes por eso. —Yo ya sabía lo de papá y la vecina, la señora Goodwin—. Siempre es igual. Hace el mono malo con alguien un par de meses y luego todo se acaba y

vuelve a la normalidad, hasta la próxima vez.

—Dios quiere que Hannah se muera —dijo—. Puedes poner sus huesos en un cuadro. Quedaría genial.

—Que no se te ocurra, Annie, en serio. Te pillarán, y ya sabes lo que pasará.

—La cárcel de niños, ya, ya. Qué pesada eres, Callie. No, lo haré para que parezca que ha sido ella misma. Son cosas que hacen los mayores. —Acaricia con un dedo la lámpara rosa en forma de estrella —. ¿Sabías que aquí dentro hay un escondite? Lo mejor será hacerlo cuando mamá no esté en la casa. —Parece pensativa—. Siempre me está mirando porque soy su favorita.

—Venga —digo para distraerla—. Vamos a inventarnos un cuento de princesas, que te encanta.

No sirve de nada tratar de convencer a Annie de algo. Se enfada y es lo que menos falta hace. Traté de quitarle la lámpara de estrella, pero no ha servido de nada. Mamá siempre se la devuelve.

Durante unos días pareció que Annie se había olvidado del tema. Se dedicó a sus actividades, y eso siempre la pone contenta. Un gatito callejero, un topo, un par de ardillas. Sale de la casa sin que nadie se dé cuenta y busca animales enfermos o heridos. En el barrio hay gente que echa pesticidas en el jardín, y eso pone malos a los animalitos. Lo he leído. Siempre que puedo la ayudo a esconder los cadáveres. Y me llevo los huesos para que no estén solos.

—Se iban a morir igual —dice Annie siempre—. Yo los mando con Dios un poquito antes.

Creo que Annie se contagió la varicela en casa de la señora Goodwin, alguna vez que fue a preparar su plan. Algo debió de ir mal.

La pillé sin los guantes y se los volví a sujetar con cinta adhesiva.

—Si no, te rascarás y te vas a dejar una cicatriz para siempre, y eso no te va a hacer gracia. —Estaba un poco molesta con ella. No debería haberse quitado los guantes—. Además, mamá se va a poner de los nervios. Seguro que me echa la culpa a mí.

Así que me engañó para que colaborara en mi propia incriminación. No me di cuenta de lo que había hecho hasta que mamá encontró la tapa del frasco en mi escondite especial, en el suelo. Ni siquiera sabía que Annie conocía mi escondite especial.

Esa noche, mucho más tarde, me colé en su cuarto.

—Annie —susurré—, estás haciendo que parezca que he robado las medicinas de papá. Como si te hubiera envenenado. Y encima ahora mamá cree que he sido yo la que les ha hecho eso a los animales.

—¿A que soy lista, Callie? Hasta me he comido unos caramelos azules para vomitarlos, así parece que me has dado las pastillas. Pero

las tengo guardadas para Hannah.

Era lista. Lo tenía todo muy bien planeado.

—Para la señora Goodwin. Vamos, Annie, no digas tonterías, no vas en serio.

—Voy en serio.

—Se lo tengo que decir a mamá.

Traté de pensar cómo castigarla por aquello. No se me ocurrió nada adecuado. Todo había subido de nivel, y habría dado cualquier cosa para que un adulto me dijera qué hacer.

—Si se lo dices, le daré la medicina a mamá en vez de a Hannah. Y además, no te va a creer.

Consideré las diferentes opciones y decidí que sería mejor que mamá pensara que había sido yo. También lo de los animales. Así Annie tendría tiempo para calmarse. A veces, si la dejas en paz, se calma ella sola. Además, mientras estuviera enferma y en cama, mientras hubiera un adulto con ella y la señora Goodwin estuviera en la otra casa con el señor Goodwin y los chicos, Annie no podía hacer nada. Ahora me parece que me equivoqué.

Carita gritando.

Nunca había visto a mamá conducir tan deprisa.

—¿Cómo no me di cuenta? —repite una y otra vez.

Perro de Vertedero se ha hecho muy pequeño y se me ha escondido en la manga. Creía que se había ido con Callie Blanca, pero llegó cojeando con sus tres patas en cuanto me metí en el coche. Su hueso está enterrado allí, así que una parte de él siempre estará en Sundial.

—Tengo miedo de que lleguemos tarde —digo—. Tengo miedo de que le haya dado ya la medicina a Hannah.

Estoy casi segura de que es demasiado tarde.

—A la señora Goodwin —me corrige mamá de manera automática. Parpadea mucho, como si le molestaran las lentillas—. Y vamos a llegar a tiempo. No lo hará. Annie no sabe lo que hace. Es lista, es una niña lista...

Mamá se contradice a sí misma. Cada cosa que dice cancela la anterior.

Recuerdo lo que vi a la luz de Callie Blanca. Dos figuras forcejeando. Carne contra carne. Desconecto a toda velocidad. *X ROJA GRANDE.*

—Oye, mamá.

—Dime, Callie.

—Me lo he pasado muy bien en Sundial. Tú y yo, solas.

Suelta una risita que parece un sollozo.

—Eres la niña más rara del mundo —dice—. Igual que tu madre. —

Tiene los ojos muy grandes y brillantes. Se frota la mejilla con la mano —. Yo también.

—¿Qué le pasará a Annie si llegamos tarde? —pregunto.

—La protegeremos —dice.

Su boca es una línea invisible.

—¿Cómo?

—No lo sé. Ya se me ocurrirá.

Mamá tiene razón. Si no protegemos a Annie, acabará en la cárcel para niños, y yo la echaré mucho de menos. Ya noto el dolor de la separación. Y si la meten en esa cárcel, igual se muere. Y llorará, llorará mucho. Cuando me imagino a Annie llorando, me pican los ojos y me duele mucho en el corazón. No, Annie no puede ir a la cárcel.

Tendremos que protegerla toda su vida. No puedo ni pensar en lo que vive una persona. Algún día, mamá morirá, y me tocará hacerlo sola. ¿Cuántos años tendré que preocuparme por Annie, por protegerla, yo sola, para que no haga daño a nadie? Ya estoy cansada y solo tengo doce años. Una parte de mí no deja de pensar en el clic. Es la misma parte que desea que mamá no lo hubiera tirado. Tal vez eso habría ayudado a Annie. Así que debo de ser una mala persona. Tendría que aceptarla tal como es.

Tampoco sé qué esperar, qué desear. Lo único que sé es que, pase lo que pase, Annie es el reloj que medirá mi vida a partir de ahora.

Llegamos a Cielo a las dos de la madrugada. Mamá está temblando. Las manos le sudan y se le resbalan sobre el volante al doblar la esquina. Tiene la respiración rasposa. Las dos nos tensamos contra el cinturón de seguridad, hacia delante, como si así el coche fuera a correr más.

Nuestra calle está a oscuras. En esta zona, la gente madruga. Es un buen barrio. Solo hay una luz encendida al final. En un dormitorio del segundo piso de la casa de Hannah, la lamparita rosa brilla como una estrella de verdad para marcarnos el camino.

Epílogo

Cuando empecé a escribir *Sundial* ya sabía que quería hablar de madres e hijas, sobre el enfrentamiento entre naturaleza y educación, entre familia y libre albedrío, la base de lo que somos. Los seres humanos nos hemos planteado estas relaciones desde que somos lo que somos. ¿En qué punto de la tensión entre esas fuerzas se encuentra nuestra verdadera naturaleza, si es que tal cosa existe? ¿Qué parte de nosotros somos nosotros, y por qué? También sabía que la novela requería una estructura que reflejara estas preguntas, pero ¿qué estructura era esa?

La llave que abría la puerta de *Sundial* la encontré al enterarme de la existencia de The Black Vault (https://www.theblackvault.com/documentarchive/), donde se encuentran miles de documentos desclasificados de la CIA. Un experimento en particular, parte del programa de modificación del comportamiento MK Ultra, me descubrió un sinfín de posibilidades.

A finales de los años sesenta, en las instalaciones de Langley (Virginia), los científicos de la CIA implantaron electrodos a varios perros en el cerebro. Su objetivo era estimular los centros de recompensa; así, los perros aprendieron a buscar las sensaciones placenteras de modo que, con un dispositivo manual, se les podía pedir que cambiaran de dirección o llevaran a cabo acciones sencillas. La CIA consiguió crear seis perros que se movían por control remoto... aunque hay que añadir que solo fue tras varios intentos con consecuencias macabras.

El programa de modificación del comportamiento también incluyó experimentos con seres humanos. Es sabido que Theodore Kaczynski, «Unabomber», formó parte del grupo de estudiantes universitarios que se sometieron a estos controvertidos experimentos (https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2000/06/harvard-and-the-making-of-the-unabomber/378239/) a finales de los años cincuenta, cuando estaba en Harvard. Hoy en día, el debate sigue en pie: ¿qué parte del sufrimiento y la angustia mental causados por este programa dictó su comportamiento criminal en los años siguientes? ¿Kaczynski nació terrorista (o, como algunos lo definen, asesino en serie) o la CIA contribuyó a hacer de él lo que fue?

Los experimentos con perros de Langley cesaron tras unos años porque no tenían aplicación práctica. Esto es lo que más repulsivo me parece: se provocó un sufrimiento espantoso a unos seres vivos solo para ver qué pasaba.

Pensé que tenía que escribir sobre el tema. De hecho, me sorprendió que nadie lo hubiera hecho hasta entonces. La soberbia de los experimentos con perros de Langley, ese intento de saltar la valla por encima de todos los factores que dictan la naturaleza humana, era precisamente lo que buscaba. Una parte de mí desearía no haberlo encontrado, pero también creo que mirar a la cara a las verdades más terribles es la misión del gótico, del terror.

Hace poco se ha descubierto que los perros y los seres humanos llevan viviendo juntos más de lo que se creía, por encima de los 11.000 años (https://www.bbc.com/news/science-environment-54690458). Domesticamos a los perros, los metimos en nuestro hogar, en nuestra vida, en nuestra familia, mucho antes que a cualquier otro animal, incluyendo aquellos que sin duda nos resultan más útiles para abastecernos de carne, cuero o lana. Los primeros perros eran sin duda una gran ayuda en la caza o en la defensa, pero también proporcionaban una valiosa compañía. Puede que eso sea lo que más me horroriza de los experimentos de Langley: esta violación de nuestro pacto más antiguo con otra especie.

Tras la publicación de *Sundial* , me he dado cuenta de que muchos lectores creen que me he inventado los experimentos con perros de Mia y Falcon. Esto les provoca una reacción violenta y visceral, y con razón. Pero para eso sirve la literatura: para arrojar luz sobre lo que somos y lo que somos capaces de hacer. Aunque el ser humano, como especie, no siempre salga bien parado en la narración.

Agradecimientos

Mi gratitud más sincera para Ed McDonald, generoso, maravilloso, desternillante. Entendiste este libro desde el principio y lo defendiste a cada paso. Eres el que organiza las mejores fiestas sorpresa, cuenta los mejores chistes y escribe los mejores libros. ¡Qué suerte tengo de tenerte en mi vida!

A Jenny Savill, mi increíble agente, le debo la gratitud más sincera. Eres tan buena persona como inteligente. Michael Dean, muchas gracias, muchas gracias por tu trabajo incansable para llevar mis libros a la pantalla. A Andrew Nurnberg y todo su equipo de Andrew Nurnberg Associates, sobre todo Barbara Barbieri, Rory Clarke, Lucy Flynn, Juliana Galvis, Halina Koscia y Sabine Pfannenstiel, ¡gracias! Valoro enormemente todo lo que hacéis.

Sigo en deuda con mi asombrosa agente en Estados Unidos, Robin Straus. A ti te debo buena parte de este viaje tan emocionante. Danielle Matta y tú habéis hecho un trabajo maravilloso para llevar mis libros allí.

Miranda Jewess, mi editora en el Reino Unido, gracias por dedicar tanto cariño y atención a este libro. Eres una bomba de energía, no una pelma, ni de lejos. Tengo mucha suerte de trabajar contigo. Drew Jerrison y Niamh Murray, los dos sois increíbles. Graeme Hall y Hayley Shepherd, gracias por vuestra vista de águila al hacer correcciones... y gracias también a todo el maravilloso equipo de Viper and Profile. Estoy en deuda con Andrew Franklin por todo el apoyo que da a mis libros.

Gracias a mi maravillosa editora en Estados Unidos, Kelly O'Connor Lonesome. Has trabajado sin descanso por *Sundial,* y no me cansaré de decir lo increíble que eres. Anneliese Merz y Alexis Saarela, os agradezco todo lo que habéis hecho para que este libro llegue a su público. No sé cuándo dormís. Devi Pillai, Michael Dudding, Jordan Hanley, Sarah Pannenberg, Kristin Temple y todo el fantástico equipo de Tor Nightfire y Tom Doherty Associates, ¡gracias! Tengo mucha suerte de que seáis mis editores.

La espectacular ilustración de la portada de *Sundial* es obra de Corey Brickley y Katie Klimowicz en Estados Unidos, y Steve Panton en el Reino Unido. Ambas captan el espíritu del libro de manera muy

diferente, pero ambas son igualmente impactantes.

Como siempre, todo mi amor y gratitud para mi madre, Isabelle, y mi padre, Christopher, que me han ayudado desde el principio. A mi querida hermana Antonia Ward y a Sam Enoch, gracias por estar siempre a mi lado, por vuestro apoyo, ánimos, flores bellas y consejos inteligentes. No os imagináis lo que significa para mí. Lovely Wolf y River son siempre una fuente de alegría.

Y por las largas conversaciones, el apoyo y las muestras de cariño tan numerosas que no se pueden detallar aquí, gracias a Emily Cavendish, Kate Burdette, Oriana Elia, Andrew Fingret, Lydia Leonard, Craig Leyenaar, Andy Morwood, Natasha Pulley, Alice Slater, Dea Vanagan, Holly Watt, Belinda Stewart-Wilson, Rachel Winterbottom y Anna Wood.

Índice

Rob
Arrowood
Rob
Callie
Rob
Callie
Rob
Callie
Rob
Arrowood
Callie
Rob
Callie
Rob, antes
Callie
Rob, antes
Arrowood
Rob, antes
Callie
Rob
Rob, antes
Rob, antes
Arrowood
Rob, antes
Callie
Rob
Rob, antes
Rob
Jack, antes
Rob
Rob, antes
Rob
Callie
Rob
Arrowood
Rob
Callie

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Título original: *Sundial*
Publicada por primera vez en 2022 por VIPER, que forma parte de Serpent's Tail, un sello de Profile Books, Ltd.

Edición en formato digital: 2023

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Copyright © Catriona Ward, 2022
© de la traducción: María Cristina Macía Orio, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, nº 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-310-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.